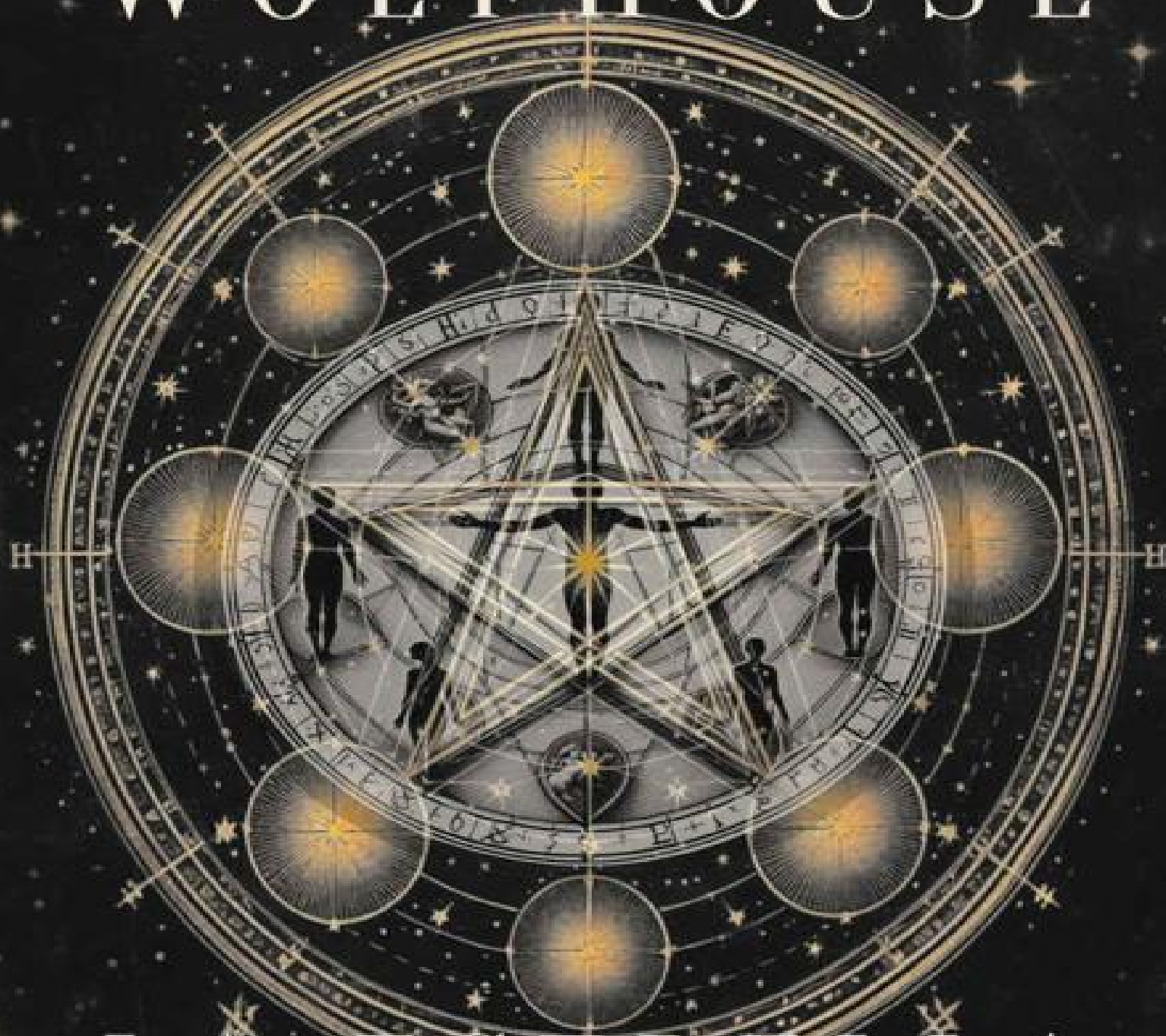


M A R Y
WOLFHOUSE



LA ESTRELLA
DE  PUNTAS





MARY WOLFHOUSE
LA ESTRELLA DE CINCO PUNTAS

ÍNDICE

Portada

[Portadilla](#)

[Copyright](#)

[Dedicatoria](#)

[El camino en la ventisca](#)

[Todas las cosas extrañas](#)

[Asombrosas formas de viajar](#)

[La estrella de cinco puntas](#)

[La sombra de la estrella](#)

[El Arco Atlántico](#)

[Una fuerza oscura](#)

[El gran secreto](#)

[Un retorno accidentado](#)

[Horizonte](#)

[Sobre las ilustraciones](#)

[Links](#)



Todas las ilustraciones de este libro, salvo esta, han sido creadas con una IA generativa



Para Esther, sin cuya ayuda no habría podido escribir este libro.
Para la adolescente que fue.
Para el adolescente que todo adulto (joven o menos joven) lleva dentro.

1. El camino en la ventisca



Con las primeras señales de tormenta decidimos ir a la borda grande, la que mis tíos habían transformado en un pequeño hotel rural. Estaba desocupada, por el mal tiempo precisamente. La naturaleza, por su parte, decidió cerrarnos el paso. Mi primo Jokin nos guiaba a través de la ventisca, pero esta arreciaba y el cielo se volvía preocupantemente oscuro. Desde el lugar en que estábamos —lo dijo Jokin cuando se paró en una encrucijada del camino— podíamos llegar en solo cinco minutos a la otra borda, la cabaña, también de piedra, también provista de una chimenea que quizás pudiéramos encender. Así que nos adentramos en el bosquecillo de castaños, apenas unos metros de árboles desnudos y suelo rojo de hojas y barro. Los troncos se veían negros por la humedad en la luz gris del crepúsculo. Solo eran las cuatro de la tarde y

parecía que la noche se estaba tragando el paisaje con un solo y constante sorbo.

“La noche es un lobo que se traga el mundo” dijo Irati acercándose a mi oreja como si me hubiera adivinado el pensamiento.

Escuché su risita burlona de bruja mientras trataba de no salirme de la senda, que, a efectos prácticos, había desaparecido. Seguíamos a Jokin confiando en que su conocimiento del terreno fuera poco menos que infalible. Desde luego se movía con más seguridad que yo, pues se había adelantado un par de metros y volvió la cabeza justo para verme resbalar en aquel amasijo de hojas brillantes, barro y aguanieve que se deshacía bajo las botas.

—¡Cuidado! —gritó.

No llegué a caer. Recuperé el equilibrio y seguí la espalda de Jokin que se alejaba guiándonos hacia un punto donde el paisaje se volvía más agreste aún, y los castaños eran sustituidos casi enteramente por coníferas y robles. Tras una elevación del terreno apareció la borda. El camino, ahora más ancho y visible, pero todavía resbaladizo a causa de la nieve, descendía hasta ella.

Allí no tendríamos las comodidades de Harrienea, pero al menos encontraríamos refugio. Ya no podíamos elegir; la tormenta había elegido por nosotros. Y ahora que teníamos la borda a la vista, el viento con el que habíamos tenido que luchar hasta entonces se apaciguó de pronto.

Poco después estábamos los tres acurrucados en el catre de madera que apenas se elevaba unos centímetros del suelo, junto a la chimenea apagada. Sombra y ceniza: eso era lo que habíamos visto al entrar. Sombras y una pequeña estancia de color de ceniza, ceniza en la chimenea, una mesa oscura y muy rústica, el catre gris pegado contra pared del fondo como un primitivo sofá. Pero ni leña ni nada que prender. Al abrir la puerta, la luna llena había iluminado casi con violencia el interior. Ahora, sentados y encogidos, con la espalda contra la pared y todas las mantas que habíamos podido encontrar envolviéndonos de la mejor manera posible, veíamos en la ventana el viaje oblicuo de los copos, una imagen que se reiniciaba continuamente. A veces nieve, a veces agua, a veces las dos cosas. Irati, sentada en medio, bromeaba, y yo pensaba: “¿Cómo puede tener ganas de reír?”.



Estaba hambriento y cansado. Imaginaba que podríamos quedar atrapados en aquella caja llena de frío y vacía de provisiones. El móvil no tenía cobertura. Antes de entrar, Jokin había inspeccionado el pequeño cobertizo exterior con ayuda de su mechero.

—La poca leña que hay está húmeda. No vale para nada —había explicado.

Aún así, yo sentía tal necesidad de hacer alguna cosa, que salí de entre las mantas con resolución.

—¡Eh! ¿A dónde vas?

Alcancé el cobertizo adosado a la cabaña y, tanteando en la oscuridad, que no me pareció tan impenetrable después de todo, recogí algo de leña fría y húmeda, la más seca que encontré. Volví dentro y la puse en el hogar. Le pedí a Jokin su mechero. Al principio se negó a dármelo, pero insistí tanto que cedió. Luego me empeñé en encender los troncos y las ramas que había traído.

Lo único que conseguí fue un montón de humo, apenas una llama que ardía penosamente y que expulsó al aire parte de la humedad contenida en la madera. Irati se levantó y fue a abrir la puerta. Durante un rato, vimos caer la nieve desde el dintel hasta el suelo.

—¡Por favor, Irati, nos vamos a congelar! —se quejó Jokin.

—Aquí hace falta ventilación —respondió ella.

Lo raro, lo mágico, podríamos decir, fue que en pocos segundos el humo había salido dócilmente de la casa. En la chimenea había un bulto de leña inservible que aún despedía algo de humo, pero dejó de fluir enseguida.

—¡Qué buenas ideas tenéis! —dijo Jokin con sarcasmo.

—Y qué más da —contesté—. Cuando hemos entrado esto ya parecía un congelador.

—Espera —dijo—, al menos podremos tener algo de luz.

En un cajón de la mesa encontró unas velas. Las llamas nos confortaron. Ver los pequeños fuegos nos daba una ilusión de calor. De nuevo bajo las mantas, hablábamos casi en susurros, como si algo o alguien pudiera oírnos. Pero llegó un momento en que las velas se apagaron y guardamos silencio.

Eran las horas de la madrugada, cuando el reloj del mundo se da cuerda, cuando el día acumula energía para nacer.

Sentí la cabeza de Irati en mi hombro y su respiración acompasada.

—Jokin, ¿estás despierto? —pregunté.

—Sí —contestó en un susurro.

—¿Ves eso? —susurré yo también.

—No he podido cerrar las contraventanas. El pestillo se ha roto. Pero el cristal es fuerte. Lo cambiamos el invierno pasado. Así por lo menos tenemos luz. Con esa luna tan impresionante...

—Pero, ¿ves eso?

—¿Cuál? ¿La nieve? Sí, es genial, sobre todo ahora, iluminada por la luna. Haría un buen salvapantallas. Pero sería mejor que dejara de nevar. Bueno, voy a intentar dormir.

Y dio por terminada la conversación.

Era evidente que no lo veía.

Estoy cansado, muy cansado, me dije.

Quizás en el bar del pueblo tengan la costumbre de ponerle algún ingrediente secreto a la bebida (algún hongo del bosque, algún cultivo no del todo legal que prospera en cobertizos e invernaderos).

Puede que tenga fiebre.

Puede que esté dormido y soñando, aunque me parece que estoy despierto.

Cerré los ojos. Los volví a abrir.

La gran cabeza del lobo blanco seguía en la ventana, mirándome.

* * * * *

No hay lobos blancos en los Pirineos. Ni siquiera había lobos en la zona, al menos eso me habían dicho. Y aunque los hubiera habido, no existen los lobos del tamaño de un oso que te miran con una mirada humana.

¿Una mirada humana? De acuerdo, quizás seamos demasiado presuntuosos al suponer que una mirada en la que advertimos intención e inteligencia es exclusiva de nuestra especie.

Pero no existen los lobos enormes y completamente blancos que desprenden un resplandor como de niebla encendida.

¿Un resplandor? ¿No sería efecto de la luz de la luna, del halo que se formaba en torno a los copos, de la atmósfera fantasmal? ¿No he dicho que parecía niebla encendida, niebla iluminada? Pero no había niebla. La nieve se movía en una transparencia de tonalidades azules como algo vivo compuesto de muchas pequeñas cosas vivas.

Me reí un poco de mí mismo. Cerré los ojos con fuerza. Otra vez los abrí esperando que la imagen de la ventana se hubiera desvanecido.

Seguía allí.

El corazón me latía con fuerza. Tan fuerte que pensé que iba a despertar a mis compañeros. Estoy alucinando, concluí. Esto es por el cansancio, por la tensión. Ahora que lo pienso ¿no he visto formarse esa gran cabeza blanca con copos de nieve que se iban agrupando y luz que se concentraba en ellos? Tal vez. Y tal vez no estoy frente a una alucinación, tal vez se trata de un extraño efecto óptico.

¿Qué podía hacer sino ignorarlo? Al fin y al cabo la criatura o la imagen solo miraba o parecía mirar. Al fin y al cabo era un efecto óptico (es lo que yo había decidido que era, aunque en el fondo no lo creía). Y si era una alucinación me daba lo mismo. De nuevo mantuve los párpados apretados durante unos minutos. Poco a poco dejé de sentir miedo. Mis ojos se abrieron por sí solos y, ahora que mi corazón se había calmado, descubrí que me gustaba ver aquello (fuera lo que fuera) y que a medida que pasaba el tiempo, pasados también el susto y la sorpresa, me tranquilizaba la luz blanca un poco azul, la figura imponente, la mirada serena y poderosa.

No se oía el más mínimo ruido.

* * * * *

Había otra cosa de la que me había dado cuenta mientras miraba la figura en la ventana: ya no sentía frío. Parecía que nuestros cuerpos habían formado un escudo de calor, una burbuja confortable que mantenía a raya la atmósfera inhóspita de la noche. Poco a poco me dormí.

Cuando por la mañana llegó el padre de Jokin con el Land Rover y entró en la borda creyó que habíamos tenido fuego toda la noche. El calor no solo estaba bajo las mantas: ocupaba toda la habitación.

—Imaginaba que estaríais aquí. El último punto donde os localizó Google Maps fue la Encrucijada de las Brujas. Por cierto, qué bien se está aquí. Menos mal que habéis conseguido encender la chimenea.

No se fijó en que los troncos no se habían consumido.

Jokin y yo estábamos tan profundamente dormidos que no le oímos llegar. Solo Irati le oyó. Era ella quien había abierto la puerta.



2. Todas las cosas extrañas



Todas las cosas extrañas empezaron a suceder ese invierno en que conocí a Irati, es decir, el invierno en que fui a casa de mis tíos a pasar las vacaciones de Navidad. Ellos se habían quedado en la nuestra algunos días del verano anterior. Habíamos visitado juntos el museo Guggenheim y algunos pueblos de la costa, pueblos con viejos caserones y barrios de pescadores, con cuevas empedradas y plazas secretas. Al despedirnos les prometí que iría a verlos en Navidad. Podría quedarme durante todas las vacaciones en el caserío o en Harrienea, que con frecuencia estaba desocupada durante esas fechas por el mal tiempo.

Todo era normal, el típico intercambio que hacíamos de tarde en tarde, la visita veraniega y la visita devuelta, la estancia de unos en casa de otros. Todo era como siempre salvo por una cosa: era la primera vez que viajaba solo a casa de mis tíos. Mis padres no podían acompañarme:

tenían compromisos de trabajo que no se podían posponer.

Pero hubo un segundo elemento especial en esa visita: la chica misteriosa que acompañaba a mi primo cuando este vino a buscarme a la parada de autobús.

Misteriosa porque nadie me había advertido que estaría allí. Misteriosa porque tenía aire de misterio. Me miraba con atención, como si me conociera o esperara algo de mí. Sonreía mucho pero hablaba poco. Y no porque tuviera poco que decir, pues cuando nos quedamos los dos a solas habló conmigo de varios temas que jamás sacaba cuando estábamos con mi primo o con mis tíos. Me gustaban sus grandes ojos oscuros y me gustó que me mostrara esa confianza especial. Habló de su vida en Inglaterra, del divorcio de sus padres, de los libros que leía y de cómo las personas que son de varios sitios a la vez se sienten extrañas en todas partes.

Recuerdo que cuando bajé del autobús, nervioso y contento, me encontré solo durante unos segundos en medio del campo, junto a la carretera. Enseguida los vi acercarse caminando por el arcén. Una llamada al móvil mientras viajaba me había advertido que mis tíos no podrían venir a recogerme en el coche, pero que Jokin iba de camino y me acompañaría hasta la casa. Y Jokin no venía solo.

—Hola —dijo—. Te ayudaremos con el equipaje. Esta es Irati. Es hija de la tía Irene.

Sí, quizás entonces todo el misterio debería haberse desvanecido, pero no fue así. Para nada.

Había algo extraño en ella, sugerente y extraño, atractivo y extraño. Y no la había visto desde la infancia, así que me pareció una completa desconocida.

—Es un poco rara —comentó Jokin cuando estuvo seguro de que ella no nos oía.

¿Fue casualidad que, dos días más tarde, cuando nos pilló la tormenta mientras tratábamos de llegar a Harrienea, viera al lobo en la ventana mientras Irati estaba a mi lado? ¿O que el valle estuviera lleno de ecos que nunca antes habían estado allí?

* * * * *

Hacia febrero, con la segunda ola de frío del invierno, la ciudad sumergida en un ambiente inusual y capas de nieve en los techos de los coches, llegaron los sueños.

Primero soñé con el lobo blanco. Vi su silueta entre sombras. No era al principio más que otra sombra, hasta que tomó forma y empezó a emitir luz. Entonces lo vi tan claramente que creí estar despierto. Me miró, se dio la vuelta y me guió a lo largo de un camino escoltado por grandes árboles y oscuridad. Digo que me guió porque sentí la necesidad de seguirlo y así lo hice. Su mirada y su actitud me parecieron una señal tan clara como una orden.

Al final del camino, el lobo blanco desapareció. Me vi entonces frente a la cabaña en la que nos habíamos refugiado la noche de la ventisca. El lugar era otro: un claro en un bosque denso y

oscuro, con la luna dejando caer su luz como una catarata en el círculo sin árboles. La cabaña era la misma, la luna era también la misma luna. En medio de la oscuridad escuché un movimiento entre las ramas. Aves nocturnas tal vez.

Desperté.

Me acordé de la noche de la ventisca, la intensidad de aquellas hora, las sensaciones de los días siguientes en los bosques y los caminos. Ahora el recuerdo volvía con más fuerza, pero aún creía que había sido un sueño como el que acababa de tener. ¿Es que este no había tenido una fuerza que me atrapaba aún después de despertar? Y sin embargo, solo era un sueño. Solo eso.

Fui a clase con una impresión de distancia que duró varias horas. Al principio, me parecía como si las imágenes estuvieran todavía a mi alrededor, separándome del mundo cotidiano. Se me fue pasando poco a poco, pero, por comparación con esa especie de intensidad perdida, me resultaba irreal todo lo que me rodeaba: los edificios, las calles, las aulas del Instituto, las bromas de mis amigos. Todo era remoto y débil. Mis compañeros decían que estaba como ido. Unos me preguntaban si estaba bien. Otros hacían bromas y chistes. No desperdiciaron la ocasión.

* * * * *

Ser hijo único tiene sus inconvenientes, pero esos días agradecí las ventajas, la completa intimidad de que disfrutaba en mi habitación. Sentía un gran alivio al cerrar la puerta de mi habitación y dejar fuera todo y a todos.

El apartamento no era muy grande. Tampoco pequeño. Pero estaba muy bien situado, en el centro de la ciudad. Era el resultado de una reforma que había dividido en dos un piso antiguo cuando la familia necesitó dinero y se hicieron dos viviendas para vender una de ellas. El único problema de nuestro piso era que resultaba demasiado fácil oír todos los ruidos y todas las voces que salían de las otras habitaciones, incluso de los apartamentos contiguos. Solía quejarme de esto cuando hablaba con Jorge, mi mejor amigo, mi compañero de inquietudes y aventuras desde la infancia. Pero él venía a casa y le parecía que no era tan fácil escuchar lo que se decía en el otro extremo de la vivienda.

—¿Cómo puedes oírlo? —me decía—. Yo no oigo nada. ¿Me estás tomando el pelo?

Aún así, yo tenía mi habitación, mi guarida, mi cueva. Rodeado de mis libros y mis cosas, me sentía bien. La calle era tranquila y me gustaba abrir la ventana y ver las ramas de los pequeños árboles, los ladrillos rojos del edificio de enfrente, escuchar los pasos de alguien que caminaba por la acera. El ruido de los coches quedaba algo amortiguado porque se trataba de una calle secundaria. Durante la noche casi desaparecía.

Este cuarto era donde yo esperaba que el lobo volviera en el mundo de los sueños. Pero una noche, en vez de soñar que me reunía con él en el bosque, o en campo abierto o donde fuera,

soñé que estaba al pie de mi cama. Su cuerpo aparecía envuelto en un resplandor blanquecino más tenue de lo habitual.

Sentí que me estaba despertando, pero en un estado de semisueño aún veía a la criatura.

Pasaron unos segundos. Abrí los ojos. El lobo seguía allí.

Lo contemplé durante un rato.

Extendí la mano despacio y encendí la luz de la mesita de noche.

Se había ido.

* * * * *

A comienzos de febrero, la profesora de Ciencias Sociales enfermó y fue sustituida por un profesor que, al parecer, estaba obsesionado con mitos, leyendas, creencias de religión y de magia, civilizaciones antiguas y otros temas por el estilo. El aspecto de nuestro nuevo profesor encajaba con sus aficiones. Tenía una evidente tendencia a vestir de negro. Su pelo también era negro, los ojos oscuros, la piel pálida, un poco amarillenta, como de cera. Era algo desgarrado, y a veces parecía casi chepudo, como le suele pasar a la gente muy delgada. Pronto nos dimos cuenta de que en todas y cada una de las clases encontraba el momento, la ocasión y la forma de conectar uno de “sus temas” con la época que estudiábamos en ese momento. Algunos decían que era un modo de atraer nuestra atención con cosas raras y sorprendentes. Otros pensaban que de verdad le gustaba todo aquello un poco más de la cuenta, porque ponía mucha pasión en compartir con nosotros su gran sabiduría esotérica.

No se puede decir que esas cuestiones nos parecieran poco interesantes a Jorge y a mi. Al fin y al cabo, tienen mucho que ver con las historias del universo manga y el cómic de superhéroes, el anime, el ranobe y la novela fantástica (Jorge había descubierto por entonces la serie de Discomundo y se había enganchado a Terry Pratchett; me daba mucho la lata leyéndome pasajes de sus libros entre grandes risotadas). Por eso nuestro nuevo profesor consiguió que le hiciéramos bastante caso cuando nos habló de Hellboy y su guionista y primer dibujante, Mike Mignolla. La mayoría de la clase conocía el personaje de Hellboy solo por las películas. A la menor oportunidad, el nuevo profe se sacaba de la manga, como un ilusionista, elementos que parecían llevarle muy lejos del temario del curso. Pero al final descubríamos que todo tenía relación. Que podía haber relaciones extrañas, disparatadas, fantásticas o simplemente ocultas donde menos se esperaba. Y eso nos gustaba. Al menos a mi amigo Jorge y a mi.

En esos momentos me despertaba del aburrimiento. Este hombre tenía una capacidad verdaderamente paranormal, como decía Jorge, para ir pasando de un asunto a otro hasta que estábamos tan lejos del punto de partida que parecía que no íbamos a volver nunca. Y a veces, desde luego, se acababa la clase y no habíamos vuelto.

—¿Alguien conoce la leyenda de Martin Abade? —preguntó aquel día (un día como cualquier otro).

Silencio.

—¿Y la de Mateo Txistu?

Silencio.

— ¿Alguien sabe quién es Ehiztari Beltza, el cazador negro?

Este fue el momento en que Agurtzane, la mejor amiga de Marian, no se pudo contener.

—Yo sí lo sé.

—¿Ah, sí? —dijo el profe—. Pues a ver, cuéntenoslo.

—Es un cura que estaba dando misa y el diablo le tentó haciendo aparecer una liebre enorme en la puerta de la iglesia. Como el cura era adicto a la caza no se pudo contener, dejó la misa a medias y salió corriendo a coger su escopeta. Silbó a sus perros y se fue a cazar la liebre y nunca jamás volvió. La gente del pueblo le oía por el monte, a él y a sus perros, y decían que estaba condenado a perseguir esa liebre eternamente sin alcanzarla nunca.

—Muy bien —dijo Martín—. Esa es una de las variantes de la leyenda. Pero estas leyendas tenían muchas variantes, porque como no se escribían, es decir, pertenecían a la tradición oral, iban cambiando al pasar de boca en boca y de un sitio a otro.

En otra versión de la historia el cazador se llama Mateo Txistu, porque estaba siempre silbando a sus perros, y cuando queda condenado a vagar eternamente por el monte persiguiendo a su presa todavía se le oye, especialmente en noches de tormenta, silbando a su jauría, que ladra en la oscuridad. Esta es la forma que se cuenta en Tolosa, en Oiartzun y en Ataun. Otra de las variantes de la leyenda es la que recogió y contó a su manera Juan Iturralde a finales del siglo XIX. A los escritores del XIX les gustaba mucho recoger leyendas, costumbres y tradiciones populares, y luego escribirlas a su modo. Iturralde le dio forma de cuento y lo tituló “Los perros de Martín Abade”.

Aquí hubo unas risitas porque el profe se llamaba Martín y si alguien no se reía, reventaba la clase entera con la tensión de la risa contenida. Pero él siguió como si nada.

—Iturralde sitúa la acción en la anteiglesia de Udala, desde donde se pueden ver los picos del Udala y del Anboto. Para muestra de la literatura del siglo XIX, este cuento. Podéis buscarlo en Internet. Aquí el cazador es el Abad, que, según el autor, era arcipreste de Leniz y vivió en el siglo XVII. Por supuesto la leyenda es mucho más antigua. Para el próximo día tenéis que buscar qué es un abad y qué es un arcipreste porque lo voy a preguntar en clase. Ah, y buscad qué es “abade” en euskera, por si tiene algún significado distinto. También me tendréis que explicar qué es el folklore y qué es el ocultismo.

—Estas historias —continuó Martín— son variantes locales de una serie de leyendas europeas con el mismo tema. A veces el cazador es uno, a veces los cazadores son varios, pero

los perros siempre son una jauría infernal. La verdad es que nuestra versión es más de andar por casa. En la Europa central y del norte tienen el mito de la Cacería salvaje. Allí una partida de caza vuela por el cielo en las noches de tormenta guiada por un noble, un rey o incluso un dios. En Cataluña es el Conde Arnau, en Inglaterra puede ser casi cualquier rey sajón o britano, en Gales tienen un dios del inframundo y en Francia al mismísimo emperador Carlomagno. Y nosotros tenemos un cura de pueblo. Qué se le va a hacer.



Justo cuando Martín terminó su discurso sonó el timbre. Todo el mundo se quejó de la lista de tareas.

Eneko y Vera, la inseparable pareja aficionada al Metal en una época de reggaeton, afirmaron que ellos también conocían la leyenda de Martin Abade, precisamente por la canción de Numen titulada Ehiztari Beltza, pero que no habían querido “tirarse el rollo” delante de toda clase. Agurtzane les oyó. Se armó el lío.

—Así que yo me he tirado el rollo ¿verdad?

—Oh, vamos, Agurtzane —contestó Vera—. Todo el mundo sabe que te encanta demostrar lo que sabes en clase.

—Lo que pasa es que me gusta estudiar, no como a otros.

—Sí, vale, pero también te gusta que se note —insistió Vera con su tono seco y serio. Probablemente no pretendía sino decir la verdad. Pero a veces es mejor no decir verdades. Agurtzane se echó a llorar y Marian tuvo que emplearse a fondo para consolarla. Debía de tener un día sensible.

* * * * *



Aunque el tiempo y mis amigos me fueron devolviendo a la realidad, continué sintiéndome desanimado. Solo cuando regresó el lobo, cuando volvió para guiarme por el mismo sendero

oscuro hasta el claro en medio del bosque, me pareció que vivía de nuevo.

Y cuando el sueño se repitió, lo hizo muchas veces. Solo que nunca lo hizo de forma completamente igual a la anterior.

En ese sueño, el lobo siempre me guiaba iluminando el camino entre sombras, pero al final del camino había cosas distintas.

Una vez había un muro de piedra que parecía no tener fin.

Otra vez había una estrella de piedra en un prado, una estrella de cinco puntas perfectamente iluminada por la luz de la luna.

En algún momento comprendí que el muro cuyo final no podía ver y la estrella de piedra que veía entera a mis pies en otros sueños eran la misma cosa.

Algunas veces, Irati aparecía entre las sombras y me sonreía.

* * * * *

Creo que el sueño y el lobo del sueño regresaron después de aquella clase en la que nos reímos tanto. El profe de sociales comparó la leyenda de Ehiztari Beltza con alguna de las que escribió Gustavo Adolfo Becquer y nos trajo música para “invocar al cazador negro”, según dijo. Después de una disertación suya que supuestamente iba a ser sobre la Edad Media, y en la que terminamos dando vueltas por la Europa del siglo XVI y sus alquimistas (aunque también habló de la gran Peste del siglo XIV y sus toneladas de muertos), sacó un altavoz que resultó ser bastante potente, por el que pronto empezó a salir una música diabólica. Era obra de un grupo vasco de Black Metal. Por el altavoz salían los *blast beats* de la batería a un volumen terrorífico. Martín trataba de acallar el escándalo utilizando el mando del altavoz, que no le funcionaba. Entonces irrumpió la voz del cantante, que parecía estar más poseído aún que las guitarras. Una gran excitación se iba apoderando de la clase, que parloteaba con un alma colectiva. Se oían risas como rebuznos que acrecentaban la impresión de aquellarre. El profe, muy serio y concentrado, recurrió a manipular su móvil, desde el que estaba enviando la música al altavoz. Antes de que consiguiera bajar el volumen se abrió la puerta y en el marco, como una aparición, se presentó la profesora de mates, que estaba dando clase en el aula de al lado.

La profesora de mates se quedó donde estaba, mirando con gesto de reprobación los nerviosos manejos del profe de sociales, que por fin consiguió bajar el volumen de la música infernal. La profesora de mates era alta, delgada, tenía el pelo liso, negro y lo llevaba cortado muy recto a la altura de los hombros. Aquel día iba metida en un vestido de flores moradas y negras, adecuado para la ocasión. En cuanto la música se redujo a un volumen casi inaudible sonrió rígidamente, dio las gracias con una rígida inclinación de cabeza y cerró la puerta con un rígido movimiento del brazo. A Jorge y a mí nos atacó entonces una explosión de risa que

Agurtzane, sentada a nuestra espalda, y encogida para que no la vieran desde el frente, alimentaba con unos ruidos extrañísimos que pretendían ser carcajadas. Ese fue el momento en que el profesor decidió que tenía que dar un ejemplo de autoridad y se dirigió a nosotros:

—Mikel y Jorge. Vosotros os quedáis cuando termine la clase.

—Pero si nosotros no hemos sido... —replicó Jorge, indignado.

—Os quedáis.

Así que nos quedamos.

* * * * *

El último alumno desapareció por la puerta y el profesor seguía ordenando sus cosas y tomando notas en unos folios sin dirigirnos la mirada. Finalmente levantó la vista y dijo:

—Esperad aquí. Ahora vuelvo.

Jorge y yo no estábamos muy tranquilos.

—Me da que nos va a caer un castigo o algo.

—Si, pero ¿a dónde ha ido este ahora?

—Como tarde mucho yo me voy

—No hagas eso, empeorarías las cosas

Pero Martín no tardó en volver.

—Bueno —dijo—. Me he dado cuenta de que tenéis muchas ganas de hacer tarea extra. He pensado en un trabajo de mitología comparada. Tú, Mikel, tendrías que leer un libro sobre mitología griega y romana. Tú, Jorge, un libro sobre mitología de las civilizaciones azteca e inca. O sea, el uno estudia un poco de mitología grecolatina y el otro se aprende a grandes rasgos las divinidades y mitos principales de dos de las más importantes culturas precolombinas. Y luego tendríais que hacer un texto sistematizando lo aprendido, y, por supuesto, buscando diferencias y elementos coincidentes.

Jorge y yo estábamos boquiabiertos, entre la incredulidad y el pasmo. Si nos veíamos obligados a hacer semejante tarea nos íbamos a pasar el resto del curso en ello y aún así era probable que no termináramos. Martín calló un momento y nos miró para comprobar el efecto de sus palabras. Entonces volvió a hablar:

—Pero he decidido ser magnánimo. Tú, Mikel, me vas a hacer un resumen de los doce primeros capítulos de este libro. Y tú, Jorge, del resto. Luego hacéis una puesta en común, redactáis unas conclusiones y me entregáis todo. Lo quiero en quince días. Un ejemplar es de la biblioteca, y el otro es mío. Cuidadlos bien. Os podéis ir.

No sé si la forma de exponer nuestra, digamos, “tarea extraordinaria” había sido hecha de esta forma para que nos pareciera cosa de poco momento. Desde luego lo había conseguido.

Después de la descripción del primer trabajo, resumir un libro parecía una auténtica bobada.

Jorge empezó a quejarse de que le había tocado la parte más rollo.

—¡Oh vamos! —le dije —, ¿cómo lo sabes?

—Míralo tú mismo. Tú tienes la parte de mitos griegos y escandinavos, la Edad Media y hasta ese capítulo de los lobos simpáticos.

—¿Los qué? —Me apresuré a mirar el libro de Jorge. Había metido mi ejemplar en la mochila y no lo tenía a mano. Como los dos ejemplares tenían un forro rojo no había podido ver la portada.

El libro se titulaba *Historia de los hombres lobos* y su autor era un tal Jorge Fondebrider. Me pareció raro aquello. Me pareció una inquietante coincidencia. Pero aquella coincidencia (el lobo) era mi secreto, y ni Jorge ni el profesor podían saber nada.

—No te quejes tanto —respondí mirando el índice del libro—. Yo diría que tu parte es más interesante que la mía. Tienes unos títulos que prometen, seguro que ahí hay buenas historias. Te ha tocado el norte de Europa, los pueblos bálticos, los Balcanes, que ahí tiene que haber mucha sustancia lobuna. Ah, mira, y los hombres lobos de Latinoamérica.

Mientras hablaba, yo seguía pensando en mi secreto. ¿Y qué era mi secreto en definitiva? Poca cosa. Sueños y visiones y una cierta obsesión con la imagen de un lobo blanco. Una afinidad creciente con el lobo y con la chica que a veces acompañaba al lobo.

Jorge guardó el libro y echamos a andar. Entonces me di cuenta de lo raro que era que Martín hubiera tenido precisamente, exactamente dos ejemplares disponibles allí mismo, en el Instituto, cuando en la biblioteca solo había uno. Qué casualidad. Otra casualidad.

* * * * *

A menudo me acordaba de aquella noche en la montaña y me preguntaba qué había sucedido allí. Probablemente nada, me decía. Con los sueños el recuerdo se había vuelto más vivo, y tuve que reconocer que para mí había en ese recuerdo, el de aquellas horas en la borda, un profundo secreto que lo era no tanto porque no debía decirse, sino porque no podía decirse.

No podía decirse porque en cuanto empezara a contar aquello tan fascinante y tan inexplicable se convertiría en una auténtica bobada. Sonaría a mentira estúpida, a chaladura, a error, a simple pesadilla que un tonto trata de hacer pasar por una experiencia fuera de lo común.

Empecé a estar distraído. Me costaba concentrarme. Mis notas empeoraron y mis amigos me preguntaban otra vez si me pasaba algo. Algunas veces ponía excusas para no salir y me quedaba en mi habitación. Pasaba horas tumbado en la cama. Así era fácil entrar en un estado en que no estaba ni dormido ni despierto, una especie de territorio intermedio entre el sueño y la vigilia, tal vez antes de dormirme un momento, tal vez antes de despertar.

En ese estado a veces volvía a ver al lobo frente a mi, claramente definido como si lo tuviera delante, como si fuera real.

O veía una mancha de luz alargada que producía ondulaciones y giros y sabía que, aunque no tuviera forma de lobo, era él.

En ese estado la mente funcionaba de otra manera y quizás por eso pude recordar episodios de la infancia que había olvidado.

Una de las cosas que recordé fue lo siguiente.

Yo era pequeño entonces, no sé cuánto.

Debo decir que había expulsado el recuerdo de mi mente por completo.

Pero ahora regresaba, bajo la influencia de los acontecimientos y de ese estado de hipnótico en el que había entrado una vez más.

Estábamos pasando el verano en una aldea, en una casa situada entre una carretera comarcal y un bosque de álamos. Por detrás del bosque de álamos pasaba un río poco profundo y, al otro lado, el terreno se levantaba y se volvía agreste, con senderos pedregosos que subían hacia la montaña.

A veces, cuando jugaba en la orilla del río, veía al hombre que vivía en otra casa situada a doscientos metros de la nuestra. Solía recoger hongos que metía en un saco de arpillera. Era un tipo hosco, malencarado y me daba mucho miedo. Vivía solo en aquella vivienda oscura donde por la noche no se veía ni una luz. Por las tardes trabajaba en una huerta que tenía detrás de la casa. En dos ocasiones me acerqué demasiado a su propiedad. El hombre salió de ninguna parte (esa “ninguna parte” debió de ser la esquina del edificio) y empezó a gritarme. Luego cogió una piedra del suelo y me la tiró. La piedra me rozó una oreja y me dejó un escozor muy vivo. A mis padres no les conté nada porque me daba vergüenza, como si hubiera cometido yo una gran imprudencia, un error inconfesable.

Luego, una tarde me entretuve jugando solo en el bosque, yendo y viniendo sobre las piedras que servían para cruzar el pequeño río.

Cuando decidí volver a casa porque la noche estaba cayendo me había alejado bastante.

Sentí una presencia detrás de los árboles. O vi algo. O escuché algo. Probablemente todo a la vez.

A medida que caminaba hacia la casa estaba cada vez más convencido de que algo o alguien me seguía.

El bosque se volvía más negro a mi alrededor, el cielo se oscurecía, la noche llenaba la tierra.

Primero sentí eso que se llama “una vaga aprensión”. Luego sentí miedo. El miedo creció. Traté de controlarlo pero hubo un momento en que tuve pánico.

Me volví rápidamente y allí estaba nuestro vecino, el que era para mi algo así como el

hombre del saco. Vi su cara de ogro y vi como se ocultaba tras un matorral. Creí escuchar su respiración a pesar de la distancia. Su cabeza asomó entre la vegetación y me pareció ver una sonrisa diabólica.

Entonces lo sentí. O lo vi. O lo escuché. O todo a la vez. Una especie de ráfaga blanca que atravesaba la oscuridad en dirección a la figura oscura que se había ocultado tras un árbol.

Se oyó un ruido de ramas agitadas, chasquidos, golpes, una especie de rugido, el grito de un hombre aterrorizado. Luego nada. La ráfaga indefinible regresó como una luz muy veloz y se perdió en alguna parte.

Me di la vuelta y corrí hacia la casa.

A nuestro vecino no lo volvimos a ver.

* * * * *

Marian me llamaba muy a menudo para que saliera a dar una vuelta o Jorge me proponía ir al cine o venía toda la pandilla a llamarme y no tenía más remedio que ir con ellos. Pero en conjunto pasaba más horas, muchas más horas solo en mi habitación.

Preocupados, mis padres me llevaron a un psicólogo. Consiguieron que aceptara ir con ellos a la consulta. Me cansé de negarme, porque insistían y seguían insistiendo, pero lo cierto es que no colaboré mucho y nadie quedó satisfecho, ni ellos ni yo ni el psicólogo, que les recomendó consultar a un psiquiatra, porque, según dijo, era probable que estuviéramos ante un caso de depresión. Eso dijo: “es probable que estemos ante un caso de depresión. En los adolescentes puede ser difícil de diagnosticar”.

Antes de que la cosa pasara a mayores, lo que pasó fue que una tarde de domingo vi desde la ventana de mi habitación una figura familiar, y esa figura era la de Irati. ¿Qué hacía Irati en mi calle, en la acera de enfrente, mirando hacia mi ventana, como si viviera en mi misma ciudad y estuviera acostumbrada a pasar a verme? Irati, que debía estar a kilómetros de distancia. Salí corriendo, atravesé la sala donde mis padres veían la televisión y bajé las escaleras a toda velocidad, pues no tuve paciencia para esperar al ascensor. A mi espalda oí la voz de mi madre que me llamaba.

Cuando llegué a la calle, la encontré desierta. Nadie. Nada. Esa nada opresiva y gris que a veces trata de comerse el mundo en las tardes de domingo. Había movimiento alrededor, pero aún no era la hora en que la gente sale a tomar algo antes de cenar y nuestra pequeña calle estaba como muerta.

—He creído ver a un amigo —les dije a mis padres, de vuelta hacia mi habitación.

La cara que pusieron es indescriptible, así que no intentaré describirla, y el resultado fue que yo mismo empecé a pensar que estaba loco. Lo pensé hasta que al día siguiente, cuando salí

por la puerta del Insti después de la última clase, allí estaba: indudablemente, ella, Irati, paseando nerviosa como si esperara a alguien y tuviera prisa, girándose con un instinto completamente certero cuando asomé por la puerta, en el goteo último de los rezagados. Marian, mi mejor amiga me había retenido con algunas preguntas sobre la asignatura de Historia que me hicieron pensar que de pronto se había vuelto tan terriblemente aplicada que era muy sospechoso.

Cuando pisamos la calle, a Marian no le gustó mucho que me la quitara de encima con una disculpa y me dirigiera hacia la chica que esperaba en la acera de enfrente. Vi en su cara la decepción y cosas peores. Sin embargo, sabía que Irati estaba allí por algo, y corrí hacia ella:

—Pero ¿qué haces aquí? —pregunté.

—Necesito tu ayuda —dijo.

Y ahí empezó el gran lío. Las cosas verdaderamente extrañas.

* * * * *

La locura se convirtió en la protagonista de las siguientes horas. Es cierto que yo había dejado de pensar que estuviese loco en el momento en que supe que Irati realmente andaba por la ciudad, pero en lugar de eso empecé a pensar que era ella, Irati, la que estaba como una cabra, como una chota, como unas maracas y como el sombrerero loco de Lewis Carroll, que vive en el País de las Maravillas y que Tim Burton, el director de cine favorito de Irati por aquellos días, ha hecho que se nos presente en sus películas con la cara de Johny Depp.

—Necesito tu ayuda —dijo. Pero no había forma de que me dijera qué quería, en qué forma necesitaba que la ayudara, o para qué.

—No sé cómo explicarlo... Tendrás que esperar un poco. Lo que tengo que decirte es bastante raro... Quiero que vengas conmigo y lo veas... Es difícil de contar...

Iba soltando esas frases cada poco tiempo mientras me llevaba hacia las afueras de la ciudad, por barrios que yo no sabía ni que existían: extraños mundos varados en el tiempo, callejones, talleres, chatarrerías, casas unifamiliares adosadas en hileras pintadas de marrón y crema, patios vacíos, asentamientos de gente sin hogar... Y luego, aún más arriba, más lejos, dejando atrás las carreteras y los caminos asfaltados, por caminos y senderos, entre prados, manchas de arbolado. ¿Por qué no habíamos subido por los barrios obreros que habían mejorado con el tiempo, los barrios populares encaramados a las laderas donde habían aparecido urbanizaciones nuevas con jardines, donde la gente se tomaba el café o la cerveza en las plazas? ¿Por qué no habíamos atravesado los parques y el paisaje cuidado de las laderas donde había restaurantes y áreas recreativas? Irati parecía estar eligiendo el camino más deprimente.

Habíamos dejado atrás las apariciones humanas o semihumanas, las que nos habían mirado con indiferencia, con hostilidad, con desconfianza, con curiosidad, y ahora lo único que aparecía

a los lados del camino era alguna vaca con cara de malas pulgas. Yo miraba a las vacas con aprensión mientras hablaba por el móvil intentando tranquilizar a mis padres, diciéndoles que llegaría tarde porque había quedado con gente de clase para estudiar. Yo miraba a las vacas y el camino que subía por parajes cada vez más agrestes y pensaba: “está loca, esta tía está loca, loca”.

—No estoy loca —dijo ella.

Me asusté. El susto me asomó a la cara. Ella no se rió.

Después de andar bastante llegamos a un punto en que Irati se salió del camino principal y se metió en una zona arbolada donde había un merendero y una fuente. Algo más lejos vi una tienda de campaña verde tipo iglú. Alrededor de la tienda había un cerco irregular que clareaba sobre la tierra oscura. El sitio, que en verano debía de ser frondoso y alegre, ahora tenía un aspecto bastante inhóspito. La mayoría de los árboles eran castaños y robles, no muy grandes, y como eran especies de hoja caduca, todo aquello tenía un aire desolado, con un gran cielo gris prendido en las ramas desnudas y húmedas que el viento movía. Tenía su encanto, sí, pero no invitaba a plantar una tienda de campaña. Más bien a sacar unas fotos con el móvil y salir corriendo.

Ya cerca de lo que parecía ser la vivienda provisional de Irati descubrí dos cosas. La primera, que estaba afianzada de la mejor manera posible sobre un terreno ligeramente elevado donde, en caso de agua, no se acumularía el agua; y además, estaba al abrigo de una banda casi continua de coníferas que paraban el viento. Este comportamiento previsor y metódico en una adolescente que parecía haberse escapado de casa y andar huyendo por los montes era de lo más desconcertante. La otra cosa que descubrí, en cambio, iba en el sentido de confirmar mi primera hipótesis: que Irati estaba como una regadera. Y es que el cerco blanquecino, a trechos grisáceo, que se dibujaba alrededor de la tienda estaba hecho intencionadamente con piedras de un tamaño similar, y no era un cerco sin forma definida, como me había parecido de lejos, sino que formaba una estrella de cinco puntas casi perfecta. Casi perfecta porque le faltaba una piedra para completarse.

Pero ver la estrella de pronto formarse ante mí, aún con el hueco llamativo de una punta vacía, verla surgir de pronto según me acercaba, y en el preciso momento de ascender a un pequeño montículo para acortar terreno, me causó un impacto que me impidió pensar de nuevo que Irati estaba loca. Solo pensé que estaba sucediendo algo que yo no podía describir ni nombrar porque no lo conocía del todo, porque lo único que sabía es que la estrella de cantos y guijarros hacía aparecer en mi mente el recuerdo, el reflejo, la imagen de todas las refulgentes estrellas de piedra de mis sueños.

* * * * *

Lo siguiente que recuerdo es que estaba hablando por el móvil. Otra vez. “Sí, sí, en casa de Edu”, les digo a mis padres. “Me quedo a dormir. Hasta mañana, hasta mañana.” Se había hecho tarde. Irati había conseguido que me quedara con ella y antes de entrar en la tienda de campaña me dio una piedra (ovalada, muy clara) y me dijo:

—Haz los honores. Ponla en su lugar.

La puse en la punta donde faltaba una pieza que cerrara el cerco en forma de estrella. La noche crecía muy deprisa, como si saliera de dentro de las cosas, y se oía un rumor al que antes no le había dado mucha importancia, el ruido próximo de una corriente de agua. Por lo demás todo estaba tranquilo. El viento que removía las ramas de los árboles había dejado de soplar.

Irati me invitó a sandwiches de queso y tomate y a manzanas rojas como corazones. Teníamos una lámpara de camping bastante buena y un saco de dormir doble. Así que yo no sabía qué hacer, dónde ni cómo acostarme hasta que ella se metió en el saco y me invitó a tumbarme a su lado. No me lo pensé dos veces.

—Ahora no podrán pasar —dijo.

—¿Quiénes? —pregunté, tratando de ver algo dentro de sus ojos, algo que me dijera si podía confiar en ella.

—Ya lo verás —contestó.

Pero no veía nada. No vi nada. Me comí un par de sandwiches y una manzana y empecé a sentir un agradable sopor. El viento soplaba suavemente y todo estaba tranquilo.

No vi nada, es cierto, pero empecé a oír un ruido que no era el viento. Lo oía acercándose. Primero, un eco lejano, como el trueno cuando suena en la distancia. Luego, algo que crecía (más fuerte, mayor, más ruidoso, más próximo). Era como una tromba, como una tormenta de sonido: voces entrelazadas, que así, todas juntas, moviéndose a diferente velocidad por el espacio, eran absolutamente sobrehumanas, aunque su origen parecía humano, pues se adivinaban sílabas, palabras en diferentes lenguas, frases que se mezclaban y se superponían. Estas voces se acercaban juntas, y sin embargo no parecían estar exactamente en el mismo punto ni hablar con el mismo ritmo o el mismo tono. Unas eran rápidas, precipitadas, agudas; otras eran graves, lentas, retumbaban en su propio eco. Pero todas se oían cada vez más alto, más alto como si se dirigieran hacia nosotros con gran rapidez.

Durante unos segundos no supe qué pensar y ni siquiera tuve miedo: me quedé como hechizado por lo que podría llamar el espectáculo sonoro de las voces, un paisaje para el oído. Lo único que podía hacer era prestar atención, como si tocara cada una de las fibras que se combinaban en esa especie de dibujo complejo que cambiaba a cada instante y que, a la vez, se repetía.

Entonces, de pronto, eso (lo que fuera) estuvo ya sobre nosotros, con un estruendo, un

rugido, y luego fue como si chocara contra algo, como si fuera rechazado, empujado hacia atrás porque se detuvo, estuvo un rato dando vueltas alrededor de la tienda de campaña y se alejó, se perdió en la noche.

Solo entonces me di cuenta de que estaba agotado por la tensión.

—¿Quieres dormir? —dijo Irati

—No puedo —contesté.

Ella sopló suavemente sobre mi cara y, como aquella noche en la borda, empecé a sentir un calor agradable, un calor que era como una envoltura y que me calmaba. No sé cuándo me quedé dormido, pero fue muy rápido, porque no recuerdo nada más. Me despertó la luz del alba y el ruido del viento.

* * * * *

Estuve un rato escuchando. Irati dormía en paz. Era asombroso que pudiera dormir así. Me quedé mirándola. De pronto me parecía extraña y familiar a la vez, como algo, alguien que una vez conociste y que has estado añorando sin saberlo, pero que hace mucho tiempo que no ves. Salí al exterior y la dejé dentro de la tienda. Una luz gris iba llenando el lugar. La hondonada cubierta de hojas en la que sobresalían dos mesas de madera con bancos estaba llena de sombra.

Estuve un rato fuera y por dos veces me pareció que algo se movía en las copas de los árboles, como si tuvieran hojas, muchas hojas que el viento pudiera frotar entre sí. Pero allí no había nada (por no haber no había ni hojas) a no ser que fuera invisible como el viento mismo.

Solo después de un tiempo de acechar por los alrededores dando vueltas y mirando hacia los árboles con suspicacia lo sorprendí, sin duda porque se dejó sorprender: un gran ave blanca que me observaba desde una rama gruesa. Era un ave rapaz, grande, quizás demasiado grande. Solo pude contemplarla durante unos segundos, muy pocos. Abrió las alas y, literalmente, desapareció.

* * * * *

Volví dentro. Irati estaba despierta y se preparaba para salir.

—Voy a lavarme un poco —dijo.

Cogí mi móvil. “Si le quedara suficiente energía” pensé “podría buscar en Internet información sobre el ave blanca, o llamar a mis padres. ¿Tendré batería para las dos cosas? Eso seguro que no”.

Lo había apagado antes de dormir. Aún así, esperaba ver aparecer el aviso de “batería baja” nada más encenderlo. Me llevé un pequeño sobresalto al encontrar la batería totalmente llena,

como si hubiera estado cargando por la noche. Luego me dije: “No sé cómo puedo asombrarme de algo como esto después de lo que pasó ayer”. Recordé las voces, aquellas voces que hablaban y no decían nada, nada que se pudiera entender, y que se acercaban como una tromba, como una tormenta. ¿Lo había soñado?

Gugleé “ave rapaz blanca”. Pinché en “imágenes”. ¿Qué es esto? ¿Busardo? No, este no es. Águilas blancas. ¿Hay águilas blancas? Parece que no, salvo que sean albinas. Las hay con la cabeza y el pecho blanco. Mi pájaro no era un águila. He visto algo que se le parecía en la lista de imágenes. Vuelvo allá. Esto podría ser. Un gerifalte. Mi pájaro es un gerifalte, pero los gerifaltes no son originarios de estas latitudes, es un ave ártica. No lo entiendo. Mejor dicho, sí lo entiendo, aunque todavía hay muchas cosas que no sé.

—Ven a bañarte —dice la voz de Irati.

Salgo a ver dónde está.

—Aquí —dice la voz.

Está en el río. Su ropa en la orilla.

—Pero el agua está helada... —empiezo a decir.

—No, no lo está —dice Irati—. Ven.

Me quito la ropa —casi toda, soy un chico tímido y el frío no invita a quitársela, aunque luego pueda ser peor—. Me estoy helando en este aire invernal, por mucho que el tiempo no sea del todo malo para la época. Entro en el agua. Cuando meto los pies noto un frío espantoso, pero enseguida una especie de corriente cálida viene hacia mí. Voy entrando más en el río. Mis pies no tocan el fondo pero camino como si lo tocara, como si algo me sostuviera. El calor me envuelve. Irati me recibe sonriendo.

* * * * *

Con los brazos extendidos me acerco a Irati, cada vez más confiado en el agua que parece sostenerme, y cuando ya estoy bastante cerca me llevo un susto mortal. A su lado, apenas a medio metro de distancia, sale a la superficie una cabeza rubia y luego unos hombros muy blancos, una carita sonriente con unos delicados labios rosas, unos ojos de un azul desleído que a veces parecen despedir brillos de color plata. En cuanto a mi cara, debe de tener un aspecto terrible en este momento.

Una sirena, pienso, es una sirena,

—Perdona si te he asustado —dice la carita pálida.

—Esta es Wanda —me explica Irati, haciendo las presentaciones—. Viaja muy deprisa por los cursos de agua. Ha venido a ayudarnos. El agua es su elemento.

—Ya —digo yo, con un tono de voz que por su cuenta dice : “Cómo si yo supiera algo de

estas cosas....”

—Nos vigilan, y esperarán que viajemos por el aire. El aire es mi elemento.

—Y el mío ¿cuál es?

—El tuyo es la tierra

—Eso ya lo sabía —respondo con una sonrisa—. Vaya descubrimiento.

Las chicas ríen.

—Vamos a recoger y alejarnos de aquí.

Con una precisión y una rapidez pasmosas, recogieron todo y deshicieron la estrella de piedras. Echaron a andar por el monte como si fuera su casa y al cabo de una hora entramos en una cueva escondida detrás de la vegetación. Yo no dejaba de pensar en mis padres. Pronto sabrían que no había dormido en casa de mi amigo Jorge, si no lo habían averiguado ya. Pero me preocupé más cuando Irati dijo:

—Esta noche tenemos que estar en Pamplona. Te explicaré por qué.



Irati saco su linterna de camping que, al parecer, tenía una pila inagotable. Iluminó la sala de piedra que formaba la cueva.

—Vamos a acondicionar esto un poco.

—Yo me ocupo de eso —dijo Wanda.

En la pared de la izquierda se veía una marca de humedad que llegaba hasta el suelo, como si rezumara agua. Ni siquiera formaba un hilo que se pudiera ver cayendo por las grietas, pero Wanda se acercó, puso su mano sobre la piedra húmeda y de pronto oí un ruido: un chorro de agua salía de la pared y se dirigía hacia nosotros.

—Sube —dijo Irati. Ellas ya estaban sobre una roca. El chorro de agua pasó por el suelo de la cueva retirando piedras agudas y guijarros, limpiando de polvo y grava una parte de él. Luego se detuvo, como si el agua dejara de manar, y sopló un viento que secó todo rápidamente, llevándose también el polvo acumulado sobre una roca grande y plana donde Irati dejó su linterna para luego desenrollar las esteras. Nos sentamos en el suelo. Utilizamos las mochilas y parte de su contenido como respaldo. Wanda llenó la cantimplora en el chorro de agua de la pared, que caía ahora desde un saliente, despegándose como para facilitarle la tarea. De su mochila sacó un cesto lleno de nueces. Hubiera preferido una barrita de algo muy dulce y muy calórico, pero ya empezaba a darme cuenta de que estas chicas, por su relación con la naturaleza (eran tan naturales ellas), tenían gran afición a los alimentos poco procesados.

—De acuerdo —dije—. Puedo jugar un rato a la vida primitiva, probar cómo sienta alimentarse de frutos secos y de agua de manantial, pero lo siento mucho, nada de Pamplona. Todavía queda bastante para los Sanfermines, no se me ha perdido nada allí, y tengo que estar en casa a la hora de comer o a mis padres les dará un ataque. Si no aparezco empezarán a hacer llamadas.

—Te aseguro que no tienes que preocuparte —dijo Irati—. Ahora mismo uno de los nuestros se está ocupando de que nadie note tu ausencia.

Cuando oí “uno de los nuestros” se me pusieron los pelos de punta. Para empezar, me pregunté qué estarían haciendo. Además aquello me pareció una alusión a la Mafia Mágica o algo así. En fin, como para ponerse paranoico. Traté de mantener la calma:

—¿Y quiénes son “los nuestros”? —pregunté—. ¿Yo también soy uno de “los nuestros”? Las chicas rieron otra vez.

—Tienes mucho sentido del humor.

—Escucha —dijo Irati—, ahora ya has visto suficiente como para que todo esto no te parezca una locura, para que sepas que hay cosas que parecen una locura pero que son reales. Empezaré por contarte la leyenda. Todos la conocemos. Tú también debes conocerla.

Hace miles de años llegó la Semilla. La Semilla viajaba por el espacio, en busca de un

lugar en el que germinar. Pero para germinar necesitaba fundirse con otras formas de vida. Así que se sintió atraída por este planeta, ya que cuando se acercó a él percibió la presencia de la vida desarrollándose en una enorme variedad de formas. Lo primero que necesitaba era una especie huésped. Eligió la especie humana. Necesitaba también una especie vínculo, así que cada individuo elegía otra forma animal para que se materializara el segundo cuerpo que posee todo Descendiente de la Semilla. Ese segundo cuerpo es de este mundo y de otro. Trae las posibilidades de una dimensión que no es la nuestra. Puede hacer algunas cosas por sí solo, pero alcanza su máximo poder cuando se funde con el cuerpo humano que le corresponde.

Así, la Semilla se vinculó a un planeta capaz de albergar, crear y sostener vida. Un planeta vivo, donde la vida misma, como han descubierto hace poco los seres humanos, actúa para mantener las condiciones que favorecen su existencia.

Irati guardó silencio y estudió mi reacción. Yo sentí un escalofrío.

—Hace frío aquí —dije.

—No, no hace frío —dijo ella—. ¿No lo notas?

Una vez más comenzó a envolverme un calor que parecía salir de ninguna parte.

—Tú eres como nosotros.

—¿Soy un... un Descendiente?

—Así es.

—Pero eso es imposible. Mis padres...

—Tus padres te lo hubieran dicho ¿no?

—Claro... Eso creo...

—Ellos no lo saben.

—¿No lo saben?

—No.

Irati sonrió.

En cuanto a Wanda, sonreía todo el tiempo, amablemente.

No podían ser más diferentes estas dos chicas. Wanda era delgada y casi transparente, rubia, blanquísima. Irati tenía el pelo del color del ala del cuervo, como hubiera dicho Edgar Allan Poe; los ojos oscurísimos, de un castaño brillante y uniforme, y aunque su piel era blanca, no lo era tanto como la de Wanda, y, sobre todo, su cuerpo era un cuerpo de atleta, con músculos pequeños y firmes que se hacían más pronunciados bajo la menor presión. Sin embargo, las dos compartían un atractivo que nunca había encontrado en ninguna otra chica. No es solo que fueran bonitas. Había algo más. ¿Una especie de magia?

—¿Y qué es esa otra dimensión de la que sale el otro cuerpo?

—En realidad no lo sabemos. Sabemos pocas cosas que se puedan explicar, y muchas que se pueden experimentar. Sabemos que hay algo que no es humano en nosotras, y sin embargo

somos humanas.

—Alguien se acerca —dijo Wanda.

No se oía ninguna cosa que no fuera el ruido del viento. Irati se había callado y parecía escuchar atentamente.

—Es verdad —dijo—. Vamos.

* * * * *

Pasamos varias horas caminando por el monte. Bosques, trochas, senderos, caminos, carreteras, prados, más bosques y más trochas. Tanto misterio y tanto ejercicio me estaban dando hambre. Mucha hambre. Por lo menos el ejercicio, pues no creo que el misterio dé hambre.

Por fin nos detuvimos frente a una cabaña de piedra que tenía una pequeña chimenea por la que salía humo. Alrededor había ovejas pastando y rocas del mismo color que las ovejas. Irati se acercó resueltamente y llamó a la puerta con los nudillos. Una voz nos invitó a entrar.

—Adelante. Está abierto.

Era como si nos estuviera esperando. Aquel hombrecillo nos sonreía desde la proximidad de una cocina de leña sobre la que borboteaba un puchero rojo, rojo como sus pantalones. Vestía también una camisa de cuadros azules y verdes y una gran chapela que le daba aspecto de champiñón. En el centro de la estancia, o sea, de la cabaña, que solo tenía una habitación, había una mesa de madera muy rústica con cuatro platos, cuatro vasos, cubiertos, servilletas de papel, una jarra de agua y otra de vino, una gran hogaza y un gran queso al que le faltaba un cuarto. También había una fuente de loza blanca con una ensalada de tomates muy rojos, pimientos frescos muy verdes y guindillas que habían salido de un bote de conservas.

—Oh, muchas gracias, Galtxagorri —dijo Irati.

Enseguida me llamó la atención el calor. Lo noté en cuanto abrimos la puerta. Nunca habría pensado que una antigua cocina de leña con su chapa de hierro sobre la que reposaba el puchero rojo pudiera dar tanto calor. Más bien creí que una cabaña de piedra en medio del monte, con el frío viento soplando afuera, aunque la única habitación no fuera muy grande, iba a ser difícil de calentar y que sería necesario pegarse al fuego para sentirlo.

Como si adivinara mi pensamiento, Wanda dijo.

—Estarás contento. Me refiero al calor.

—¡Adelante, a la mesa! —dijo el hombrecillo con entusiasmo. Y empezó a servir platos de alubias rojas, tras lo cual se llenó un vaso con vino tinto —es decir, vino rojo, muy rojo, color al que parecía muy aficionado— y se sentó alegremente con nosotros a comer.

—El que quiera más, solo tiene que levantarse y servirse del puchero —añadió, antes de tomar un largo sorbo de vino y atacar el plato de comida con buen apetito—. Aquí estáis a salvo.

Me miró con una sonrisa socarrona.

—Quizás tú necesites más explicaciones, ya que eres nuevo.

Se llenó la boca de alubias rojas con gran deleite y volvió a beber y volvió a comer y solo entonces me hizo esta pregunta:

—¿Has visto las piedras de ahí fuera?

—Sí.

—¿Sabes que si pudiéramos verlas desde el aire veríamos que las más grandes forman una figura?

—¿No será una estrella de cinco puntas? —respondí.

—Bueno, algo sabe el chico.

—¡Pero si no están seguidas...! —objeté.

—No, pero definen los ángulos y las puntas de una estrella, y eso es bastante teniendo en cuenta que yo estoy en medio, y aquí, en el centro de la sala, está el pozo de fuego. Más tarde te lo enseñaré. Es muy bonito.

—Pero ...

—Nada de peros. Ahora a comer y a descansar. Hablaremos más tarde.

Tenía tanta hambre que recuerdo con detalle aquella comida. Productos del país de primera calidad. Mientras las alubias desaparecían (y el pan y la ensalada y el queso y el agua fría y el café caliente), aproveché para observar el sitio. La preferencia de Galtxagorri por el color rojo era evidente. En la pared de piedra colgaban ristras de ajos y, sobre todo, de pimientos rojos secos. La ventanita de madera tenía sus cortinas, rojas desde luego, y en la alacena se veían muchos botes de frutos rojos confitados. Había fotografías en blanco y negro de gente parecida a Galtxagorri en las paredes, o tal vez de él mismo en diferentes épocas y lugares. Los marcos eran rojos. Había pequeños cuadros que representaban dragones rojos. Había bancos corridos pintados de rojo y una manta roja sobre una mecedora de mimbre trenzado y estanterías rojas con botes y con libros muy viejos encuadernados en tela granate, carmesí, escarlata.



Terminamos de comer. Entonces Galtxagorri se llevó los platos al pequeño fregadero de piedra y con muy poco esfuerzo empujó la mesa contra la pared, aunque la mesa estaba formada por gruesos y bastos tablones de madera, muy pesados.

—Tomad asiento, por favor —dijo Galtxagorri—, indicando los bancos de madera adosados a la pared. Él se sentó en la cama, también colocada contra una pared.

—Vamos a ver la tele.

Pero la tele de Galtxagorri no era un aparato electrónico.

Al retirar la mesa, había quedado visible en el mismo centro de la habitación una especie de brocal de piedra que tenía unos pocos centímetros de alto, cubierto por una tapa que parecía también de piedra, aunque más oscura. Galtxagorri acercó su mano a esta y me pareció que no la tocaba, sino que la misma tapa se levantaba hacia su mano. Cuando destapó el pozo pude ver que en su interior no había agua: había fuego, un fuego que ardía uniformemente, cambiando suavemente de color, pasando por todos los tonos que solemos asociar al fuego, girando a veces contra las paredes del túnel vertical, ondulando como si bailara, elevándose como si supiera que

ya no había una tapa sobre él y que podía salir a mostrarse, elevándose sobre el nivel del suelo.

—Es hermoso —murmuró Galtxagorri —, ¿verdad?

—Sí lo es —respondí, fascinado por las llamas que ahora ya no ardían de forma uniforme. Crepitaban y se retorcían como si alguien hubiera echado combustible en ellas. Así se elevaron más y más sobre el borde de piedra, formando una especie de burbuja, y luego, como si se calmaran de nuevo, se fundieron en una esfera roja y traslúcida dentro de la cual se veían sombras, corrientes de un rojo más oscuro que al principio eran vetas hipnóticas, pero luego comenzaron a sugerir formas y distancias. Dentro de la esfera, bajo un cielo amarillo se veía un campo inclinado rodeado de bosque en medio del cual había una casita. Era la cabaña en la cual estábamos. El hecho de que el paisaje estuviera, como si dijéramos, dibujado en diversos tonos de rojo, oro y naranja, bermellón, carmesí, no lo hacía menos reconocible que si estuviera formado en tonos de gris.

Mientras mirábamos aquel espectáculo fantástico, fuera empezó a llover y el viento sopló con más fuerza. Cuál sería la siguiente cosa extraordinaria, me pregunté, y cómo íbamos a salir de allí si el tiempo empeoraba. Y qué eran esas sombras de color burdeos que se aproximaban desde el bosque rojo hacia el prado naranja en el paisaje de la esfera.

—El Tropel se está reuniendo en el bosque —dijo Galtxagorri.

—El Tropel es lo que trató de alcanzarnos anoche —explicó Irati.

—Pues no me parece una perspectiva agradable —comenté tratando de mantener la calma. —¿Qué es lo que quiere, por qué nos persiguen?

—No lo sabemos, pero no vamos a quedarnos aquí esperando a que lleguen para preguntárselo.

—No podrán alcanzarnos fácilmente —dijo Wanda.

—No podrán de ninguna manera. De eso me ocupo yo. No se enfrentarán al fuego. El fuego es poderoso. El fuego levanta barreras. El fuego borra los rastros.

—Sería más fácil si Mikel hubiera desarrollado algo de lo que lleva dentro—. Era la voz de Wanda otra vez.

—De veras —dije—, es muy probable que no lleve dentro nada especial.

Irati y Wanda me miraron con expresión de burla. Galtxagorri dejó escapar una carcajada. Debía de haber dicho algo muy gracioso.

—Mikel —me explicó—, lleváis varias generaciones ocultando al Otro, habéis vivido en un entorno exclusivamente humano... Eso ha hecho que la otra parte de tu naturaleza se esconda.

—Quizás no esté tan escondida después de todo —recapacité, dudando al recordar mis sueños—. Y no veo que eso me hay aportado nada especial.

—Eso no es todo, Mikel —intervino Irati—. No basta con acercarse. La conexión no se pierde nunca, es parte de nosotros, nuestra naturaleza es doble. Pero aún sí una mitad puede estar

oculta, oculta incluso para uno mismo, y la conexión atrofiada, reducida.

—En todo el mundo —añadió Wanda— los Descendientes organizados en Círculos quieren ayudarr a los que, como tú, desconocen lo que llevan dentro; despertar su energía, invitarles a unirse a nosotros. Hasta ahora nadie ha rechazado la oferta.

—Yo podría ser el primero.

—Tú verás —respondió Irati—. Pero entonces serán ellos lo que llamen a tu puerta.

—¿Ellos? ¿Quieres decir el Tropol?

—El Tropol es solo una manifestación de un mundo oculto. Ellos se llaman a sí mismos los Herederos. Se organizaron antes que nosotros, mucho antes, cuando empezaron las persecuciones. No se juntan con Humanos puros. Casi todos ellos viven escondidos, bajo tierra. Se dice que tienen fortalezas invisibles y ciudades subterráneas.

—¿Se hicieron más fuertes al reproducirse solo entre ellos?

—Oh no, la Semilla no se debilita por más que se transmita durante generaciones en familias donde solo uno de los lados la porta. Siempre se transmite entera. Al contrario, mezclarse con humanos no portadores sería la mejor estrategia para que finalmente todos fuéramos iguales.

—El problema es que nosotros nos reproducimos mucho menos —aclaró Wanda—. Las familias de Descendientes solo tienen un hijo, rara vez dos, salvo en algún caso en que nacen gemelos o mellizos. En tiempos remotos vivíamos en armonía con los otros seres humanos, pero estos empezaron a perseguirnos cuando se impusieron las religiones monoteistas, porque decían que éramos brujas, demonios, cosas así. Las persecuciones y las cazas de brujas nos obligaron a esconder nuestra naturaleza. Los Herederos se replegaron a sus mundos bajo la superficie. El resto continuamos viviendo como siempre, pero con más precauciones. Muchos olvidaron o quisieron olvidar lo que eran. Escondieron al Otro, o el Otro se escondió para siempre; se retiró a la Dimensión Oculta y apenas se dejaba sentir.

—Hablando de sentir, están muy cerca —intervino Galtxagorri—. Debéis marcharos ya, antes de que estrechen el cerco.

Recogimos y salimos al exterior. El ganado se había agrupado entre las piedras. Los animales se pegaban unos a otros. Parecían percibir algo. No se movían. “Tienen miedo”, pensé. Noté su miedo.

Entonces lo oí. Era solo un rumor, pero ahora sabía que iría creciendo, como crece la sombra cuando anochece. Podría decirse que era una sombra sonora. Pero, eso sí, una gran sombra hecha de muchas sombras, como la de una multitud.

—¿Conocéis el camino, verdad?

—Es el de siempre ¿no? —preguntó Irati.

—El de siempre —respondió Galtxagorri—. Lo mantendré abierto y protegido para

vosotros.

Galtxagorri miró hacia dentro, hacia el interior de su casa. La puerta estaba abierta de par en par.

—Adelante, pequeño —dijo con una risita, sin dejar de mirar al interior de la cabaña.

Sentí el brazo de Irati que me empujaba para quitarme de en medio. Lo hizo muy oportunamente. Por la puerta había asomado ya un cordón de llamas que se mantenía en el aire como si fuera nada más que un hilo de niebla, algo inocente y natural, como el humo o las nubes. Enseguida se hizo más grueso y en su extremo se iba formando una especie de bola como la que habíamos visto en el interior de la casa. La bola de fuego ardía a un metro sobre la tierra sin tocar otra cosa que no fuera el aire, pero se iba ensanchando, y a medida que lo hacía se elevaba casi imperceptiblemente. Detrás de ella, el hilo que sin duda conectaba con el pozo se había vuelto también mucho más grueso, era ya una cadena de llamas formidable, y luego ya ni eso, luego era un pequeño río de fuego que flotaba en el aire, oscilando armoniosamente en una onda que a veces lo elevaba y lo volvía curvo, como si subiera sorteando un obstáculo para luego caer como una estrecha cascada hasta la bola de fuego. De golpe todo el conjunto se hizo más grande, más grueso aún, como si se hinchara.

—Allá va —dijo Galtxagorri con emoción al ver su obra.

Según crecían vertiginosamente, la bola de fuego y el brazo que la conectaba al pozo salían disparados hacia adelante, sin dañar nada, sin tocar nada, ni árbol ni roca ni animal. Se dirigían hacia un muro de árboles en el que se abría una gran puerta, un claro longitudinal que se adentraba en el bosque. Pensé, “va a provocar un incendio”. Pero el fuego cruzó entre los árboles limpiamente, sin propagarse. Avanzaba como una criatura viva. A lo lejos se oyeron unos extraños lamentos.

La corriente de fuego tenía ahora el grosor de una habitación grande, un gran cilindro luminoso que se perdía en el bosque. Solo por la parte que entraba en la casa era más estrecha para caber en los límites del umbral de la puerta y hundir su cola en el brocal del pozo.

—Esto no me ha gustado nunca —dijo Wanda.

—A mí tampoco me gusta mucho —respondió Irati—. Siempre parece que te vas a chamuscar.

—Ah, vamos, chicas. Es perfecto —objetó Galtxagorri mirando su obra con satisfacción—. Y ahora vienen más rápido por los lados que les quedan libres. Se han concentrado en un semicírculo. Así que hay prisa.

Anocheía. El enorme brazo de fuego resplandecía en el aire. En uno de los lados de este túnel, las llamas (pude verlo con claridad) se estaban apartando alrededor de un punto hasta ir dejando una apertura por la que podría haber entrado un coche. “Oh, no, no puede ser. Es una puerta”, me dije.

Aquello era realmente un túnel; estaba hueco. Las llamas formaban una sola pared circular. No me atrevía ni a pensar lo que al parecer estaba a punto de suceder.

Irati me miró.

—Ten confianza —dijo—. Hemos usado esta técnica más veces. No es agradable, pero pronto nos encontraremos en el otro lado. Recuerda cuando estés ahí dentro, pues esto tranquiliza mucho, que las llamas no te tocarán.

—Así es, muchacho —dijo Galtxagorri, orgulloso—. No te tocarán un pelo de la ropa. Además, casi todo el calor será expulsado hacia arriba. Y, sobre todo, nada puede entrar en el túnel.

Estaba fumando una pequeña pipa de la que salían nubes de humo, y nos contemplaba radiante.

—Es de lo mejor que he hecho —comentó, levantando la pipa con una mano, como para subrayar su afirmación—. Bueno, Irati, te toca.

Apareció un halcón blanco. Se posó en un hombro de Irati. Ella me sonrió. Hubiera jurado que mientras ella me sonreía el halcón me miraba. El halcón empezó a crecer. Sus plumas y su carne parecían ahora translúcidas. Creció hasta alcanzar el tamaño de la muchacha y más aún.

Lo que veía me produjo, durante un momento, una sensación de puro horror. Las cosas que veía no eran horribles en sí. Lo era el hecho de que la realidad se comportaba como no debía. Las proporciones y las relaciones entre las cosas sí entraban en el territorio de lo monstruoso. Pero todo fue muy rápido, cuestión de segundos tal vez, y aquella sensación dio paso a una exaltación ambivalente. Irati había desaparecido dentro de la figura del animal y éste, posado en el suelo, se agachaba y abría sus alas como si fuera una montura que tratara de facilitar a su jinete el trabajo de subir a su lomo. Los halcones no son monturas, los jinetes éramos dos y la forma de la puerta en el túnel de fuego, más ancha que alta, indicaba sin embargo que por allí debían pasar las alas abiertas de la criatura que ahora era Irati o que llevaba a Irati en su interior. Durante un momento pensé en salir corriendo. Luego me dejé arrastrar al corazón de lo extraordinario.



* * * * *

Wanda estaba sentada sobre la espalda del halcón, con las piernas metidas bajo el hueco de las alas y agarrada al cuello con una mano. La otra mano, en la punta de un brazo extendido hacia mí, me invitaba a subir.

—No te dejes la mochila —indicó Galtxagorri.

—Agárrate a mí con fuerza —dijo Wanda—. No tengas miedo, no me soltaré. Soy más fuerte de lo que parece.

Y así era. Me sorprendió la fuerza con que tiró de mí para ayudarme a subir.

Irati o el halcón se irguió y se alejó del túnel de fuego a grandes zancadas, abriendo las alas para tomar impulso. Wanda se sujetaba a su cuello. Cuando alcanzó la distancia que le pareció necesaria, el halcón se dio la vuelta y corrió hacia el túnel. Levantó el vuelo a unos pocos metros sobre el nivel de la tierra. Oí que Galtxagorri nos enviaba un último grito de despedida. Giré la cabeza un instante y tuve tan poco tiempo para mirar que realmente no pude saber si había visto

o imaginado que, en lugar de Galtxagorri, había una especie de lagarto gigante o dragón pequeño o serpiente con patas que fumaba en pipa. “Esto es surrealista” pensé.

El halcón se introdujo por la puerta del muro de fuego. El túnel formaba ahora un amplio semicírculo que le permitió ir girando suavemente hasta alcanzar la posición exacta y embocar la entrada del bosque. Hacía un calor infernal allí dentro pero lo soportábamos, eso era evidente, porque seguíamos conscientes, libres de heridas, libres de quemaduras. El cuerpo de Wanda emanaba una luz blanquecina y húmeda de la que parecía desprenderse un tenue vapor. A ratos se abría una ventana larga y estrecha en uno de los lados del túnel que nos permitía atisbar ramas y cosas verdes desfilando a gran velocidad. El calor era siempre terrible, pero menos de lo que hubiera esperado. Wanda se sujetaba fuertemente con piernas y brazos pero había apoyado la cabeza en el cuello del halcón y cerraba los ojos. Un sudor plateado le cubría la cara.

El viaje por el interior del túnel duró unos minutos que me parecieron inacabables. No había duda de que la criatura que nos llevaba era capaz de volar con una rapidez y una precisión absolutas: jamás tocó una de las paredes de fuego, hasta que el túnel se abrió en un prado, y entonces se posó en tierra, a pocos metros de una pequeña ermita.

Miré hacia atrás. El túnel se había cerrado y retrocedía como una gran serpiente. Un sonido de llamas y de aire, de algo recogándose rápidamente a través del aire, a través del bosque, se perdió detrás de él.

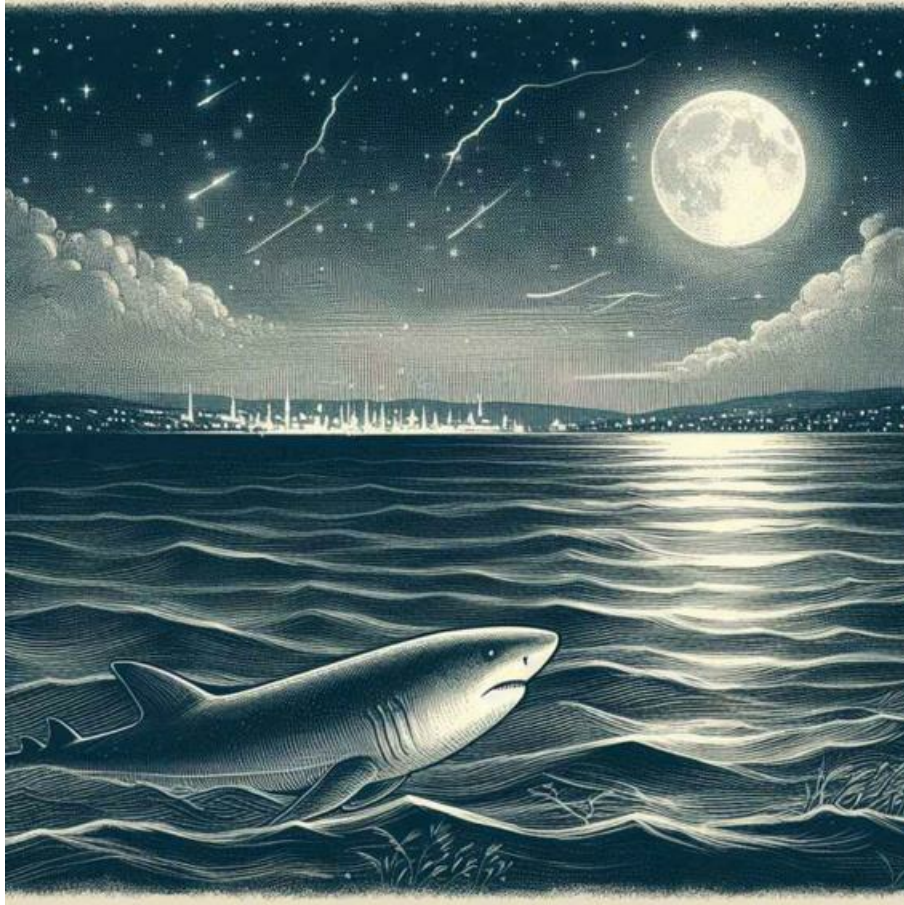
Me dejé caer en el suelo. Estaba mareado. Aspiré con fuerza el aire fresco.

—¿Estás bien? —dijo Wanda junto a mi. La miré. Parecía más pálida que de costumbre.

Levanté los ojos en busca de Irati. Junto a la ermita había una muchacha de largo cabello negro. Sobre su brazo derecho estaba posado un halcón enorme. Lo acercó a su pecho y dejé de verlo, como si esta vez el animal hubiera desaparecido dentro de ella, dentro de su pecho que respiraba agitadamente.



3. Asombrosas formas de viajar



Wanda estaba sentada sobre la espalda del halcón, con las piernas metidas bajo el hueco de las alas y agarrada al cuello con una mano. La otra mano, en la punta de un brazo extendido hacia mí, me invitaba a subir.

—No te dejes la mochila —indicó Galtxagorri.

—Agárrate a mí con fuerza —dijo Wanda—. No tengas miedo, no me soltaré. Soy más fuerte de lo que parece.

Y así era. Me sorprendió la fuerza con que tiró de mí para ayudarme a subir.

Irati o el halcón se irguió y se alejó del túnel de fuego a grandes zancadas, abriendo las alas

para tomar impulso. Wanda se sujetaba a su cuello. Cuando alcanzó la distancia que le pareció necesaria, el halcón se dio la vuelta y corrió hacia el túnel. Levantó el vuelo a unos pocos metros sobre el nivel de la tierra. Oí que Galtxagorri nos enviaba un último grito de despedida. Giré la cabeza un instante y tuve tan poco tiempo para mirar que realmente no pude saber si había visto o imaginado que, en lugar de Galtxagorri, había una especie de lagarto gigante o dragón pequeño o serpiente con patas que fumaba en pipa. “Esto es surrealista” pensé.

El halcón se introdujo por la puerta del muro de fuego. El túnel formaba ahora un amplio semicírculo que le permitió ir girando suavemente hasta alcanzar la posición exacta y embocar la entrada del bosque. Hacía un calor infernal allí dentro pero lo soportábamos, eso era evidente, porque seguíamos conscientes, libres de heridas, libres de quemaduras. El cuerpo de Wanda emanaba una luz blanquecina y húmeda de la que parecía desprenderse un tenue vapor. A ratos se abría una ventana larga y estrecha en uno de los lados del túnel que nos permitía atisbar ramas y cosas verdes desfilando a gran velocidad. El calor era siempre terrible, pero menos de lo que hubiera esperado. Wanda se sujetaba fuertemente con piernas y brazos pero había apoyado la cabeza en el cuello del halcón y cerraba los ojos. Un sudor plateado le cubría la cara.

El viaje por el interior del túnel duró unos minutos que me parecieron inacabables. No había duda de que la criatura que nos llevaba era capaz de volar con una rapidez y una precisión absolutas: jamás tocó una de las paredes de fuego, hasta que el túnel se abrió en un prado, y entonces se posó en tierra, a pocos metros de una pequeña ermita.

Miré hacia atrás. El túnel se había cerrado y retrocedía como una gran serpiente. Un sonido de llamas y de aire, de algo recogándose rápidamente a través del aire, a través del bosque, se perdió detrás de él.

Me dejé caer en el suelo. Estaba mareado. Aspiré con fuerza el aire fresco.

—¿Estás bien? —dijo Wanda junto a mi. La miré. Parecía más pálida que de costumbre.

Levanté los ojos en busca de Irati. Junto a la ermita había una muchacha de largo cabello negro. Sobre su brazo derecho estaba posado un halcón enorme. Lo acercó a su pecho y dejé de verlo, como si esta vez el animal hubiera desaparecido dentro de ella, dentro de su pecho que respiraba agitadamente.

* * * * *

Junto a la ermita había una fuente de piedra en la que nos refrescamos. Luego bajamos del monte y nos perdimos en las calles del Casco Viejo. La vida cotidiana, el rumor de gente entrando y saliendo de tiendas y cafeterías, me pareció fantástica, imposible. Comimos unos pinchos, dimos la vuelta a la catedral. Era ya completamente de noche, y nos acercábamos a la orilla, cuando Irati me dijo que lo que estaba pasando era, sencillamente, que había llegado el momento de

escoger entre seguir adelante con mi vida de antes o dar un paso decisivo en el descubrimiento de mi naturaleza oculta.

—¿De qué sirve negar lo que uno es? Eso suele traer problemas.

—Bueno, yo tengo una vida, y todo esto la está alterando. ¿Y si quiero volver a ella, tal como era antes? ¿Seguir con mis proyectos y mis amigos y mis planes?

—Hay muchas razones para que no lo hagas, Mikel. La primera, que el lobo ha despertado. Fue por varias cosas y todas juntas resultaron muy fuertes. Estabas en la tierra ligada al origen del linaje. Estabas conmigo, y percibiste la influencia. Estás en la edad propicia, la adolescencia, cuando es más fácil que el Otro dé señales. Realmente tu vida tendría que ser muy tranquila para que el lobo no se presentara en algún momento para defenderte y, de esa forma, defenderse. Y eso, cuando no hay equilibrio entre las partes, cuando no hay reconocimiento, es como una reacción... Una reacción descontrolada. Las reacciones descontroladas pueden ser muy destructivas. Si decides seguir adelante, la forma que hemos encontrado para que avances en el descubrimiento de tu otro ser va a tener unas ventajas muy grandes. Ventajas para ti y para el grupo.

Yo estaba pensando en aquel episodio inexplicable de mi infancia, el terror del niño y la cosa, el fantasma, la ráfaga que atacó a un hombre en el bosque. ¿Qué había pasado allí? ¿Qué había sido de él? Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y en ese momento me decidí del todo. Era mejor tener algún control sobre algo que, de todas formas, estaba ahí

—Hay que esperar un poco para seguir viaje —dijo Wanda

Acababa de decirlo cuando se oyó una voz que decía:

—¿A quién esperas, preciosa? Me parece que este pavo no es bastante compañía para dos chicas como vosotras.

¿De qué iba aquel tipo? La forma en que se dirigía a mis amigas me enfadó, y la forma en que se refirió a mí me sulfuró.

—¡Ya os estáis largando de aquí! —exclamé mientras me levantaba del suelo como un resorte. Fue un arrebato de lo más imprudente. Pues ellos eran dos y más grandes, mayores y con muy mala pinta.

—¿Y tú que vas a hacer? —dijo el que no había hablado aún.

—Él nada —respondió Wanda, que ya estaba en pie.

La cara de los dos individuos se veía cubierta de claridad como si alguien hubiera encendido una luz y bajo ella había nacido una doble expresión de puro miedo.

—¿Cómo lo haces? —dijo uno.

—Es un truco —dijo el otro.

Pero, por si acaso, empezaron a retroceder. Luego se dieron la vuelta y se alejaron. Uno se giró un momento para gritar:

—¡Bruja!

—Sí, es lo que dicen siempre —comentó Irati con resignación y, a la vez, desprecio.

Los ojos de Wanda brillaban como si estuvieran rellenos de fósforo, como dos luces verdosas con chispas de plata, haciendo que su cara tuviese un aspecto fantasmal en la oscuridad bajo los árboles. Era extraño porque normalmente se veían azules pero ahora habían virado hacia el verde, como si estuvieran rellenos de mar, que también cambia de color.

—¿Es un truco? —pregunté.

—Sí —dijo ella—, el truco del pez abisal.

—No le hagas caso —terció Irati.

Como una luz que se apagara, no de pronto, sino en unos segundos, debilitándose progresivamente, los ojos de Wanda volvieron a su apariencia humana.

—Ya se acerca —dijo—.

—¿Quién se acerca? —pregunté, temiendo que se refiriera a esa cosa, al tropel, nuestro perseguidor.

—Un amigo que viene a recogernos —dijo Wanda.

—¿Os dais cuenta de que aún no me habéis dicho de qué va todo esto?

—Tienes razón —contestó Irati—. Aunque lo más importante lo hemos hablado: para la ti, la cuestión es tomar una decisión. No lo puedes demorar más, porque nosotros no podemos demorar lo que vamos a hacer esta noche. Verás, vamos a activar una Estrella. Y ellos lo saben. Ellos, los Herederos. Tenemos miedo de que quieran estorbarnos, de que quieran apoderarse de ella. Así que tiene que ser ya, cuanto antes. Hay que tocar cada una de las puntas de la estrella para activarla, parándose sobre ella. Pasaremos por encima. Luego cada uno ocupará su sitio. Necesitamos alguien que se ponga en el centro. El Círculo ha elegido a los candidatos. La Estrella percibirá nuestra presencia. Dicen que tendremos más fuerza, más habilidad, quizás un nuevo conocimiento. O que nos será más fácil adquirirlos. Y bueno, en tu caso será aún más importante, como encontrarte contigo mismo. Si no quieres seguir adelante, el Círculo habrá seleccionado un sustituto.

—No entiendo mucho de lo que me dices, la verdad.

—Ya está aquí —dijo Wanda. —No queda tiempo.

—Lo importante es que comprendas que la barrera que ha mantenido escondido tu otro cuerpo durante todos estos años caerá. Todo será distinto. Tu vida será más complicada, pero más rica.

Nuestros antepasados dejaron las estrellas por toda la faz de la tierra: estrellas de cinco puntas. En ellas hay una energía que nos fortalece y nos vincula. Permiten que los ocultos recuperen toda la fuerza de la conexión con su otro cuerpo. Siguiendo nuestra evolución natural todos nos hacemos más fuertes con los años y fortalecemos los vínculos entre nosotros. Las

estrellas aceleran el proceso, aumentan nuestros poderes.

— ¿Y quieres que tome una decisión así en unos minutos?

—En realidad ya lo has hecho —dijo ella.

—Tienes razón —contesté.

* * * * *

Luces en la noche, rumor de gente y de coches, arquitectura de siglos pasados, balcones, casas construidas sobre la idea de casas previas, escudos, el gran mercado como un barco inmóvil, la iglesia más antigua junto al puente que debería ser un puente medieval, aunque en realidad solo lo parece, tuvieron que reconstruirlo.

Luces amarillas brillando en la oscuridad, luces eléctricas iluminando la noche. Podían haber sido antorchas. Soñé que lo eran. Bajo el arco de piedra del puente que simulaba ser un puente medieval había una barca oscura y sobre ella una figura oscura, alta y delgada, una figura vertical que se mantenía de pie, en perfecto equilibrio, mirándonos. Me fijé en esa barca y en la silueta espigada del barquero. Pensé en Caronte, el barquero del más allá, que lleva a los muertos hasta su última morada.

—Ahí está —dijo Wanda—. Es él.

—¿Puedes verlo? —me preguntó Irati.

—Sí. Es un chico de nuestra edad más o menos, de piel muy oscura. Parece africano.

—¿Nunca te has preguntado por qué puedes ver tan bien en la oscuridad?

—No. ¿Quién es él?

—No lo sabemos aún, pero es un amigo. Nos lo han enviado...

Irati no pudo añadir una sola palabra a partir de aquí. Una segunda figura se interpuso en nuestro camino. La idea era bajar por las escaleras que llevaban hasta el agua sin llamar la atención. Al fin y al cabo, mucha gente lo hacía, bajaba hasta la plataforma junto a la cual podían atracar barcas y pequeños botes y se sentaba allí a beber y a mirar la corriente, a charlar y pasar el rato. Tampoco le habría extrañado a nadie, a ninguna de las personas que bebían cerveza y compartían el tiempo en el muelle de enfrente, junto a los establecimientos rebosantes, que una barca se acercara y nos subiéramos a ella. El ambiente festivo del viernes lo habría hecho todo fácil de admitir.

Pero la figura recién aparecida nos cortaba el paso. Era un hombre delgado, de mediana estatura, vestido con ropas oscuras y con un abrigo negro. Me pareció que salía de la nada y, de pronto, reconocí en él a Martín, el profesor de Ciencias Sociales.

—Hola —dijo—. ¿Qué haces aquí?

—Nada, dar una vuelta con unas amigas.

Pareció dudar. Guardó silencio unos segundos. Pero como siempre tenía ese aire un poco sombrío y un poco torturado no pensé que había nada especial en su expresión. Solo después, al recordarla, creí distinguir algo inusual en la imagen que había dejado en mi mente. De momento lo que me llamó la atención era esa duda, ese titubeo que no entendí. Como si quisiera decirme algo y no se decidiera.

Optó por despedirse.

—Bueno, adiós.

Ya podíamos acceder a las escaleras de piedra que se hundían en el agua.

—¡Menos mal!

—¡Sí, menos mal! —dijo Irati, dejando salir su alivio con un gran soplo de aire.

Bajamos. La barca ya se dirigía hacia nosotros. Se deslizaba muy silenciosamente. El chico que la pilotaba nos dedicó una gran sonrisa.

—Menos mal —dijo al vernos bajar.

—Vale, ¿por qué todo el mundo dice menos mal? —pregunté yo, que ya no sabía si era casualidad o era broma.

—¡Menos mal! —dijo Wanda—. Y se echó a reír.

—Soy Ousmane —dijo el chico de la barca, saludándonos con gran corrección y ayudándonos a subir a bordo. Era un muchacho serio, alto, de piel negra y rasgos armoniosos.

—Mi hermana nos espera un poco más adelante. Les dirá a sus amigas que debe volver a casa. Ellas insistirán en que se quede, pero si se ponen pesadas, sabrá escabullirse.

Ousmane estaba de pie en la popa de la barca, con un remo en la mano, un largo remo que mantenía a medias sumergido, pero ese remo estaba quieto. La barca se movía sola. Las luces de los muelles bailaban en el agua siguiendo el patrón de las ondas y arrugándose como papel brillante en las interferencias. En la margen derecha había un gran tráfico de coches y peatones. Por ese lado, detrás de la carretera brillaban los escaparates y las bocacalles entraban en el Casco Viejo, conduciendo hasta él una corriente humana y dejando escapar otra. Iban quedando atrás la vieja iglesia y el puente de piedra, el Mercado, todo él cuajado de luces como una nave espacial. Al otro lado del río, el muelle era un jolgorio de voces y música. Podía ver las ventanas, las mesas y las sillas, blancas y verdes; los muros y los miradores, arbolillos y plantas colgantes, las persianas de los locales cerrados como grandes hojas de metal en las que había enormes ilustraciones abigarradas... Veía los rótulos, los dibujos y las figuras humanas moviéndose... Y me preguntaba si era normal verlo todo tan bien en esta mezcla de luz eléctrica y sombras que formaba la noche.

Ousmane dirigía la barca. Yo sabía que era así, pero, aparentemente, no hacía ningún movimiento. El motor estaba apagado; el remo que sostenía, inmóvil. Era el agua misma la que nos conducía hacia la desembocadura, pero no la corriente, sino otra fuerza que nos empujaba y

levantaba y hacía cambiar de dirección si era necesario. Pasó en dirección contraria un barco turístico. La gente reía y cantaba en cubierta. La música se fue perdiendo a nuestras espaldas.

No habíamos avanzado mucho cuando volvimos a acercarnos a los pilares bajo los muelles, allí donde una pequeña escalera de piedra subía hasta la calle. Una sombra se deslizó por los primeros peldaños, se inclinó, terminó de descender en posición horizontal, entró en la barca y se levantó de nuevo, sentándose en la popa. Antes de ver una chica que parecía una versión femenina de Ousmane, pero más risueña, me pareció ver los ojos fosforescentes de un enorme gato negro.

—Me pone de los nervios que hagas eso —dijo Ousmane.

—No me ha visto nadie —contestó la chica.

—Es mi hermana Fatou. Mi hermana melliza.

Fuimos diciendo nuestros nombres mientras la barca se separaba del muelle. Fatou sonreía desde su puesto al final de la embarcación.

—Estoy tan contenta de conocer a otros como nosotros y de nuestra misma edad. Creía que mi hermano y yo éramos los únicos en miles de kilómetros a la redonda.

—Tenemos que fomentar el encuentro entre los nuestros. Debemos estar unidos y ayudarnos —dijo Wanda con energía.

—Estoy de acuerdo —contestó Fatou con no menos entusiasmo.

—Creo que, a partir de esta noche, nosotros sí que vamos a estar muy unidos.

—Bueno —dije yo— ¿y quién organiza todo esto, estos encuentros y este viaje y ...?

—Y las maniobras de distracción.

—¿Maniobras de distracción? —repliqué sorprendido.

—Claro. Si no, los que no quieren que lleguemos a la Estrella estarían aquí... Seguro.

—Tenemos el apoyo del Círculo —dijo Irati—. Resumiendo: los adultos.

—¿Y quiénes son?

—Mi padre es uno de ellos.

No dijo más. Yo tampoco. Por el tono de su voz supe que la confianza que tenía en su padre era completa. Pensé en mis propios padres, y estuve a punto de preguntar qué habían hecho los del Círculo para que no supiesen que yo no estaba en casa con ellos, y cómo era eso posible. Quizás los habían hipnotizado o algo así. Pero no expresé mis preocupaciones. El silencio se había instalado en nuestra pequeña embarcación. Todo el mundo parecía tener en mente añoranzas o dudas. Todas las caras estaban sin movimiento, las bocas cerradas, los ojos se dirigían a la distancia o escrutaban las orillas distraídamente. No veía los ojos de Ousmane, porque se había sentado en la proa y nos daba la espalda, pero su cuerpo expresaba recogimiento, intensidad, tensión. Pasábamos bajo los puentes, dejábamos atrás el museo Guggenheim, que brillaba en la noche. Edificios de diferentes formas, tamaños y épocas se deslizaban por las

orillas, desapareciendo a nuestra espalda. Y jardines, y parques, y más luces. Luego atravesamos esos barrios que habían sido barrios obreros y fabriles, con sus viejos pabellones industriales y sus residencias ruinosas, un paisaje de otro mundo. Algunos de ellos habían sido restaurados y reconvertidos, y los restaurantes brillaban en los bajos como si estuvieran llenos de velas, quizás de antorchas. Y seguíamos hacia el mar, el mar enorme, el vaivén, las luces detrás de nosotros, la inmensidad delante. Cuando llegamos al puerto la marea ya estaba alta y la luna llena inundaba el cielo con esa fabulosa niebla que desprende, esa luz de la que es difícil quitar la vista.

Me sentía pequeño y perdido y lleno de dudas. Ousmane, en cambio, pareció adquirir una repentina determinación, y Wanda extendió los brazos en el aire lleno de olor a mar y respiró hondo.

—¡Qué maravilla!

Al oírlo, Ousmane giró la cabeza para mirarla. Sonrió. De pie ahora en la proa —su equilibrio era muy preciso y apenas había hecho oscilar la barca al levantarse— volvió a colocarse mirando hacia el exterior, hacia el mar que se extendía en la sombra.

Irati y Fatou seguían quietas, en perfecto silencio.

A medio metro de distancia, debajo del agua, comenzó a aparecer una luminosidad parecida a la luz de la luna. Pero no era un reflejo. La luz estaba contenida (como niebla fosforescente) en la masa densa de agua salada. Inmediatamente me acordé del lobo blanco, de la luminosidad que desprendía.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Parecía que yo era el único que no sabía, que no estaba seguro.

—Soy yo —dijo Ousmane. Y, al tiempo que la luz crecía en intensidad y tamaño, se tiró al agua.

En un primer momento me sobresalté. Irati, Wanda y Fatou permanecieron tranquilas, aunque conservaban un aspecto grave, preocupado. La luz sumergida tenía ahora la forma y el tamaño de un gran torpedo y comenzó a moverse alrededor del bote. Ousmane no volvió a la superficie. Se había lanzado al interior de la luz, y esta se había convertido en una figura iluminada de la que sobresalía una gran aleta, la aleta curva de un tiburón blanco. Se movía con suavidad y desprendía la misma luz que se veía saliendo de todo el enorme cuerpo al que pertenecía.

—Salta y agárrate con fuerza —dijo Irati—. Nosotras iremos detrás.

—¿Que salte?

—Sí. Sobre él. Agárrate a su aleta. Se mantendrá arriba para que puedas respirar.

Como solía decir mi madre, “de perdidos, al río”. Aunque en esta ocasión era el mar.

Salté cuando la enorme criatura pasaba tan despacio que casi estaba quieta y sentí una fuerte impresión al tocar el cuerpo flexible de piel rugosa. Inmediatamente dejó de emitir luz y

comenzó a alejarse de la barca deprisa, cada vez más deprisa. Me sujeté lo mejor que pude. El agua me salpicaba la cara y la presión arrastraba mis piernas hacia atrás.

Viajamos durante un buen rato, y muy deprisa. Yo apenas podía ver, con el agua y el aire metiéndose en mis ojos, y no sabía si estábamos lejos o cerca de la costa. Bastante tenía con sujetarme para no hundirme en el mar. Nunca había sido un nadador extraordinario.

La luna seguía brillando en un cielo con pocas nubes y, alguna vez, cuando tenía la cabeza girada y el agua no me llegaba al cuello, conseguía abrir los ojos y ver a lo lejos la sombra negra de los acantilados o las luces de una ciudad costera. Hubo un momento en que algo chocó contra nosotros, algo que salio despedido, pero el tiburón no se desvió un milímetro de su trayectoria. “Fuera lo que fuera” pensé, “menos mal que no me ha dado en la pierna”.

Finalmente el tiburón se dirigió hacia allí donde una franja de luces delataba la presencia de una población. Empezó a frenar a medida que la playa se hacía visible y comenzó a nadar despacio cuando la profundidad de las aguas era de unos pocos metros. Entonces me dio unas sacudidas, como indicándome que debía bajar. Me solté y nadé hacia la orilla. Al de unos minutos Ousmane estaba junto a mí y el tiburón había desaparecido.

Ousmane era un nadador excelente. Llegó a la playa antes que yo. Nos rodeaba el mundo silencioso de una madrugada en la que no hay fiesta ni vacación y todos duermen para levantarse temprano.

Poco después aparecieron las chicas. Escuché el ruido de algo que se acercaba a gran velocidad por el agua. Fuera lo que fuera, pronto se transformó en las tres figuras que nadaban hacia nosotros.

Y allí estábamos los cinco, cinco figuras mojadas recién emergidas del mar a altas horas de la madrugada en una ciudad pesquera y turística que aparentemente dormía el sueño de los justos. Aunque quién sabe si alguien aquejado de insomnio no nos vería pasar por las calles camino del interior, guiados por Irati que, en ese momento, era la que sabía hacía dónde había que ir.

Pasamos por plazas y paseos, junto a iglesias, antiguas fortalezas y casas señoriales. Cruzamos calles estrechas y silenciosas, entre portalones y soportales, puertas cerradas y miradores sin luz. Cruzamos una carretera por la que aún pasaban coches de tarde en tarde. Así llegamos a un lugar apartado, un parque abandonado en las afueras. Tras la verja herrumbrosa se veía la silueta de una mansión medio en ruinas, rodeada de maleza.

—Estoy helado —dije.

—Tú siempre tienes frío —dijo Wanda, riéndose bajito.

—Pero si estamos calados... ¿Es que no os molesta?

—Ya nos hemos secado un poco con el paseo —dijo Irati, a quien no parecía importarle mucho, quizás porque tenía otras cosas en mente.

—No te preocupes. No vas a pillar un resfriado.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé.

No pude seguir quejándome porque en ese momento escuché un ruido como de viento, y una gran corriente de aire nos empujó. Miré hacia arriba y vi un ave gigantesca que movía las alas para mantenerse inmóvil sobre nosotros.

—¿No querías secarte? —dijo Fatou.

El gran pájaro descendió siguiendo una línea oblicua y se posó a unos metros sobre la hierba. Era un búho de enormes ojos anaranjados, con un maravilloso plumaje hecho de todos los tonos de las cortezas y las hojas del bosque en otoño. Tenía el tamaño de un pterodáctilo, o eso me pareció

—Él irá delante. Ve mejor que yo en la oscuridad —dijo Irati.

El búho miraba fijamente hacia la casa en ruinas y cuando miré en la misma dirección vi una luz sin brillo que crecía y tomaba la forma de otra ave, un ave que ya conocía. Era un gerifalte.

Irati me tocó el brazo.

Se alejó entonces y se paró mirando hacia el ave que a su vez la miraba en lo alto de las ruinas. Irati abrió los brazos y el halcón emprendió el vuelo, dio la vuelta en el aire y bajó hacia ella. Cuando se encontraron, ella desapareció dentro de la figura blanca, que dejó de emitir luz y adquirió el aspecto de un ave normal en todo salvo en su tamaño.

Mientras sucedía todo esto, Ousmane y Fatou habían corrido a reunirse con el búho. Ahora ya estaban sobre su espalda, subiendo hacia el cielo. Rápidamente, Wanda y yo trepamos al lomo del halcón y este salió disparado hacia arriba. Antes de cerrar los ojos por el vértigo y la fuerza del viento me pareció ver que sus plumas no solo habían dejado de emitir luz, sino que se habían vuelto más oscuras.

El aire silbaba en nuestros oídos. La noche pasaba a los lados, en lo alto brillaba la luna. No me atrevía a mirar hacia abajo. Pegaba mi cara al cuello de eso que era ahora Irati, o que era una suma de ella y otra cosa. Wanda se sujetaba a mí (o tal vez me sujetaba) con un brazo, mientras su otra mano se aferraba a las plumas del halcón. Inclined contra mi espalda, espiaba las distancias de la noche. Yo no podía abarcar el ancho cuello de nuestro portador, así que también me agarraba a las grandes plumas. Cuando abría los ojos veía nubes iluminadas y alguna estrella que aparecía entre ellas. Y si podía dirigir la mirada hacia adelante, veía que la cola del búho se encendía a ratos con una fosforescencia de mayor o menor intensidad. A veces parecía que teníamos delante los faros traseros de un coche volador.



3. La estrella de cinco puntas



Estuvimos navegando por el aire durante un tiempo. No sé cuánto. Escuché el rugido de un avión. Escuché roces, murmullos en alguna parte de la sombra. Escuché los latidos de mi propia sangre. Luego empezamos a descender. Las luces de una ciudad salieron de entre las nubes como un dibujo en una pizarra llena de marcas ardientes. Con precisión, los grandes pájaros se dirigieron hacia el centro y entonces vi la estrella de cinco puntas. Iluminados por grandes focos, los restos de la fortificación conservados en el parque de La Ciudadela delataban la forma geométrica con que se había diseñado. Tres de sus ángulos exteriores se veían claramente, mientras que dos de ellos habían sido borrados de la superficie y solo la imaginación podía situarlos al otro lado de la Avenida del Ejército. Cómo no lo había pensado antes. Quizás por eso, porque la estrella de cinco puntas ya solo tiene tres.

* * * * *

Nuestras monturas empezaron a trazar un círculo sobre las puntas de la estrella, sin olvidar las puntas imaginarias (o tal vez subterráneas). Dieron una, dos y tres vueltas y cada vez descendían un poco más hacia tierra. Y entonces ocurrió algo extraordinario, aunque no sé si más extraordinario que andar por ahí volando sobre pájaros gigantes y surcando el mar a lomos de un tiburón. De cada punta emergió una columna de luz roja, de un rojo oscuro, como si se estuvieran formando cinco altísimas pilastras de rubí. Incluso fuera del parque, junto al Edificio Singular y dentro del Edificio Baluarte, emergían dos de ellas para completar la imagen que no completaban las murallas. Al principio la luz casi se perdía en la oscuridad. Luego empezó a brillar con más fuerza y cuando las aves trazaron el quinto círculo se veían ya cinco pilares transparentes llenos de una luz poderosa, como sangre iluminada: por arriba, los recibía el cielo y no acababan, se perdían en la altura. Además, del centro de la estrella subió una sexta columna de luz como si fuera un chorro disparado hacia el cielo.

Las aves comenzaron a descender. La criatura que yo montaba —y que no me atrevía entonces a llamar Irati— se paró dentro de uno de aquellos chorros de luz, el que brotaba del centro de la estrella.

—Baja —dijo Wanda—. Y quédate aquí. No te muevas de este punto pase lo que pase.

Irati se la llevó volando. El gran búho había descendido antes que nosotros. Éramos seis. Había seis tubos de luz que se perdían en el cielo: uno por cada punta, otro marcando el mismo corazón de la estrella. Abrazado por aquel color nutritivo, empecé a sentir una somnolencia agradable, una paz que borraba mis inquietudes. Pero la luz cambió. Se hacía más pálida, como si el rojo se diluyera. Y a medida que se diluía, una blancura, a ratos de plata y a ratos de oro, tomaba su lugar y brillaba a través de mi cuerpo.

Recordé lo que me habían dicho: que no me moviera de allí. Pero me sentía inquieto. Aquella luz que había desterrado el carmesí me comunicaba una energía insoportable. Todas las otras columnas habían adquirido la misma blancura, fantasmal, tenue al principio, luego intensa, subyugante, poderosa, la misma que había visto en el lobo blanco, en las demás criaturas, en los ojos de Wanda cuando asustó a los matones en el otro parque, en la otra ciudad.

La luz no dejaba de cambiar, se sorprenderme. Se fue haciendo de un blanco deslumbrante pero opaco. Durante unos segundos no pude ver nada. Luego volvió a parecerse a la niebla, y la niebla se hizo más y más leve, pero danzaban en ella partículas de oro y plata como lentejuelas incandescentes. Miré mis manos. ¿Estaban brillando o tenían ese aspecto porque se encontraban dentro de aquel chorro fantástico de energía que parecía traspasarme? Supe entonces que mi cuerpo estaba absorbiendo aquello con sed, con ansia, como si hubiera encontrado un alimento hecho a su medida. Tenía una sensación de fuerza, de alegría, de plenitud, pero mis sentimientos

eran tan intensos que me parecían una carga. Deseaba seguir llevando esa carga aunque me oprimiera, aunque me diera un poco de miedo. Era un peso que quería quitarme de encima, pero dentro de un rato, siempre dentro de un rato.

Escuché un ruido sobre mi cabeza, como un restallar suave de chispas. Al mirar hacia arriba lo vi en la luz, moviéndose dentro de ella despacio, bajando despacio. No tenía forma pero yo sabía qué forma adoptaría al acercarse a mí o a mi mundo. Por el momento solo era una luz vertical que formaba ondas, un movimiento allí dentro, una parte diferenciada de toda aquella energía en la que me encontraba yo también. Ondas, líneas curvas que se desprendían de una franja dentro de la columna, una franja hecha también de curvas y de movimiento, una densidad, un volumen que avisaba de que había allí algo que tenía entidad propia y voluntad y fuerza. Cuando se colocó frente a mí era ya un lobo blanco que parecía estar buceando en la luz. Nos aproximamos uno al otro. Dejamos de ser dos.

* * * * *

Como dicen en las viejas novelas, “el invierno tocaba a su fin”. Ese día dejé de ser el Mikel friolero que todo el mundo conocía y me convertí en un Mikel al que parecía proteger una invisible piel de lobo. Al principio creí que eso se debía a que yo era el lobo o estaba dentro del lobo o lo que fuese que sucediera después de que nos fundiéramos los dos. Pero cuando nos separamos, el viento helado de la noche en mi piel humana me parecía una agradable caricia. Era como haber renacido.

Nos reunimos en el centro del parque: una pantera negra, un halcón gris (¿pero no era blanco?), un búho, un lobo, un chico y una chica; estos eran Wanda y Ousmane. Quienes aún no tenían forma humana la adquirieron enseguida. O sea, las formas de los diversos animales se separaron y se perdieron en alguna parte de la realidad. Quizás estaban allí mismo todo el tiempo, pero en otra dimensión, en otro mundo conectado al nuestro por un pasadizo que solo el vínculo entre los dos cuerpos podía abrir. La Dimensión Oculta, la Dimensión Mágica.

Allí estábamos todos, de pie en un círculo, sonrientes.

—Hola, soy Ander —dijo un chico con rastas que había surgido del interior del enorme búho real.

—Hola, Ander.

Irati y Wanda le besaron más por afecto que por cortesía, pues ya le conocían de antes. Él besó también a Fatou en las dos mejillas.

—Me gusta tu pelo —dijo Fatou.

—Gracias.

Cuando nos alejábamos, nos topamos con un vagabundo que se tambaleaba y miraba hacia

el cielo. Se asustó, pero al vernos más de cerca debió convencerse de que éramos inofensivos. Tal vez demasiado jóvenes, o tal vez nuestra actitud indicaba que no íbamos a hacerle ningún daño.

—¿Habéis visto eso? —preguntó.

—No, no hemos visto nada.

Ander metió la mano en un bolsillo de su pantalón vaquero y sacó un par de monedas.

—Tenga. Para que desayune alguna cosa.

El tipo cogió el dinero y nos miró con asombro.

—Gracias, chaval —respondió.

—Siempre me pregunto qué pasa con mi ropa cuando estoy dentro del otro cuerpo —comentó Ander—. Qué pasa con las monedas, con lo que llevo en los bolsillos. Pero parece que a él no le molesta. Me lo devuelve todo.

—Yo también me lo he preguntado —respondí. Y era verdad. Sin embargo, lo que estaba pensando en ese momento era cómo podía ser posible que un tipo extrovertido, jovial, afectuoso y simpático, fuera un búho.

Pero ese día no le dije nada. Estaba demasiado ocupado asimilando los cambios que, según me parecía a mí, habían tenido lugar a mi alrededor. La noche era diferente. Podía ver aún mejor que antes con el mínimo rayo de luz. Oía sonidos que nunca antes había oído. Pero el cambio principal era un nuevo sentido que me permitía percibir a los demás como distintos de los seres humanos que no llevan la Semilla. Como si emanara de ellos un aura de energía, una radiación, algo que me decía sin lugar a dudas: “es como yo”. Todos nosotros, los descendientes, conocemos esa sensación, pero sería imposible explicársela a un humano “normal”.

Y no es la única cosa extrasensorial que los Descendientes podemos percibir, especialmente algunos de entre nosotros.

—Esta puerta me da yuyu —dijo Ander.

—Es la puerta del Socorro. Aquí fusilaron gente durante la Guerra Civil.

—Se nota.

—Esta sangre es más reciente. Pero antes hubo otras guerras y otros muertos.

—Si es por eso, aquí y en toda la tierra. ¿Habéis pensado cuántas guerras y cuántas batallas y cuántos crímenes ha podido haber en el mundo?

—Por eso hay quien dice que los humanos no tienen remedio y que la única cura es la Semilla.

—No sé, aquí hay algo como muy angustioso. Mejor nos vamos a otro sitio.

—Es que tenemos que esperar aquí.

—Nos vienen a buscar. Tres adultos nos acompañarán de vuelta. Quieren asegurarse de que no nos pase nada.

—¿Y qué nos puede pasar? —pregunté

—Quién sabe —dijo Irati pensativa—. Son malos tiempos... Eso dice mi padre. No se fía de los Herederos.

—Mi tío está cerca —avisó Fatou.

Había en la noche un movimiento vertiginoso que se dirigía al punto en que nos encontrábamos. Todos miramos hacia allá. El movimiento se fue frenando. De las sombras salió una pantera negra, enorme.

—Él nos guiará a ti y a mí —me dijo Fatou—. Es mi tío Jacques

—¿Y los demás?

—El padre de Irati viene a buscarla. Ousmane y Wanda regresarán con ellos.

—Entonces ¿vamos allá? —me preguntó Fatou.

—No sé si sabré.

—Sí que sabrás. ¿No ves que él sabe cómo venir? Tú llámalo y él vendrá.

Fatou entró en su otro cuerpo de esa forma tan extraña, o eso me parecía entonces, porque la criatura crecía desde su mismo interior. Luego, cuando hubo dos panteras, Jacques y Fatou, estas se acercaron una a otra. Sus cabezas se juntaron y se rozaron mientras emitían suaves gruñidos de bienvenida.

En la sombra, a unos tres metros de distancia, surgió el lobo blanco, como si brotara de una nube de oscuridad, de algo que estuviera allí pero que no podía verse. Caminé hacia él. Mientras lo hacía notaba cómo mis sentidos se agudizaban más y más y el mundo a mi alrededor parecía cambiar más de lo que ya lo había hecho. Sentí vértigo pero no me detuve. Él tampoco. Entré en él. Me envolvió. Dejé de percibir mi cuerpo humano. Alrededor la noche se llenó de olores, de sonidos que ni siquiera mi oído tan sensible (más sensible después de la fusión en la columna de luz) podía captar cuando era mi cuerpo humano el que se desplazaba por este mundo. Olores y sonidos más intensos y variados aún que los que habían ido brotando en la noche cuando íbamos el uno al encuentro del otro. Pensé que mi color blanco era poco adecuado para pasar desapercibido. Enseguida el pelaje del lobo se oscureció hasta adquirir un tono gris que se confundía con las sombras.

Fue la primera vez y no lo he olvidado. Saltamos sobre abismos, descendimos pendientes imposibles, subimos por paredes verticales. Mis patas se adherían a la tierra y a las piedras como si fuera el conde Drácula subiendo y bajando por los muros de su castillo. Recordé lo que me habían dicho: “Tu elemento es la tierra”. La tierra, la Tierra, me daba fuerza y velocidad. Cada vez que me impulsaba, ella añadía algo al impulso, como si la ley de la gravedad no contara para mí.

* * * * *

Antes del amanecer habíamos llegado a nuestra ciudad y nos reunimos con los otros en la falda de un monte que descendía sobre ella. Ander se despidió. Dijo que tenía que volver a casa. Lo vimos desaparecer en el cielo. Un hombre alto se acercó a felicitarme. Era el padre de Irati.

—Creo que pasaré el día aquí. No sería buena idea viajar ahora. Salvo que coja el ferry —dijo sin una pizca de acento extranjero. Sonrió—. Pero creo que me ahorraré el pasaje.

Quienes no se conocían previamente fueron presentados. Jacques, el tío de Fatou y Ousmane, era más alto aún que el padre de Irati. Los dos adultos caminaron juntos hablando entre ellos. Hablaban en francés, idioma que dominaban los dos. Pronto comprobaría en primera persona que los Descendientes tienen una capacidad sobrehumana de aprender idiomas en la edad adulta como lo hacen los otros seres humanos en la primera infancia.

—¿Y tu hermano? —pregunté, acercándome a Wanda.

—Ha vuelto a casa —contestó. —Yo regresará con Irati y su padre.

* * * * *

Algo cansados —lo asombroso, pensé, es que solo sienta un ligero y agradable cansancio— fuimos bajando hasta la ciudad mientras amanecía. La última porción de la noche se demoraba en las calles. Pronto se convirtió en esa atmósfera de transición, cuando la actividad crece en la ciudad antes de que la luz lo haga del todo.

En un paseo arbolado junto al río, sentado en un banco, un chico de nuestra edad esperaba dentro de una trenka de color verde oliva que tenía el cuello levantado. Me llamó la atención porque era igual que la mía, la que había dejado en el armario de mi habitación. También percibí algo en él, algo que no puede explicarse con palabras que están creadas para la experiencia humana corriente. Ese algo me decía que era uno de los nuestros. Y, al parecer, nos esperaba a nosotros, pues se levantó al vernos y se nos quedó mirando.

—Hola —dijo, alzando la mano a modo de saludo. Luego metió las dos en los bolsillos y empezó a balancearse sobre los pies mientras sonreía.

—Parece un poco tímido ¿no? —le dije a Irati, que estaba a mi lado.

—No te fíes.

—Gracias, Samuel —le dijo el padre de Irati—. Has hecho un excelente trabajo. Samuel sonrió.

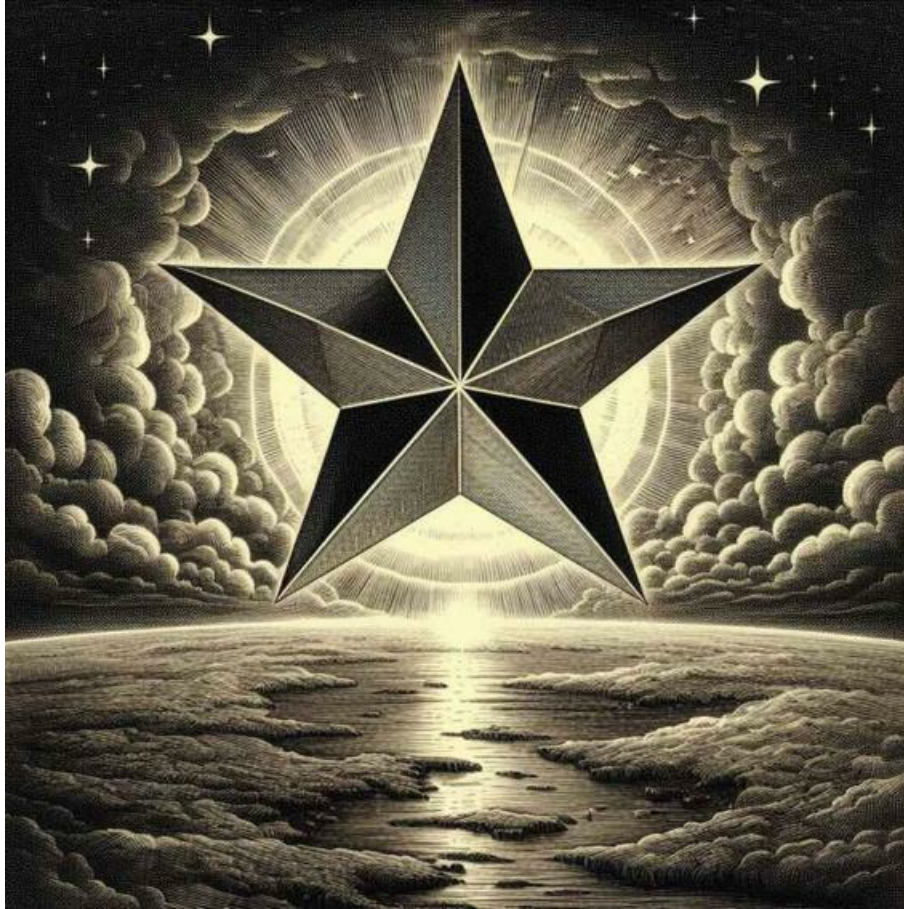
—Eso espero.

Yo todavía no estaba al tanto de los peculiares talentos de Samuel. Cuanto tuve más detalles, me pareció asombroso, fascinante y algo siniestro. Y cuando tuve más detalles aún sobre cómo había desarrollado su misión, no estuve tan de acuerdo con que su trabajo hubiera

sido excelente. Entonces no me gustó nada. Hoy lo dejaría en bueno, con algunas reservas.



3. La sombra de la Estrella



Samuel levantó del banco la mochila que había estado usando para apoyar la espalda. Era igual que la que yo llevaba al Instituto. Idéntica. Incluso tenía los mismos roces producidos por el uso, las mismas chapas, las mismas pegatinas.

—Bueno, yo tengo que ir a clase. Hoy será el último día que te sustituya —dijo Samuel. Casi me pareció que su tono sonaba un poco a lamento.

Entonces, delante de mis narices, su cara, que brillaba tenuemente, cambió hasta convertirse en una réplica de la mía.

—Después de clase nos vemos.

Por el paseo, bajo las luces de las farolas que parecían debilitarse contra un cielo cada vez más claro, se fue alejando hacia la pasarela blanca que le llevaría a la otra orilla.

—Esto sí que no me lo esperaba —dije.

—Es un cambiante —dijo Wanda—. Su otro cuerpo también tiene forma humana, pero puede adquirir la de cualquier persona con la que haya tenido contacto alguna vez.

—Pero si nunca nos habíamos visto.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Irati.

—Vale, me callo mi gran boca—respondí, con una sonrisa.

Me acerqué a Ousmane.

—¿Qué fue eso que nos golpeó anoche cuando viajábamos por la costa? —pregunté.

—Oh, no fue ninguna criatura tratando de impedir que llegáramos. Fue un asqueroso bidón de plástico. Lo de siempre. No lo pude esquivar porque acababa de esquivar otra porquería. La gente se cree que el mar es su basurero.

Hacia el mar se movía el agua de la Ría, no sé si tranquila o resignada, llevando con ella unas cuantas bolsas de la compra que el viento había depositado sobre su superficie. Dejamos atrás el paseo arbolado con sus hoteles, sus viviendas de lujo y sus vistas de lujo y, por uno de esos contrastes tan propios de una ciudad pequeña, nos encontramos de pronto en un barrio popular, un barrio con casas modestas, con algún edificio antiguo y sobre todo, muchas fachadas que tenían adosados pequeños balcones de hierro forjado. El barrio estaba a medio camino entre la decadencia y la recuperación. En uno de esos bloques de ladrillo y estuco con balcones de metal negro vivían Jacques y su esposa, y su piso era algo así como “nuestro” cuartel general en la zona. Estaba decorado con toda clase de cosas africanas, y no solo de Senegal, sino también de otros países. Jacques nos explicó que esa colección no era suya, aunque quienes las veían pensaba que se las había traído para recordar su tierra natal. Pertenecía a su mujer, una gran aficionada a todo lo africano. Jacques se rió al decir esto último. Su mujer no estaba en casa. Se llamaba Itziar y estaba trabajando.

—¿Dónde trabaja tu mujer, Jacques? —preguntó Irati.

—¡Oh Eugene, por favor, no seas indiscreta! —dijo su padre.

—No pasa nada —contestó Jacques con una amplia sonrisa—. Es profesora de universidad. Da clases de historia antigua. Yo era maestro en mi país. Aquí he trabajado en la construcción, descargando camiones y cuidando ancianos. Ahora tengo una frutería en esta misma calle.

—¿Eugene? ¿Qué es eso de Eugene? —dejé caer en el oído de Irati, después de haber escuchado la explicación de Jacques.

—Mi nombre completo es Irati Eugene Williams.

Pasamos la mañana aseándonos, cambiándonos de ropa y, en mi caso y en el de Irati (o Eugene), vaciando la mochila y reparando los móviles. Mejor dicho, fue Irati quien lo hizo, secándolos, pues era capaz de provocar corrientes de aire y algo más, porque dejaba cargada la

batería como si hubiera estado colocada sobre un cargador. Era como si algunas de sus corrientes de aire tuvieran carga eléctrica.

Los mayores prepararon la comida. No pudimos conocer a Itziar porque aún no había regresado de la Universidad. Todos ayudamos en la cocina, contentos por lo bien que había salido nuestra aventura, y apenas habíamos terminado de comer cuando llegó mi sustituto.

—Bueno —dijo enseguida. Será mejor que te des prisa. Te quedan veinte minutos para llegar a clase.

Me pareció notar en Samuel signos de irresolución. ¿Por qué dudaba, de qué, si sabía muy bien los pasos que debía seguir? ¿Y yo, qué me encontraría al volver a mi vida de antes? Eso dependía en gran parte de su trabajo. No me atrevía a preguntar, pero deseaba hacerlo. Al fin, antes de despedirme de todos, lo hice. Más o menos.

—¿Qué tal han ido las cosas en mi ausencia? —dije con un tono que pretendía ser casual.

—Oh —contestó Samuel—, creo que están contentos.

—¿Y yo? ¿Estaré contento?

—Espero que sí —respondió, riéndose.

Cuando fui a salir por la puerta me detuvo.

—Oye, si necesitas algo, lo que sea, solo tienes que llamarme.

—Vale. Dame tu número de móvil.

—Oh, no hace falta. solo llámame.

—¿Que te llame? ¿Cómo?

—Por mi nombre.

Me quedé mirándole unos segundos.

—Mikel, se te hace tarde —dijo Wanda.

Me despedí entonces y cerré la puerta tras de mí.

Volver me ponía aún más nervioso que haberme ido.

* * * * *

Por el camino, me parece que la ciudad tiene otro sonido, más fuerte, más lleno, un sonido lleno de sonidos, como un cable hecho de muchas fibras diferentes de distintos colores y tamaños. Y tiene muchos más olores: olores buenos, malos, maravillosos, delatores, insufribles como el perfume de esa señora que se acerca. La ciudad es la misma y es otra. Está llena de energía. Vibra, canta, zumba. Pasan los coches, charlan las personas, de los bares sale olor a café y a comida. Llego a clase puntual. Me encuentro a la peña en el pasillo. Jorge me mira con el ceño fruncido y Marian viene a mi encuentro muy sonriente y me coge del brazo.

—Tengo las entradas.

—¿Las entradas?

—Sí, para esta tarde. Tú y yo nada más, recuerda. Me lo has prometido.

Entonces me suelta del brazo y se aleja haciéndome señas para que la siga.

—Vamos, vamos, que viene el profe.

Se cuela en el aula rápidamente. Yo entro también. Ocupo mi sitio junto a Jorge. Voy a preguntarle algo, pero recuerdo que no debo hacerlo, se supone que sé perfectamente qué está pasando aquí. Además tengo a Marian a mi espalda. Ha llegado a su mesa antes que yo a la mía y me sonrío de nuevo con una sonrisa grande y cariñosa.

Terminan las clases. Salimos. Le doy una palmada en la espalda a Jorge.

—¿Qué tal, tío? Te veo un poco bajo.

—No, qué va. Estoy bien.

—¿Seguro?

—Claro... Pero bueno, a ver si alguna vez sales con toda la peña, como antes. No quiero decir que Marian ser acaparadora ni nada de eso, no te enfades. Pero podríais venir con nosotros de vez en cuando.

—¿Por qué me iba a enfadar?

—No sé, tío. ¡Como no se puede decir nada de Marian! Estos días estás un poco raro. No pareces tú mismo. Y a ver cuando puedes quedar para hacer el trabajo que nos encargó Martín. Ya nos queda poco tiempo para entregarlo.

—Cuando quieras.

—Ya —dice él por último, con tono incrédulo.

Estoy un poco aturdido. Tengo que ponerme al día. Además, ahora mi mundo es distinto, mis sentidos más agudos, hasta mi cerebro parece funcionar de forma diferente. No sé, es como si el otro cuerpo estuviese siempre muy cerca. Me llega una enorme cantidad de estímulos. Estoy muy ocupado tratando de poner orden en ese caos. Eso no me ayuda a pensar. Poco a poco me doy cuenta de que puedo concentrarme en una voz lejana en medio de un gran jaleo de voces y entender lo que dice. La salida de clase es siempre un barullo monstruoso. En el aula hay un poco más de tranquilidad, aunque la gente no deja de hablar, no hay manera. A veces hablan más, a veces menos, pero siempre hay alguien cotorreando en alguna parte. El timbre ha sonado como una bomba de lo más estridente y en cuanto se ha abierto la puerta me ha llegado el olor del WC, que, por suerte, al lobo que hay en mí no le resulta tan desagradable como al humano, así que, en conjunto, se puede soportar.

Marian se cuelga de mi brazo en cuanto pisamos la calle y camina conmigo un buen rato.

—¿Quedamos donde siempre a las siete?

—Bueno... No, mejor quedamos en la boca del metro, cerca de mi casa, ya sabes, en la plaza...

—Pues ahí digo, tonto.

Se ríe, me da un beso y se va.

Podría distinguir su olor en una multitud. El suyo y el de cualquiera.

Antes de pasar por casa voy a la lonja donde mis padres tienen las oficinas: una recepción con dos secretarias, dos empleadas y tres despachos que ocupan ellos dos y su socio el señor Etxebarria, que se llama Ignacio de primero, pero al que todos llamamos Etxebarria porque mi padre y él fueron juntos al colegio en aquellos tiempos en que los profesores les llamaban por su apellido. También le llamamos a veces Etxe, con una familiaridad que solo usamos cuando no nos oye, haciendo chistes malos y juegos de palabras. Etxebarria (Casanueva) es el que lleva la Inmobiliaria, así que las ocasiones de hacer chistes malos son muchas. Mis padres se ocupan de la Gestoría.

Tengo ganas de ver a mis padres y comprobar que todo está en orden. Mamá ha salido a hacer unas gestiones. Mi padre está ocupado y hay que esperar. Por fin sale un tipo de su despacho y se marcha y veo a mi viejo en la puerta haciéndome señas para que entre.

—¿Qué tal hijo?

—Igual estás muy liado.

—No, hombre. Si lo estoy te lo digo. Me parece muy bien esta nueva costumbre de pasar a vernos. Pero no esperes mucho. Si ves que sí, que estamos muy liados, tú vete a tus cosas. No hace falta que te quedes esperando media hora como el otro día. Tendrás que estudiar. Es una pena que tu madre haya salido a hacer unas gestiones. Dice que estás mucho más centrado, responsable, cariñoso... Tu comportamiento de los últimos días le ha levantando el ánimo. ¿Ves? Si solo tenías que prestarle un poco más de atención y no encerrarte tanto en ti mismo. Tu madre necesita que confíes en ella, del mismo modo que tú necesitas que confiemos en ti ¿no es así?

—Por supuesto, sí, claro, claro.

Es evidente que él también está encantado, aunque pone todas esas opiniones en boca de mamá, y que cuando dice “prestarle más atención” quiere decir “prestarnos más atención”.

—Bueno, voy a casa a dejar la mochila y a cambiarme de ropa. He quedado a las siete.

—Ah, sí, el concierto —dice él. Y me guiña un ojo.

Cuando salgo de allí estoy furioso. Y descubro que mi furia es mayor de lo que solía ser, y eso cuando aparecía, de Pascuas a Ramos. Siempre he sido impulsivo, pero no iracundo. Ahora estoy verdaderamente cabreado. Furioso, ya digo. Intento respirar lenta y profundamente para calmarme. Estos dos mendrugos que tengo por progenitores no se han dado cuenta de nada. No saben distinguirme de un impostor. Es más, prefieren al impostor. Qué cariñoso, qué atento, qué majo este Samuel. Qué caradura. Qué liante. Qué dos idiotas. Ahora tengo una novia que no debería tener y unas expectativas que tengo que cumplir para no decepcionar a mis padres.

¡Mis padres! ¡Cómo si él hubiera sido el que se preocupaba por ellos mientras por las

noches oía sus conversaciones desde la cama, en los peores días de la crisis, cuando el negocio les iba mal porque cerraban otros negocios a cientos! Y ahora ¿qué voy a hacer? Nunca he pensado en Marian como novia. Es como salir con tu hermana. La conozco desde que éramos pequeños. La conocí antes incluso que a Jorge. Sí, la chica no está mal, es bastante guapa, tampoco es que sea un terrible sacrificio estar con ella, pero ese cretino de suplantador me ha metido en un embrollo. ¡Ah, lo mataría! Ah, Samuel, como te ponga la mano encima.

—¿Me has llamado?

Samuel está de pronto en el portal de casa. Hace un segundo no estaba ahí. Mi mano se lanza a por él. Estoy más enfadado porque me ha dado un susto y no le he podido detectar. No le he oído venir. No he notado nada. No le voy a pegar, claro. Yo no ando por ahí pegando a la gente. Nunca lo he hecho y no lo voy a hacer ahora. Quiero agarrarle de la ropa y darle un meneo mientras le suelto unas cuantas verdades. Pero lo que encuentro es aire. Mi zarpa, quiero decir, mi mano, atraviesa el aire y la figura sigue imperturbable delante de mi, mirándome fijamente.

—¿Qué es esto? —digo.

—Oh, es mi segundo cuerpo. En su aspecto menos material, como ves. ¿No creerás que puedo acudir en persona y de forma instantánea cuando me llaman ?

—¿Cómo haces eso?

—Muy fácilmente. ¿Es que tú no lo haces? Bueno, supongo que no. En fin, querrás presentar quejas, ¿a que sí?. Pero esto no es una relación comercial, no se devuelve la mercancía, no hay indemnización por los daños. Yo hago lo que puedo. Es difícil, ¿sabes?

—¿Puedes subir a casa? Este no es el mejor sitio para hablar.

—Claro. Vamos.

* * * * *

Voy a seguir narrando esta escena en tiempo pasado porque ya no me interesa que quienes lean estas crónicas o memorias tengan esa sensación de inmediatez que da el presente, esa sensación de que te están contando la cosa en el mismo momento en que sucedió (¿o debería decir en que sucede?). No, ahora prefiero tomar un poco de distancia, la misma que, a medida que se enfriaba mi cabeza, fui tomando con respecto a los hechos que debíamos discutir Samuel y yo.

Mientras subíamos en el ascensor yo le miraba, verdaderamente confundido.

—¿Cómo haces para que tu segundo cuerpo hable?

—¿Por qué no iba a hablar? Es una persona ¿no?

Entonces se abrió la puerta del ascensor y apareció la vecina del 3º C.

Y eso me enfrió bastante, porque el miedo de que atravesara el segundo cuerpo de Samuel y se quedara alucinando me quitó gran parte del monumental enfado con el que venía después de

pasar por la oficina de mi padre y por el Insti.

Sin embargo, cuando miré hacia atrás para asegurarme de que eso no sucedía, Samuel había desaparecido.

—¿Bajas? —dijo la vecina.

—Sí, bueno, al segundo. Creo que me has subido. No he debido de darle al botón a tiempo.

En cuanto la puerta volvió a abrirse en el segundo piso salí escopeteado. Busqué la llave de casa en el bolsillo. Cuando llegué a mi habitación, allí estaba él de nuevo, aunque un poco menos convincente que antes. Ahora parecía algo translúcido. Translúcido o no, estaba sentado en mi cama, cosa que me volvió a irritar. Me contuve. No quería ser demasiado desagradable con él. No antes de oír lo que tenía que decirme.

Lo primero que dijo fue:

—Lo siento.

“Ya, reconoces tu culpa, maldito”, pensé.

—No, no, de culpa nada.

—¿Es que me lees el pensamiento?

—Los cambiantes tenemos mucha facilidad para las habilidades psíquicas y sí, muchas veces puedo hacerlo. Ahora es muy fácil. Como tus pensamientos se dirigen a mí me llegan alto y claro.

—Pues entonces ya sabes por qué estoy tan rayado.

—Sé muchas cosas. ¿Es que no piensas lo difícil que es esto para mí? ¿Lo difícil que ha sido? Y como enseguida sé lo que quiere la gente, contentarlos me resulta... No sé .. Como una tentación irresistible. Es como si me lo pidieran. Tengo demasiada empatía. Pero, al fin y al cabo, tus padres están contentos.

—Demasiado contentos.

—Son tan majos... No lo pude evitar.

—No son tan majos. Son padres normales. A veces bastante pesaditos.

—Oh, tú no sabes lo que hay por ahí. Mi padre sí que es pesado, cuando se empeña en entrenarme. ¡Buf! Y Marian... Bueno, sí, es un poco lío. Eso me tenía preocupado.

—¿Tampoco lo pudiste evitar?

—Pues no, la cosa se lió sola. Traté de evitarlo, pero me gusta.

—¿Qué te gusta? ¿Organizar malentendidos?

—¡No, hombre! La chica.

—Genial. Pues vas a ir tú con ella al concierto de esta tarde. Odio ese grupo moñas al que quiere ver en directo. Es horrible. Más de la mitad de la clase se pasa el día oyendo reggaeton y un tercio escucha cantantes moñas.

—¡Vale! No te preocupes. Claro que iré. No tienes que hacer nada. Déjame a mí. Mientras

tanto, ya iremos pensando como buscar una solución a esto.

No pude decir nada más. Desapareció. Y entonces entendí el origen de tantas historias sobre fantasmas.

* * * * *

No me atreví a aparecer por el sitio donde yo o él o quien fuera había quedado con Marian, porque ella sabía perfectamente que no tengo ningún hermano gemelo. En cambio, esa noche, exactamente a las dos de la madrugada, Samuel tuvo la deferencia de aparecerse nuevamente en mi habitación para contarme cómo había ido el concierto. Ya no le esperaba y me dio un susto de muerte.

—Oye, deja de presentarte sin avisar ¿vale?

—De acuerdo, pero tienes que prestar más atención a lo que puedes oír con tu otro cuerpo. Si no...

—Me llamas por teléfono.

—Está bien.

Después de contarme lo que había pasado aquella tarde (hubiera preferido no saberlo) antes, durante y después del concierto, Samuel, que estaba embalado, me dijo que tenía un plan para solucionar el embrollo. Su plan me pareció un embrollo mayor.

—¿Sabes que todos tenemos un doble en alguna parte?

—¿Un doppelgänger?

—No, eso es un doble fantasmal. Aunque sí, también se le suele llamar doppelgänger, pero me refiero a un simple doble físico; si, también se le llama así, creo. La naturaleza hace estas cosas, repite patrones, repite formas, repite caras.. De momento tú me podrías presentar como tu doble. Bueno, primero tendrías que asegurarte de que conoce el tema. No sé, mirar páginas de Internet con ella, dejar caer algún comentario, algún chiste... Estas cosas son muy de chiste.

—Ya.

—Luego le dices que...

—Sí, le digo “¿Adivina qué? He encontrado a mi doble. Iba por la calle el otro día y vi un chico que era exacto a mí y le dije: ¡Pero si eres igual que yo! Ven conmigo que te voy a presentar a mi novia a ver cuál de los dos te gusta más.

—No te hagas el gracioso. Es mejor que yo aparezca con tu aspecto para facilitar la transición, podríamos decir. Quiero decir que a nivel subconsciente ella sabe que yo no soy tú. Se siente atraída por mí pero con tu cara y tu aspecto físico. Pero cuando tenga que elegir entre dos personas aparentemente idénticas, elegirá a aquella con la que ha estado saliendo, con la que tiene un vínculo emocional.

—Sigue. Casi me convences.

—Ya. No pareces muy convencido. Bueno, ella empezará a sentir dudas y creo que terminará percibiendo que yo soy la persona con la que ha salido estos días. A nivel subconsciente, por supuesto. Sí, creo que puede ser. Creo que ella misma te pedirá que lo dejéis y ... Y así todos contentos.

—Ya, muy fácil. Se irá contigo porque serás igual que yo y por no sé sabe exactamente qué más. Ah, sí, porque en el fondo le gustas más que yo. Pero no creo que lo sea. Que sea tan fácil quiero decir.

—Oh, vamos. Si ve a tu doble no puede negar que tu doble exista. Una vez que yo entre en juego hay muchas posibilidades de que te libres de ella. Haré todo lo posible. ¿No es eso lo que quieres?

—No quiero librarme de ella. Es mi amiga. Quiero librarme de esta situación que me has creado con tus tonterías.

—Pues eso.

—Por favor, márchate ya. Me estás mareando.

Se lo acababa de pedir y ya se había volatilizado. Volatilizado, desvanecido, esfumado, desintegrado, borrado. Confié en que recordara lo de avisar antes de aparecerse de nuevo y me tumbé en la cama a descansar. Pero aunque estaba cansado, no podía dormir. No tenía la cabeza más que para alguna distracción ligera, así que cogí un cómic de Spiderman de la colección que guardaba en el baúl junto a la cama.

No había descansado ni cinco minutos cuando mi sexto sentido nada arácnido me avisó de que alguien o algo andaba cerca. Dejé caer el cómic sobre mi pecho y levanté la cabeza para mirar hacia la ventana. Desde allí me devolvían la mirada unos ojos verdeamarillos que parecían de un fuego lento y extraterrestre. Alrededor de ellos había una silueta oscura.

Me llevé un pequeño sobresalto. Pero enseguida supe que no se trataba de un murciélago gigante ni nada parecido. Era Fatou, pegada a la pared como un vampiro de película.

Abrí la ventana y una pantera negra se coló en la habitación como una sinuosa serpiente con patas.

Enseguida la pantera desapareció en el mismo espacio donde estaba la chica, y así comprendí de dónde habían salido, en el pasado, todas esas historias sobre personas que se transforman en animales y viceversa. Cambiaformas.

—Hola —dijo Fatou, como si aquello fuera la cosa más normal del mundo—. El Círculo me ha nombrado tu instructora oficial.

—¿El Círculo? ¿Mi instructora?

—Bueno, es forma de hablar. El Círculo, ya sabes, esa organización que forman los adultos, en la que están Jacques y mis padres y el padre de Irati... Me han pedido que te enseñe

todo lo que pueda para que conozcas lo antes posible tus nuevas capacidades. Si no podrías tardar un siglo. Después de una infancia tan rara como la tuya... Me imagino lo que tiene que ser que el otro cuerpo no pueda acercarse. Y eso durante la edad en que más se aprende. ¡Se aprende de un modo tan natural entonces! ¡Si supieras lo bonito que es! Claro que los adultos siempre tienen que estar vigilando para que no hagamos ninguna diablura, te puedes hacer idea.

—¿Y no podríamos dejarlo para otro día? Estoy molido.

—Sí, claro. Lo dejamos para mañana si quieres.

—¿Por qué no un poco más? ¿Unos días?

—Está bien. Necesitarás unos días para aclimatarte. Pero no lo dejes mucho.

—No, si yo quiero aprender, pero...

—Lo entiendo. Mientras tanto prueba a ver qué pasa si tu otro cuerpo está más o menos cerca. Es genial. Cuando está cerca, muy cerca, pero sin que entres en él, te proporciona energía.

—¿De veras?

—Sí —contestó Fatou con una gran sonrisa—. Creo que te vendría bien. Adiós, Mikel. Volveré.

Ahora era yo el que hubiera querido prolongar la conversación un poco más. Me hubiera gustado pedirle alguna explicación sobre lo que me había dicho, pero se fue por la ventana, deslizándose como una sombra. Me levanté para cerrar. Me puse el pijama, me metí en la cama y apagué la luz.

No me había dado tiempo a preguntar por los demás. ¿Donde estarían Irati y Wanda? ¿Seguirían en la ciudad? ¿Habrían vuelto a su vida de siempre? ¿Por qué tenían tanta libertad de movimientos? ¿Es que también había para ellas otros como Samuel que las sustituían cuando era necesario de modo que no se notara su ausencia? ¿O era porque sus familias pertenecían al Círculo y contaban con su complicidad y su apoyo? ¡Cómo me hubiera gustado decirles a mis padres todo lo que había pasado! De repente me sentí enormemente solo. Estaba deseando tener paz y un poco de soledad, pero en medio de esta creció un vacío muy grande. Entonces, en la sombra surgió un maravilloso resplandor, o un resplandor maravilloso, que si se piensa bien tan vez no sean la misma cosa.

Era algo admirable, muy placentero de ver, y era algo extraordinario. Cualquiera persona hubiera dicho que venía del reino de lo maravilloso, de lo que llamamos el mundo de la magia y que siempre hemos creído que solo existe en los cuentos, en las películas y en las historias que cuentan las películas y los libros. Yo sabía lo que era ese resplandor. No solo porque lo había visto antes: lo sentía, sentía su presencia como se siente un brazo. El lobo tomó forma y se echó en la alfombra como un perro. Quizás solo pretendía formar la imagen de seguridad y protección que yo necesitaba, o quizás lo que hacía era, en efecto, protegerme. ¿De qué? Y ¿no éramos lo mismo él y yo? ¿Era yo el que me protegía a mí mismo? Menudo enredo. Pero me daba igual. Mi

enorme sensación de soledad había funcionado como una llamada y su proximidad me calmaba y suavizaba mi cansancio. ¿Iba él a dormir como yo? ¿Podía dormir? ¿Lo necesitaba?

Pero yo estuve dormido muy pronto. Y en mis sueños también aprendí cosas como si compartiera esos sueños con el otro que era yo.

* * * * *

Soñé que el lobo me guiaba de nuevo. Juntos caminamos por un pasaje de piedra al que se bajaba por unas escaleras desgastadas. El pasaje o túnel no era muy largo. La luz de la luna iluminaba el final. Este se abría a una gran llanura desolada, con árboles dispersos y millones de estrellas que resplandecían en lo alto alrededor de una luna hipnótica. Avanzamos por ese enorme campo desierto que era a un tiempo triste y hermoso y empezamos a ver una ciudad en la distancia. Amanecía. Sobre la ciudad flotaba una estrella de cinco puntas hecha de sombra que no se disipaba. La estrella de sombra proyectaba a su vez una sombra ligera y azulada sobre la ciudad.

Soñé que el lobo me guiaba otra vez por el bosque. Llegábamos a una ermita en la que se veía una pequeña figura de piedra que representaba a San Roque con su perro. La ermita tenía un porche con un banco de madera muy rústico. Yo me sentaba en él y me quedaba mirando el claro entre los árboles por el cual asomaban las estrellas. Podía sentir, sin mirarlo, al lobo junto a mí. Me quedaba allí quieto, en una especie de trance, sin dejar de atender a los movimientos del lobo. Fue como cambiar algo de sitio, como darle a un interruptor. Fue como conectar más o conectar de otro modo las dos realidades que a veces se separaban, el humano y el lobo, o quizás habría que decir la criatura que tomaba la forma de un lobo y la criatura humana (o casi humana, no sé). Este nuevo modo de funcionar uno respecto del otro hacía que yo pudiera ver lo que él veía al desplazarse por el bosque sin mí, percibir lo que él percibía, ser él más hondamente sin dejar de ser yo. Yo era la parte que estaba quieta en el porche de la ermita. El lobo ya no era el lobo. Era una sombra blanca que se desplazaba a gran velocidad, una ráfaga, más ligero que la carne y la sangre, más rápido, más preciso, invulnerable a los obstáculos que le salían al paso, pues estos no podían tocarle. El lobo estaba en este mundo pero en una parte de él que no existía para los seres hechos de la manera en que estamos hechos los seres de este planeta y todo a su alrededor era tan extraño para mí como un planeta salvaje.

* * * * *

A pesar de los sueños tan intensos y reveladores de esa noche, al día siguiente me levanté como nuevo y eso hacía que mi humor mejorara mucho, así que aproveché para charlar con mis padres mientras desayunábamos de modo que no echaran de menos al falso Mikel. La verdad es que yo

había sido un crío bastante cariñoso, pero esto cambió cuando llegué a la adolescencia (entonces me volví mas reservado). Y sobre todo cambió desde aquel día en que vi al lobo en la montaña, en la borda de mis tíos, cuando mi primo Jokin, Irati y yo nos quedamos atrapados por la ventisca.

Volví a mi habitación después de desayunar y consulté el móvil para ver en qué andaban metidos los compañeros. Marian estaba hecha polvo porque la víspera se había acostado muy tarde. Iñigo y Jorge hablaban de visitar Joker, nuestra librería favorita. Les whasapeé para decirles que iría con ellos.

¡Que bueno era volver a estar con los amigos, hablando de nuestras cosas y de nuestras aficiones! Era como volver de un largo viaje y encontrar el viejo país familiar que ahora, en lugar de parecerme apagado y aburrido, me parecía renovado, como yo lo estaba. Las calles de siempre, las plazas, las tiendas, las casas de los colegas, eran como un gran territorio propio en el que descansar, pero a la vez vibraban con todos los nuevos matices que había en ellos. Solo había una cosa que estropeaba este inesperado placer del regreso: el triángulo secreto en el que estábamos implicados Samuel, Marian y yo.

Hice el trabajo del libro que debíamos entregarle a Martín y luego fui a casa de Jorge para terminarlo juntos.

Dormía bien, con el lobo a mi lado en la oscuridad de mi habitación. Si la puerta se abría y uno de mis padres asomaba para darme las buenas noches, sabía que no tenía nada que temer, pues el lobo enseguida cambiaba de color, se oscurecía, se volvía translúcido o desaparecía.

Llegó el lunes y nuevamente me sentí bien después de haber dormido profundamente. Me despedí de mis padres y me encaminé al Instituto, preparado para enfrentarme a lo que fuera. Y menos mal que estaba en buena forma, porque todavía me esperaba otra sorpresa, una buena sorpresa.

Me iba acostumbrando a navegar en un paisaje más denso de estímulos y a detener mi atención en aquello que me interesaba.

A primera hora teníamos Lengua. A segunda hora, Ciencias Sociales.

Y entonces lo noté.

Lo noté ya cuando se acercaba por el pasillo.

Lo noté pero aún no sabía de quién se trataba.

Y cuando se abrió la puerta y apareció Martín, el profesor, supe que era él.

Supe que era como yo, como Irati y su padre, como Fatou y Ousmane y Wanda.

Era un Descendiente.

* * * * *

Martín entró en el aula, dejó sobre la mesa unos libros, una carpeta, un notebook y, en medio de aquel runrun de voces que comentaban los juegos y jugadas del fin de semana, escribió en el encerado:

1512

1571

Solo esas dos fechas.

Luego se dio la vuelta y sonrió ¿Me miraba a mí o me lo parecía?

Estuvo en silencio cosa de medio minuto y poco a poco el runrún de voces fue cediendo.

Su presencia se imponía a la clase de un modo totalmente nuevo. Nadie pareció notar la diferencia, pero antes no daba la impresión de que le tuvieran excesivo respeto, y ahora, al advertir que estaba esperando a que se callaran, todos se sintieron empujados a obedecer una orden silenciosa. ¿Estaba usando, tal vez, algún tipo de influencia psíquica que no había usado hasta entonces? ¿Qué clase de Descendientes tenían ese poder? Recordé que Irati parecía estar en mi mente algunas veces y que respondía a algunos de mis pensamientos. Recordé las palabras de Samuel: “Los cambiantes tenemos mucha facilidad para las habilidades psíquicas”.

La voz del profesor me sacó de mis pensamientos. —1512, año en que un ejército mandado por el Segundo duque de Alba ocupa Navarra y esta es anexionada a la Corona de Castilla — estaba diciendo—.

Y luego:

—1571, Felipe II ordena construir la ciudadela de Pamplona. Ahora vamos a añadir unas fechas que tienen que ver con acontecimientos de influencia global.

Y escribió:

1453, caída de Constantinopla.

1492, Colón llega a América.

1776, año de la Independencia de los Estados Unidos de América.

1789, año de la Revolución Francesa.

La clase siguió por ese camino, fechas importantes de la Edad Moderna y comentarios en torno a ellas. Pero me pareció que dedicaba demasiado tiempo a un tema secundario: la construcción de fuertes en forma de estrella. Al fin y al cabo eso solo era un elemento entre otros dentro de ese panorama general. Habló de la edad de los descubrimientos, los avances científicos, el paso del feudalismo al Antiguo Régimen, el Renacimiento italiano, las monarquías absolutas y los cambios drásticos en la guerra a causa de la artillería, con lo que las construcciones defensivas se empezaron a hacer de manera totalmente diferente y se produjo un impulso de la ingeniería bélica que tuvo como elemento más representativo el bastión. Y aquí fue como si se hubiera quedado engranado en el tema y no pudiera salir de él. Que si el bastión sobresale del cuerpo de la fortaleza y permite el fuego cruzado para defenderla, que si la

fortaleza más comúnmente usada tenía cinco bastiones o baluartes, lo que le daba forma de **estrella de cinco puntas**. Que estas fortificaciones eran llamadas de traza italiana, porque surgieron en Italia en el siglo XVI para la defensa contra los nuevos cañones del ejército francés. Que se construían con muros más anchos y bajos que los medievales y se empleaban materiales que pudieran absorber los impactos. Que si estas fortalezas y fortificaciones, con sus bastiones y sus revellines y no sé qué cosas más, resultaron muy eficaces, y las guerras se convirtieron en asedios larguísimos y asaltos sangrientos en vez de ser combates en campo abierto, como antes. Que había que tener mucha pasta para ponerle unas murallas de este tipo a una ciudad entera. Que si la batalla de Pisa de 1500, que si la de Padua, que si Miguel Ángel y sus planos para la defensa de Florencia...

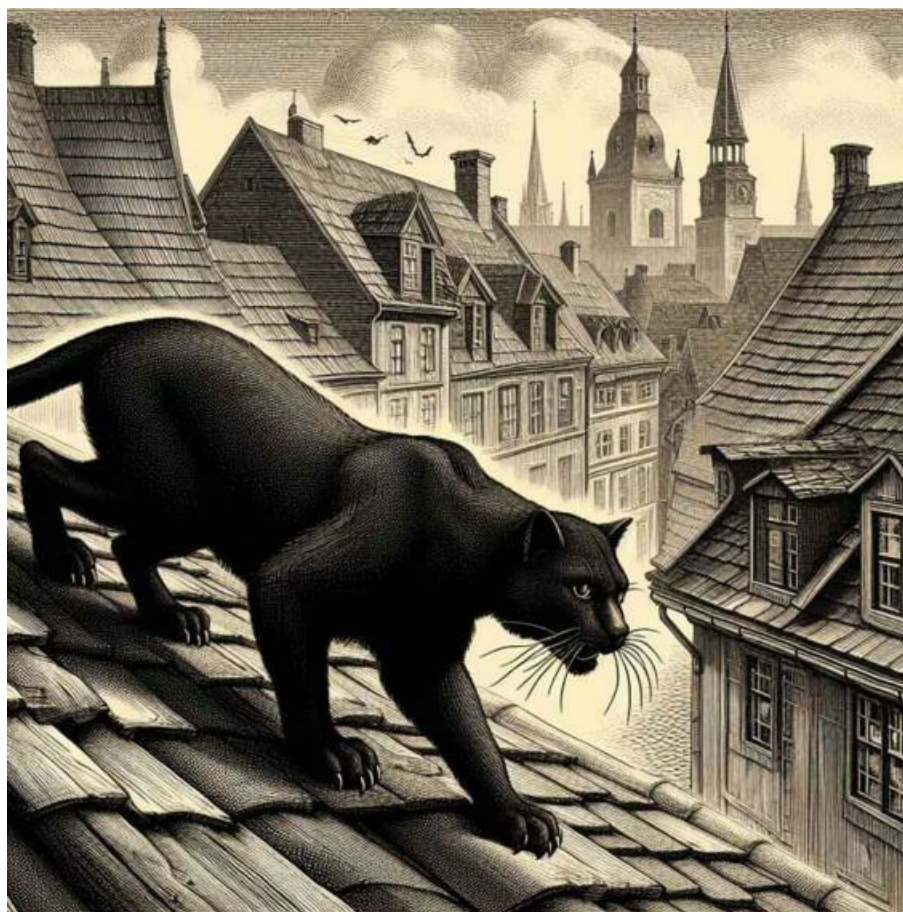
Todo el mundo se quejaba por lo bajo: “qué pesado”, “menudo rollo”. Y él dale, con Fort Bourtange y la ciudadela de Pamplona y la de Jaca y los ingenieros que las construían.

Por fin sonó el timbre. Martín se despidió y entró la profesora de Literatura y Lengua, que nos encargó un trabajo individual de tema libre para exponer en clase con ayuda de una presentación hecha con Power Point o con Libre Office Impress. No se me ocurría nada, quizás porque no conseguía concentrarme. Había sido más fácil terminar el trabajo sobre los hombres lobo. Sí, los temas que se pueden escoger para una presentación son infinitos, pero ese era el problema: escoger uno en la inmensidad, y, a ser posible, uno interesante, de modo que pudiera concentrarme mejor y obtener el mejor resultado. Pero yo estaba pensando en lo absurdo que era tener que acompañar a Marian a casa o dar una vuelta con ella por ahí después de clase mientras Samuel estaba deseando hacerlo y no podía, porque al salir de clase era imposible realizar el cambio.

Me acordé de Samuel y su absurdo plan. No fue por seguir este plan que elegí el tema de los dopelgänger (mitos, folklore, literatura y dobles físicos), sino porque me pareció que era mi salvación, una idea que ya estaba ahí, una solución a la que aferrarse y, además, el único tema que me parecía interesante en ese momento.

Pasaron los días, hice mi presentación, Samuel y yo conseguimos incluso hacer el cambio después de clase en un par de ocasiones. Quedó demostrado que era difícil, pero no imposible. Lo hacíamos de la siguiente manera: yo entraba en el WC de la hamburguesería donde solíamos ir Marian y yo a tomar unas patatas fritas y un refresco, y el que salía era Samuel, con mi cara y con ropa idéntica a la mía. Su segundo cuerpo se acoplaba a su exterior como una fina película cambiando sus facciones y su complexión. Lo malo era tener que estar escondido por lo menos media hora para que Marian no me viera salir, escuchando atentamente el barullo de voces y música que venía del local hasta estar seguro de que ellos dos ya se habían ido. Por eso cuando Samuel me propuso hacerlo una tercera vez le dije que no.

* * * * *



Por las noches Fatou venía a verme y me daba consejos. Empecé a salir con ella un rato cuando ya las calles estaban desiertas. Esas salidas nocturnas eran algo magnífico. La ciudad era nuestra y la recorríamos como dos sombras que se deslizaban con precisión por aceras, muros, azoteas y tejados. Entrábamos en los grandes patios interiores donde había árboles y jardines y donde solo podían entrar los inquilinos y sus visitantes. Explorábamos un mundo que estaba en lo alto, fuera del alcance de todas esas personas que, por la mañana, se pondrían en marcha y empezarían a llenar el espacio público. Éramos los visitantes de la noche, estábamos invitados a todos los rincones de la ciudad, y después de entrenar durante un tiempo nos sentábamos en alguna posición elevada a ver cómo la luna resplandecía sobre las calles y, ya transformados en cuatro, hablábamos como dos adolescentes normales, solo que ni el lugar era muy normal ni lo eran a menudo las cosas que decíamos.

Le hablé a Fatou, por ejemplo, de Martín y ella me dijo que Martín no pertenecía al Círculo y que, por tanto, no me podía contar nada sobre él, pero que quizás alguno de los adultos le conociera.

Se acercaba el día de entregarle a Martín el trabajo sobre los hombres lobo, y la víspera el sitio de Jorge estuvo vacío durante toda la jornada. Ya por la mañana, cuando se convenció de que no vendría, Marian aprovechó para sentarse a mi lado. Por la tarde le dije a ella:

—Marian, voy a ir a ver a Jorge. Está enfermo. Le he llamado este mediodía.

—Te acompaño .

Cerca del portal del edificio donde vivía Jorge, nos topamos con Iñigo que quiso subir también a visitarle. Jorge estaba en la cama, con el móvil, una tableta Android, una Play y cara de mucha pena. Esta, es cierto, tampoco difería mucho de la suya habitual. Dijo que no se encontraba nada bien y que había tenido fiebre. Que ya se había encontrado mal el día anterior, al salir de clase.

—¿Y eso fue por la mañana o por la tarde? —pregunté.

—Por la tarde. Pero ¿qué más da? El caso es que he estado fatal.

—Por la tarde tuvimos Sociales a última hora.

—Ya lo sé. ¿Es que crees que no me acuerdo? Si me empecé a encontrar mal en clase de Sociales... Y encima, esta mañana mi madre creía que estaba mintiendo, porque según esa porquería de termómetro que está ahí mi temperatura era normal. Pero estoy seguro de que está estropeado, porque yo tenía escalofríos, un frío horrible, luego calor y se me iba la cabeza. Ella quería que fuera al Insti, pero no me hubieran sacado de la cama ni con tenazas.

Le contamos algunas novedades y le dejamos unos apuntes. Me dio su parte del trabajo sobre el libro de los hombres lobo por si él no podía entregarla.

—Vaya estupidez de trabajo —comentó Marian.

—Bueno, que te mejores —le dijo Iñigo a modo de despedida—. Pero qué mala cara tienes —remató—. Y le dio unos cachetitos en una mejilla que a Jorge no le hicieron ninguna gracia.

—Para ya, no seas idiota.

En casa junté las hojas que me había dado Jorge con mi parte del trabajo y con las conclusiones que habíamos redactado juntos, le puse una portada y, cuando estaba grapando el conjunto, supe que Fatou estaba en la ventana, pero que alguien más se encontraba cerca.

Bajé con ella a la calle. Allí nos esperaba su hermano.

No fuimos a la plaza porque de noche se estaba volviendo un lugar peligroso, a pesar de que nunca lo había sido y de que se encontraba en pleno centro de la ciudad. Rondaban por allí unos chicos violentos que robaban móviles y otras cosas de valor. No queríamos líos. Fuimos a otra plaza más pequeña, no muy lejos, y nos sentamos en un banco los tres.

—Ese profesor tuyo... —dijo Ousmane.

—Sí, Martín.

—Es la misma persona con la que te tropezaste en la Ribera, cuando ibas a embarcar.

—Sí.

—Aquella noche, cuando nos lo encontramos en la Ribera... Nos dimos cuenta de que era uno de los nuestros. No al principio, no sé por qué no lo detectamos enseguida... Pero luego lo notamos. No dijimos nada para que estuvieras más tranquilo. Entonces no sabíamos que era tu profesor. Pero no estaba allí por casualidad.

—No intentó detenernos...

—Sí, pero ¿qué hizo después? ¿Podemos confiar en él? Sabía algo y, si no nos detuvo allí, tal vez fue porque en ese momento no podía. No en aquel lugar, con tanta gente por los alrededores. Ten cuidado, Mikel, no sabemos quién es ni con quién está.

—Eso no quiere decir nada.

—Tal vez no.

—Mikel —terció Fatou—. No te hemos dicho nada, pero la noche en que formamos la estrella no fue todo tan fácil como pudo parecer. El Círculo estaba cerca, vigilando para despejarnos el camino, y tuvieron algún encontronazo. Nada grave, pero hubo un momento de mucha tensión. Había demasiada gente como nosotros por ahí, sobre todo por el aire, gente a la que no podíamos identificar, y además el Tropol. Algo inquietante.

—Pero eso no es extraño. Los otros, como les llaméis, los que no querían que llegáramos, estaban sobre la pista. Eso no significa que Martín les avisara.

—Solo te decimos que tengas cuidado. Ni siquiera sabemos si es casual que esté dando clase en el Instituto.

—Tendré cuidado.

—Llama a Samuel si estás en apuros. Es el más receptivo. Los cambiantes...

—Sí, ya sé. Los cambiantes tienen grandes habilidades psíquicas.

Me despedí de los chicos y volví a mi habitación como una sombra gris que se movía demasiado rápido como para que algún viandante nocturno pudiera adivinar de qué se trataba. Y aunque había intentado quitar importancia a las prevenciones de los mellizos, estaba preocupado. Desde luego no tenía pruebas de que Martín albergara malas intenciones con respecto a nosotros. Si hubiera sido así, habría sido más precavido, no haciendo movimientos que podían descubrirlo cuando le convenía permanecer oculto y al acecho. Yo había sospechado que aquel libro sobre los hombres lobo no era una casualidad. ¿Y no era eso lo que él quería? ¿Que me diera cuenta? Cuando regresé de mi viaje, su clase sobre los fuertes estrella, entre los que estaba la ciudadela de Pamplona, había sido claramente una llamada de atención. Casi una invitación ¿Un signo de complicidad o una amenaza?. ¿Quién podía saber si aquellas señales ambiguas no contenían un engaño? Y si eran ambiguas ¿cómo debía interpretarlas?

No había querido preocupar a mis amigos con mis propias cavilaciones. Ya parecían tener las suyas. La estrella nos había unido como si nos conociéramos desde hacía mucho tiempo. Había creado un vínculo especial. Una parte de ese vínculo se manifestaba en mis últimos sueños. Había empezado a soñar con Irati y Wanda, pero mis sueños parecían reales. En ellos, las acompañaba en silencio por las calles de una ciudad desconocida.

Esa noche, en mi habitación, llamé a Samuel.

—Samuel —le pregunté —Tú tienes grandes habilidades psíquicas. ¿Podrías hacer que una persona enfermara o se sintiera mal?

—Podría hacerlo, pero no lo haría.

—No voy a pedirte que lo hagas.

—Veo que no.

—¿Quién más podría tener esa habilidad?

—Otro cambiante, y también otros Descendientes, bien porque han nacido con esa capacidad o porque han conseguido desarrollarla. Suele darse más en personas que tienen una forma animal poco habitual, de esas que nadie en su sano juicio hubiera elegido.

Me vio pensativo y añadió.

—¿Es que sospechas que alguien ha podido hacerlo?

—Tal vez. Pero solo es una sospecha. En realidad no lo sé.

Enseguida Samuel aprovechó para cambiar de tema y volver a su plan para “solucionar el asunto de Marian”.

—De veras —decía—, esto me hace sentir mal, haberte metido en un compromiso.

—Ya —contestaba yo, mientras pensaba en otra cosa.

—Sé que hiciste una exposición en clase sobre el tema de los doppelgänger. Marian estaba muy impresionada. Le pareció muy buena.

—Ya —contestaba yo de nuevo, mientras pensaba en el día siguiente, cuando tendría que entregarle el trabajo a Martín yo solo si Jorge aún se encontraba mal.

—Oye, Samuel, si estuvieras con una persona a la que hubieran hecho enfermar ¿podrías saberlo? Quiero decir ¿podrías saber si es algo natural o si es obra de uno de los nuestros?

—No, no hay forma de saberlo. Aunque suele haber indicios..

—¿Cómo qué?

—En realidad lo que haces es atacar su sistema nervioso. Si tiene los síntomas de una infección y le hacen una prueba no encontrarán ni rastro de bacterias ni virus. Nada.

—¿Y podría sentirse como si tuviera fiebre sin que el termómetro indique que le ha subido la temperatura?

—Podría ser, pero también es posible hacer que a una persona le suba la temperatura influyendo sobre su sistema nervioso. No sé por qué alguien lo haría a medias, como no sea para

que el supuesto paciente corra menos riesgo.

Entonces tuve una inspiración y un impulso que debía haber contenido. Porque, pidiéndole información a Samuel, me di cuenta de que conocía muy bien el tema, demasiado bien, de primera mano. Fue una reacción paranoica. Todo aquel mundo enigmático que se abría ante mí me incitaba al temor y la desconfianza. No estaba pensando nada en concreto, solo me pareció que en Samuel también había cosas oscuras, en su extraña naturaleza de cambiante. Le pedía información por su conocimiento de ciertas habilidades y luego, cuando me daba esa información y sentía que no la había estudiado en un libro, me ponía nervioso.

—O quizás porque no es tan hábil como tú —dije.

—Yo...

—Lo has hecho alguna vez, ¿verdad?

Fue un impulso, sí. Y fue un error. No debería haberle dicho nada. Lo tomó como una acusación.

—Tuve que hacerlo vez. Para defenderme. Solo era un niño. Yo no tengo garras ni colmillos ni puedo volar ni sumergirme durante horas bajo el agua. Y sí, lo hago muy bien. Es un poder innato. Lo he heredado. No he tenido que hacer nada para adquirirlo. Lo tengo y ya está. No me da ninguna vergüenza decirlo. Es así y nunca he hecho daño a nadie salvo si me han obligado a hacerlo. Y no en plan psicópata, ya sabes, “me obligas a ser malo”, sino en defensa propia.

Entonces fue cuando, siguiendo por el camino que las emociones habían abierto en busca de posibilidades, incluso pensé por un instante, por un solo instante, si Samuel podía tener alguna relación con la misteriosa enfermedad de mi amigo Jorge. Quizás solo estaba examinando hipótesis, tocando y desechando puntos en los que por un momento podía posarse la sospecha, ese pajarraco. Quizás mi mente funcionaba de un modo automático proponiendo explicaciones, hasta las más remotas. El caso es que lo pensé. Solo durante un segundo. Y, claro, él se dio cuenta. Ahora ya no tenía remedio. Sentí vergüenza. Había sentido vergüenza en cuanto la idea cruzó por mi mente. Tal vez eso le había dado mas poder a esa idea, como cuando te dices: no pienses en osos blancos y enseguida empiezas a verlos en tu imaginación. Era lo que se dice una idea descabellada. No sé si había llegado siquiera a dudar de Samuel, pero a él no le gustó lo que vio, lo que pudo ver en medio de mi confusión y mi vergüenza. Aún así no se enfadó. Su reacción fue comprensiva y, al tiempo, dolorida; una mezcla de repliegue y resignación.

—Esta bien. No pasa nada —dijo Samuel.

—Perdona —respondí—. Solo quería pedirte información para saber si alguien podía haber hecho enfermar a un amigo, y luego, por un momento... Qué idiotez.

—Oh, no creas —dijo con abatimiento—. Me ha pasado antes. Los cambiantes despertamos sentimientos de inquietud y desconfianza. Sí, siempre ha sido así. Mi padre me lo

advirtió y ya lo he comprobado varias veces. Todos los demás Descendientes creen que su otro cuerpo es un noble animal lleno de bellas cualidades y que nosotros somos ambiguos y tramposos.

—Pero eso no es así. Yo no creo...

—Tal vez no compartas ese prejuicio, pero tienes dudas. En fin, me voy.

—Espera... No sospecho de ti, sospecho de otra persona. Lo que no entiendo es cómo puede hacer que mi amigo siga encontrándose mal cuando ya no está con él.

—Una vez creado el vínculo se puede mantener a distancia durante un tiempo.

—¿Cuanto tiempo?

—No lo sé, nunca he hecho la prueba. Bueno, Mikel, ya seguiremos esta conversación otro día.

Oí a mi madre acercarse por el pasillo. Quizás por eso Samuel se había esfumado, o quizás porque yo había hecho que se sintiera mal, o por las dos cosas. Se abrió la puerta.

—¿Estabas ensayando algo en voz alta? —dijo ella.

—No —contesté—. Era un podcast.

—Ah, me ha parecido oír tu voz.

—¿Mi voz? Había dos. Pero te aseguro que ninguna era la mía.

—Bueno, da igual. Tendrás que apagar la luz ya. Es tardísimo.

—Sí, tienes razón. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

* * * * *

Al día siguiente, cuando abrí los ojos, lo primero que supe es que había soñado con una criatura que no podía recordar, que ni siquiera había podido ver bien en mi sueño. Era oscura, extraña, enorme. Se movía en la tiniebla de una vieja casa y me invitaba a entrar, pero yo sentía miedo y algo de repugnancia y no quería hacerlo. Ese ser era Martín. Luego me acordé de Samuel. Lamenté no haberle preguntado si un cambiante o un Descendiente con poderes psíquicos podía deshacer el mal hecho por otro. Durante un momento me había perdido por un laberinto de dudas y sospechas y asociaciones mentales y eso había terminado con nuestra conversación.

En el Insti me encontré solo entre mis amigos, a los que no podía contar nada de lo que me pasaba. El nuevo mundo no era tan genial después de todo. La maravilla se iba convirtiendo en pesadilla. Cuando vi el asiento vacío de Jorge me vine abajo por un momento. Marian y Agurtzane charlaban de sus cosas. En las mesas del fondo de la clase, Iñigo y David probaban una cerbatana con proyectiles de papel masticado y se oía la voz de Leyre que decía:

—A ver si maduráis.

Ousmane y Fatou estaban en el otro extremo de la ciudad, en otro centro de enseñanza. Wanda e Irati estaban lejos, en una ciudad extranjera.

Un sol suave entraba por las ventanas, y sin embargo la luz me parecía lejana y triste, como si no la pudiera compartir. Llegó el primer profesor del día, la cerbatana desapareció, Marian y Agurtzane guardaron silencio o, al menos, bajaron la voz. Las clases fueron transcurriendo, lentas y pesadas. Si nada lo impedía, tendría que ir al despacho de Martín por la tarde a entregarle el trabajo, yo solo. Y estaba seguro de que eso era lo que Martín quería. ¿Era tan importante lo que tenía que decirme? ¿Por qué se había tomado la molestia de impedir que Jorge pudiera estar presente? Pero yo no podía estar seguro de esto. Tal vez eran sospechas, solo sospechas, como las que habían aparecido por un momento en mi conversación de la víspera con Samuel, enturbiando lo que ya empezaba a ser una amistad entre los dos.

Hablé con Jorge desde casa. Me dijo que mejoraba y empeoraba continuamente. Que en general se encontraba bien, pero, cada vez que se acercaba la hora de ir al Instituto se sentía mal, pero muy mal, de modo que sus padres estaban convencidos de que todo era cuento, puro cuento, pero, como no estaban seguros, y como verdaderamente tenía un aspecto horrible en esos momentos, al final le dejaban quedarse. Y él mismo ya se estaba agobiando.

—Tío, ¿tú crees que tendré una de esas enfermedades psicosomáticas? No sé, como una fobia al insti o así.

—No sé, Jorge, no tienes motivos. Vamos a esperar un poco a ver qué pasa.

* * * * *

Jorge variaba como el tiempo, que en general era bueno, demasiado bueno todavía para la época del año, pero que de repente nos fastidiaba con olas de frío y temporales. Aquel día, por ejemplo, hizo sol, y a última hora de la tarde el cielo se nubló y se escuchó una tormenta que se acercaba sobre los montes. La lluvia empezó a caer con fuerza cuando los últimos alumnos abandonaban el interior del Instituto y los que estaban en el patio jugando a baloncesto corrieron a guarecerse bajo los soportales.

Era inevitable. Tendría que enfrentarme yo solo a Martín, entrar en su trampa rezando para que no lo fuera, o para que fuera una trampa inocua. Si se había asegurado de que Jorge no pudiera venir a entregar el trabajo conmigo es que no quería testigos. ¿Testigos de qué?

Después de mirar la lluvia desde los ventanales me fui por los pasillos oscurecidos donde ya se habían encendido las luces amarillentas. El edificio del Insti se construyó en 1927, pero su arquitectura es todavía del siglo XIX. Lo había explicado Marian en la presentación de su tema. Había hablado de la historia de la institución y también del edificio. Caía sobre él la lluvia y la sombra, y pensé en mis sueños, en la sombra de la estrella sobre la ciudad. Mi vida ahora estaba

bajo el influjo de esa figura. Todo había cambiado desde que conocí a Irati, y más aún desde que formamos la estrella en el parque de la ciudadela. Todo había cambiado y, después de los momentos de entusiasmo, sentía que ahora entraba en una oscuridad que no dependía solamente del tiempo atmosférico.

Mis pasos hacían un eco que me pareció siniestro y triste. De pronto los pasos de otra persona llamaron mi atención. No es que fueran los únicos que podía percibir en el edificio medio desierto, sino que estos se acercaban rápidamente. Subían por las escaleras, a mi espalda. Era alguien que corría. “Algún alumno que llega tarde a una cita en los despachos, como yo, que voy todo lo despacio que puedo”, pensé. Me volví. Una figura se acercaba por el pasillo, pasando frente a las puertas repertidas de las aulas. ¡Era Jorge!

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has podido venir?

—Ya te lo explicaré. Vamos a ver a Martín.

Entonces dudé. Porque, hablando de dudas, ¿no hubiera sido mejor salir de ellas? Es decir, si Jorge me acompañaba, Martín no hablaría libremente de lo que pretendía decirme, si es que era verdad que él era el culpable de que Jorge hubiera enfermado. Y si Jorge se presentaba en el despacho, contrariando los planes de Martín, ¿no estaría corriendo algún riesgo? ¿Y como era posible que Jorge se hubiera librado del hechizo, si podíamos llamarlo así?

—¡Oh, no le des tantas vueltas! ¡Casi puedo oír ese carrusel de pensamientos!

—¡Samuel!

—Sí, soy yo. Vamos.

—Pero ¿cómo no me he dado cuenta antes?

—Es por la pantalla, el escudo, como le llaman otros. Es una segunda onda que anula la primera, la que siempre percibimos en circunstancias normales. La mía no es perfecta, es difícil que lo sea; lo importante es que sea lo bastante buena para que nadie pueda detectar lo que hay detrás.

—¿Pero qué dirá Martín cuando vea a Jorge? ¿Y si se cabrea?.

—Pues vamos a ver qué pasa..

Llamé a la puerta. “¡Adelante!”, dijo una voz desde el interior. Giré la manilla. Empujé. Al fondo del pequeño despacho Martín sonreía detrás de una mesa atestada de libros. Por las rendijas de la persiana metálica que cubría la ventana se veía el resplandor gris de la tarde. La pieza estaba iluminada solo por un flexo metálico colocado sobre la mesa.

—Adelante, chicos. Cuánto me alegro de que seáis dos en vez de uno. Pero sentaos. Mikel, *Jor-ge...*

Este último nombre lo dijo despacio, pronunciando cada sílaba como si fueran palabras distintas y con un retintín que no dejaba lugar a dudas, esta vez no, pues se notaba que había percibido claramente que no era Jorge la persona que venía conmigo.

—Has atravesado la pantalla —dijo Jorge con cara de preocupación.

—No del todo, pero de lo que estoy seguro es de que Jorge no está aquí.

—Has atravesado la pantalla —repitió Samuel, como si le diera vueltas a la idea—. Nadie había podido hacerlo nunca. Y he practicado mucho.

—Eres bueno, pero siempre hay una primera vez. Toda pantalla tiene algún punto en el que coincide del todo con la onda original, y ahí se nota algo, apenas nada en tu caso.

—Entonces tú... Tú has hecho también lo de Jorge —dije yo, arrebatado por el disgusto.

—Oh vamos, vamos... El pequeño Jorge. Nunca le haría daño.

—Si no has sido tú ¿quién ha sido? —pregunté, con la esperanza de que la respuesta fuera la que deseaba escuchar, pues Martín, aunque tuviera mis dudas sobre si era fiable y todo eso, me caía bien.

—Pero bueno ¿es que ha sufrido algún mal? Unas pequeñas vacaciones en su casa. Ni siquiera ha tenido fiebre. Y os aseguro que la mayor parte del tiempo está de maravilla, mejor que nunca. Seguro que lo dedica a leer manga, si eso se puede llamar leer, y a jugar con alguna consola, ese pequeño zoquete humano.

—¡Nosotros también somos humanos! —respondí con vehemencia, profundamente herido porque se tomara tan a la ligera el bienestar de Jorge.

—¿Sí? ¿Tú crees? —dijo Martín con sorna—. ¿Crees que realmente sabemos algo? ¿Crees que nos podemos fiar de todas esas leyendas que se han transmitido a través de las generaciones? El otro cuerpo y bla bla bla. Es una interpretación. Una interpretación un tanto banal pero que tranquiliza haciendo hincapié en la unidad de las dos partes. Dos cuerpos, pero un alma ¿no? Pero ¿qué es el otro? ¿De dónde viene? Cuando entra en nuestro mundo toma la forma de una criatura de nuestro mundo y muchas de sus características, pero son más bien los rasgos de una especie los que adopta, no tanto los de un individuo. ¡Qué capacidad de obtener información del ADN de los seres vivos y utilizarla según leyes que ni siquiera conocemos! Su carácter individual se esconde detrás de esa apariencia que nos parece comprensible. No es de nuestro mundo. Nosotros, que vivimos anclados a esta realidad, fuimos elegidos quizás por ser la especie destinada a dominar el planeta, probablemente a destruirlo. Pero ¿cuál es nuestra relación con esa otra parte o criatura o cosa? ¿Somos humanos o hemos dejado de serlo? No sabemos nada, salvo lo que experimentamos. Casi todo son especulaciones y probablemente la mera razón humana nunca podrá dar cuenta de lo que pasa...

Algo se acercaba por el pasillo. Alguien.

—Pero ¿no fueron nuestros antepasados los que eligieron? —dije yo. Samuel guardó silencio.

—¿Elegir...?

Sonaron tres golpes fuertes en la puerta

—¡Adelante!

En el umbral apareció un chico alto, mayor que nosotros, de pelo oscuro, largo y barba bastante poblada a pesar de su juventud. Vestía unos pantalones vaqueros y una cazadora bomber de color verde. Cuando dio un paso hacia adelante la luz de la lámpara brilló en el fondo de sus ojos con un reflejo amarillo.

—Hola —saludó—. Y se giró para cerrar la puerta. Luego avanzó para tomar una silla y la colocó en línea con las nuestras, aunque un poco girada, y se sentó, apoyando media espalda en el respaldo y el brazo extendido sobre él, con lo cual quedaba orientado hacia nosotros, no sé si por deferencia o por no perderse detalle.

—Llego a tiempo ¿no?

—Ligeramente tarde —respondió Martín—. Chicos, este es mi hijo, Lope.

—¿Lope? —dijo Samuel.

—Sí, ¿pasa algo? —saltó Lope.

—No, nada, nada.

—Por cierto —añadió el hijo de Martín, dirigiéndose a su padre— ¿qué hace él aquí?

—Está conmigo —dije yo—. Ha venido a acompañarme.

—Tranquilo, no es el otro chico —respondió Martín—. Es un cambiante.

—Da igual. No necesitamos un cambiante.

—Oh, ¿por qué no?—contestó Martín.

Si Martín quería atraernos, convencernos, lo que fuera, habíamos empezado o, mejor, habían empezado con mal pie. La atmósfera dentro de aquella habitación empeoraba como la tormenta que lanzó sobre nosotros un gran estallido de luz y luego un trueno que retumbó cerca. En la sombra que siguió a la luz del rayo, Samuel recuperó su propio rostro para mirar a Lope con un brillo de desafío en los ojos.

—Estás siendo descortés —dijo Martín, cambiando su sonrisa por un gesto serio y sombrío.

—Lo siento —dijo Lope, visiblemente inquieto.

Luego Martín se dirigió a mi.

—Creo que tienes un trabajo que entregarme.

Dejé sobre la mesa el taco de folios encuadernados. Él los recogió sin apartar la vista de mi, y dijo:

—Y creo que habrás aprendido algo sobre la actitud de la gente con respecto a lo que ellos llaman “monstruos”.

—Creo que la actitud de la gente con respecto a los monstruos ha cambiado mucho con el tiempo y que nunca ha sido la misma en todas partes ni en todas las épocas. A veces los monstruos han sido dioses.

—Tal vez, pero el ser humano es más estúpido de lo que él cree, es proclive a la incomprensión, le gobiernan el miedo y el prejuicio. Busca chivos expiatorios y eligió condenarnos cuando pudo haber evolucionado con nosotros.

—En un momento de la historia.

—Un momento que ha condicionado todo lo que ha venido después. Y ahora, en este tiempo en que hay entre nosotros un renacimiento, conviene que los jóvenes tengáis opciones, amplitud de miras, perspectiva. Que no os vayáis con el primero que consigue captaros.

—A mí no me ha captado nadie. Tengo mis amigos y eso es todo. No somos una secta.

—¿No? —contestó Martín con sorna—. Y que conste que me llevo perfectamente bien con la gente del Círculo.

Desde su silla, Lope nos miraba a Samuel y a mí con una sonrisa burlona.

—Nosotros tampoco somos una secta. Solo quería que conocieras a mi hijo.

—¿Por qué?

—Los lobos deberían ayudarse unos a otros.

—Eso depende —dije con desconfianza, mirando a Lope de reojo.

—Es mejor que os vayáis ahora —dijo Martín—. Aquí hay demasiado mal ambiente. Ya habrá ocasión de aclarar las cosas.

Sin esperar a que nos lo dijera otra vez, Samuel y yo nos levantamos.

—¡Ah! —añadió Martín—. Puedes ir a ver a tu amigo Jorge. Lo encontrarás definitivamente mejorado.

—Adiós.

Cerré la puerta. Sentía una gran amargura porque hubiera tratado a mi amigo de esa manera, como si fuera un simple estorbo que se pudiera apartar de un papirotazo. ¿No era esa la actitud propia de un Heredero? ¿No decía el padre de Irati que los Herederos se consideraban superiores? Ciertamente eso me hacía desconfiar, aunque, en principio, no podía decir que me hubiera encontrado con una trampa perversa y destructiva ni que Jorge, al fin y al cabo, hubiera sufrido daño alguno.

Samuel y yo caminábamos por los corredores sin decir palabra. Nuestros pasos tenían un eco pesado y triste. En los techos y en las bóvedas del edificio resonaba aún el aguacero. Cuando llegamos a la puerta principal había dejado de llover y en el asfalto brillaba una luz dorada que me recordó los ojos de Lope brillando en la penumbra.



* * * * *

—Voy a ver a Jorge.

—Voy contigo.

—¿Y quién le digo que eres?

—Un amigo. Has podido conocerme mientras él estaba enfermo. O en el pueblo de tus tíos. O, si no, puedo tomar el aspecto de alguien de tu clase. Vamos a ver, he estado en contacto con varios de ellos... Con Iñigo, por ejemplo.

—¡Oh, eres un diablo! Así que tú eras el que le daba cachetes a Jorge... Para tocarle. Pero no, déjalo, no compliques la cosas. Le diré que te conocí en Navidad y que hace poco nos encontramos de nuevo y que tenemos muchas cosas en común. Al menos esto último es verdad.

Íbamos distraídos y no la vimos venir. Vivía cerca. No era raro que anduviera por ahí con visitando tiendas o comprando material para clase. Estábamos en una zona concurrida. Las luces de los escaparates brillaban sobre el suelo aún reluciente de lluvia.

—Hola —dijo.

Casi nos chocamos con ella, como coches sin conductor en una situación imprevista por quien los ha programado.

—¡Marian! —dije— ¡Hola!

—¿No tenías que entregarle el trabajo a Martín?

—Sí, acabo de salir del Insti y me he encontrado con un amigo. Le conocí cuando estuve en casa de mis tíos. Su familia estaba pasando unos días en la zona, ¿verdad Samuel?

—Si —confirmó Samuel, mirando a Marian por vez primera desde sus propias facciones.

Al principio, Marian no le hizo mucho caso. La primera mirada que le dedicó duró unos segundos. Pero enseguida volvió a mirarle y sus ojos reflejaron una especie de confusión.

—Yo también estaba con una amiga. Acabo de dejarla en su portal. ¿Nos hemos visto antes?

—No creo —dijo Samuel.

—Pero sí... Hemos tenido que vernos en algún sitio. Yo te conozco.

—Bueno, no sé...

—Ya os veréis otro día y podréis solucionar esto. Ahora tenemos que irnos.

—Si, tenemos prisa.

Marian se volvió para vernos marchar.

—¿Cómo puede saber que te conoce?

—Algunas personas perciben cosas, aunque no lleven la Semilla. En realidad todas las personas perciben más cosas de lo que creen.

—¿No habrás hecho algo tú para que ella “perciba cosas”?

—No —respondió Samuel con una expresión de exagerada inocencia.

—¡Ooooh, será el amooor! —exclamé yo en tono marcadamente burlón. Samuel amagó un puñetazo teatral y, durante unos segundos, fingimos una pelea.

—¡Ten cuidado! No te das cuenta de tu propia fuerza.

—Lo siento. Venga, ya hemos llegado. Este es el portal.

Toqué el timbre y alguien nos abrió sin preguntar nada al vernos frente a la cámara del portero automático. Subimos al sexto y allí estaba la madre de Jorge, esperándonos.

—Adelante. Jorge está mucho mejor. Ha tenido una recuperación milagrosa.

Nos miró con una sonrisa entre irónica y comprensiva.

—¡Hola! —saludó Jorge desde el fondo del pasillo—. Tío, estoy super bien. No me había encontrado mejor en mi vida.

Se quedó un poco cortado al ver a Samuel. Les presenté.

—Sí, bueno, como decía, estoy mucho mejor. Mi madre, claro, convencida de que todo ha sido teatro, una forma de tomarme un par de días de vacaciones.

Pero seguía un poco tenso ante la presencia de un desconocido.

—¿Te gusta H.G. Wells? —dijo Samuel mirando una estantería—. A mí también. Es como leer ciencia ficción *vintage*, ¿a qué sí?

—Sí, tienes razón —dijo Jorge, mirando a Samuel con un arrebato de simpatía—. Nunca se me había ocurrido decirlo de ese modo.

A partir de ahí Jorge se relajó. En poco tiempo Samuel y él llegaron a ser los mejores amigos y Jorge nunca me preguntó por qué había llevado a un extraño a visitarle cuando se recuperaba de una misteriosa enfermedad. Era como si no recordara que hubieran sido alguna vez extraños el uno para el otro.



5. El Arco Atlántico



Estoy leyendo un libro sobre los celtas en el que se habla del Arco Atlántico, me había dicho Irati por teléfono. Ahora volábamos sobre ese arco, sobre la fachada occidental del continente, el arco imaginario que va desde Portugal hasta las Islas Británicas. Pero lo especial de nuestro vuelo era que no lo hacíamos dentro de un avión. Irati, en esos momentos, era un halcón enorme que se deslizaba por el aire a gran velocidad. Nunca antes, cuando me había servido de transporte, había ido tan rápido; pero ahora yo me sujetaba a sus plumas con una fuerza sobrehumana que me salvaba de salir despedido y caer al vacío. No me molestaba gran cosa la fricción del aire y el vértigo había desaparecido. Llevaba una mochila bien sujeta a la espalda. Era todo mi equipaje. Las vacaciones de Semana Santa iban a ser verdaderamente especiales.

Mis padres habían intentado acompañarme al aeropuerto, los pobres. Finalmente desistieron, creyendo que tanta insistencia en ir solos se debía a que necesitábamos nuestra independencia de adolescentes, valernos por nosotros mismos y esas cosas. Además, se suponía que el padre de Irati estaba esperándonos al otro lado del Canal de La Mancha y en constante comunicación con nosotros a través del móvil. Se suponía que él se había ocupado de los billetes, de todo. Pero Irati tenía planes que no incluían un viaje en avión.

Los radares no eran un problema. Podía volar bajo para que no nos detectaran. El problema eran las rutas aéreas frecuentadas por aviones de todo tipo. Por suerte no solo tenía una vista fantástica sino un oído paranormal. De día me superaba en cuanto a visión, y su oído superaba todo lo que pueda ser considerado normal en este mundo. Con la atmósfera tranquila podía oír cualquier máquina voladora a varios kilómetros de distancia. podía anular la señal emitiendo su propia señal de radio, una eficaz interferencia. Sus supersentidos y su velocidad y su fantástica agilidad para hacer maniobras hacían posible que no fuera detectada . A baja altura, los drones eran una molestia, y arriba, muy, muy arriba en el cielo que parece tan limpio, globos sonda y basura espacial.

De todos modos, me dijo, no subiríamos tan alto; yo no podría resistir allá arriba, por la falta de oxígeno y las temperaturas y otras cosas. No me dio tiempo a preguntar por qué ella podría hacerlo y qué eran las otras cosas. Se empeñó en seguir la línea de la costa desde Finisterre a Bretaña para que yo pudiera verla.

Era temprano aún cuando alcanzamos las Islas Británicas. De todas formas Irati tuvo que escoger un lugar apartado para aterrizar y asegurarse bien de que el terreno estaba despejado. La zona de Gales que sobrevolábamos era un parque natural y era fácil encontrar visitantes, pero las laderas desoladas como un desierto de hierba y piedra hacia las que descendíamos eran un terreno despejado sobre el que la vista se extendía sobre grandes distancias. Cuando llegamos abajo, ella salió del cuerpo del halcón y este desapareció entre las nubes, literalmente, nosotros ya éramos solo dos visitantes más que pasábamos el día en el parque.

Y eso es lo que hicimos: pasar el día en el parque. Recorrimos senderos, visitamos aldeas y pueblos y ruinas y lagos. La región estaba llena de castillos, también en ruinas. Recordé a Wanda junto a los estanques y los ríos. Aproveché los lugares en los que había buena cobertura para llamar a mis padres. Comimos en un mesón típico donde conocían a Irati porque había ido allí muchas veces. Se llamaba The Falcon Inn.

Irati me dijo que, cuando volaba a gran altura, la gente, al verla, creía que era un ave de tamaño normal volando más bajo, debido a que el gran cielo no les ofrecía referencias con las que compararla. Yo debía tener más cuidado. Había enormes extensiones montañosas sin bosques, con pocas oportunidades de encontrar refugio. Pensé que, si me veían de lejos, tampoco podrían saber mi tamaño, ni qué clase de animal era, y que podría tratar de camuflarme con las

rocas grises. Por prudencia, sin embargo, solo al anochecer llamé al lobo. La figura blanca, un poco translúcida, se presentó frente a mí. Entré en ella y se volvió sólida como la carne y la sangre. Me lancé a correr por aquellos páramos con la alegría de la libertad, una libertad que nunca había conocido hasta reencontrarme con esto, fuese un segundo cuerpo u otra cosa. La sombra del halcón ya no se proyectaba en tierra (la luz era insuficiente) y, sin embargo, juro que yo podía verla. Si era cosa de la vista o de la mente no lo sé. Yo seguía aquella sombra y así viajamos un rato hacia nuestro destino.

El paisaje se fue volviendo más denso, más boscoso. Con la última luz, y en forma humana, por supuesto, visitamos dos pequeñas iglesias en el sur del parque. La primera, llamada de Saint Issui, tenía un cementerio de película de vampiros y un paisaje alrededor que me recordaba las montañas y los valles del País Vasco. La iglesia, pequeña y rústica, era muy bonita, de piedra oscura, erosionada. Aquella piedra oscura de los monasterios, los castillos, las ruinas, me recordaba a Galicia, donde había pasado más de un verano con mis padres.

—Es granito —dijo Irati—. Por eso te recuerda a Galicia. Si fuéramos hacia el norte veríamos formaciones de arenisca, como el monte Jaizkibel.

—Hay algo familiar en todo esto. No solo la piedra; el paisaje, los pastos, los animales, esos megalitos que vimos antes, algunas casas...

—Es el Arco Atlántico. Desde la noche de los tiempos ha habido rutas marítimas, intercambios culturales, movimientos de población... La prehistoria era otro mundo, un mundo remoto, pero aunque la gente no se dé cuenta, su huella está aquí, en el presente. Da vértigo pensar en aquel mundo completo y lejano, separado de nosotros por un abismo de tiempo.

—¿Más vértigo que volar a kilómetros de altura?

—¡Mucho más! —contestó Irati riendo.

—¿Por qué has dicho que yo no podría resistir la falta de oxígeno si volamos a grandes alturas? ¿Es que tú si puedes?

—No es solo la falta de oxígeno. Es también la falta de presión. Hacia la mitad de la estratosfera la presión es muy baja y entonces los líquidos del cuerpo humano empiezan a hervir.

—¿Hervir?

—Sí. Forman burbujas. A esa presión el agua hierve a 37 grados. Es lo que se llama el límite de Armstrong. Más allá de ese límite ningún ser humano puede resistir. Si estuvieras en tu cuerpo de lobo este te protegería. Porque no solo es un lobo.

—Por eso tú si puedes subir más allá de ese límite.

—Sí, puedo ir más allá del límite Armstrong, mucho más allá. Es genial estar ahí arriba. Subo a menudo con mi padre.

—Él también...

—Claro. Supongo que por eso quiere que estudie aeronáutica, como él. A mí me gusta más

la arqueología. Él me dice que eso es trabajo para criaturas de tierra. Pero desde el aire se ven cosas en la superficie que indican dónde puede haber algo especial en el subsuelo.

—¿Qué cosas? —pregunté.

—Cambios de color, diferencias en la vegetación. Cosas así. Se puede ver por satélite, pero la experiencia de verlo con tus propios ojos es incomparable.

No pudimos entrar en la iglesia. Estaba cerrada. Irati me dijo que me enseñaría fotos de Internet. Nos pusimos en marcha siguiendo caminos y angostas carreteras hasta volver a cortar terreno por el puro monte. Anochecía. Aún me enseñó otra pequeña iglesia, la de St. Martin, totalmente de película de vampiros. Allí todo estaba torcido, desde las lápidas al campanario pasando por las paredes y cada una de las líneas del edificio, que no se mantenían paralelas entre sí ni formaban ningún ángulo recto. En la ladera próxima se podía apreciar el resultado de un deslizamiento de tierra importante.

—Una leyenda atribuye el derrumbamiento de esa ladera al terremoto que se produjo cuando murió Cristo en la cruz.

Irati aprovechó nuestros últimos momentos en los límites del parque para llevarme a un bosque de hayas que se parecía fantásticamente a las hayas del monte Gorbea (o del bosque de Irati). Pronto la noche cerrada volvió oscurísimo el bosque. Irati me dijo que volveríamos al aire. Sabía evitar los aeropuertos y aunque su vista no era la mejor en la oscuridad, podía fiarse de su oído y de su sentido de la orientación, una especie de brújula natural que le permitía ver, literalmente, el campo magnético de la Tierra. Tenía un detallado mapa mental en el que ubicaba con precisión todas las rutas aéreas. Subimos hacia una montaña llamada Sugar Loaf.

—Volaremos sobre Abergavenny —dijo—. Un día de estos te enseñaré el castillo y el museo. Me encanta Gales.

Pero enseguida se fundió con el halcón y pusimos rumbo hacia Inglaterra.

* * * * *

Irati y su padre vivían en Bristol, en las afueras, en una casa aislada que tenía por detrás un terreno rodeado de árboles. No era difícil imaginar para qué servía ese terreno. No lo usaban, desde luego, para jugar al cricket. Tampoco tuve que imaginar o deducir nada, pues lo vi con mis propios ojos y lo experimenté con todo mi cuerpo. Me refiero al aterrizaje. Las luces de la casa estaban encendidas cuando descendimos para tocar tierra. El padre de Irati nos estaba esperando, una figura larga recortada sobre la luz del interior. Comprendí que había sentido nuestra proximidad. Las capacidades psíquicas de los Descendientes aún me asombraban, pues en mi apenas habían comenzado a desarrollarse. A veces percibía cosas, como un aura de voces o imágenes borrosas que surgían dentro, aparte de las imágenes del mundo exterior, de los

sentidos.

El padre de Irati tenía la mesa lista en una estancia larga, una especie de cocina-comedor, daba al terreno sobre el que habíamos descendido. Dos grandes ventanas a cada lado de la puerta miraban hacia la parcela limitada por árboles que, según caminábamos, se convertía en un jardín de arbustos y flores. Poco antes, surgía de la pradera un camino de losas que iba hasta la puerta. Había también una pequeña valla pintada de blanco entre este jardín y el huerto de hierbas aromáticas sobre el que caía de lleno la luz del comedor. Ayudamos al padre de Irati a terminar de preparar la ensalada y a freír el pollo.

—¿Qué tal tu inglés? —preguntó.

—No muy bien —contesté avergonzado.

—Seguro que mejoras estos días.

—Seguro que sí —dijo Irati, riendo.

Hizo que me sintiera más avergonzado aún.

—No sabes por qué lo digo.

—Pues no.

—Antes tenías un oído fino, pero no era nada comparado con lo de ahora: quince días de inmersión en la lengua van a ser como si vivieras años en este país. Además, no sé si te has dado cuenta, pero tus capacidades propiamente humanas también mejoran cuando estás más unido al otro cuerpo. Así que cuando vuelvas a casa vas a sacar sobresaliente en inglés.

—No si seguimos hablando en castellano —dijo el padre de Irati. Y desde ese momento empezamos a hablar en inglés, aunque yo todavía lo hacía bastante mal.

—Bueno, mañana tengo que levantarme temprano.

—Nosotros recogeremos —dijo Irati—. No te preocupes. Vete a la cama, papá.

—Os veo mañana.

—Buenas noches.

—Vas a coger acento del West Country —dijo Irati riéndose un poco.

—¿Cuándo veremos a Wanda? —pregunté.

—Mañana, después de clase. Aquí las vacaciones no empiezan hasta dentro de dos semanas.

—¿Y tú no vas a clase?

—No. Yo estudio en casa. Mi padre y su novia son mis profesores

—¿Se puede hacer eso? Quiero decir ¿no viene el gobierno y te dice que tienes que ir a un colegio, a un instituto?

—No. Cuando mi padre me trajo aquí con él me matriculó en un colegio. Pero no me adapté. Así que pensaron que era mejor que estudiara en casa. Mi padre es profesor en la Universidad de Bristol y Karen trabaja en Londres, en una editorial. Ella se queda en Londres de

lunes a jueves. Los jueves por la tarde toma el tren y los días de la semana que quedan los pasa con nosotros. Nos sentamos juntas en la mesa de la biblioteca, con nuestros ordenadores, y revisamos las tareas que he hecho durante la semana. Algunas cosas las hago con unos amigos, por videoconferencia. Luego, mientras busco información en la Web, o estudio, ella termina el trabajo que se ha traído a casa o escribe informes. Mi padre está conmigo por las tardes. Utilizo mucho Internet. Y siempre hago los exámenes oficiales.

—¿Es maja la novia de tu padre?

—Se porta bien conmigo.

—¿Y es como nosotros?

—No, ella no sabe nada. Por eso hemos llegado a esta hora. Se acaba de ir. Por lo demás, me relaciono más bien con otros como nosotros. Hemos formado una pequeña comunidad. Wanda y su madre viven en Cardiff, y nos vemos todos los fines de semana. Tim y su hermano Pete y sus primos y primas viven en Bristol. Ya te los presentaré. Ahora será mejor que te enseñe tu dormitorio. Estoy muerta de sueño.

* * * * *

Por la mañana, nada más levantarme, examiné los alrededores. No solo estábamos rodeados de árboles: la casa se encontraba en la linde de un bosque de dos kms cuadrados, Leigh Woods. El bosque era una pequeña reserva natural custodiada por guardabosques. Fue el primer sitio que Irati me enseñó.

El padre de Irati se había ido al trabajo. Teníamos una casa para nosotros y un pequeño bosque que explorar. Ahora comprendía el gusto de Wanda e Irati por los parajes naturales. Antes me gustaban sí, pero ahora nada me producía más placer que la tierra, la hierba, la vegetación, la presencia de miles de criaturas entre ella, el mundo irregular y repleto de vida donde los seres humanos no habían matado el suelo con capas de cemento y hormigón. Andar, correr, saltar, oler la tierra y las plantas y los rastros del suelo y todo lo que estaba suspendido en el aire era algo excitante, magnífico. Ya dentro del bosque no pude evitar fundirme con el lobo, confiado en que podría detectar a cualquier excursionista con antelación y evitar que me viera. Había llovido un poco y la tierra estaba aún húmeda.

—¡Eh, tú! —gritó Irati al verme entrar en el lobo y correr a su alrededor—. ¡No hagas eso! Pero seguí saltando y jugando.

—Por favor, Mikel, esto está lleno de excursionistas.

Como respuesta empecé a actuar como un perro, haciendo toda clase de cucamonas.

Oí ruido de pasos en los alrededores. El lobo y yo nos separamos.

—¿Ves? No ha pasado nada —dije.

—En realidad esto está lleno de gente —respondió Irati—. Lo que pasa es que yo conozco los sitios menos transitados.

Aún así ella mantuvo al halcón cerca todo el día, sobre las copas de los árboles. Así esquivábamos a la gente y nos hacíamos la ilusión de estar en un bosque verdaderamente salvaje. Comimos unos sandwiches sentados sobre un tronco caído y regresamos a casa. Cuando volvíamos nos cruzamos con una pareja de mediana edad.

—Buenas tardes Mrs. Morrison, buenas tardes Mr. Morrison —dijo Irati con una deslumbrante sonrisa—. Son unos cotillas —añadió cuando ya no podían oírnos.

Hacía un poco de frío. Pero llegó Charles y nos sentamos tranquilamente los tres en el exterior a escuchar los sonidos del bosque. El viento se movía entre las ramas agitándolas suavemente. Cenamos a la hora en que es habitual hacerlo allí, es decir, prontísimo. Cuando estuvo oscuro, nos preparamos de nuevo para salir.

Era un día laborable. Irati podía estar de vacaciones, pero no los vecinos ni los comerciantes ni los transportistas ni los agricultores ni los ganaderos ni los trabajadores de la industria y los muelles ni los estudiantes de la Universidad. Irati conocía aquel espacio aéreo como cualquier persona puede conocer las calles que transita a diario. Conocía las líneas y las constelaciones que formaba el alumbrado eléctrico como si fuera un mapa luminoso que hubieran extendido sobre el terreno para que ella lo pudiera leer desde la altura. Aún así su padre le recomendó mucha prudencia.

—Este es un país con una gran densidad de población —me dijo—. Solo en los sitios más remotos se puede tener un poco de tranquilidad.

Irati me llevó hasta un pueblo costero llamado Weston Super Mare. Dio unas vueltas en el aire sobre la desembocadura del río Avon. Por fin aterrizó en la playa.

—Si hubiéramos venido en coche —me explicó— habríamos tardado una hora en llegar. Mira, al otro lado de la bahía está Cardiff, la capital de Gales.

Nos sentamos en la arena a escuchar el sonido del agua.

—Este ruido —comenté— es como el hogar para quienes hemos nacido en países costeros ¿no crees? Te tumbas, cierras los ojos y ya estás flotando en el ritmo del mar... Todo un mundo ahí al otro lado, cada vez más profundo, más lejos. Como la Prehistoria.

—Creía que te atraía más el aire. El aire de las montañas, de los grandes espacios abiertos. El aire que has respirado en la altura.

—Una cosa no quita la otra.

Ella guardó silencio. Al principio ese silencio se me hizo incómodo. Pensé que tal vez yo habría dicho que la había incomodado. Luego me di cuenta de que Irati escuchaba intensamente, atenta al vaivén monótono de las olas, a la profundidad bajo ellas y quise atender también a esa especie de presentimiento, ese conjunto de señales que aún no había aprendido a separar e

interpretar, a recoger en la distancia llena y confusa.

—Algo no va bien —dijo de pronto.

—¿Qué es lo que no va bien? —pregunté.

—No lo sé. Percibo algo...

Pasaron unos segundos. En esa masa de vibraciones como un paisaje móvil que llegaba del mar, noté por fin la presencia conocida.

—Está cerca —le dije—. No siento que nada vaya mal.

—Yo tampoco, ya no. Ha durado... poco... esa sensación que no sé a qué corresponde.

Quizás haya sido una falsa alarma.

Todavía tuvimos que esperar algo. El silencio iba y venía, como las olas.

—¡Ya está aquí! —dijo Irati.

Un ruido que procedía del mar anunció la presencia de Wanda.

—¿He tardado mucho? —preguntó—. Es que no he podido resistir el deseo de desviarme un momento y nadar por el Canal. Pero no se lo digáis a mi madre. Se preocupa por todo.

—No te preocupes, hemos llegado hace solo unos minutos.

—Me alegro mucho de verte —dije.

—Yo también me alegro —respondió—. Mi madre me decía que esperara, que ya nos íbamos a ver el próximo finde. Pero le he dado tanto la lata que no ha tenido más remedio que dejarme salir. Ella no podía acompañarme y mi hermano está en los EE.UU con una beca. Casi la vuelvo loca diciéndole que no se preocupara, que es un trayecto corto, que estaré de vuelta enseguida. Y ella me ha vuelto loca a mí recomendándome prudencia. Que cuidado con los barcos, que no me acerque a las zonas más contaminadas ... En fin, todo lo que ya sé. Pero así se queda más tranquila.

—Bueno, date una buena ducha cuando vuelvas —dijo Irati con una de sus risitas.

—No es nada gracioso.

Irati cambió de tema bruscamente.

—¿Qué ha pasado en el agua?

—Nada importante, supongo. Había alguien, uno de los nuestros.

—¿Te han seguido? —exclamó Irati alarmada.

—Quizás. No sé. No ha enviado ninguna señal.

—Eso es raro. O quizás no. Papá dice que ellos (ya sabes quienes) nos vigilan, del mismo modo que nosotros procuramos saber en qué andan metidos.

—No tengo derecho exclusivo sobre estas aguas. Supongo que ha sido algo casual.

—Sí, pero podía haberse identificado.

—Tampoco se ocultó. Al principio me sobresalté. Luego pensé que, bueno, pasaba por ahí, como yo. Supongo que no hay que darle más importancia.

Irati, sin embargo, por alguna razón le daba importancia. Quizás lo hacía por la misma razón que me mantenía inquieto y alerta mientras escuchaba las palabras de las chicas esperando una clave. Porque mi nueva conexión con los componentes de la Estrella, mis nuevas capacidades de percepción, o ambas cosas, me hacían notar que Wanda no nos estaba contando todo.

—Ven con nosotros. Puedes dormir conmigo esta noche. Tu madre podría decir que estás enferma para justificar tu ausencia en el colegio mañana.

—Si le pido eso tendré que darle otras explicaciones. Se preocuparía. No merece la pena.

—Por favor, llámame cuando llegues a casa —rogó Irati—. Ahora soy yo la que siente preocupación.

—Los dos estamos preocupados —dije desde la oscuridad.

Dimos un paseo por la playa desierta. La figura oscura de un animal parecido a un perro nos seguía. Era yo. Una criatura volaba por el aire y otra enviaba su señal inconfundible desde el agua. Qué era ésta, qué clase de animal, no lo sé. Había dos cosas de las que Irati y Wanda no hablaban nunca: Irati no hablaba nunca de su madre y Wanda no hablaba nunca de la forma animal de su segundo cuerpo. Cada una respetaba escrupulosamente el silencio de la otra sobre el tema que la afectaba. Yo ya empezaba a preguntarme por qué. Wanda ocultaba demasiadas cosas. Wanda era el misterio y el misterio me atraía.

* * * * *

Al día siguiente el padre de Irati trató de despertarnos para llevarnos con él, pero teníamos tanto sueño que fue imposible. Escuché la conversación desde mi habitación.

—Oh, papá, hoy no, por Dios. Tengo unas ganas horribles de levantarme tarde.

—De acuerdo. Pero mañana estad listos. Nada de salidas nocturnas. Dormid bien para ir a la ciudad temprano

—Sí, lo prometo.

Así que, por suerte, nos levantamos tarde. Después de un buen desayuno, Irati me llevó al garaje, donde cogimos dos bicis. Pasamos el día por los alrededores, paseando, viendo las granjas, el campo, las casas, incluida una granja escuela y la Mansión de Ashton con su parque habitado por ciervos.

Por la noche, tarde noche más bien, cenamos los tres en la cocina. Se puso a llover y el olor de la tierra mojada entraba por la puerta abierta. Nadie la cerró.

—Estás preocupada por algo —le dijo Charles a su hija.

—Por favor no le digas nada a Bárbara.

Bárbara era la madre de Wanda.

—No le diré nada si eso es lo que quieres. Pero ¿qué pasa?

—Cuando Wanda cruzaba el canal para venir a reunirse con nosotros notó una presencia.

—¿Y?

—No se identificó.

Charles se quedó pensativo.

—No fue muy considerado por su parte. Sería un Heredero. A medida que nos organizamos, ellos sienten la necesidad de saber más sobre nosotros. A veces ocultan su presencia para espiarnos, y a veces lo que quieren es hacerse notar, para que sepamos que están ahí, que lo han estado siempre.

—Espero que los chicos no tengan ningún problema cuando vengan hacia aquí.

—Enviaremos a alguien para que los acompañe. En cuanto a Wanda, tendrá que volver a sus clases con el Maestro. Se está tomando unas vacaciones demasiado largas.

—A nadie le gusta ir a casa del Maestro. Es demasiado siniestra.

—Con él podéis adquirir habilidades muy útiles. No tenéis ni idea de lo que podéis conseguir. Al Maestro le ha costado mucho aprender todo lo que sabe. Un guía os puede ahorrar tiempo.

—Bueno, no hay nada malo en aprender por uno mismo —comenté inocentemente.

—Oh, desde luego que no. Pero si quieres ahorrarte unos cien o doscientos años de aprendizaje, siempre puedes acudir a un Maestro.

—¡Doscientos años!

—Así es —respondió Charles, con mucha calma.

Luego se sirvió un trago de whisky y dijo:

—Hoy no tengo que volar.

* * * * *

—¡Arriba, perezosos! —gritó Charles—. El desayuno está listo.

Semejante ofrecimiento hizo mucho por desintegrar nuestra pereza. Bajamos las escaleras en tromba tras una ducha rápida.

Después de devorar un buen desayuno hicimos sandwiches y rellenamos nuestras mochilas con ellos y con algo de fruta. Recogimos, fregamos los platos y subimos al coche. En pocos minutos habíamos cruzado el puente suspendido sobre el río Avon, el llamado puente colgante de Clifton. Unos minutos más y estábamos en los jardines del zoo. Charles nos dejó allí para que pasáramos la mañana. El tiempo era bastante bueno.

—No me gusta ver a los animales prisioneros —dije.

—Al menos aquí están a salvo —contestó Irati con amargura.

Si alguien se imagina que pudo haber algún encuentro especial con lobos en ese zoo, al estilo de la visita de Harry Potter al zoo de Londres, cuando, sin saberlo, se comunicó con una serpiente en Parseltongue, puede quedarse sentado esperando, porque en el zoo de Bristol no hay lobos.

Cuando salimos de allí el día se empezó a oscurecer. Se veían nubes y el cielo se volvió de un gris desleído. Comimos sentados en un banco, todavía cerca del zoo. Al pasar frente a una casa de College Road Irati me dijo:

—Ahí vive El Maestro.

Miré hacia las ventanas. Nada se movía tras ellas. Nada se oía.

—¿No quieres pasar a saludarle? —pregunté.

—Desde luego que no —dijo—. Prefiero estar al aire libre y no en esa casa oscura y polvorienta. No digo que no tenga su encanto, para quien le gusten esas cosas, pero no me gusta el rollo gótico, salvo en las películas.

Así que nos fuimos a pasear por las calles de Clifton, un área residencial donde no puedes residir salvo que tengas mucho dinero. Vimos colegios universitarios y jardines y mansiones y casas adosadas que por lo menos tenían un par de siglos.

—Mira, esta es Penbroke Road. ¿Sabías que esta calle tiene fantasma?

—¿Sí? —dije con una sonrisa incrédula.

—Por las noches —explicó Irati, dándole a su voz un tono burlesco y ululante—, a veces se ve al malvado enano salteador de caminos pasar galopando frente a las casas.

—¿El salteador de caminos enanos?

—No, el salteador de caminos enano. O enano salteador de caminos.

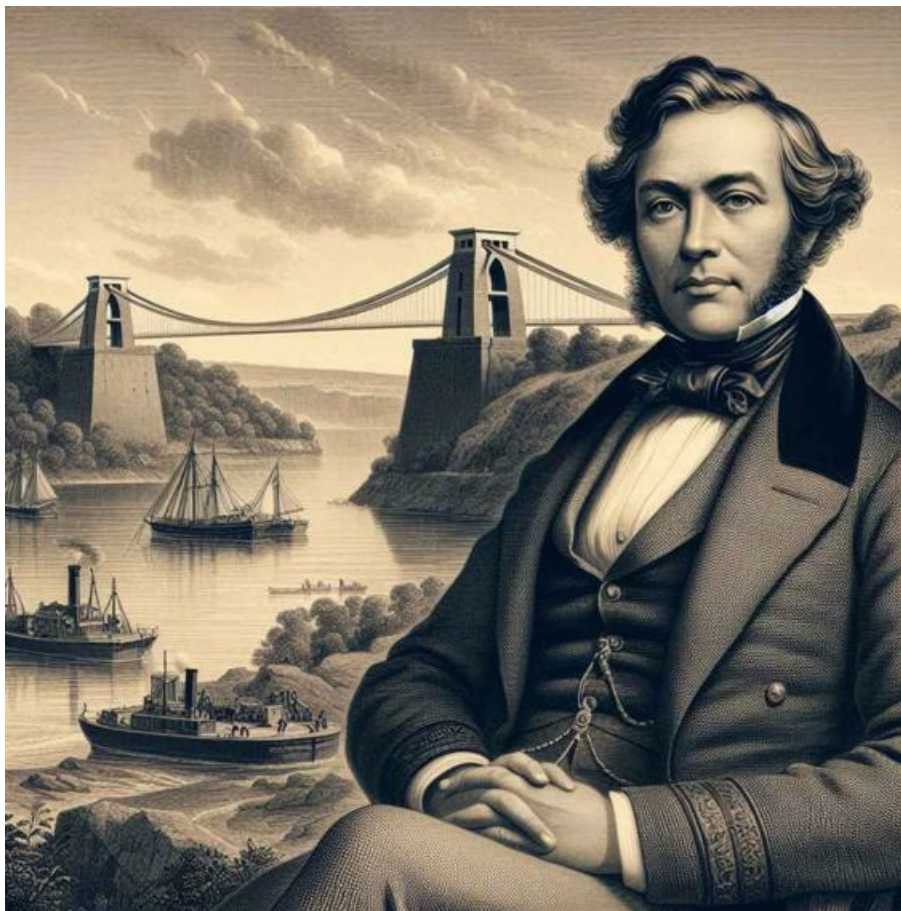
—Sea como sea, da más risa que miedo.

—No debería darte risa— respondió Irati, tratando de que su voz fuera grave en los dos sentidos de la palabra y conteniendo las carcajadas.

—Ya te vale —dije.

No pude resistirlo más y me empecé a reír. Y ella rió también.

—Pues te puedes preparar, porque el puente colgante de Clifton también está encantado. El ingeniero que lo diseñó, Isambard Kingdom Brunel, murió antes de ver acabada su obra. Desde entonces, mucha gente ha visto una misteriosa figura por los alrededores contemplando el puente. Por no hablar de los fantasmas de los suicidas que se han tirado desde él.



* * * * *

En un café de Whiteladies Road esperamos al padre de Irati. Mientras lo hacíamos, ella me explicó que pronto conoceríamos a los gemelos y a sus primos, una revoltosa banda de niños y jóvenes.

Quise decirle que me alegraba de que pudiéramos estar solos, pero me acordé de Wanda, de lo que me había dicho Irati en Weston Super Mare, cuando le hablé sobre la atracción del mar. “Creía que te atraía más el aire” me dijo, “el aire que has respirado en la altura”. Así que dudé. Me callé. Ella notó algo, me miró con una interrogación en los ojos. Pero entonces llegó su padre a recogernos.

—Ahí viene —murmuró. Estábamos sentados junto a una gran ventana y al otro lado, en ese momento, el coche se detenía junto a la acera.

En poco tiempo llegamos a un barrio llamado Southville. Aquí no fue fácil encontrar un sitio donde aparcar. Había miles y miles de casitas adosadas, pintadas de diferentes colores, con

vehículos a la puerta y jardines traseros. Orientarse en esas calles debía de ser una tortura para cualquier persona a la que no se le diera bien moverse con precisión en el espacio. Para Charles y para Irati era fácil. En cuanto a mí, necesitaba hacerme un mapa de los olores de la zona, y entonces no podría perderme. De momento noté el aroma vegetal del jardín frente al cual habíamos parado, distinguí su mezcla especial y sus componentes. También supe hacia dónde había que ir a buscar el río por el olor de los minerales y plantas disueltos en él, ese olor característico que venía del norte.

Charles tocó el timbre y salió una mujer de mediana edad, muy jovial, que le recibió calurosamente y nos invitó a tomar té con bizcochos y pastel de ciruela. Los gemelos salieron en seguida a conocerme.

—Estos son Pete y Tim —dijo Irati.

Cuando estábamos tomando el té llegó el resto de los invitados, hermanos, primos y parientes en algún grado todos ellos. Un auténtico clan. Anne, Sarah, Elizabeth, John, Oliver y Mia, la pequeña Daisy, y la madre de esta, la tía May, entraron por la puerta con bastante alborozo y con mucha expectación. Pronto la sala estuvo rebosante de gente de todas las edades, pues la abuela presidía la escena desde su sillón de orejas.

—¿Cómo puede haber tantos primos con las limitaciones que tienen los Descendientes para reproducirse? —le pregunté a Irati mientras nos apostábamos junto al ventanal con una taza de té en la mano.

—Ya te lo contaré

—¿No me lo puedes contar ahora?

—Cada pareja solo puede tener un hijo, es verdad —respondió ella—. Cada pareja, no cada persona. Un antepasado de los Hill tuvo unos cuantos hijos. Tenía una novia en cada puerto. Por eso hay tantos parientes que se llaman entre sí primos. En inglés la palabra puede abarcar muchos grados de parentesco.

En ese momento se oyó la voz aguda de la pequeña Daisy:

—Mamá, ¿puedo ir yo también a la excursión?

—No, Daisy, te he dicho que no. Eres demasiado joven. Te quedarás con la abuela.

La abuela, una mujer todavía enérgica, sonrió resignadamente.

—Parece que tú y yo no podremos ir, Daisy.

—No hay derecho.

Los padres de Ousmane y Fatou habían autorizado el viaje de sus hijos con la condición de que fueran acompañados. Había un ambiente general de inquietud y precaución, no de miedo. Podía notarlo en el aire, podía olerlo. Esta bulliciosa familia que ahora nos rodeaba iba a ser la escolta de Ousmane en su viaje submarino. Miré por la ventana hacia el paisaje doméstico de una calle residencial, los grandes ventanales y los minúsculos jardines delanteros. El padre de

familia, un hombre grande, trabajador del puerto, aparcó su coche frente a la casa y se sumó a la reunión. Los gemelos debían de ser de nuestra edad, calculé. También Sarah, Elizabeth, Mia y Oliver.

Anne y John, en cambio, eran mayores que nosotros, y la pequeña Daisy.... Bueno, era la *pequeña* Daisy, aunque quizás no tanto como creían sus padres. La tía May y Alice, la madre de los gemelos, eran hermanas y también gemelas.

—Bien, ¿nos vamos? —dijo el padre.

La familia Hill, o gran parte de ella (Thomas, el padre, Alice, la madre, los gemelos y Mia, junto con Anne, John y Sarah y la tía May) se acomodó en un Nissan Combi de motor eléctrico. Elizabeth y Oliver vinieron con nosotros en el coche de Charles, un Volvo. Recorrimos unos cuantos kilómetros por autovías, puentes, zonas industriales y campo hasta llegar a una parte de la costa prudentemente alejada de las viviendas. Los coches se desviaron de la carretera principal.

Soplaba un viento no del todo suave cuando salimos. Dos figuras nos esperaban en la luz del crepúsculo junto a un Mini Countryman de color verde. Eran Wanda y su madre. La madre era rubia y pálida como la hija, un poco más robusta. Bajamos hacia la orilla por la pendiente cubierta primero de hierbas y luego de rocas y de algas.

Había en el aire una alegría espontánea por la excursión nocturna. Yo podía ver perfectamente las caras en la luz gris. Les devolví el saludo cuando se dirigieron hacia el mar, compartí su excitación, lamenté no poder acompañarles. Los Hill y todos sus parientes se metieron en el agua, todos menos el padre, que debía llevar el coche de vuelta. Las hembras tienen un papel dominante en las manadas de orcas y cuando los Hill formaban su manada para salir al mar, Alice y May llevaban la voz cantante (y nunca mejor dicho). Al poco de desaparecer bajo el agua como personas, aparecieron en la distancia como criaturas marinas. Giraban y saltaban. Era un espectáculo de poder y de dicha. Luego se alejaron. Me pregunté si Wanda era también una de aquellas figuras blancas y negras que emergían de pronto para luego caer con un gran estallido proyectando agua en todas direcciones.

Inquietos, el lobo y el halcón daban vueltas, pero no entramos en ellos. Lo que hicimos fue volver al coche. Durante un tiempo los tres vehículos circularon uno detrás de otro, luego se fueron separando. La noche estaba oscura cuando llegamos a casa. Irati y yo no habíamos dicho una sola palabra durante todo el camino de vuelta.

—Mañana estarán aquí. Todo irá bien —dijo Charles.

El hecho de que intentara tranquilizarnos me intranquilizó. ¿Por qué lo hacía si no había motivos de inquietud?

Cenamos y nos fuimos a la cama. Deseábamos que la mañana llegara cuanto antes.

* * * * *

Las imágenes se abrían paso en mi mente. Al principio eran vagas, débiles, y creí que soñaba. Luego supe que no era sueño; eran sensaciones que no procedían de los seantidos. No tuve miedo. Solo sentía un poco de preocupación, y pena por no haber podido acompañar a los Hill. Habría deseado ir al encuentro de Ousmane, ser parte del grupo que salía a acogerlo y protegerlo de quién sabía qué asechanzas, humanas o no. Habría querido nadar junto a Wanda y averiguar qué animal marino le correspondía.

¿Era el lobo dentro de mí el que tenía un fuerte instinto de manada y había sentido un desgarró al ver a las orcas partir y no poder participar del viaje? Se dice de ellas que son los lobos del mar, depredadores con fuertes lazos familiares, inteligentes, con estrategias sofisticadas que los mayores enseñan a los jóvenes, con habilidades de comunicación, con una compleja vida emocional, implacables y eficientes cazadores. Tal vez se debería decir que se parecen a los seres humanos tanto como a los lobos, tanto como los lobos y los seres humanos se parecen entre sí. Dicen que eso es lo que hizo nacer el odio al lobo: la competencia por los territorios de caza y además, el espejo que ponía frente a nosotros. El miedo ante su astucia y su ferocidad. ¿Frente a mí? Mi lobo está dentro y no es peor que cualquier ser humano. Pero no es solo un lobo. ¿Qué es? ¿Qué soy? Me sentía tan confuso y frustrado aquella noche... ¿No habría sido mejor formar la Estrella solo entre criaturas de un mismo elemento, que pudieran siempre viajar juntas? O mejor aún, entre criaturas que pudieran formar una manada, seres de la misma especie, como la manada de orcas que había visto partir hacia mar abierto.

Mar abierto. Mar profundo.”¿Estoy dormido?”, pensé de nuevo. “No, no lo estoy”. ¿Durante cuanto tiempo lo había estado? Entreabrí los ojos. La luz gris de la madrugada comenzaba a transformar la noche en día. Los cerré otra vez- Las imágenes, las sensaciones lo llenaron todo, como un mar, precisamente. Al principio, como las que se forman después de un día intenso y lleno de novedades, con movimientos y percepciones que nuestra mente parece repetir antes del sueño. Luego sentí que el mar de sensaciones (nosotros, yo, corriendo, saltando pendiente abajo, entre las rocas, hacia la orilla, el cielo, el viento, el ruido de las orcas gritando y produciendo explosiones de agua al saltar y caer sobre ella, el ruido del mar en sus movimiento naturales, las olas yendo y viniendo, yendo y viniendo) todo eso se convertía en un mar de agua que me envolvía. Otro mundo. Mundo gris, verde, azul, mundo donde el gris estaba lleno de millones de grises y de pálidos verdes y azules y verdeazules, otros colores, otra paleta de colores sin nada cálido, pero con una precisión y una infinidad de matices que me mareaba. Mundo donde se flota, se está suspendido en las corrientes y en un movimiento que tiene otras leyes, como si se volara en aire denso.

Ahí estaba yo, pero no era yo, era la mente de Wanda. Estábamos hablando sin hablar,

estábamos conectados, ella me enviaba directamente todo lo que sus sentidos percibían y así me permitía saber qué estaba haciendo, me permitía participar del viaje de las orcas. ¡Su capacidad de ver en la oscuridad era mayor que la mía, era sobrecogedora! Alrededor las grandes criaturas se movían grácilmente siguiendo a las dos matriarcas. Lo extraño es que, siendo animales bastante charlatanes, como había comprobado en la costa al oír no solo el ruido de los chorros de agua que salían de sus espiráculos sino sus cantos y chasquidos, ahora no las oía en absoluto. Supuse que guardaban silencio para evitar ser localizadas. Todos los sonidos que me llegaban eran graves, sonidos de agua, de corrientes. Pequeños choques y flujos producían ruidos hondos y breves como cuencos. ¿Como cuencos? El sentido del oído y el del tacto parecían estar mezclados. Los largos desplazamientos y corrientes producían largos y espaciosos sonidos que se deslizaban hacia mí avisando de la distancia y de la importancia de sus vibraciones. El movimiento de la manada daba como resultado una combinación de flujos peculiares, perfectamente distinguible, y podía ver sus cuerpos blancos y negros con toda claridad.. Las orcas subían de tarde en tarde a respirar. Wanda, no. Así pues, no era un mamífero.

Seguramente sería un pez, como Ousmane. ¿Sabían los Hill que Ousmane era un tiburón? Y él ¿sabía que su escolta estaría formada por los cetáceos que en la naturaleza son sus mortales enemigos? No lo había preguntado. Supuse que sí. Estas cosas no se deben dejar a la sorpresa.

Entonces me di cuenta de que Wanda se movía cada vez más despacio. No llamaba la atención por la extrema lentitud de ese continuo rezagarse que yo notaba solo ahora, cuando ya hacía rato que se estaba produciendo.

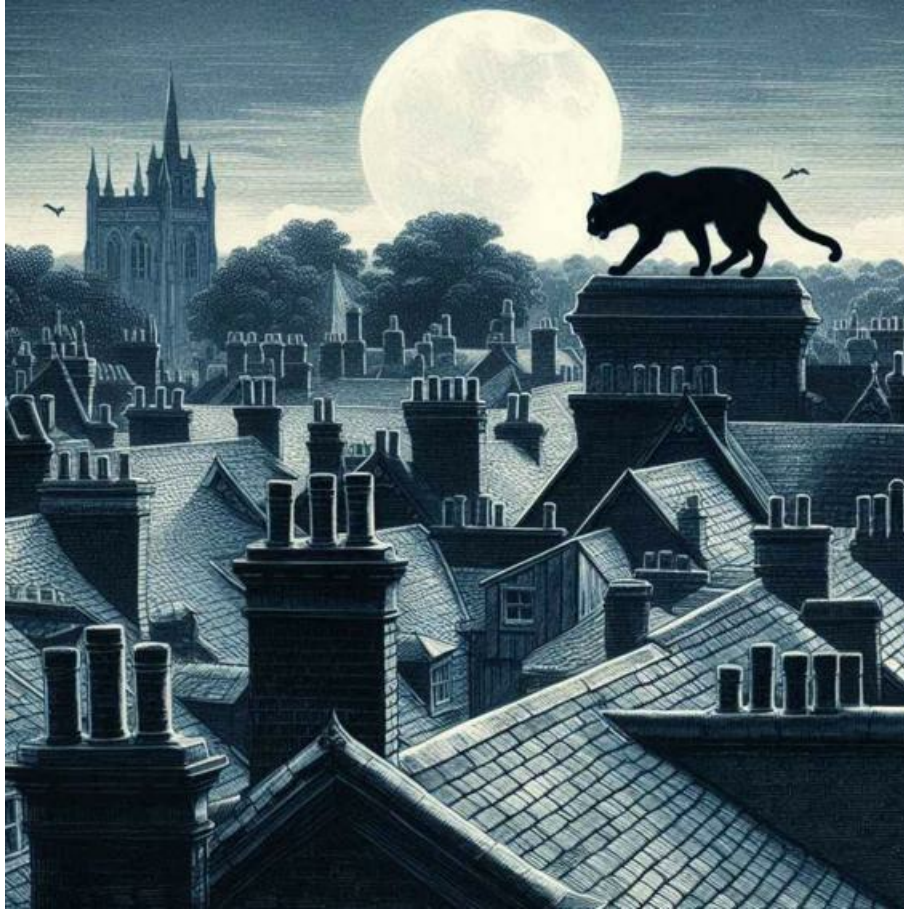
Poco a poco, con una lentitud que para la manada era apenas una corriente tranquila, un desprenderse que no lo parecía, iba retrasando su posición. Yo podía darme cuenta porque estaba conectado a ella a través de la noche, en el sueño o en ese estado de trance parecido al sueño. Entonces pensé: esto es lo que significaban mis sueños anteriores, los primeros, cuando el halcón me llamaba, el halcón que era Irati, y el lobo, el lobo que era yo mismo. Y ahora siento la atracción del agua. O la de Wanda, que se va deslizando hacia la cola del grupo kilómetro tras kilómetro, milímetro a milímetro.

Eso pensé. Yo sabía que ahí había algo intencionado, y en algún momento también supe que tenía relación con la noche en la playa de Weston Super Mare, con aquello que había pasado bajo el agua y que Wanda, en realidad, no nos había contado. Y luego me di cuenta de que la manada seguía su viaje en la total confianza de un viaje sin incidentes, mientras detrás, en la zona hacia la que Wanda se iba deslizando poco a poco, una enorme presencia se materializaba. Oh si, había algo gigantesco, una sombra, un islote submarino que respiraba, que atraía a Wanda y yo no podía intervenir, porque estaba lejos, en la visión, en el sueño y, aunque me cueste reconocerlo, sujeto también a la influencia hipnótica de esa cosa del tamaño de un camión que ya se veía aparecer con cierta claridad. Al principio no se veía su tamaño, pero, no sé por qué, se intuía, se

sabía. Lo sabíamos. No teníamos miedo. Nos aproximábamos a lo inevitable como si los dos estuviéramos en un sueño. Lo vimos crecer a medida que se aproximaba, que nos aproximábamos. Un tiburón ballena en el que la luz quebrada del océano hacía brillar los dibujos de su piel como si fueran estrellas. No pasó mucho tiempo hasta que Wanda estuvo nadando junto a él, despacio. A lo lejos, la manada seguía su camino. “Hola” dijo la voz, claramente escuchada con palabras no oídas. De una mente a otra mente llegaban con claridad: “Volvemos a encontrarnos”.



6. Una fuerza oscura



Wanda no podía adelantar sus vacaciones porque aún tenía que hacer varios exámenes. Pero a Ousmane, que durmió esa noche en casa de los Hill, lo dejaron ante nuestra puerta al día siguiente. A mediodía, Alice se acercó con una pequeña parte de la alborotadora manada (en su forma humana, desde luego) y, como había aprovechado el viaje para hacer compras, improvisó un almuerzo que tomamos fuera, pues hacía buen tiempo.

—Eugene, tu padre me ha dicho que te traiga provisiones.

—Oh, muchas gracias Alice. No hacía falta. Podíamos haber ido nosotros.

—Ayúdame con estas bolsas. Es mucho más fácil traer las cosas en coche y he

aprovechado el viaje. Toma. Pon esto en el frigorífico.

—Me alegro de verte —le dije a Ousmane. Estuve tentado de preguntarle cuál era el aspecto de Wanda cuando se fundía con su otro cuerpo, pero no me atreví, no sé por qué.

—Yo también me alegro —dijo Ousmane. —Desde la noche de la Estrella, he sentido como un deseo de volver a estar todos juntos, y no sólo eso, una especie de atracción hacia lo que somos todos juntos... No sé, es como si fuéramos algo más que un grupo, algo más que tú y yo los demás unidos... Es difícil de explicar.

—Desde esa noche yo también siento cosas difíciles de explicar.

Estábamos en el jardín, comiendo sándwiches y verduras al grill preparadas por Alice en la barbacoa. Alguien pasaba por la carretera, al otro lado del edificio. Oímos unas voces.

—Son los Morrison —comentó Irati—. Tienen horarios de trabajo peculiares y su afán de cotillear no conoce límites.

Descubrimos que los gemelos (que se encontraban demasiado cansados para asistir a clase pero no para otras cosas) estaban cogiendo la mala costumbre de tomarle el pelo a Ousmane por su forma de tiburón, y Ousmane disimulaba como podía que las bromas le hacían rabiar cada vez más intensamente. Los gemelos parecían tener un detector para calibrar el nivel de enfado por mucho que Ousmane lo escondiera, y redoblaban su asedio de burlas, animados por el éxito. En la naturaleza, los tiburones y los delfines son enemigos. Irati me había explicado que las orcas en realidad no son ballenas sino que pertenecen a la familia de los delfines.

—¿Queréis que os lleve al centro? —preguntó Alice.

—¿Qué opináis? —nos preguntó Irati. Luego se dirigió al recién llegado—. ¿Vamos o prefieres dar una vuelta por los alrededores?

—¡Vamos! —dijo Ousmane, que no daba muestras de fatiga y quería ver Bristol.

En un momento estuvimos preparados y nos metimos en el coche, bastante comprimidos pero felices.

Alice nos dejó en Millenium Square, cerca del Acuario. Los gemelos querían venir con nosotros, pero su madre les dijo que “estaban demasiado cansados”.

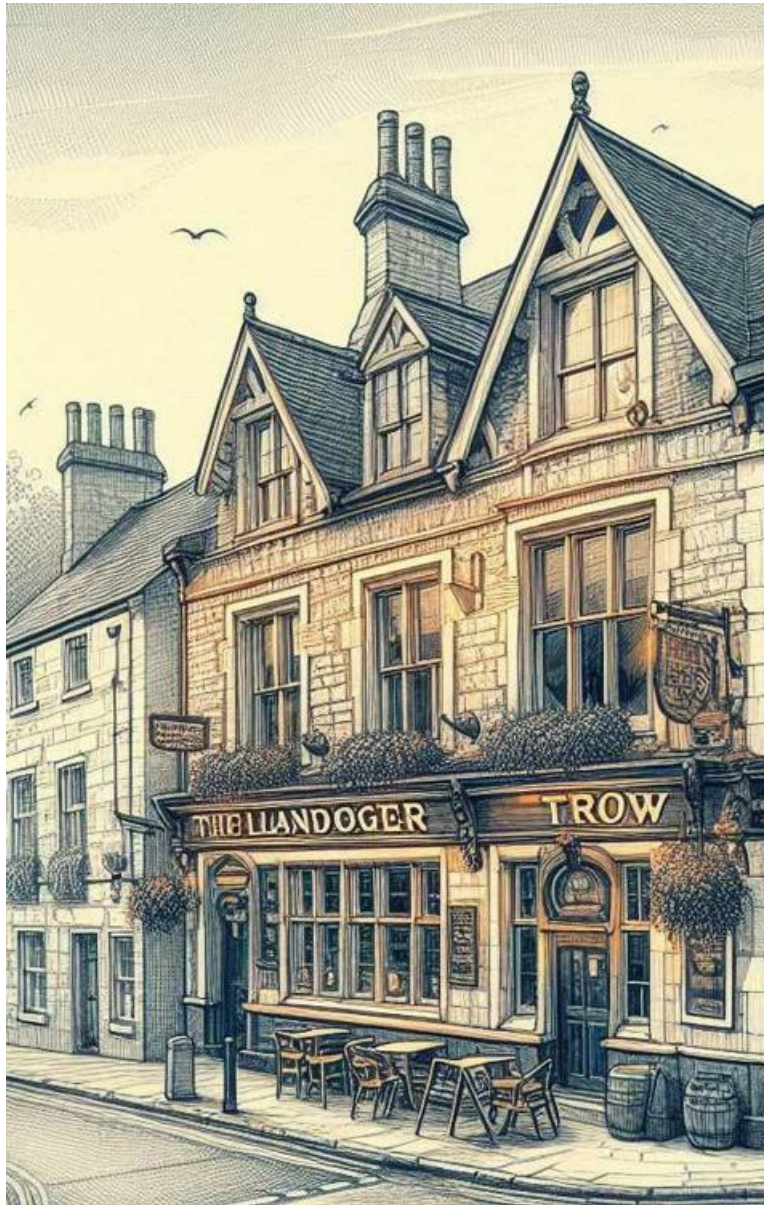
—¿Quieres ir al Aquarium? —le preguntó Irati a Ousmane.

—Más bien no —dijo éste—. Vamos a ver un poco la ciudad.

—De acuerdo.

Evidentemente, ver a los prisioneros del Aquarium no era una perspectiva que le hiciera feliz. Lo que hicimos, en cambio, fue acercarnos a la catedral. Luego fuimos hasta la terminal del ferry y tomamos algo en un restaurante junto al punto de información turística. Estuvimos en Queens Square, un parque con ocho caminos que se juntan en un círculo central como ocho radios de una rueda que se unieran en torno a su eje. El parque (o plaza) está rodeado de casas antiguas. Luego fuimos por King's Street y sus cercanías viendo los pubs. Había uno

especialmente típico y de aspecto venerable llamado The Llandoger Trow.



—Qué chulo —dijo Ousmane.

—Cuidado con ese que está encantado. Y los fantasmas tienen bastante mala leche. Dicen que en la cocina vuelan los platos y, lo que es peor, los cuchillos.

—Irati es experta en fantasmas. Conoce todos los lugares encantados de la ciudad.

—Cualquiera que viva aquí los conoce.

—Háblale del terrible salteador de caminos enano.

—¿Salteador de caminos enano? —repitió Ousmane con una gran interrogación.

—¿Es que crees que no daba miedo porque era bajito? Pues dicen que era muy mal tipo, así que yo no me quedaría tranquila si viera su fantasma galopando calle abajo por Penbroke Road. De todas formas, este pub que veis aquí, aparte de ser famoso por sus fantasmas, lo es porque Robert Louis Stevenson escribió en él *La Isla del Tesoro*. O eso dicen.

—Vaya, muy apropiado —dijo Ousmane mirando el pub con atención.

Seguimos dando vueltas por el centro, la parte antigua de la ciudad con sus calles peatonales, sus viejos edificios, mirándolo todo con avidez, las fachadas y los carteles, las tiendas y los pubs, y terminamos en el comienzo de los Christmas Steps, un recoveco de la vieja ciudad al que Irati nos había ido llevando para continuar con su broma:

—En otro tiempo, por aquí pasaba el camino que llevaba al patíbulo. Se dice que en las noches oscuras aún se pueden oír los llantos y los gritos de los condenados.

—Bueno, Irati, te agradecemos el tour fantasmal. ¿Algún otro sitio encantado que ver por los alrededores? —sugirió Ousmane.

—Claro. El viejo teatro, el Old Vic. Tiene por lo menos dos fantasmas, uno de un hombre que murió en un accidente y otro de una mujer, la famosa actriz Sarah Siddons.

—Bueno, pues ya iremos a visitarlo —dije yo—. Creo que ahora tenemos mucho que ver aquí mismo.

Así que nos adentramos en el pasaje más famoso y encantador del Barrio Artístico de Bristol, los Christmas Steps. Estuvimos merodeando por allí un buen rato.

—Tenemos que enseñarles esto a los demás cuando vengan. Es genial —dijo Ousmane.

—Ahora podríamos visitar el Red Lodge, no está lejos —propuso Irati.

—¿Qué es el Red Lodge? —preguntó Ousmane. — ¿Un pub?

—No, es un museo. Un museo que es una casa, una gran casa, una mansión del siglo XVI. Grande, muy hermosa. No os dejéis engañar por la zona de acceso. En el siglo XVIII se reformó y se amplió. En la época victoriana fue un reformatorio. La viuda de Lord Byron compró el edificio en 1854 para acoger a chicas descarriadas, como se decía entonces, y darles una educación. Puso al frente a una señora llamada Mary Carpenter, así que en la planta de arriba hay una habitación que se llama la habitación de Mary Carpenter y sobre la chimenea, un retrato de ella. Para llegar allí tienes que pasar primero por dos salas, una grande y otra pequeña, y por un dormitorio, los tres forrados de roble oscuro y conservados como en la época isabelina, así que de pronto llegas a la habitación de Mary Carpenter, con las paredes claras, y es un contraste. He estado en esa casa no sé cuántas veces. Me encanta. Y es un sitio muy tranquilo. Está a cinco minutos de aquí.



El edificio era de piedra y ladrillo rojo. Roja era también la puerta, incrustada en un pequeño anexo, una especie de cubo adosado a la entrada. Por eso se dice que el Red Lodge es como la nave del Doctor Who, porque esta puerta y el anexo al que pertenece son pequeños, nada prometedores, y no permiten hacerse una idea del mundo escondido al otro lado. Aunque la planta baja había sido reformada en el siglo XVIII, arriba vimos el dormitorio isabelino del que nos había hablado IratI: la cama con dosel tenía unos postes labrados como cuatro recias columnas. En la planta baja la decoración era más sobria, limpia, airosa, aunque igualmente impresionante. Arriba las puertas, las chimeneas, el techo, los paneles de madera, todo estaba esculpido, decorado, labrado (las habitaciones victorianas eran una excepción). En la planta baja dominaban los colores claros, luminosos; en el piso superior, la pesada madera oscura.

Los Descendientes somos muy sensibles a la huella del tiempo, y recorríamos aquellas salas en un silencio religioso. Pasar de piso a otro piso, a veces de una habitación a otra, era

como cambiar de época. En el interior del edificio dominaban dos colores: el roble y su barniz oscuro reinaban en la planta superior. El otro era una especie de color marfil o crema muy claro, algo que no llegaba a ser blanco, y que cubría las paredes de la planta baja, de la habitación de Mary Carpenter y de la sala de los grabados. Pero estas dos habitaciones decimonónicas (la de Mary Carpenter y la de los grabados) me parecieron tristes. La zona más antigua tenía una atmósfera rica, densa y sensual. El lugar estaba lleno de susurros, crujidos, mensajes. Ousmane parecía recibir alguno que estaba allí solo para sus sentidos y que, extrañamente, escapaba a los nuestros. Se le veía cada vez más inquieto.

—¿No oís el ruido del agua? —preguntó.

—¡No! —contestamos al unísono, con un acento de sorpresa.

—Viene de abajo.

—Abajo está el viejo pozo —dijo Irati. —Se descubrió en 2010. Al parecer en el siglo XIX, como tenían agua corriente, lo cubrieron con un suelo de losas. Ahora se puede ver en una habitación que está abierta al público. Pero no creo que haga ruido. Serán las viejas tuberías.

—Oh sí que lo hace —dijo Ousmane. —Eso no son las tuberías. Pero, más que hacer ruido, canta.

—¿Qué?

—Hay unas vibraciones que se repiten, algo que no había oído nunca.

—¿Seguro que es agua?

—Sí, seguro.

—¿Y por qué nosotros no lo oímos? —preguntó Irati.

—No lo sé.

Bajamos las escaleras.

—Eh, vamos al jardín —dijo Irati. —Es el único que queda de los ocho que tenía la casa al principio. No podéis iros sin verlo.

—¿Dónde está el pozo? ¿Está en el jardín?

—El pozo está en la habitación del pozo.

—Vaya, muy lógico —comenté.

—¿Podemos ir ahora? —pidió Ousmane. Era extraño verle tan impaciente.

—Sí, claro —respondió Irati. Y echó a andar hacia la puerta por la que habíamos salido al Knot Garden y por la que volvimos a entrar en la gran sala de recepción, que cruzamos para llegar al distribuidor donde la escalera de roble subía a la planta alta. Allí había dos puertas, una al frente y otra la izquierda, pero Ousmane se dirigió sin vacilar hacia la de la izquierda.

—Pues sí, es aquí —dijo Irati sin demasiada sorpresa.

No me esperaba encontrar otra habitación empanelada y una chimenea de piedra con intrincadas cenefas y escudos. Pero el pozo no había estado siempre en el interior del edificio. La

casa se extendió sobre él con una de las reformas. Ahora aparece bajo una cubierta de vidrio sujeta por un anillo metálico. Bajo ese anillo hay una corona de luces que hace visible el círculo interior de piedra.

Nunca agradeceré bastante a los dioses, a la suerte o a la magia secreta del tiempo y sus coincidencias que nadie entrara en ese cuarto mientras estuvimos allí. De todas formas, me coloqué junto a la puerta y la entreabrí. Si alguien decidía acercarse, estaba resuelto a impedirle la entrada. Y es que Ousmane se había arrodillado junto al pozo, fascinado, atraído irremediabilmente por el sonido que sólo él percibía. Ladeó la cabeza, como para escuchar mejor o prestar atención. Puso una mano sobre el vidrio. Y vimos al tiburón envolviéndolo pero sin llegar a materializarse, como si fuera de gelatina luminosa, muy transparente. Allí, fuera del agua, parecía hecho de luz nada más, o de una materia que no es de este mundo.

* * * * *

Al bajar del autobús que habíamos tomado para regresar a casa, descubrimos que soplaba un viento suave desde el bosque y que el cielo ofrecía uno de sus magníficos espectáculos. Por eso fuimos enseguida a la parte trasera de la casa, sacamos unas tumbonas de madera y nos tendimos en ellas con la cara hacia las nubes.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó Irati.

—No, déjalo. Se está bien aquí.

—Yo quiero té, ¿no queréis?

—Prefiero una coca-cola —dijo Ousmane.

—Tiene que ser light.

—Vale.

Todos estábamos pensando en lo que había pasado en el museo pero nadie decía nada. Todos sabíamos en qué pensaban los demás. Irati y yo esperábamos que Ousmane dijera algo. No queríamos ser indiscretos. En la habitación del pozo, cuando el tiburón se hizo visible, yo me quedé de piedra, Irati dijo “pero ¿qué haces?” y Ousmane siguió en trance unos segundos. Luego los dos volvimos a preguntar que qué hacía, que qué estaba pasando. El tiburón se desvaneció, y Ousmane no parecía saber a qué nos referíamos. Se lo habíamos contado.

—Por eso estabas junto a la puerta —dijo. —Por si venía alguien.

—Pues sí.

Ahora, tumbado cara al cielo, recordaba aquel momento desconcertante. Rebuscaba en mi memoria alguna clave que me ayudara a comprender.

Irati entró en la casa y salió con un papel en la mano.

—Eh, mirad esto. Mi padre me ha dejado una nota. Dice. “tengo una sorpresa para

vosotros. Llegaré hacia la medianoche”.

Eso distrajo un poco nuestros pensamientos. Empezamos a charlar (siempre de cosas que no tenían relación con la aventura del pozo), mirando los colores del cielo, comentando la misteriosa nota hasta que se hizo de noche. Irati fue hasta el otro lado de la casa, regresó.

—El coche está en el garaje

Cenamos *fish and chips* con guisantes y pastel de manzana. Terminamos de recoger y aún quedaba tiempo, demasiado tiempo para la medianoche. Irati subió a su habitación y trajo un Stratego de El Señor de los Anillos. Estábamos jugando cuando Irati salió al exterior y desde el otro lado de la ventana dijo:

—Se acercan...

Levantó la cara hacia el cielo y cerró los ojos, como si así pudiera percibir mejor alguna cosa, tal vez un mensaje enviado por su padre. Yo comenzaba a saber qué significa recibir señales lejanas, el aviso de una presencia que se aproxima. En ese momento no percibía nada. Supuse que estaban demasiado lejos para mí, para mi sentido interior, todavía torpe.

—¿Cuántos son? —pregunté—.

—Cuatro...

—¿Cuatro?

Pasó todavía como media hora. Habíamos guardado las tumbonas en el cobertizo, pero volvimos fuera, dimos unas vueltas, nos sentamos en el banco de madera. De pronto, cuando ya había perdido la noción del tiempo, escuché una especie de corriente o gran ráfaga de viento, y allí estaban: dos grandes figuras descendiendo hacia la pradera que se extendía tras la casa. Tocaron tierra con gran suavidad. Cuando llegamos a ellas, las aves habían desaparecido. Charles, Fatou, Samuel y Ander nos miraban sonrientes.

—¡Ander! —dijo Irati—. Y le abrazó.

No contábamos con su presencia. Alguien nos había dicho que tenía que ir de vacaciones con su familia.

—¡Has podido venir! —exclamé. —¡Habéis venido todos!

—Sí. Después de hacer dudar a mis padres sobre si debía dedicar este tiempo a mis obligaciones para con la Estrella o a las vacaciones en familia, me dijeron que eligiera yo. Les dije que sentía mucho no poder ir con ellos, pero que me había comprometido con algo muy importante.

—¡Pobre víctima del deber! —dijo Fatou.

—Bueno, no mentía. Es verdad, tenemos que reforzar los vínculos entre nosotros, entrenarnos, aprender. No sé, tengo la sensación de que es muy importante, una sensación muy fuerte, difícil de describir. Como una fuerza de atracción...

—Sí, es bueno que os reunáis. Es importante —dijo Charles—. ¿Hay algo de cena por ahí?

—Toneladas de pescado listo para rebozar y muchas patatas para freír —contestó Irati, mientras miraba pensativa a Ander.

Yo también tuve una sensación muy fuerte en ese momento. Una sensación que era una certeza: Charles no sabía, no podía saber en realidad a qué se refería nuestro compañero. Todos lo sabíamos menos él. Todos los presentes se dieron cuenta de que Ander hablaba de una cosa extraordinaria, nueva, poderosa y absolutamente fuera de lo común. Se percibía en las miradas, en el aire entre nosotros. Incluso Samuel lo sabía. Samuel tenía extrañas cualidades, y me pregunté si participaba de nuestro conocimiento gracias a ellas, o si, gracias a ellas, había conectado con la Estrella misma, con el grupo y lo que el grupo significaba después de aquella noche que cambió nuestras vidas. Al principio creí que sólo mi vida había cambiado. A medida que pasaba el tiempo, me daba cuenta de que para mis compañeros nada era tampoco igual que antes.

* * * * *

El desayuno fue una locura. Comíamos y hablábamos a la vez con mucha excitación, discutiendo por dónde empezar, a dónde ir primero. Hicimos un desayuno tradicional completo para celebrar la llegada de nuestros amigos. Huevos, beicon, alubias, rebanadas de pan tostado, salchichas, rodajas de tomate y champiñón salteadas en la sartén, leche, café, té y zumo de naranja.

—Nadie desayuna todo esto, es una barbaridad —nos dijo Irati. —Es un desayuno para turistas.

—Y para lobos hambrientos —dije yo.

Charles tuvo que irse y nosotros aún estábamos desayunando y celebrando. Por suerte, en el garaje y el cobertizo había bicis para todos y por fin salimos a recorrer los alrededores. Fuimos a Ashton Court y pasamos allí la mañana. Regresamos para comer algo, dejamos las bicis y nos adentramos en el bosque. A través de él llegamos a la orilla del río Avon. Desde allí teníamos una vista estupenda del puente colgante de Clifton, y comprendí que el sendero por el que nos había guiado Irati no lo había elegido por casualidad. Enseguida empezó a contarles a los recién llegados la historia del fantasma de Isambard Kingdom Brunel.

Cuando regresamos, ya de noche, los sentidos llenos de la atmósfera del bosque, Karen y Charles nos esperaban en la cocina-comedor para cenar todos juntos.

—¿Lo habeis pasado bien?

—¡Sí, genial!

—Mañana vamos a ver Bristol.

—¿Todo Bristol?

—Todo lo que podamos

* * * * *

Por la mañana, Charles nos sorprendió regalándonos unas entradas para el Museo Marítimo que había comprado por Internet. Nos dejó en la ciudad, seguro de que seríamos capaces de verla antes de la noche si nos lo proponíamos, dada la resistencia física de los Descendientes, su sentido de la orientación y su energía.

Dimos un buen paseo por Queen Square, pasamos frente al Old Vic (el teatro de fachada neoclásica) y fuimos a ver el Granary, que nos pareció un edificio muy curioso. Es un ejemplo de la arquitectura “bizantina” de Bristol, un invento del siglo XIX con ladrillos policromados y muchos arcos que se usó en la ciudad para fábricas, almacenes y edificios oficiales. Cuando estábamos mirando la fachada, pasó por la acera una pareja con un carrito de bebé y Samuel se puso tenso.



—Esos dos... —dijo cuando se alejaron.

—¿Sí? —le pregunté—. ¿Qué pasa con ellos?

—No sé, me ha parecido notar... Pero habrá sido una falsa impresión. ¿A dónde vamos ahora?

—Vamos a la ciudad vieja —contestó Irati.

Nos llevó al Mercado de San Nicolás y después, por Broad Street, nos fuimos adentrando en un laberinto de calles.

—Este pub es de estilo Tudor —nos explicó Irati—.

—Esperaba que hubiera más edificios medievales.

—Sí —dijo Ousmane—, lo medieval mola.

—Bueno, el estilo Tudor está un poco entre lo medieval y lo renacentista.

—Tú estarías bien dando vueltas en el foso de un castillo —le dijo su hermana a Ousmane—. Podrías trabajar como atracción turística.

—Qué gracia tiene mi hermanita.

—¿Queréis visitar el museo de la Casa Georgiana? —propuso Irati.

—Estaría bien... —respondió Fatou, mirando su móvil—. Pero me temo que está cerrado por obras.

—Qué pena. Es como visitar una casa de esa época

—Bueno, podemos ir al Red Lodge —dijo Ousmane con una enorme, inocente sonrisa.

Irati y yo nos miramos con los ojos muy abiertos y luego miramos a Ousmane, que seguía sonriendo.

—¿Y eso qué es? —preguntó Ander. —¿Un pub?

—No —respondió Ousmane. —Es una casa, una gran casa, una mansión, un palacio. De estilo Tudor-Isabelino, por cierto. Un sitio maravilloso.

* * * * *

Sin embargo, no pudimos ir al Red Lodge, porque pasamos demasiado tiempo en los Christmas Steps, que los recién llegados encontraron fascinantes.

—¡Oh, parece que estuviéramos en una película de Harry Potter! —exclamó Fatou.

Había tantas puertas que cruzar, tantos locales que nos invitaban a entrar con solo su aspecto, que no fue difícil demorarse allí.

—¡Eh! ¿Dónde está Ander?

—Acaba de entrar en esa librería.



La librería no tenía un aspecto tan cuidado como los demás establecimientos. Quizás era eso lo que la hacía increíblemente auténtica, como si se hubiera mantenido durante décadas exactamente igual que estuvo en un determinado momento del tiempo, un momento en que dejó de cambiar, de ponerse al día.

—Eh, pero ¿qué esto? —dijo Ousmane extendiendo la palma de la mano. Pequeños copos blancos se posaron en ella y se derritieron poco a poco. A nuestro alrededor caían más leves, ingravidos copos de nieve.

—¿Está nevando? ¿En esta época del año?

—Fijaos —dijo Fatou—. Solo nieva en este tramo de calle.

—No sé si deberíamos entrar ahí —dijo Irati—. No había visto este sitio en mi vida...

—Ander está dentro —observé. Y crucé el umbral. Los demás me siguieron.

El ambiente abigarrado y silencioso, los estantes llenos de cosas de un tiempo ido (libros, muchos libros, grabados y mapas), nos cautivaron. No pude encontrar ninguna publicación con fecha posterior a 1969. Se lo comuniqué a los demás.

—Bueno, es una librería anticuaria —comentó Samuel —aunque desde luego tiene una atmósfera muy, muy especial....

—Desde luego —asintió Fatou. —Parece una cápsula del tiempo.

—Más aún, parece que contiene tiempo pasado... —añadió Samuel.

—Eso describe muy bien este ambiente —dije yo.

—Si seguimos buscando quizás encontremos algún libro más reciente. Estarán en otra parte —insinuó Samuel, aunque su tono indicaba que no confiaba mucho en lo que estaba diciendo.

—Por cierto, ¿dónde está Ander?—pregunté, adentrándome más en el local.

—Quizás los dueños no trabajan con nada posterior a los años 60. Todos estos grabados son del XIX y estas fotos, como mucho, de mediados de siglo pasado —oí la voz de Ousmane mientras me alejaba.

Antes de internarme en lo más recóndito del lugar, me di la vuelta para ver la estancia con otra perspectiva. La calle estaba oscura y desierta. Dentro, todo el mundo estaba tomando libros de los estantes, de las pilas colocadas sobre las mesas, y consultando la fecha de edición.

—Voy a ver qué hay al fondo de la librería encantada —les dije.

El espacio tenía un aire laberíntico, moldeado por estanterías, mesas, escaleras y pasillos. Se prolongaba hacia el interior por un pasadizo forrado de libros que desembocaba en una sala aún más abigarrada y polvorienta. La luz entraba con dificultad por las altas ventanas laterales, de cristales no muy transparentes y, sobre una mesa tapizada con tapete verde, se acumulaban revistas de antigüedad a veces inverosímil. En esta sala encontré a Ander, abstraído, mirando un libro muy pequeño, una exquisita miniatura.

—Qué raro es este sitio —le dije.

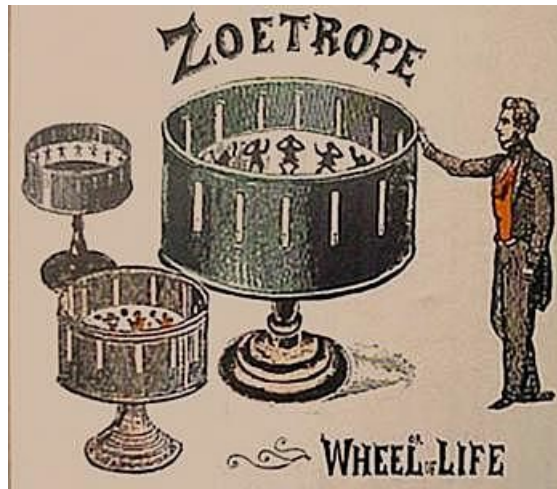
—¿Sí? ¿Por qué?

—Para empezar, no hay nadie, salvo nosotros. ¿Dónde se ha metido el librero?

—Ah, pues tienes razón. Supongo que habrá salido... —contestó, volviendo enseguida su atención a las páginas del librito.

Entonces, el resto del grupo entró en la sala y se desperdigó por ella, investigando su contenido con curiosidad.

—Este sitio es un poco claustrofóbico —dijo Irati. Se dio la vuelta y salió por la puerta hacia la sala principal. Los demás se demoraron todavía examinando viejos libros y algunos objetos que los acompañaban: globos terráqueos, zootropos, cajas de madera, algunos pequeños bustos de bronce.



Poco a poco, regresaron a la sala principal. Ander seguía explorando con atención el estante que parecía contener una colección de miniaturas como la que aún sostenía entre los dedos de su mano derecha, mientras con la izquierda manipulaba otros pequeños ejemplares que iba sacando y devolviendo a su sitio. Lo hacía con gran destreza para estar empleando una sola mano. “Pero la destreza de los Descendientes” pensé “no es cosa que deba sorprenderme”.

—¿Vienes? —pregunté, yendo hacia la salida.

—Oh, sí, Ahora voy.

Cuando apareció, ya estábamos los demás al otro lado de la puerta, discutiendo nuestro próximo destino, pues aún teníamos tiempo y la ciudad había excitado nuestra curiosidad con lo que nos había mostrado. El librero seguía sin aparecer.

—Tenía miedo de no poder salir de ahí —musitó Irati.

—Es un sitio muy especial, desde luego —dijo Ander.

* * * * *



Desde luego el espíritu de Isambard Kingdom Brunel está muy vivo en Bristol. Lo comprobamos al visitar el SS Great Britain, el barco diseñado por el famoso ingeniero, o lo que es lo mismo, el Museo Marítimo de la ciudad. Después de la visita, tomamos el ferry y regresamos a la otra orilla. Atravesando el parque de la torre Cabot, el Brandon Hill Park, por el puro placer de recorrerlo, y luego Berkeley Square, llegamos al Museo de Bristol.

—¿Qué os gusta más, el barco o este museo? —preguntó Fatou.

Era una pregunta infantil, pero todos sabíamos que bajo ella hervía el espíritu de juego de Fatou. A nadie le pareció mal la invitación. Era difícil decidir entre el barco restaurado y conservado como en los tiempos en que surcaba los mares, con su comedor, sus cubiertas, sus camarotes de lujo, o este edificio en el que deseábamos escondernos para pasar allí la noche cuando todos los demás visitantes se hubieran ido, como en los cuentos de terror y las películas de museos que cobran vida. Sin embargo, nos dividimos en dos equipos para dar argumentos a favor de uno o de otro. Las exposiciones de Egipto y de Asiria nos mantuvieron tan ocupados que vimos poco más. Eso y el magnífico hall nos dieron suficientes argumentos para continuar

jugando.

—Un barco que se botó en 1843, que surcó el mar, que se conserva en un muelle histórico... Bueno, a mi me parece que nadie da más —dijo Ousmane.

—Pero el museo es fantástico —intervino Ander —por el edificio y por las exposiciones; por las colecciones, y por la galería de arte.

Y justo cuando la pugna se estaba reavivando, noté que precisamente Fatou era la única que no participaba.

Avanzábamos, despacio, y ella aún no se unía a nosotros. Estaba absorta. Miraba fijamente dentro de una urna en la que se exhibían varias joyas: un pectoral, un brazalete, un colgante... Y estos objetos tenían una cosa en común: en todos y cada uno había un ojo de Ra, como pude ver cuando pasaba junto a ellos; azul, o azul y dorado, exquisitamente imperfecto, marcado por los milenios, repetido en las tres joyas. Seguí al grupo unos pasos más, un poco más allá.

—¿Tú que opinas, Mikel? —preguntó Ander.

—Es absurdo. Son dos espacios que no se pueden comparar. ¿Y por qué habría de elegir uno?

—¡Oh, es solo un juego!.

Me giré un poco para ver qué hacía Fatou, para asegurarme de que no se quedaba atrás. Debemos permanecer juntos, pensé. Pero ella ya no estaba allí.

—¿Dónde está tu hermana? —le pregunté sobresaltado a Ousmane al verle a mi lado. Ousmane se sobresaltó también.

—¿Cómo qué dónde está? Estaba ahí —señaló hacia el lugar junto a la urna de donde ya no había nadie. No, en ese momento nadie miraba en su interior.

—Está allí —indicó Samuel. —Junto a esa puerta.

En ese momento, sentí que me llegaba desde la puerta que Samuel había indicado la leve, inconfundible vibración, la huella psíquica de un Descendiente: Fatou. La puerta estaba al otro lado de la sala, y allí nos esperaba ella, lejos del sitio donde la había visto por última vez. Ander fue rápidamente a su encuentro y vi que hablaban y que Fatou sonreía y le daba explicaciones. Cómo había llegado hasta allí en un instante era algo que no pude entender. Ousmane se tranquilizó en cuanto vio a su hermana. Samuel me miró con una expresión de asombro. Él también se había dado cuenta. Pero, al parecer, había otras cosas que le mantenían ocupado. Teníamos la idea de pasar allí más horas, pero Samuel nos dijo mientras mirábamos el sarcófago de una momia:

—Hay alguien aquí, Descendientes. Tratan de pasar desapercibidos. Durante un momento he notado claramente su huella, y era doble, pero se han ocultado enseguida. Es decir, saben cómo usar un escudo psíquico y lo están usando. Siento que nos vigilan.

—Igual se han ido —dijo Ousmane.

—No creo. Ha sido como si desaparecieran de repente.

Nadie más podía percibirlo. Sin las capacidades especiales de Samuel no nos hubiéramos enterado.

—No me gusta nada que nos vigilen. Es muy siniestro. Quizás estén haciendo desde que llegasteis. Ahora es más difícil creer que lo que le pasó a Wanda fuera casualidad —dijo Irati.

—¿Qué le pasó a Wanda? —preguntó Fatou.

—No mucho. Pero notó que la seguían la otra noche cuando atravesaba el canal. No tendrían a nadie capaz de seguirla en el agua y a la vez ocultar su huella psíquica.

—No la seguían —puntalicé—. Sólo notó una presencia, eso es todo. Irati se dio cuenta de que se estaba demorando...

Todos se quedaron pensativos. Salimos del museo y Ousmane le preguntó a Samuel si aún nos estaban siguiendo.

—Creo que no.

Mientras nos alejábamos, le preguntábamos todo el rato a Samuel si notaba algo.

—Que no, qué pesados estáis. Además no soy infalible. Quién sabe si alguien podría pasar desapercibido también para mí, si me he dado cuenta solo porque han bajado la guardia un momento los dos a la vez, o si ha sido una falsa alarma, qué sé yo.

Desde que Martín consiguió atravesar la barrera mental que nadie antes había penetrado, Samuel se sentía inseguro. Ahora nos iba indicando que prestáramos atención a esto o a aquello o que utilizáramos ciertas técnicas de concentración. Quería entrenarnos para potenciar nuestras capacidades psíquicas, quería refuerzos. Ander y Fatou le escuchaban atentamente. Irati parecía distraída.

Sonó el móvil de Irati. Era Charles. Le avisaba de que Karen y él iban a salir a cenar y que probablemente irían al teatro. Llegarían tarde. Pero le recordó que Wanda estaría en casa a las seis para quedarse con nosotros. Tomamos un bus, pero este tardó mucho y para cuando llegamos ya no había nadie de quien despedirse. Quedaba poco para las seis.

En lugar de ir a la parte trasera de la casa, nos sentamos en el pequeño porche delantero. El coche de la madre de Wanda no tardó en llegar. En cuanto se detuvo, Wanda salió disparada del interior y empezó a repartir abrazos.

Su madre bajó la ventanilla.

—Bueno, me voy a la ciudad a visitar a los Hill. ¿Vais a salir a alguna parte?

—No creo que salgamos ya —respondió Irati—; Vamos a hacer una fiesta en la parte de atrás!

—No arméis demasiado jaleo.

—No, por supuesto que no.

Atravesamos la casa de punta a punta y pulsamos los interruptores en la pared de la cocina-

comedor. Las luces bajas, colgada de largos cables sobre la larga mesa, emitieron su cálida luz que se derramó por el jardín a través de los cristales. Buscamos muebles de jardín en el cobertizo. Sacamos también velas y linternas. Pusimos música. Preparamos sandwiches, nuggets y patatas fritas. Irati trajo la barbacoa para hacer salchichas a la brasa.

El cielo mostraba un azul profundo, denso. La luna llena entraba y salía de las nubes. En otro tiempo yo habría tenido frío; la temperatura había bajado bastante.

¡Se estaba tan bien en aquel lugar rodeado de vegetación, un grupo de amigos celebrando el reencuentro y dando rienda suelta a la alegría de vivir! Yo estaba muy solícito con Wanda, contento de que al fin se hubiera unido a nosotros, y deseoso de encontrar un momento para hablar en privado de lo que había sucedido aquella noche, cuando iban, íbamos al encuentro de Ousmane. Cuando la voz del tiburón ballena sonó en nuestra mente, la comunicación se había cortado. No vi ni oí nada más. Qué hablaron Wanda y la poderosa criatura, cómo se reunió otra vez con la manada... Todo eso había quedado en la oscuridad.

Por el borde de la finca, entre los árboles, se veían las siluetas de algunos animales que parecían de niebla. Éramos nosotros.

Pero hubo un momento en que esas siluetas se acercaron y se pusieron en guardia. Solo el halcón y el búho permanecieron en lo alto de los árboles, vigilando. Irati apagó la música.

De pronto la fiesta se había detenido, la alegría había quedado en suspenso.

Algo venía del bosque, por el bosque. Lo oíamos, lo sentíamos. No había nada familiar en ello o en ellos, es decir, eran desconocidos, pero no se ocultaban, tal vez porque no podían, tal vez porque no querían. ¿Qué era esto que venía del bosque justo cuando los adultos se habían ido? Esta presencia amalgamada, confusa, como un pequeño tropel. Pero no, no era un tropel: a medida que se acercaba pude percibir seis individuos diferentes. Pronto vimos los ojos brillar en las sombras, bajo los árboles que formaban una barrera al fondo.

—¿Qué son? —dijo Fatou.

—Parecen lobos —aventuró Wanda.

—No, no son lobos —dije yo con gran seguridad.

Eran zorros, zorros enormes. Y por supuesto sabíamos que eran algo más. No hay zorros de ese tamaño y su huella psíquica nos llegaba claramente. Nos miraban. Se dejaban ver. Querían que los viéramos. Acechaban, merodeaban. Tenían una actitud desafiante.

—¿Cuántos son? —dijo Wanda.

—Hay seis pares de ojos —dijo Fatou.

—¿Qué quieren? ¿porqué están ahí dando vueltas en lugar de venir y presentarse? —preguntó Wanda.

—Podrían ser ellos quienes nos vigilaban en el museo —sugerí.

—Creo que no —respondió Samuel.

El mismo bosque que nos daba seguridad ¿nos había traído al enemigo?

—Me siento tan inútil en tierra —dijo Wanda. —El Maestro dice que hay otras formas de conexión que debemos explorar. Que podríamos usar algunas de las cualidades del otro cuerpo en tierra si no necesitáramos fusionarnos por completo. ¡Ahora me gustaría haber ido a visitarle más a menudo!

—Pues vamos a enseñarles lo que podemos hacer —dijo Fatou. Y se hizo una con la pantera, que adquirió un tamaño enorme, y se agazapó en la hierba sin dejar de vigilar el bosque.

Pensé que debía apoyarla y llamé al lobo. Las aves bajaron de los árboles y regresaron a ellos con Irati y Ander en su interior. Irati y Ander procuraron mantener el tamaño más pequeño posible, que era el de su cuerpo humano, pero aún así solo podían posarse en los árboles grandes.

Los zorros salieron del bosque y se pasearon por el campo contiguo, haciendo una exhibición. La luna llena, magnífica en el cielo azul oscuro, los iluminaba. Tres de ellos eran rojos y tres eran completamente negros. Caminaban y giraban sobre sus pasos como si encontraran un muro invisible o estuvieran ensayando una extraña coreografía.

De pronto se quedaron quietos, mirándonos de nuevo con fijeza, como desafiándonos, pero enseguida giraron y desaparecieron en el bosque.

Se oyó una voz que venía de atrás, de arriba, una voz que anunciaba una presencia a nuestras espaldas.

—Bien, creo que se han ido.

Nos dimos la vuelta. Miramos hacia el tejado y vimos una figura en lo alto. Era un hombre delgado, no muy grande, que empezó a moverse con la agilidad de un duende y que de pronto saltó al suelo y aterrizó con extraordinaria suavidad. Me quedé asombrado por la elasticidad fabulosa que demostró sin haber cambiado de forma y sin que pudiéramos adivinar, por tanto, a qué clase de animal correspondía su segundo cuerpo.

—Buenas noches, chicos. Charles me pidió que viniera a echar una ojeada. Según él, los Herederos, están muy inquietos.

—¡Es el Maestro! —exclamaron Wanda e Irati al unísono.

* * * * *

El Maestro medía como un metro setenta, no mucho más. Y con todo, al ser tan delgado y elástico, en conjunto tenía una forma verdaderamente alargada. Llevaba puestos un sombrero y una chaqueta Barbour verde. Se movía con una flexibilidad y una agilidad notables, aunque la flexibilidad y la agilidad humanas no podían explicar su salto desde el tejado. Ya habían dejado de sorprenderme cosas como esta (casi del todo).

—¿Quiénes eran? —preguntó Irati refiriéndose a nuestros visitantes—. Nunca los había

visto por aquí.

—Nunca se habían acercado tanto —respondió el Maestro—, aunque suelen andar por el bosque. Bueno, ¿no vais a invitarme a tomar algo?

—Sírvase, por favor —dijo Irati—. ¿Quiere que le traiga una cerveza?

—Sí, muchas gracias

El Maestro engullía como lo hubiera hecho un hombre mucho más corpulento. Tenía unos pómulos prominentes y unos ojos profundos que imponían un poco, a pesar de su charla desenfadada y amistosa.

—¿Cómo ha hecho eso? —pregunté.

—¿Qué cosa?

—Saltar desde el tejado en su forma humana.

—No estaba del todo en mi forma humana. El otro me envolvía, aunque no se le pudiera ver. Estas salchichas están buenísimas.

—Hoy nos han seguido. Había alguien en el Museo.

—¿Cómo lo sabéis?

—Nos lo ha dicho Samuel.

—Un cambiante ¿eh? ¿Me has detectado hace un momento en el tejado?

—He notado algo, pero no he podido concentrarme. La amenaza parecía estar al otro lado.

—Tienes una extraordinaria percepción, chico. Irati ¿puedes traerme otra cerveza, por favor? El ejercicio de esta noche me ha dado mucha sed. He venido andando y he estado trepando a los árboles para tener buenas vistas.

Irati entró en la casa y volvió con lo que le habían pedido.

—Me alegro de que estuviera por la zona —dijo, entregándole una botella de Guinness al profesor Masters.

—Tu padre me contó lo de Wanda la otra noche en el canal, y me pidió que estuviera pendiente de vosotros.

—Ellos no nos atacarían ¿verdad? —preguntó Irati.

—Oh, no, no... No lo creo. Pero si tu padre está más tranquilo con un poco de vigilancia en la zona, estoy encantado de colaborar. Es cierto que esos chicos, los Fox, están un poco inquietos. Trataron de activar la Estrella de Fort Cumberland hace medio año, pero no lo consiguieron. Supongo que eso sería un poco frustrante. Sabemos que una estrella solo se activará bajo ciertas condiciones.

—¿Cuáles?

—Pues por ejemplo si todos los participantes son de la misma especie no va a funcionar. Cuando hablo de la misma especie me refiero al segundo cuerpo, aunque yo prefiero llamarlo segundo ente. Y ellos, ese grupito de seis, son todos de la misma especie como habéis podido

comprobar.

De pronto el Maestro se calló y levantó la cabeza, como para percibir algo.

—Bueno, chicos. Me voy. Charles y Karen no están muy lejos. Pronto se oirá el coche. Si necesitáis algo, llamadme. Y si queréis venir a verme, ya sabéis donde estoy. Siempre dispuesto a enseñar nuevos trucos a los jóvenes. ¿Vendrás mañana, Wanda? Puedo enseñarte a ser menos vulnerable en tierra. Si vienes trae contigo a ese muchacho, Samuel. Adiós.

Entró en su otro cuerpo, o en el segundo ente, como él decía, al modo en que lo hacía Fatou. Es decir, la criatura creció en torno a él en lugar de salir de la nada y venir a su encuentro como solía pasar con la mayoría de nosotros. Es lo más parecido a una transformación que se puede ver. Al poco rato teníamos frente a nosotros a la comadreja más grande del mundo. Corrió hacia el bosque y desapareció en él.

* * * * *

Irati, Wanda y Fatou se habían acomodado perfectamente en la habitación de aquella, porque el dormitorio era grande y la cama también, así que se metían en ella las tres, no solo a dormir, sino también a contarse cosas hasta altas horas de la madrugada, a discutir la situación (la que fuera), a comentar acontecimientos, hacer chistes y reír como locas. En la habitación de los chicos no estábamos igual de cómodos porque éramos cuatro y la pieza no era tan grande. Teníamos colchones y sacos de dormir, pero no podíamos conciliar el sueño aquella noche así que fuimos al cuarto de las chicas, que, por una vez, no reían. Nuestros visitantes nocturnos habían sembrado la semilla de la inquietud.

Como tampoco ellas podían dormir, Fatou, Wanda e Irati estaban ocupadas con esa parte de la realidad que es como una réplica de la realidad y que tanto fascina a la gente (sobre todo a quienes no conocen la realidad aumentada por la Semilla): sitios web, redes sociales, canales y medios de comunicación. Otras noches, nos contaron, habían entrado en el Instagram de una y de otra, o en Whastapp, para chatear con amigos y compañeros, mandar y recibir noticias. Esa noche no estaban de humor y miraban las webs de diferentes periódicos para saber lo que pasaba en el mundo.

—Oye, Mikel —me dijo Irati—. Mira esto.

Había encontrado una noticia sobre un proyecto de excavaciones en la Ciudadela donde habíamos activado la Estrella. Había un buen lío en la ciudad porque unos estaban a favor y otros en contra. Muchos expertos decían que no tenía ningún sentido llevar adelante aquella excavación; más aún, podía dañar la estructura que se conservaba. Pero había un extravagante arqueólogo, amigo del concejal de cultura, que prometía grandes hallazgos si se hacía una prospección a suficiente profundidad. Nuestras cabezas se agruparon frente a la pantalla para ver

un vídeo del pomposo personaje, que parecía más un charlatán que un científico. Luego apareció el concejal de cultura, parlotando sin apenas decir nada durante unos minutos.

—¡Pero eso es terrible! —dijo Wanda—. Si llegaran a remover la tierra donde está lo que fuera que dejaron allí los antepasados, la Estrella quedaría inutilizada.

—Hasta que Karen no vuelva a Londres no podré hablar del tema con mi padre —murmuró Irati con preocupación.

—¿Qué creéis que hay en las puntas de la estrella? —pregunté.

—Y en el centro —añadió alguien.

—Mi tío dice que es algo que vino al principio con la Semilla, un material que no existe o que es raro en este planeta —explicó Fatou.

—Sí —añadió Irati, —a veces se habla del Meteorito Original. La Semilla debía venir en él o pegada a él o algo.

—Bueno —dijo Ousmane—. Tampoco sabemos aún si debemos preocuparnos. Dicen que lo que sea está enterrado a gran profundidad, debajo de los cimientos.

—Sí, pero están diciendo que quieren excavar a gran profundidad —observó Irati.

—De todas formas no vamos a agobiarnos antes de tiempo. Ya hablaremos con tu padre cuando se vaya Karen. Todavía hay que saber si el proyecto saldrá adelante.

—Creo —dije yo— que ahora es responsabilidad nuestra defender la Estrella ¿no os parece?

—Sí, en parte —respondió Fatou—. Pero estoy de acuerdo con mi hermano. Hay que esperar a ver... No debemos precipitarnos ni hacer algo que igual no nos corresponde o con lo que no vamos a poder.

Finalmente, ya que nadie parecía tener sueño, decidimos salir a respirar el aire de la noche. Lo hicimos con gran sigilo y, en vez adentrarnos en el bosque, fuimos a pasear entre las casas. Íbamos casi en fila india y hablando bajito, haciendo comentarios sobre la impresión que dan las ciudades (o las urbanizaciones) cuando duermen. Al pasar frente a la casa de los Morrison, Samuel se detuvo:

—¿De quién es esa casa? —preguntó.

—De los Morrison, ¿por qué? —contestó Irati.

—Pero ¿quiénes son? ¿Son del Círculo?

—¿Del Círculo? ¡No!

—Pues en esa casa vive al menos un Descendiente —afirmó Samuel sin sombra de duda.

—¡No puede ser! —exclamó Irati.

—Sí. Aunque la señal es muy débil, como si quisieran camuflarla... Pero es difícil que, estando dormidos, no se escape algo. ¿No lo notáis? Ahora se hace más fuerte.

—¡Sí, yo también lo noto! —dijo Fatou.

Me pareció que la casa de los Morrison tenía un aura ominosa. Mientras la miraba, pensaba también en la Estrella, en la posibilidad de que algo muy extraño fuese descubierto bajo la ruinas de la ciudadela o, peor aún, de que fuese destruido.

* * * * *



Karen no estaba muy contenta de tener la casa llena de adolescentes, la mayoría desconocidos para ella. Mi inglés había mejorado mucho y mi oído, que ya antes era capaz de desbaratar todos los intentos de mis padres por esconder sus secretos al otro extremo de la casa, se había vuelto fantásticamente sensible tras haber conseguido la primera fusión completa con el lobo. Cuando bajé a la cocina-comedor en busca del desayuno mientras los demás se duchaban, se vestían o terminaban de despertarse, oí que Charles y Karen estaban fuera, desayunando y conversando. Ella le decía que había encontrado dos botellas vacías de cerveza en el cubo de la basura y que la

casa parecía una “boarding school”, es decir, un internado.

—Se lo debo a mi hija —contestó Charles.

—Sí —dijo Karen—. Sé que ha tenido dificultades y es importante que haya hecho amigos. Solo espero que sean adecuados para ella.

—Oh, lo son, puedes creerme. Sé de lo que hablo —contestó Charles.

Procuré regresar arriba sin que me oyeran, aunque sabía que solo había conseguido ocultar mis pasos al oído de Karen. Con eso me bastaba.

Bajamos todos juntos, desayunamos y Charles nos pidió que fuéramos a visitar a “su viejo amigo el profesor Masters”..

—Me ha dicho que os llevará a hacer un tour especial.

—¿Vamos todos? —dijo Wanda.

—Sí.

—Bueno, si lo ha dicho él...

—Karen, ¿te importa que les acerque con el coche? Vuelvo enseguida.

—Oh, no te preocupes por mi. Te esperaré fregando los platos.

Aquello sonaba a reproche. Pero pronto lo habíamos olvidado y estábamos metidos en el coche de Charles, felices ante una jornada de libertad y descubrimientos. Solo Irati y Wanda parecían pensar que la visita al Maestro nos iba a arruinar el día.

Charles tocó el timbre. Esperamos. Charles se volvió y miró alrededor no sé si para distraerse o para llevar un mejor control de la actividad en la zona. Una pareja con un carrito de bebé pasaba por la acera de enfrente. Samuel los miró con suspicacia.

—Esos dos... —musitó.

—¿Qué les pasa? —dijo Fatou.

—No sé, me ha parecido...

El profesor abrió la puerta.

—Oh, oh, buenos días. Bienvenidos a mi humilde hogar. Creo que podéis quedaros todos, ya que estáis aquí.

—Los dejo en tus manos.

La casa era grande, oscura y estaba llena de antigüedades. No era en absoluto humilde. Comprendí por qué a Wanda le parecía siniestra, pero lo cierto es que me gustó. Gruesas cortinas impedían que entrara la luz del día. Era solo un recuelo de luz lo que nos dejaba ver las figuras y los muebles. Había sofás por todas partes, sofás de diferentes épocas y estilos, pero la mayoría de tipo chester. Sala tras sala veíamos estanterías con libros, mesas de escritorio, armarios grandes y pequeños, vitrinas, objetos de arte, artilugios antiguos, butacas de todos los estilos y más sofás. Era como una misma idea repetida con variaciones y como si los muebles fuesen más una colección que una solución para la vida. Después de recorrer tres o cuatro salas y subir unas

pequeñas escaleras llegamos a una estancia vacía salvo por una enorme esfera de vidrio colocada sobre una peana. Se podría pensar que un adivino gigantesco le hubiera vendido al profesor su bola de cristal. Este asombroso objeto parecía ocupar exactamente el centro de la sala. Los cortinones, levemente corridos, dejaban entrar una raya de luz que atravesaba el gran cristal como una cuchilla.

—¿Os gusta? —dijo el profesor Masters—. Contiene una fracción minúscula del meteorito original, apenas una escama. Pero es bastante. En combinación con la esfera perfecta, su efecto es extraordinario.

Todos queríamos preguntar pero nadie se atrevió. Los recién llegados entendían perfectamente cuanto les decía el profesor, es decir, entendían todas las palabras inglesas que pronunciaba, pero comprendían tan poco como los demás las cosas que nos iba explicando. En general los Descendientes somos muy buenos aprendiendo idiomas. Pero ¿acaso alguien sabía qué había querido decir el Maestro al decir “pero es bastante”? ¿Qué sabíamos nosotros entonces de las propiedades del meteorito original? Nada.

—Fatou, ven —dijo Masters—. He visto que has alcanzado tú sola un nivel muy avanzado en la fusión. La forma en que lo haces no se suele conseguir a tu edad. Significa que hay una gran compenetración entre las dos partes. Pero se pueden hacer otras cosas. Ponte aquí, cerca del cristal, y mira dentro.

Fatou avanzó hacia la esfera transparente donde la sala se mostraba y se ocultaba, se reflejaba y se deformaba. Era cierto que en el centro se veía brillar más intensamente una chispa de luz.

Fatou volvió la cabeza, nos miró un segundo, luego caminó hasta donde el Maestro la esperaba. Se colocaron de lado para que pudiéramos ver el interior de la esfera. Esta recogía luces, sombras y reflejos de un modo llamativamente anormal. El Maestro inclinó la cabeza sobre el hombro de Fatou y le dijo en un susurro:

—Llámala.

Fatou estaba como hipnotizada. Pasaron todavía unos segundos. Enseguida apareció la criatura, pero no del modo habitual, sino dentro de la esfera.

La sombra negra flotaba en el cristal como si éste fuera líquido, de modo que no sabíamos en realidad si era cristal sólido o una esfera hueca, rellena de aire o de agua. Al principio, la sombra negra apenas tenía forma. Era un haz de materia oscura, alargada, que desprendía un extraño fulgor. A medida que se acercaba al borde de la gran bola iba adoptando rasgos familiares. La criatura se movía como una serpiente, una serpiente con patas y cabeza de pantera. Con sus garras tocaba el borde de la esfera.

—Ahora entra

—Pero... —dijo Fatou.

—Solo atraviesa el cristal. Pero eso sí, no te coloques en el centro de la esfera. Nunca en el centro.

Fatou extendió el brazo, muy lentamente. Su mano se aproximó al cristal. Luego lo tocó. La criatura imitó sus movimientos, puso su pata en el cristal, la gran garra de animal heráldico se curvó contra él como si no tuviera consistencia.

El brazo de Fatou atravesó limpiamente el cristal y entró en la pata de la pantera y quedaron unidas en ese punto. La criatura abrió la boca como si estuviera rugiendo pero no se oyó nada. Se giró. Parecía de goma, de humo. Vibraba. Fatou siguió entrando en la esfera y entonces lo que ocurrió dentro fue muy difícil de ver, y aún hoy no podría definirlo. Los movimientos en el interior eran vertiginosos, no se detenían. Eran cambios continuos que no llegaban a asentarse, a tomar una forma ante nuestros ojos.

—Dile que regrese por la misma puerta

La pantera se hizo translúcida, gris, pálida, luego se empequeñeció y era Fatou, su cuerpo humano, el que parecía transparente. La pantera era una pincelada de tinta dentro de su pecho. Un segundo después ya no parecía tinta, sino humo que se juntó en una ráfaga y desapareció en el centro de la bola, allí donde una chispa de luz brillaba más intensamente. Fatou salió expulsada de la esfera. Respiraba agitadamente.

—Esto que habéis visto, la fusión parcial, puede hacerse sin necesidad de la esfera. No es fácil, pero se puede hacer —dijo el Maestro—.

—¡Pero si no hemos visto nada!

—Ah, claro... Bueno, ya lo veréis.

Nos hizo entrar a todos en la esfera, uno a uno. Yo entré el último. Las cosas dentro no eran iguales, no se experimentaban con la misma velocidad vertiginosa con que se veían desde fuera. Aún así, era mareante. El centro de la esfera emitía una señal psíquica que no podía percibirse en el exterior. Corrientes de fuerza brotaban de aquella minúscula escama y giraban en la forma perfecta de la esfera como el viento en un torbellino. Allí dentro ya no tenías el control: parecía tenerlo “el otro”, o algo que estaba más allá del otro. Entrar en la gran bola era como entrar en un espacio donde regían las leyes de otro mundo. Eso —el otro— tenía voluntad y se ejercitaba dando rienda suelta a un sin fin de posibilidades que se producían fácilmente, rápidamente, fusiones de partes de los dos cuerpos, superposiciones y separaciones que tenían el ritmo de un baile. En tu mente, el descubrimiento de esos cambios, alguno de los cuales ni siquiera llegabas a identificar, dejaba una huella, un recuerdo, un entusiasmo que no era tuyo del todo.

El lobo se perdió en la chispa de luz del centro como un hilo absorbido por una corriente y me sentí lanzado al exterior. Me dolía todo el cuerpo y estaba muy cansado. Nunca me había sentido así desde que la noche de la Estrella pareció hacerme invulnerable al cansancio.

—Sé que no es una experiencia completamente placentera —dijo Masters. —Sin embargo, cada vez que entréis ahí saldréis sabiendo más, aunque al principio estéis un poco aturridos.

En cuanto a ti, Mikel, no tenemos tiempo de avanzar en estos pocos días tanto como sería deseable. Sin embargo, en tu ciudad cuentas con un Maestro que puede enseñarte tan bien como yo.

—¿En mi ciudad? ¿Dónde puedo encontrarle?

—Él ya te ha encontrado a ti.

—¿Martín?

—Así es.

Miré a los demás. Todos estábamos un poco confusos, como si hubiéramos visitado otro mundo, otra realidad. Samuel estaba cabizbajo.

—Todo esto no me sirve a mí de nada. Soy un perfecto inútil.

—¿Qué? —exclamó el Maestro—. Quédate conmigo un par de días y te enseñaré lo inútil que eres.

* * * * *

Karen volvió de Londres un poco antes de lo esperado, pero no tuvo motivos para quejarse y se le olvidó insinuarle a Charles que su trabajo de benefactor de un grupo de adolescentes pasaba de raro, que su amor por su hija le llevaba a la exageración y que se comportaba como una ONG más que como un señor particular. Charles le propuso irse a pasar unos días al otro lado del canal de la Mancha.

—¿De verdad puedes? Me estás tomando el pelo.

—No, en absoluto —aseguró él mientras metía dos rebanadas de pan en la tostadora—. Te he preparado una sorpresa. He acordado un intercambio de casa con unos amigos que viven en el continente. Se instalarán aquí y tendremos a nuestra disposición una casa de campo en la Provenza. ¿Qué te parece?

—Me parece maravilloso, pero ¿se van a quedar aquí con los chicos?

—Sí, no les importa y prefiero que haya adultos en la casa. Mis amigos son de toda confianza.

Después de esto vi a Karen subir a su habitación muy contenta, diciendo que iba a preparar todo lo necesario para el viaje. Charles llamó a Irati. Estuvieron un rato paseando por el jardín. Mantenían una animada conversación. Por la mañana, Charles y Karen terminaron de hacer el equipaje, lo cargaron en el coche y se fueron.

—Karen ha tenido problemas en el trabajo y está un poco histérica —comentó Irati más tarde, después de explicarnos la situación. —Creo que mi padre ha encontrado la mejor salida.

—¿Y esos amigos suyos que van a venir? —preguntó Ousmane. —¿Cómo son? La verdad, no creo que necesitemos niñeras.

—Si necesitáramos ayuda podríamos contar con los Hill. Además está el Maestro —añadió Ander.

—Opino lo mismo —contestó Irati. —Pero no me importa tener aquí invitados como los que van a venir. Son geniales. No os contaré nada más. Pronto los conoceréis en persona.

Sin embargo, no llegaron enseguida. Esa noche, Irati nos pidió que tomáramos nuestros sacos de dormir. A quien no tenía uno, le dio unas mantas, y nos guió al desván, donde sacó una enorme y mullida alfombra de un gran baúl y la extendió bajo la ventana por la que entraba la luz de la luna llena. También nos proporcionó unos colchones de suelo. Allí nos acomodamos como una tribu reunida en una casa comunal y estuvimos conversando en voz baja para alimentar la atmósfera de misterio. Así agrupados bajo la bendición fantasmal de la luna fuimos relajándonos poco a poco.

Cuando cerré los ojos aún me parecía ver esa luz maravillosa, que puede ser calmante o excitante, que da cobijo y da energía, que te acaricia los párpados o te los abre, según lo que se le pida. Ya no volvimos a dormir en las habitaciones de abajo. Este fue, en adelante, nuestro dormitorio comunal. Esa primera noche, la gran luz de la luna inundó mis sueños y me despertó más de una vez. Todos los detalles se percibían en la blancura nítida y vi que Fatou tenía un colgante nuevo que brillaba como si tuviera luz propia. Era un ojo de Ra y supe que era muy antiguo, que había viajado miles de años en el tiempo y que contenía un poder desconocido.

* * * * *

En Bristol hay un cementerio histórico que Irati nos quería enseñar. Tomamos un autobús y, de camino, nos explicó que íbamos a ver un parque de unas 18 hectáreas, con una variada arquitectura dedicada a los muertos (capillas, templete, cripta y tumbas), un buen repertorio de especies vegetales, esculturas, largas avenidas y caminos. Hacía un tiempo muy a propósito para la excursión. Los perfiles de las construcciones y de las estatuas se borraban en la niebla cuando llegamos. El cielo estaba gris y pronto empezó a caer una llovizna persistente. Menos mal que llevábamos prendas impermeables. En su casa, en lo más alto, allí (donde Karen no tenía el menor interés en subir, Charles guardaba un pequeño almacén de ropa como el que tenían Itziar y Jacques en lo que ellos llamaban “el vestidor de los invitados”).

El gran cementerio de Arncliffe es del siglo XIX, igual que el bizantino bristoliano, ese estilo arquitectónico tan poco bizantino. Después, por supuesto, se le fueron añadiendo tumbas y monumentos y edificios. Hoy día el parque se trata como un área natural: la hierba se siega una vez al año, los matorrales no se retiran del todo. En las áreas boscosas, junto a las especies

exóticas que se plantaron en época victoriana, crecen plantas autóctonas. Hay mucha vida en el Cementerio de Arnos Vale. Podíamos sentir cómo se movían las aves en las copas de los árboles, cómo se escabullían a nuestro paso pequeñas criaturas que buscaban refugio en la maleza. Dedicamos varias horas a merodear entre ángeles de piedra y temples de varias religiones. La niebla resultaba de lo más conveniente para darle a la visita un toque de otro mundo. Escondidos en ella cantaban los mirlos. Su canto, en aquel ambiente, parecía una cosa sobrenatural.

—Podríamos pasar aquí la noche —sugirió Ander.

—No creo que a mi padre le gustara la idea. Pero ¿sabéis que algunas veces se organizan visitas nocturnas?

—¿Y si nos apuntamos a una?

—Sí, pero no sé cuándo es la próxima. ¿Habéis notado eso?

—¡Sí! —dije yo, que cada vez percibía a más distancia la presencia de otros como nosotros.

Habíamos disfrutado de un paréntesis de intensa felicidad en este parque dedicado a los muertos en el que florece la vida. Ahora una señal de alarma interrumpía la paz de la tarde.

—¿Cuántos son?

—Seis —contestó Fatou, mirando hacia el bosque, donde se oyó un rumor de ramas y de hojas, y el crujido del suelo con un ruido de pasos—. Yo diría que los mismos de la otra vez.

—¿Seguro que...? —empezó a decir alguien. Y salieron de la sombra las seis figuras, dos chicas pelirrojas, una rubia y tres chicos morenos. Casi todos nos dedicaron una sonrisa insolente y quienes no lo hicieron, dos de los chicos, nos miraban con aspecto sombrío y amenazador.

—¿Quiénes sois? —preguntó Irati.

—Ya sabéis quiénes somos —dijo la chica rubia.

Tres zorros rojos y tres zorros negros bajo la rama curva del cedro.

—No del todo —contestó Irati.

—No os diremos más.

—Haced lo que queráis —dijo Irati. Luego se dirigió a nosotros—. Vámonos

—¿A dónde? —contestó uno de los chicos—. ¿No se os ha ocurrido que quizás no podáis ir a ninguna parte? Al fin y al cabo estáis en nuestro territorio.

—¿De veras? —respondió Irati—. No sabía que viviera en vuestro territorio. Y tal vez dais permisos de estancia o algo así.

—Tal vez.

—Podemos darlos o podemos no darlos.

—Venga, vámonos de aquí —volvió a decir Irati. Nos pusimos en camino pero ellos se movieron rápidamente para cortarnos el paso.

—Si decidiéramos que no vais a ninguna parte, no sé cómo podríais evitarlo. Nosotros

somos seis y vosotros cuatro.

—Creo que no sabes contar —dijo Ousmane.

—Vaya, el pez sabe hablar. ¿Y tú qué vas a hacer fuera del agua?

Ousmane apretó los dientes y luego los separó para decir.

—Más de lo que tú crees.

Tres zorros negros y tres zorros rojos en el rincón más recóndito del parque.

Un parque de 20 hectáreas.

Avanzamos. Nos dejaron pasar, pero al poco tiempo había tres zorros rojos y tres zorros negros asomando entre la vegetación, siguiéndonos, trazando círculos a nuestro alrededor. Zorros con forma y figura de zorros. Grandes como personas. De vez en cuando uno de ellos aparecía delante y atravesaba el camino con insolencia, con esa forma de caminar como a saltitos de los zorros.

Yo me estaba enfadando. Y eso era peligroso. Las emociones descontroladas pueden tener efectos indeseables, y más en el caso de los Descendientes. Actúan como una llamada irrefrenable, como un desencadenante súbito. Y yo sentía que mis emociones se habían vuelto más intensas desde el cambio, y que aún no sabía enfrentarlas con la distancia precisa para evitar que tomaran el control. El lobo apareció justo delante de mí, con un extraño aspecto, como si su pelo de otro mundo estuviera erizado. Casi sin darnos cuenta y en un abrir y cerrar de ojos nos habíamos fundido.

—¡No! —dijo Irati. Pero era tarde. Yo ya estaba corriendo detrás de los dos zorros que cruzaban el sendero a unos pocos metros de distancia.

Irati no se fundió con el halcón, pero lo mandó arriba, a las copas de los árboles. Allí, con el pequeño tamaño que podía conservar mientras no se uniera a su cuerpo humano, vigilaba sin llamar la atención. Era como si estuviera viendo el parque desde dos puntos de vista diferentes, el de su cuerpo humano y el del ave. Además la conexión entre nosotros, entre los miembros del grupo de la Estrella, empezó funcionar a un nuevo nivel. Nos enviábamos sensaciones e imágenes unos a otros con precisión instantánea, y lo que Irati veía desde arriba lo compartía con los demás para que pudiéramos localizar a nuestros molestos acosadores en todo momento.

Los zorros estaban dispersos alrededor del camino. Yo corría persiguiendo a los dos que tenía delante. Los alcancé en una hondonada llena de hierba y raíces y allí me plantaron cara. Inmediatamente noté que el resto de su grupo se movía deprisa para converger en un solo punto, y este punto era la hondonada donde yo me encontraba con sus dos compañeros.

Aumenté de tamaño, pero, aparte de que podía ser visto por un visitante extraviado, no disponía de espacio suficiente a mi alrededor para moverme con soltura si me hacía muy grande. Los zorros también crecieron, pero no mucho. Así respondían a mi desafío pero no comprometían su agilidad. Me rodearon, lanzando dentelladas al aire, pero uno de ellos no se

limitó a eso y me mordió una pata. Rápidamente lo cogí por la piel de la nuca y lo lancé contra sus compañeros. Todo esto sucedió en apenas unos segundos. Se organizó un pequeño lío y mientras duraba la confusión llegaron mis amigos. Tras una pequeña escaramuza, una especie de prueba desordenada y rápida, sin ataques serios por ninguna de las dos partes, cinco zorros se retiraron dejando atrás a uno de ellos, al que Ousmane había reducido y ahora sujetaba bajo su peso. La raposa había ido a por él pensando que se iba a encontrar con un pez fuera del agua. Sin embargo, Ousmane no sólo era más fuerte que un humano normal, sino que su experiencia dentro de la esfera parecía haber obrado algún cambio. ¿O había sido su experiencia en el Red Lodge, ese trance del que no habíamos vuelto a hablar? El compañero que los Fox habían dejado atrás resultó ser compañera. Era la chica rubia, que se desprendió de su otro cuerpo. Este se perdió en la noche.

—¡Quita de encima! —dijo, como si allí no hubiera pasado nada y ella fuera la ofendida—. Me estás haciendo daño. ¡Bruto!

Ousmane se levantó como un resorte con cara de sorpresa. Luego se echó a reír y le dijo a la chica.

—Tienes mucho sentido del humor.

Ella se levantó también, se sacudió la ropa y se marchó enfurecida, volviendo la cabeza con recelo por si decidíamos retenerla. Sus amigos la esperaban entre la vegetación vigilando nuestros movimientos. Cuando la chica se reunió con ellos se esfumaron entre las sombras.

Me miré la pata donde tenía un mordisco. Había un poco de sangre seca. Debajo la herida ya no sangraba. Se estaba cerrando. Cuando me separé del lobo, tenía en la mano una cicatriz fresca. Era la primera vez que experimentaba los poderes de curación que procedían del otro cuerpo. O al menos la primera vez que era consciente de ellos. Quizás me habían servido en el pasado y yo no lo había sabido, pero nunca se me habían mostrado con esa fuerza y esa prontitud.

—¡Ah, si! —dijo Fatou—. Pues si vieras lo que hace Ousmane. Con el poder de la Semilla y la capacidad de autorregeneración de los tiburones, se cura instantáneamente.

El tema de la autorregeneración se acabó enseguida porque los demás empezaron a reprocharme que hubiera iniciado un enfrentamiento.

—No creo que ellos buscaran pelea —dijo Irati. —Solo querían dejar claro que estamos en su terreno.

—Es normal que Mikel se sienta sobrepasado por todas las novedades que le afectan —intervino Wanda. —Aprenderá pronto, seguro. Con nuestra ayuda.

Irati la miró con expresión burlona.



* * * * *

Había sido un incidente desagradable, pero, al fin y al cabo, había terminado sin consecuencias. Nada serio, pensé. Me propuse vigilar mi ira. Pero allí todo estaba en calma y lo mejor era fundirse con la paz severa y misericordiosa del cementerio. Avanzamos despacio hacia la salida, mirando las tumbas, los ángeles de piedra, los símbolos que habían esculpido artesanos del siglo XIX, muertos hacía tiempo, tal vez enterrados allí mismo.

—¡Mira! —exclamó Ander.

La concha de los peregrinos, la que era para nosotros la vieira del Camino de Santiago, aparecía esculpida en una lápida vertical, con la parte más ancha hacia arriba.

—¡Qué bonita es! —dijo Irati. —Esas líneas parecen plumas.

La miramos un rato. La aparición de algo familiar cuando estás lejos de casa parece siempre una revelación. El cementerio de Arnos Vale está lleno de figuras esculpidas sobre las tumbas: aves que representan el alma, manos enlazadas, flores que son símbolos. Casi todos tienen que ver con el cristianismo, pero se han abierto paso en sus calles y monumentos las

formas de otras culturas y algunas figuras esotéricas. Aún así, cuando Fatou se quedó mirando una lápida y nos reunimos con ella para ver de qué se trataba, tuvimos la sensación, todos nosotros — y lo sé porque lo comentamos— de que aquello estaba fuera de lugar.

—Si hubieran puesto una pirámide en algún sitio del cementerio y viera esto sobre la puerta, no me extrañaría. Pero aquí, en una pequeña tumba, entre cruces, palomas y urnas...

—Pertenece a alguna secta espiritista. Les molaba mucho todo lo que tenía que ver con Oriente, el Antiguo Egipto...—me respondió Samuel.

—Incluso está hecho con una piedra azul, o pintada de azul, como si fuera lapislázuli, que tanto les gustaba a los antiguos egipcios —comentó pensativa Fatou.

—Es un ojo de Ra ¿no? —preguntó Ander.

—No —dijo Irati a nuestras espaldas. —Es un ojo de Horus.

—Horus, el dios halcón. Qué casualidad —comentó Ander.

Pero Irati no se rió. Tampoco sonrió.

—También Ra es un halcón —dijo

—¿Y cómo distingues el ojo de Ra del ojo de Horus? ¿No son iguales?

— El ojo de Ra es el derecho, el de Horus es el izquierdo.

Íbamos ya abandonando el espacio frente a la tumba. Solo Irati permaneció junto a ella y se inclinó un poco para verla mejor.

—¡Mirad este ángel de aquí! —llamó Ander. —Plumas de piedra, es una contradicción ¿no?

Todos volvieron los ojos al ángel de piedra. Sólo Irati se quedó atrás, en la tumba desde la cual el ojo de Horus la miraba. Giré la cabeza un momento para ver qué hacía. Tocaba la piedra con la yema de los dedos, suavemente. Luego puso la mano abierta sobre el altorrelieve. La retiró despacio, se miró la palma, se llevó la mano al cabello. No vi qué hacía exactamente pero me pareció que el lugar donde había estado la concha presentaba ahora un espacio liso, como si la hubieran borrado. Me froté los ojos, pero no volví a mirar porque los demás me llamaban insistentemente para que viera una figura esculpida en una tumba. Era un relieve de pequeño tamaño. No se sabía bien si lo que representaba era un perro o un lobo. Los perros en las tumbas simbolizan la fidelidad. No era, desde luego, el típico perro de caza, y su figura resultaba ambigua e inquietante.

Cuando alcanzamos las puertas del cementerio el día se había oscurecido mucho. Caía una suave llovizna y soplabla viento del oeste. La señora Hill nos esperaba afuera con Mia y los gemelos. También estaban sus primos Anne y Oliver.

—Hemos percibido un movimiento irregular en esta zona y como estábamos cerca hemos venido a ver qué pasaba. ¿Estáis todos bien?

—Sí, no ha sido nada.

—Solo los Fox. Hemos estado bailando un poco ahí abajo.

—Espero que no os hayáis peleado —dijo la Sra. Hill abriendo mucho los ojos.

—Oh, no, nada de eso.

Todos lo negamos a la vez, otra vez.

* * * * *

Una estrella de cinco puntas. Eso es lo que vi en la mitad del claro del bosque. Aún había mucha luz. Una gran hoguera carmesí le daba al día su último esplendor. Los paseantes rezagados se retiraban a sus casas. Bajo las hojas y las hierbas corrían pequeñas criaturas. Las aves de la noche empezaban a llamarse desde el ramaje. Pronto los únicos humanos que habría en dos kilómetros a la redonda (salvo los que estuvieran acampando) seríamos nosotros, pero nuestro aspecto no era humano en aquel momento. Corríamos hacia el claro ya familiar. Yo llegué primero, avanzando con gran rapidez entre los árboles, esquivando troncos y ramas. Hacerlo no era difícil. Era un desafío y un placer. La energía fluía hacia mí desde esa otra dimensión de la que venía el lobo, el lobo que ahora era yo, que corría por el bosque, que miraba la marca dibujada sobre el suelo, hecha en el suelo con algún tipo de herramienta.

Una estrella de cinco puntas marcada con surcos recientes. ¿Qué es esto? ¿Quién lo ha hecho, por qué, para qué? Eso me preguntaba a mí mismo mientras me separaba del lobo, pero aún antes de haber podido recuperar la capacidad del habla Irati ya había visto esas preguntas en mi mente. Bajó del cielo y se posó a mi lado. Fatou saltó de entre los árboles. Ousmane y Wanda se habían quedado con el profesor. Quizás ahora mismo estaban volviendo a casa.

—¿Qué significa esto? —le dije a Irati —¿Lo sabes?

—Sí —dijo ella, saliendo de la figura del halcón, que se desvanecía detrás de ella —Sé lo que significa. Es que ha vuelto el rey Arturo.

Al ver nuestras caras, Irati sonrió:

—Se llama Arthur King y le llamamos King Arthur. Es una broma tan fácil que no hemos podido resistir la tentación de convertirla en su apodo. Se marchó al norte hace dos años. Suele pasar allí largas temporadas y allí conoció a Fiona. Esta es la señal de que ha vuelto.

Una figura apareció en lo alto de la loma que daba al noroeste. Un resplandor cada vez más débil iluminaba esa parte del bosque y en el cielo había aún tintes rojizos.

—Ahí está —dijo Irati.

La silueta de un enorme lobo se convirtió en una forma que bajaba a gran velocidad hacia el grupo. Pero no, eran dos formas que corrían juntas, una al lado de la otra, con tal coordinación de movimientos que creaban la ilusión de ser una sola. Cuando estuvieron cerca, de los lobos salieron dos personas, un hombre de pelo castaño claro y una mujer pelirroja, jóvenes y

vigorosos como los cuadrúpedos que habían descendido desde lo alto de la loma.

Irati saludó efusivamente a la pareja. Arthur había sido, nos explicó, su guardián, su protector cuando su padre se había visto obligado a ausentarse por motivos de trabajo o por la llamada del Círculo. Y, a petición de este, ahora él y Fiona estaba aquí para acompañarnos, para ayudarnos en cualquier cosa que pudiéramos necesitar.

—Con vosotros aquí me sentiré mucho más segura —comentó Irati.

Les habló del grupo de los seis zorros.

—Sí, tenemos alguna información sobre ese grupo —dijo Arthur.

—Los mayores siempre estáis pasándoos información que no compartís con nosotros.

Como si aún fuéramos niños pequeños —comentó Irati enfurruñada como una niña pequeña—. Quizás nosotros deberíamos hacer lo mismo.

—Creía que los lobos se habían extinguido en las Islas —dije yo, en tono medio de broma, para llevar la conversación por otro camino.

—Sí —dijo Arthur—. Acabaron con ellos. Y muchos de los nuestros emigraron al continente porque ya no podían llamarse unos a otros en las noches de luna sin llamar la atención de los seres humanos. En el continente al menos quedaron algunos refugios. Hay más espacio, grandes zonas agrestes y parques naturales donde se ha conservado la especie.

Callamos durante unos segundos. Me pregunté si, ante el derrotero de la especie humana, las extinciones masivas que causa, la destrucción del medio ambiente, era una buena idea que los Descendientes mantuvieran esta especie de neutralidad en lo que podía llamarse una guerra atroz contra la Naturaleza. Me pregunté pero no lo pregunté.

—Será mejor que borremos ya la estrella. Los excursionistas pensarán que hay una secta satánica en los alrededores. La gente hoy día cree que el pentáculo es la estrella del diablo, cuando en realidad quienes invocaban al diablo la usaban para protegerse dentro del círculo que pasaba por las puntas.

—También se tiene la idea de que es la marca del hombre lobo —dije yo.

—Me parece que eso es cosa del cine —aclaró Fiona—. De todas formas, los nuestros lo han utilizado para identificarse, igual que cualquier otro Descendiente.

—Mi madre y mi tío son Serer —nos contó Fatou—. Los Serer son un pueblo muy antiguo de Senegal. En la religión Serer la estrella de cinco puntas, sin el círculo, es el símbolo del universo.

—Es una pena borrarlo —lamenté—. Te ha quedado muy bien. ¿Cómo lo has hecho?

Arthur se agachó y extendió un brazo. En los últimos resplandores del crepúsculo vi que su brazo se volvía oscuro y nervudo y que su mano se convertía en una zarpa. Junto a él había una sombra que se mezclaba con su cuerpo solo en ese punto. Extendió una larga uña y trazó una raya en la tierra, pero la tierra se apartaba aún antes de que la tocara, formando un surco.

—¿Nunca has sentido que la tierra te obedece?—dijo—. Y me miró con una sonrisa que habría atemorizado a un humano normal, pues también en ella había algo del lobo. Luego pasó la mano por los contornos de la figura y esta se fue cerrando a medida que lo hacía.

* * * * *

Regresamos andando. Andando por el bosque. Estuve a punto de tomar a Irati del brazo, apartarla un momento de los otros, preguntarle por qué esa distancia, esa frialdad. Pero recordé que había estado muy obsequioso con Wanda en su fiesta de bienvenida y supe que eso tenía algo que ver. En todo caso, la frialdad de Irati era una barrera que no pude atravesar. Caminábamos en fila india por un sendero. Yo escuchaba su respiración detrás de mi. Percibía su fuerza, esa fuerza que se extendía en un espacio invisible. El camino se hizo más ancho y ella pasó a mi lado, como una extraña, sin volver la cabeza.

* * * * *

En el desván, en el dormitorio comunal, mis sueños se iban volviendo muy vívidos y mi sueño se hacía ligero. Me despertaba a medianoche, y más veces durante la madrugada. Algo me echaba de la casa de los sueños, algo me llamaba desde el ambiente aparentemente pacífico y seguro de nuestro cuarto. Alfombras, mantas, cuerpos dormidos; la luz de un farol o de la luna, farol del cielo; la respiración de los durmientes... Las hojas del arce que el viento frotaba entre sí. Eso era lo que veía, lo que oía. Pero en esa calma, en ese abandono, algunas cosas estaban fuera de lugar. El ojo de Ra brillaba en las sombras (¿cómo preguntarle a Fatou si lo había robado?) y a veces no brillaba porque Fatou había desaparecido. Cuando estaban con nosotros (más de una vez durmieron en casa de los Hill) Ousmane y Wanda murmuraban en sueños, como si quisieran decir algo; emitían gorgoteos o silbidos que parecían venir del mar; a veces movían la boca, pero ningún sonido salía de ella, y a veces se iban, juntos.

—¿A dónde váis?

—Al agua.

En cuanto a Irati y Ander... Cuando me despertaba a medianoche descubría que Ander había desaparecido. Y cuando volvía a despertar a las cuatro de la madrugada, Ander había regresado y dormía como si tal cosa, pero la que se había ausentado era Irati, que luego aparecía en la planta baja con una taza de café en una mano y una tostada en la otra como si no hubiera ido a ninguna parte. Pero yo estaba seguro de que había ido a alguna parte.

* * * * *

Aquel día era Samuel el que no estaba con nosotros. No había ningún misterio aquí: estaba con el Maestro. Tampoco estaban Wanda ni Ousmane: habían pasado la noche (o parte de la noche) en casa de los Hill y aún no se habían presentado. Irati había hablado con Wanda temprano, y esta le había dicho que siguiéramos adelante con nuestros planes, que ellos iban a hacer una excursión acuática y luego se reunirían con nosotros. Los demás habíamos decidido visitar un parque, o varios. Utilizábamos los móviles y una *tablet* para localizar nuestros objetivos. Elegíamos también el recorrido, el que más nos pudiera ofrecer, pero a menudo lo cambiábamos sobre la marcha.

—También tenemos parques con apariciones y fantasmas —nos dijo Irati—. No os voy a dar la lata con eso. Después de la “aparición” de ayer en el cementerio se me han quitado las ganas de bromear.

No escogimos un itinerario, esta vez, que pudiera llevarnos mucho tiempo. Desde el mirador de Brandon Hill en lo alto de la torre Cabot observamos la ciudad despacio. Luego bajamos al parque para seguir disfrutando de unas horas de pura tranquilidad. Allí aproveché para escribir unos mensajes a los amigos y ver las noticias. Otra vez se hablaba sobre posibles excavaciones en la zona de nuestra Estrella. No les dije nada a los demás para no inquietarles. Luego traté de olvidarme, de prestar atención solo al ruido del viento y al rumor de la ciudad, a las voces y los colores del día. Como otro viento, como una brisa inconfundible, la huella de un Descendiente se acercaba por estribor. Todos miramos hacia allá al mismo tiempo.

Era la señora Hill, y no estaba allí por casualidad.

Nos saludó. La saludamos. Dio algunos rodeos, pero no tardó mucho en entrar en materia.

—Os estaba buscando. Juntos tenéis una huella psíquica tan escandalosa que se os puede detectar a millas de distancia. Si no queréis llamar mucho la atención, deberíais domarla un poco, aprender a rebajarla. Una vez que se aprenden esas cosas, se hacen sin pensar y ya no requieren ningún esfuerzo. Pero bueno, yo quería hablaros de otra cosa. Quería preguntaros...

—¿Sí? —dijo Irati enarcando las cejas.

—¿Habéis preparado algún encuentro nocturno estos días pasados...? He intentado hablar de ello con Ousmane, pero no he obtenido ninguna respuesta. Bueno, la única respuesta han sido un montón de evasivas...

Tanto misterio nos tenía sobre ascuas.

—¿De qué se trata? —preguntó Ander.

—Ousmane... No ha dormido en casa. Ya van dos veces. Seguramente no es importante... Habrá ido a dar una vuelta, habrá salido a la bahía... Pero no entiendo por qué no quiere hablar de ello. Wanda no pareció darse cuenta. Tiene un sueño muy profundo, aunque debo decir que muy inquieto. En fin, los padres de Ousmane confían en que cuidemos de su hijo y no me hace feliz que salga por las noches sin avisar, sin decir a dónde va. Pensé que habría quedado con

vosotros, pero entonces ¿por qué no avisó a Wanda, por qué ella no le acompañó?

—No quedó con nosotros —dijo Irati—. Pero espero que nos cuente algo...

—Oh, yo también. De todas formas, creo que será mejor que Ousmane y Wanda se queden en tu casa a partir de ahora, y que Arthur y Fiona tomen cartas en el asunto... Tu padre les dejó al cargo...

—Oh, no es necesario, aún no. Yo creo que pronto sabremos algo —dijo Fatou.

—De acuerdo ... Pero si me encuentro con Arthur, por supuesto le explicaré mis preocupaciones. No voy a ocultarle lo que pasa.

—Pero si no pasa nada —intervino Ander —Seguro que Ousmane tiene una explicación.

—Eso espero —dijo la Sra. Hill. Y se marchó colina abajo.

Nos miramos unos a otros. ¡Vaya noticia!

—Oh, Irati, creo que deberías haber dicho que estuvo con nosotros —dijo Fatou.

—¿Y que la señora Hill se diera cuenta de que estaba mintiendo? Es difícil mentir a otro Descendiente sin que se dé cuenta. No quiero correr ese riesgo.

Sonó el teléfono de Irati. Era Samuel. Irati estuvo hablando con él unos minutos.

—¿Qué pasa con Samuel? ¿No va a venir? —preguntó Ander.

—Oh, según parece el profesor lo ha convertido en su discípulo número uno y ha decidido no soltarle —respondió Irati—. Dice que mañana le va a llevar a Londres y que si queréis venir será mejor que cojáis los billetes de tren con tiempo. Aquí están los horarios —añadió enseñándonos un documento en la pantalla de su móvil—. El tren en el que van a salir está marcado en azul.

Acto seguido, Irati llamó a Wanda y le contó las novedades.

—Claro que no nos perderemos la excursión. Ousmane se muere de ganas de visitar Londres.

—Pues esta noche será mejor que durmáis en casa, con los demás. Así podremos salir todos juntos bien temprano.

—De acuerdo.

—¿Quedamos dentro de una hora en la estación para comprar los billetes?

—Sí, vale.

—Oye, ¿por qué hablas tan bajo? ¿Dónde estáis?

—Estamos en el Red Lodge. Ousmane no quería irse de Bristol sin volverlo a ver.

* * * * *



La última cosa que vimos ese día fue la Catedral. Quedamos en la fachada oeste con Ousmane y Wanda y estuvimos dando vueltas por el interior y por los alrededores el resto de la tarde. Cada catedral es un mundo, y nosotros éramos demasiado curiosos como para no meter las narices por todas partes. Había un grupo haciendo una visita guiada y entramos con ellos en los claustros.

—Toca la piedra —me dijo Fatou—, toca la piedra —insistió al ver que yo aún la miraba sin mover un dedo.

Puse la mano sobre una columna. Al principio no sucedió nada. Luego Fatou colocó su mano sobre la mía. Un rumor, una vibración increíble se comunicó a mi cuerpo desde la columna. Parecía que había voces en ella. Fatou levantó la mano y aquella vibración no cesó.

—Las catedrales son lugares de poder —dijo Fatou—. Están cargadas de energía y de tiempo.

—¿Qué clase de energía? —pregunté—. ¿Tiene algo que ver con los Descendientes?

—No. Es porque han pasado miles de personas por ellas y han intentado llegar más allá de sí mismas; tal vez han conectado con algo...

—¿Con algo? ¿Con qué?

Fatou se encogió de hombros.

—¡Quien lo sabe! —respondió con una sonrisa. Y se fue con Ander.

Yo traté de acercarme a Irati, pero ella se apartó de mí y se puso a conversar con Samuel dándome la espalda.

La tarde iba llenando de sombras los claustros, y cuando regresamos a la Iglesia, la oscuridad era aún mayor, aunque aliviada por velas y pequeñas luces. Aún así, me pareció que allí no quedaba ya sino una gran tristeza.

* * * * *

En la Estación de Temple Meads, muy temprano, éramos de nuevo un equipo: un equipo dispuesto a visitar la capital con mucha curiosidad y mucha energía. La estación de Temple Meads tiene un edificio como una catedral. Imponente. La Estación de Kings Cross es casi tan antigua como la de Temple Meads, pero cuando llegamos a Londres, lo que todos buscamos en ella fue la plataforma nueve y tres cuartos.

El profesor se había pasado casi todo el viaje durmiendo. O haciendo que dormía. Ahora estaba muy despierto. Y cuando estaba despierto derrochaba energía.

Nos llevó de aquí para allá. No paramos un segundo. Nos llevó al Museo Británico y al Museo de Historia Natural. Nos enseñó grandes parques, iglesias, la Biblioteca Británica, tiendas, pubs, la Catedral de San Pablo y la de Southwark y la de Westminster y los viejos dinosaurios del Crystal Palace Park. Nadie que no poseyera la resistencia aportada por la Semilla hubiera podido soportarlo. Frente a las figuras de los dinosaurios comentó:

—Es una pena que ya no hubiera dinosaurios cuando los seres humanos se encontraron con la Semilla, ¿verdad? En tiempos remotos todas las religiones se basaban en la relación con espíritus que tenían una forma animal. Yo creo que la Semilla eligió esa fórmula implantada profundamente en la imaginación humana para dar entrada a su otro componente. La Semilla no solo se adaptó a la fisiología humana, sino a la mente humana, a su imaginación, al elegir la segunda especie, la puerta de entrada a este mundo para su otra mitad. La identificación con esa forma está llena de posibilidades. Pero hay una leyenda según la cual existirá alguna vez un Maestro del Nivel Máximo y que él podrá adoptar el aspecto de cualquier forma de vida que exista sobre este planeta.

En el Museo Británico nos sucedió algo muy similar a lo que nos había sucedido en el Museo de Bristol. Samuel miró al profesor con una interrogación en los ojos. Había percibido una presencia.

Masters, como era habitual en los adultos, nos tranquilizó.

—Es normal que nos crucemos alguna vez con otros, sobre todo en una ciudad con tantos habitantes como esta.

—Sí, pero ¿por qué se ocultan? —preguntó Ander.

—¿Ocultarse? —dijo el profesor.

—Claro. Si no lo hicieran todos percibiríamos su huella, su señal psíquica.

—Es una buena pregunta —respondió el profesor—. Pero no tengo respuesta para eso.

Tendrán sus motivos

Continuamos la visita con nuestro guía particular. De pronto Irati empezó a mirar a su alrededor. Le faltaba la mochila.

—Espere —dijo—, me he dejado la mochila en la otra sala.

—Te acompaño —dijo yo.

La voz del profesor nos alcanzó desde el otro lado del grupo:

—Daos prisa.

Cuando cruzábamos la puerta nos cruzamos con una pareja de mediana edad que venía en sentido opuesto.

—¿Les conoces? —le pregunté a Irati

—No les había visto en mi vida, y sin embargo... No sé, me resultan familiares.

—A mí me pasa lo mismo.

La mochila estaba sobre un banco.

—Juraría que la había dejado cerrada —comentó con cierta preocupación. Revisó un momento su interior para asegurarse de que su contenido estaba intacto. Luego se la echó al hombro y regresamos rápidamente con los demás. La pareja con la que nos habíamos tropezado estaba en la misma sala. Samuel los miró detenidamente.

Poco después al profesor se le ocurrió, no sé con qué excusa, recordarnos las normas de seguridad que debíamos seguir siempre: permanecer atentos a nuestro entorno, mantener una buena comunicación entre nosotros y estar siempre en contacto al menos con un adulto, un miembro del Círculo, para que ellos pudieran proporcionarnos apoyo en caso de necesidad.

Lo último que nos llevó a ver aquel día fue el edificio Art Decó de la BBC, que tiene adosada una extensión mucho más reciente. A esta se trasladaron los estudios de televisión desde su ubicación en Shepherd's Bush, cuando el inmueble original se convirtió en apartamentos.

—Vaya, vaya, vaya —dijo el profesor con la vista puesta en la entrada del edificio—, pero qué casualidad. Mira quién sale por esa puerta. Pero si es Eddie Wall, el hombre más fuerte del mundo, también llamado "The Wall".

Samuel miró al profesor con angustia.

—Oh, vamos a pedirle un autógrafo —dijo este con una sonrisa traviesa.

—¿Un autógrafo? —dijo Wanda—. No sabía que apreciara tanto la fuerza física.

—Pero tened en cuenta que no se trata solo de fuerza bruta. Se necesita mucho entrenamiento, voluntad y disciplina para mantener un cuerpo así. Altas exigencias de mantenimiento, si... Claro que si un cambiante adquiriera su físico, el que tiene Wall en este momento, cuando está en la cúspide de sus facultades... Bueno, no tendría que entrenar, nada... Podría utilizarlo cuando quisiera, y mejorado. Vosotros no os mováis de aquí. ¡Eh, oiga, oiga, por favor!

El profesor caminaba rápidamente tras aquella mole de casi dos metros de estatura con un perímetro descomunal.

—Por favor, oiga, señor. ¿Puede darnos un autógrafo?

El profesor sacaba de su bolsillo una libreta y con la otra mano arrastraba a Samuel. A todos nos pareció ver, aunque no dábamos crédito a nuestros ojos, que prácticamente lo tiraba a los pies de aquel hombretón, de modo que este se tropezaba y casi se iba al suelo. Pero el profesor sujetaba al forzudo por la chaqueta y conseguía que mantuviera el equilibrio. Sin duda Eddie Wall no se dio cuenta de lo que había pasado porque era inverosímil, y su cerebro, para salvaguardar su cordura, rechazaría de inmediato lo que había percibido: que aquel hombrecillo enclenque hubiera sido capaz de retener un peso como el suyo. El forzudo miraba entre desconcertado y enfadado, pero el profesor ya le estaba diciendo:

—Disculpe la intromisión, y, sobre todo, disculpe la torpeza de mi sobrino, el pobre es un desastre. ¿Podría usted tenderle la mano? Yo no puedo ayudarle a levantarse. Tengo una terrible afección lumbar.

Porque el que sí estaba en el suelo, a donde lo había tirado el profesor, era Samuel, que nos inspiraba en esos momentos una lástima infinita y una considerable porción de vergüenza ajena. Eddie Wall ya se inclinaba y extendía su brazo mientras Samuel, desde el suelo, con cara de dolor real o fingido, extendía el suyo y el campeón de fuerza le levantaba como una pluma.

Entonces todos estuvimos seguros de que aquel final de jornada estaba planeado, de que el profesor sabía de antemano que Wall iba a salir por esa puerta más o menos a esa hora, o que había recibido algún tipo de señal para acercarse en el momento exacto, una señal involuntaria, algo que le había servido de aviso. Cuando Samuel tocó la mano de Wall supimos lo que estaba pasando.

Samuel no podía adquirir los poderes de los Descendientes a los que suplantara, pero sí podía adquirir las características físicas de cualquier ser humano del que tomara la forma, según fuera esta en el momento en que lo hubiera tocado. Hasta ese día había utilizado sus condiciones especiales para hacerse pasar por otros. Lo cierto es que Samuel estaba tan orientado hacia los demás que nunca se le había ocurrido adquirir la forma de otro para, digamos, “adueñarse” de rasgos físicos que le pudieran ser útiles.

—¿Cómo sabía que Eddie Wall iba a salir por esa puerta precisamente a esa hora? —

preguntó Wanda.

—No lo sabía. Había estudiado la programación de la BBC y encontré esta extraordinaria oportunidad. Solo era cuestión de estar a la hora precisa junto a la puerta, es decir, un poco antes de que acabara el programa. Es verdad que Wall podía haberse quedado dentro más rato. Que podía no haber venido. El que todo haya salido bien y no hayamos tenido que esperar ha sido cuestión de suerte.

Durante el viaje de regreso el profesor no durmió. Estuvo muy locuaz, contando anécdotas y viejas leyendas de los Descendientes. La noche viajaba también en las ventanillas del tren. Se notaba que el Maestro era un animal nocturno y que tenía un metabolismo muy rápido. No siempre estamos fundidos con nuestra otra parte, pero es cierto que siempre estamos conectados a ella. Me daba cuenta en ese momento de cómo nos afectaba esa conexión del modo más básico. Irati y Samuel parecían tener sueño. El resto no. Y sin embargo, la noche nos traía las habituales turbulencias (pues ya se habían vuelto habituales). Durante el día todo parecía normal. Pero cuando dormíamos en el desván de la casa había algo profundamente fuera de lugar que crecía en mitad del círculo. Esa cosa entró en el vagón de tren. Era como un desajuste, como una vibración turbia que se alzaba entre nosotros. Vino con cuidado, con cierto disimulo. Irati y Samuel se durmieron y su sueño era inquieto y sobresaltado. Los demás parecían estar ausentes, con la mente en otra parte. De pronto Irati se despertó y se puso en pie. El profesor dejó de hablar y la miró. Ello se dio cuenta de donde estaba y volvió a sentarse.

—Una pesadilla— dijo.

Samuel, que también se había despertado, la miraba fijamente, pero no como el profesor, sino con una especie de fascinación, y los demás estaban inquietos y angustiados. Podía sentirlo.

* * * * *

Durante el resto del viaje, el profesor habló sobre las Estrellas y la peculiar relación entre sus miembros. Sé que a todos nos costaba prestarle atención, pero trataba de decirnos algo. ¿Había percibido esa turbulencia, esa oscuridad que estaba envenenando nuestros sueños? Nos acompañó hasta la puerta y se despidió. Nos fuimos a acostar enseguida, porque ya habíamos cenado antes de subir al tren de vuelta. Yo había tomado una decisión durante ese viaje de regreso: esa noche no iba a dormir.

Conversamos un poco sin mucho entusiasmo. Esperé que alguien le preguntara a Ousmane sobre sus misteriosas desapariciones nocturnas; no las actuales, sino las que había protagonizado cuando se quedaba en casa de los Hill. Nadie lo hizo. Es más, traté de abordar el tema dos veces y, milagrosamente, la conversación giraba siempre hacia otro asunto. Así pues (recapitulaba yo en mi cabeza) nosotros creíamos que Ousmane había estado todo el tiempo con los Hill, y los

Hill pensaban que se reunía con nosotros por las noches... Pero ¿con quién se había reunido realmente? Yo tenía una teoría, pero no veía la forma de comprobarla. El tiempo pasaba. El tiempo se iba comiendo nuestras vacaciones. El día era normal, o lo parecía, pero las noches... Esa vibración, esa densidad, esa turbulencia crecía entre nosotros. Casi parecía que tomaba forma. Era eso lo que me despertaba Y siempre los que estaban en la habitación dormían, pero dormían de un modo extraño.

La conversación fue languideciendo. En menos de media hora, todos los demás dormían como piedras en el círculo de colchones y cobijas; yo luchaba por no hacerlo. Apenas me cubría una manta. Estaba dispuesto a levantarme en cuanto fuera necesario. Se respiraba inquietud. Varios de mis amigos hablaban en sueños y sus voces, al mezclarse, se convertían en algo que, con todas las diferencias de volumen y densidad, me recordaba a la tromba. Daba un poco de miedo, y ese miedo me mantuvo alerta. Luego me di cuenta de que empezaba a relajarme y, para evitar dormirme, me puse en pie. Nadie se alteró lo más mínimo, no más de lo que ya lo estaban dentro de su agitada inconsciencia. Atravesé una parte del espacio central y llegué a la ventana, abierta, como siempre. Nos gustaba así, para que la comunicación con el bosque fuese lo más directa e intensa posible. Me apoyé en el alféizar y respiré el aire de la noche mientras miraba hacia afuera, pero atento tanto al interior como al exterior.

Incluso en aquella posición el sueño empezó a rondarme. Una sombra que se movía a unos cuantos metros de la casa lo disipó. La sombra se detuvo y unos ojos se clavaron en los míos. Bajo la luz inconsistente del cielo nocturno distinguí una enorme comadreja. El profesor no se había ido a su casa, no estaba en la nuestra, pero rondaba por los alrededores. Entonces supe, sin lugar a dudas, que había percibido aquella cosa que nos visitaba en la noche, que sabía algo, que estaba pendiente de la extraña atmósfera de nuestro dormitorio.



* * * * *

Creí que no me costaría mucho mantenerme despierto, ya que cada vez me despertaba con más frecuencia. Y sin embargo, justo cuando decidí no dormirme, algo muy pesado me inmovilizó, y el sueño me cerró los párpados. En cuanto dejé la ventana y volví a mi colchón me quedé dormido. Cuando desperté, Ander ya no estaba. “¿Cómo ha podido pasar?”, pensé. Pero de nada servía enfadarse y reconcomerse. Tenía que intentarlo de nuevo. La ventana estaba abierta y el farol que iluminaba el exterior brillaba sobre las hojas del arce plantado a poca distancia. Sentía el aire de la noche, y el olor de la vegetación entraba con él.

Escuché algo, una sombra cruzó por la ventana abierta. Me había dormido otra vez. Ander ya estaba en su sitio, con el aspecto más inocente que se pueda imaginar.

No tuve más suerte en las horas próximas al alba, cuando Irati abandonaba la habitación. Ni siquiera me desperté para ver su saco de dormir vacío y desinflado. Ese día me levanté tarde, cuando ya todo el mundo se movía y charlaba a mi alrededor.

* * * * *

El tiempo se acababa. Siempre el tiempo y su prisión, siempre no tener tiempo. En un solo día visitamos Cardiff, la capital de Gales, y empleamos otro para volver a Brecon Beacons, el parque natural de Gales por el que habíamos entrado en el país Irati y yo. Al regresar hicimos un alto en Caerleon, la villa que fue ciudad romana y se llamó Isca Augusta. Arthur nos contó que esa villa, Caerleon, era el lugar de nacimiento de uno de sus autores favoritos: Arthur Machen, que vivió a finales del siglo XIX y principios del XX.

—¿Sabíais que Stephen King ha dicho que una novela de Arthur Machen, *El gran dios Pan*, es probablemente la mejor historia de horror escrita en lengua inglesa? —añadió Fiona.

—Pues no —contesté—.

—Este paisaje tiene un papel fundamental en la obra de Machen —dijo Arthur con gesto pensativo— No es solo un escenario: es un personaje, es un mundo y tal vez alguna cosa más.

Ya la noche se había cerrado casi del todo mientras conversábamos y, del paisaje, un ser humano sin la Semilla no hubiera visto gran cosa. Nosotros, en cambio, aún veíamos tantos detalles en esa masa de grises aún traspasada por manchas de color. Nosotros veíamos más. Y cada uno de nosotros veía cosas que el resto del grupo no podía ver. Cada par de ojos, cada animal, cada mente veía un paisaje distinto, con matices únicos. Me hubiera gustado poder participar de esos paisajes diferentes del mío.

—¿Ves aquello que se mueve, allí, junto al río, junto a esa casa que parece una torre? —le pregunté a Irati.

—Sí —dijo ella, con la frialdad que últimamente se había apoderado de su voz. —Es un macho cabrío. El dios Pan que se ha transformado y se da una vuelta por sus dominios.

—¡Ah! —exclamé—. Realmente ves mucho más que yo.

Entonces me di cuenta. Las sombras eran demasiado densas, la luz ya muy tenue. Los ojos del halcón, que de día podían verlo todo hasta el horizonte, de noche, casi de noche, sin la ayuda de Ra, el dios solar, no deberían ver tanto.

Y de pronto ese paisaje tuvo una intensidad extraña, como algo siniestro y a la vez fascinante. Samuel parecía ausente, sobrecogido. Yo sabía que estaba perfectamente sintonizado con el grupo y recogía todas las emociones y fluctuaciones de la Estrella. Por eso, y por la forma en que los demás guardaron un tenso silencio mientras veían caer la noche, supe que todos participábamos de aquella visión, de aquella sensación.

—¿Qué es eso? —preguntó Fatou.

Todos sabíamos lo que quería decir. Incluso Arthur y Fiona lo percibían, quizás no como nosotros, quizás como algo que emanaba del grupo.

—¿Qué es? —insistió Fatou.

—Es el futuro —respondió Irati.

Fiona y Arthur la miraron asombrados.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fiona.

—Es una premonición.

Irati se alejó. Fiona la miraba. No quiso o no pudo preguntar más.

* * * * *

Regresamos a casa y nos fuimos a dormir enseguida, Fiona y Arthur abajo, en un dormitorio de la primera planta y nosotros en nuestro refugio de las alturas. Yo sentía esa tristeza del final, de algo que se está acabando, mezclada con la inquietud de la noche, inquietud que se manifestaba cada vez más temprano, se iba introduciendo en el día, como si creciera. ¿Hasta dónde se podría extender?. Esa tarde, cuando contemplábamos el paisaje de Caerleon, había estado allí, derramado sobre todo lo que veíamos. Eso era lo que había cambiado el lugar, llenándolo de un ominoso presentimiento.

Estuvimos charlando un rato, como si no pasara nada, y nadie aludió a esa cosa oscura que nos perseguía. Pero allí pasaba algo, desde luego. ¿Qué podía hacer yo? ¿Qué podía inventar para no dormirme? ¿Debía intentarlo una y otra vez? Temía que si, simplemente, les hablaba de ello lo negarían. Cada uno parecía crecientemente inmerso en su propia obsesión. Lo malo era que el tiempo se acababa. El tiempo y su tiranía. Decidí arriesgarme.

—Bien —les dije—. Esta noche vamos a jugar a un juego de contar historias. ¿Qué os parece?

—Oh, sí —exclamó Fatou. Siempre estaba dispuesta a jugar a lo que fuera. Competiciones, adivinanzas, puzzles, todo le venía bien.

Su entusiasmo le impidió ver más allá. Pero Irati me miraba fijamente. Del grupo me llegó una extraña energía, una tensión, una inquietud que se hacía más o menos consciente en las miradas.

—¿Qué clase de historias? —preguntó Irati, mientras posaba sobre mi el ojo oscuro del halcón. Estaba de perfil, había vuelto la cara hacia la ventana, pero yo sentía ese ojo, el izquierdo, clavado sobre mí.

—Secretos —dije.

—Secretos ¿eh? —dijo Irati, mientras giraba la cabeza para dedicarme de nuevo la oscuridad de sus dos ojos. —¿Qué clase de secretos?

—Como yo he propuesto el juego, seré el maestro de ceremonias. Os diré las reglas y os diré los secretos que tenéis que revelar. El juego es muy fácil: cada uno cuenta eso que se está guardando para sí mismo a cambio de que los demás hagan lo mismo.

—Y si son secretos —dijo Fatou, ahora con el ceño fruncido— ¿cómo puedes pedir que los contemos? Para eso tendrías que saber de su existencia, y ya no serían secretos.

—Yo sé algo, pero no todo. Y vosotros también sabríais algo de los demás si no estuvierais cada uno tan obsesionado con eso que ha descubierto.

Las expresiones de sus caras eran indescriptibles. Se miraron unos a otros como si se reconocieran por primera vez en mucho tiempo.

—Ousmane nos va a contar qué escuchó en el pozo, y por qué no ha vuelto a hablar de ello, pero sí ha vuelto dos veces al Red Lodge, solo, por la noche. Fatou nos va a decir qué es ese colgante que lleva al cuello desde el día en que visitamos el Museo de Bristol. Ander nos va a decir a dónde va por las noches. Wanda nos va a decir qué pasó la noche en que acompañaba a los Hill y a Ousmane en su viaje submarino, cuando se encontró con el tiburón ballena. Irati nos contará a dónde va cada madrugada, antes de que salga el sol, y qué cogió de aquella tumba en el cementerio de Arnos Vale.

Se quedaron de piedra. Como las estatuas del cementerio. Unos segundos. Luego empezaron a hablar todos a la vez, atropelladamente. Distinguí la voz de Fatou que decía:

—...encerrada en mi misma, y lo que yo creía único se repetía en cada uno de vosotros...

—Ya, ya... Silencio, por favor. Hablad de uno en uno —les pedí.

—¿Y tú? —preguntó Irati —¿Qué nos vas a contar?

—Tendréis que ser generosos con Samuel y conmigo, porque no tenemos ningún secreto. Salvo, por mi parte, y si te parece que lo es, esto: la noche del viaje de Ousmane yo estaba allí, de algún modo. Wanda sabía que yo hubiese querido viajar con el grupo y lo hizo posible. Me invitó a participar, a través de su mente. Y de repente fui expulsado de esa percepción. ¿Por qué? —añadí mirando a Wanda.

—Sí, ¿por qué? —dijo Irati con una sonrisa irónica.

—El antiguo no quería que escucharas la canción. Quería dármela solo a mí.

—Entonces ¿ese es tu secreto? ¿Una canción?

—Yo la llamo así. Es una secuencia de sonidos.

—¡Eso es lo que el pozo me entregó a mí! —interrumpió Ousmane con expresión de asombro, y yo diría que también de alivio. —volví dos veces para oírla de nuevo.

Así pues, yo estaba en lo cierto. Era allí a donde Ousmane iba por las noches.

—¿Y cómo conseguiste entrar en el museo? —pregunté.

—Muy fácilmente. Siempre encontré la puerta abierta.

—¿No te pareció raro? ¿No pensaste que podía ser una trampa?

—Estaba demasiado ocupado siguiendo la canción.

—¿Será la misma canción? —aventuró Wanda con los ojos muy abiertos.

—Bueno, para compartir vuestros secretos con el grupo tendréis que cantar esas

misteriosas melodías. Entonces sabremos si son la misma.

Se miraron.

—Tú primero —dijo Ousmane.

—No sé si sabré... —titubeó Wanda.

Pero al poco estaba emitiendo las notas más extrañas que yo había oído en mi vida. Tenía los ojos cerrados y parecía dormida.

—No es mi canción —aclaró Ousmane. —Pero se parece un poco.

Fatou puso su mano en el brazo de Wanda. Esta alzó los párpados, como si saliera de un trance, y dejó de cantar.

—La mía es así —dijo Ousmane.

Si la “canción” de Wanda estaba formada por notas agudas y silbidos, una especie de canto de ballena, la de Ousmane estaba dominada por notas graves, algunas casi guturales. Al principio creí que no salían de la garganta de nuestro amigo, tan extrañas eran. Parecían alejarse de su cuerpo para sonar en el espacio entre nosotros. Cuando Ousmane dio por finalizada su actuación, Samuel se apresuró a decir:

—¡Espera! Ahora cantad juntos.

Ellos le miraron, se miraron el uno al otro, e hicieron lo que les había pedido. Las dos voces y las dos líneas de sonido se complementaban y entrelazaban como si hubieran sido concebidas para emitirse a la vez. Alrededor de Samuel se comenzó a ver la silueta translúcida del tiburón y Wanda empezó a resplandecer como una lámpara.

—¡Ya basta! —exclamó Samuel. —No sé qué significa esto, pero hay una enorme fuerza en esos sonidos. Y no sé cuál es su propósito.

Wanda y Ousmane seguían mirándose, con los ojos muy abiertos, como si los dos hubieran visto algo especial dentro de sí mismos, o el uno en el otro.

—Yo quería deciros lo que pasó en el Museo, pero me parecía imposible hacerlo —explicó Fatou.

—Bueno —dije yo —aunque técnicamente es un robo, estoy seguro de que hay una explicación. No debes dudar nunca de que creemos tus explicaciones.

—Así es —añadió Ander. —Entre nosotros no es posible la mentira.

—Lo sé, pero no se trata de eso... Y lo de que sea un robo... Para nada. Nunca he sentido que fuera un robo. Es como que... No podía hablar de ello. Como si algo me lo impidiera. Pero en cuanto nos has pedido que contemos nuestros secretos, y los has enumerado, he sentido que el sello se había roto, al fin podía hacerlo, podía contar que ese día en el Museo vi el ojo de Ra y supe que me pertenecía, que era algo que había encontrado, aunque no recordaba haberlo perdido. Era, no sé, algo que se me ofrecía y que me traía un recuerdo muy antiguo que no se concretaba. Luego vi pasar una luz por su superficie, una y otra vez, como ondas sobre la

superficie de un lago. Una luz como la del sol en el agua. No podía dejar de mirarlo y sabía que nadie más estaba viendo aquella luz, porque todos se comportaban con normalidad. De pronto levanté la cabeza y, a mi alrededor, el mundo se había congelado. Nada ni nadie se movía.

Estaba muy claro lo que debía hacer. Tomé el ojo de Ra. Tenía un engarce en la parte superior. Lo colgué de la cadena que llevaba al cuello y me alejé hacia la puerta. Cuando la crucé, el movimiento volvió al mundo, pero nadie pareció darse cuenta en ese momento de que faltaba algo. Supongo que porque había más piezas en la misma urna... Supongo...

—¿Pero no os extraña que no haya salido la noticia del robo, nada, en ninguna parte?

—Quizás no nos hemos enterado —sugirió Irati.

—No. Yo sabía que había pasado algo extraño en el museo, y vi el ojo de Ra esa misma noche. Brillaba en la oscuridad. He estado mirando en Internet la prensa local, la televisión... Nada, no hay nada.

—Es posible que la joya no hubiera estado antes de ese día en el museo, y que por eso nadie la echó de menos cuando dejó de estar en él —aventuró Samuel.

—¿Quieres decir que alguien o algo ha ido dejando todas cosas por la ciudad para que las encontremos?

—Eso creo —respondió Samuel.

—Me extraña —interrumpió Fatou, dirigiéndose a él —que no hayas percibido nada, que no hayas visto nada... Porque tú no estabas, no sé, hipnotizado, obsesionado por ninguna cosa que hubieras encontrado, y tienes una percepción extraordinaria, como ha dicho el Maestro. Y en cambio, ha sido Mikel quien se ha dado cuenta de todo.

—A mi no me extraña —dije yo. —Samuel estaba muy afectado por el clima del grupo... Era como si lo absorbiera. Dormía profundamente, como los demás.

—Sí, y tenía pesadillas —añadió él.

—¿Qué clase de pesadillas?

—Eso es lo más raro. No recuerdo nada. Al despertar, solo me quedaba una sensación de oscuridad y tristeza.

—Y sin embargo, Mikel ha estado siempre al tanto de lo que estaba pasando...—dijo Fatou.

—Yo no sé si hay algo en todo este asunto que sea casual... —murmuró Samuel.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ousmane.

—Mikel es parte de la Estrella. Pero no ha encontrado nada. Ningún talismán, ningún objeto mágico, ni algo que se pueda guardar en la memoria y repetir, como un hechizo... Nada. ¿Por qué?

—No lo sé, pero es verdad que nada de esto parece casual. Lo que me pasó a mi en Arnos Vale, es muy parecido a lo que te pasó a ti en el Museo, Fatou. Es asombroso lo parecidas que

son nuestras experiencias. —Irati se llevó la mano a la cabeza y metió los dedos en esa cabellera que ya no era lisa, que estaba llena de ondas y de reflejos azules (me hacía pensar, de hecho, en plumas azules). Sacó de allí el ojo del halcón divino, hecho quizás de lapislázuli.

—Me estaba esperando en aquel lugar. Solo tuve que tocarlo y se desprendió de la lápida. Y no sé por qué pensé que el mejor sitio para guardarlo era este —se tocó la cabeza—, como si lo dejara en un nido.

—Pero ¿no se cae? —preguntó Ousmane.

—No. Se queda prendido al pelo, o el pelo lo envuelve y lo sujeta, no sé muy bien. Solo sé que que no se mueve un milímetro cuando lo pongo en su sitio.

—Su sitio... —murmuró Fatou. Y se tocó el pecho, donde el ojo de Ra, más que colgar de la cadena, parecía estar adherido a la piel.

—¿Y qué pasa con tus misteriosas salidas nocturnas, o más bien de madrugada? ¿Están relacionadas con el ojo de Horus? —le pregunté a Irati.

—Sí. Desde que lo tengo, puedo ver en la oscuridad. Cada madrugada, cuando aún está oscuro, me despierto y siento un gran deseo de salir, de comprobar una y otra vez este nuevo poder. Pero lo extraño es que siempre voy en la misma dirección.

—¿Y por casualidad no terminarás en Glastonbury Tor?

—¡Sí! Es como si el ojo de Horus me guiara. Hay un camino en el aire, como un túnel de visión, en el que todo está más claro, más iluminado, más nítido. Y ese camino termina en Glastonbury Tor.

—¿Tú también vas allí? ¿Es allí donde vas cada noche? —le pregunté a Ander.

—Sí. ¿Os acordáis de aquella librería en los Christmas Steps?

—¿Aquella donde parecía que se había parado el tiempo? —dijo Samuel.

—Sí, la misma. En la sala del fondo encontré un libro. Este libro.

Como si hiciera un pase de ilusionismo, Ander extendió el brazo, abrió la mano, y allí estaba el pequeño libro que había hojeado con tanto interés en la librería solitaria, aquella donde nosotros fuimos los únicos clientes, donde nadie entró mientras estuvimos en ella, donde el librero fue en todo momento una ausencia llamativa.

—Este libro estaba allí para que yo lo encontrara. En sus páginas sí que hay secretos escondidos. Este libro hace cosas, me muestra cosas. Me ha enseñado el camino en el aire, y ese camino lleva a Glastonbury Tor. No sé si es el mismo que sigues tú, Irati, o si cada uno tiene el suyo. Pero cuando abro el libro por la página 5, el camino se abre en el cielo, y es casi imposible no seguirlo. Está hecho de luz de luna, incluso en las noches sin luna, y de un suave viento de cola.



7. El gran secreto



—¡Silencio! Alguien viene. —dijo Samuel de pronto.

Fue el primero en notarlo. Por el último tramo de escaleras ascendía alguien. No hacía ruido, pero no se ocultaba: su huella psíquica era una vibración creciente.

—Será Arthur, o quizás Fiona.

—¿Qué pueden querer a estas horas?

—Nos habrán oído hablar.

—¡Pero si hablamos muy bajo!

Todos me miraron.

—Ya sé —dije—, eso no impide que nos oigan, sí, son Descendientes, de acuerdo. Pero no han podido distinguir lo que decíamos ¿no? Hablábamos tan bajo que un ser humano normal no hubiera podido enterarse de nada ni estando en la misma habitación.

—No creo que sepan de qué hablábamos, pero es verdad que con los nervios a veces hemos levantado un poco la voz.

Ya no pudimos seguir discutiendo las posibilidades de que en la planta baja estuvieran al tanto de nuestros secretos. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Irati.

La puerta se abrió suavemente.

En el umbral apareció el profesor Masters. Como todos esperábamos ver a Fiona o a Arthur, nos llevamos una sorpresa descomunal.

—No hagáis ruido —dijo.

Entró y cerró tras de sí. Se sentó en el suelo junto a nosotros.

—Me temo, mis jóvenes amigos —el profesor Masters llevaba tanto tiempo sobre la faz de la Tierra que a veces hablaba como un libro antiguo —que yo sí estoy al tanto de todos vuestros secretos. Llevo un buen rato en el segundo rellano de las escaleras en un estado de perfecta concentración para poder escuchar lo que decíais. Siento haber tenido que hacerlo, pero este asunto lo requería. Es de la máxima importancia. Llevaba puesta, por supuesto, mi capa de invisibilidad. Quiero decir que usaba un escudo psíquico. El cual, como podéis comprobar, ya no estoy utilizando.

Guardó silencio. Nadie dijo nada. Se oía el viento de la noche al otro lado de la ventana.

—Respecto a Arthur y a Fiona, no debéis preocuparos. No están en la casa. Me encontré casualmente con ellos y les dije que iba a pasar la noche por los alrededores y que podían irse de excursión si querían. Y quisieron.

—Pero ¿por qué hizo eso? —preguntó Samuel.

—Porque sé lo que sucede. Y no sé si ellos lo entenderían.

—Entonces sabe más que nosotros —dijo Ousmane.

—Sí, es cierto —dijo Ander—. Nosotros tenemos unas cuantas piezas de un rompecabezas, pero no sabemos cómo encajan ni qué significan.

—Habéis recibido una invitación.

—¿Una invitación?

—¿De quién?

—Del reino subterráneo de Avalon.

—¿Donde está enterrado el rey Arturo? —preguntó Irati.

—Oh, no. El reino es mucho más antiguo que la leyenda del rey Arturo. Pero lo llamamos así para entendernos entre nosotros. Si le hablas a un Descendiente del reino de Avalon, sabe que nos referimos a algo que está ahí abajo. Me refiero a los habitantes de la superficie, las líneas de Descendientes que se separaron de los Herederos hace tiempo... Bueno, no saben gran cosa de lo que hay ahí abajo. Pero de vez en cuando alguien es invitado a entrar y recibe algún

conocimiento, algún don. Algunos ni siquiera regresan.

—¿Por qué? ¿Es que no pueden volver?

—Tal vez no quieren volver.

—Entonces, lo de los mundos subterráneos ¿no es una leyenda?

—Los mundos subterráneos existen. A veces, la gente de la superficie recibe alguna invitación. Muy de tarde en tarde. Y cada vez que una Estrella se activa, los miembros de la Estrella reciben una invitación.

—Pero ¿qué esperan de nosotros? ¿Qué quieren?

—Ah, no lo sé con exactitud... Pero os ofrecen un conocimiento maravilloso. Os invitan a entrar en el reino secreto de Avalon. Han puesto en vuestras manos las llaves.

—¿Y se han molestado en ir dejando todas esas cosas por la ciudad para que las encontremos nosotros? —preguntó Ander.

—Oh, no... Esas cosas están ahí desde hace mucho, esas y otras muchas, en sus escondrijos de tiempo, esperando que una presencia los abra...

Iba a preguntar por los “escondrijos de tiempo”, pero oí la voz de Irati que decía:

—No creo que a mi padre le gustara...

—Así es. Ni a tu padre, ni al Círculo en general. Sienten una gran desconfianza hacia los que habitan abajo. Y también hacia los Antiguos, los más viejos, los que llevan miles de años en la Tierra, como el tiburón ballena que te entregó una de las llaves, Wanda. Temen su poder, temen el poder incomprensible de los mundos subterráneos. Pero quizás no haya nada que temer ¿no os parece?

—¿Cómo podemos saberlo?

—Bueno, yo no estoy muy preocupado ¿verdad?

—¿Quiere decir que no hay peligro?

—La mayor amenaza, a mi entender, está en la Frontera; ese mundo inquieto, inestable de guardianes y espías, de gente que vive entre dos mundos... No todos son de fiar. No quiero decir con eso que os vayan a agredir...

—¿Usted iría? —preguntó Irati en su estilo directo y franco.

—Yo fui —respondió el profesor, —hace mucho ...

Un silencio sobrecogido llenó la habitación. Hubiéramos deseado saber más, pero el profesor tenía ciertas instrucciones que darnos, y la noche no iba a ser eterna:

—El tiempo se acaba. Tomad una decisión. Si no he oído mal, os han entregado dos caminos aéreos. Pero ninguno desciende a tierra ¿no es así?

—El mío no, desde luego. Pasa sobre la torre de Glastonbury y luego se interrumpe. Así que cuando llego allí, doy unas vueltas y luego regreso a casa. A veces veo otro halcón posado en la Torre, que me mira.

—Es un guardián —explicó el Profesor— Si no trata de ahuyentarte, es porque tiene instrucciones de no hacerlo.

—A mi me pasa una cosa parecida... —nos contó Ander. —Llego allí, pero el camino en el aire gira literalmente alrededor de la torre. Podría estar dando vueltas toda la noche. También he visto al guardián. Al de un rato, dejo de dar vueltas y vuelvo a casa. Es un callejón sin salida.

—Bien, allí donde los dos caminos se cruzan, está la entrada, abajo, en el suelo. No está en la torre misma, sino cerca de ella. Así fue la última vez.

— ¿Cuando fue eso?

—Eso no importa ahora. Cuando estéis abajo, en el punto de cruce, se abrirá la entrada. Entonces llegaréis al camino subterráneo. Tenéis las llaves de las distintas puertas. A veces tendréis que combinar más de una. Yo no puedo deciros más. No puedo ir con vosotros. Si aceptáis la invitación, debéis daros prisa. No hay tiempo.

El profesor se movió hacia la salida.

—Buena suerte —dijo.

—¡Profesor! —llamó Wanda —Pero ¿es peligroso?

—Ya os he dicho que la gente de la Frontera... Los guardianes, los expulsados... A veces actúan por su cuenta. Todos los que viven entre los dos mundos. Hay que estar en guardia... Pero no se atreverán a actuar abiertamente en contra de los deseos de Avalon. Sin embargo, tendréis que superar algunos obstáculos... Avalon no os abrirá sus puertas sin más. Por eso se os han entregado las llaves. Por cierto, ellos no lo llaman Avalon...

—¿Cómo lo llaman, profesor?

—Solo quien ha estado abajo lo sabe. Pronto lo sabréis ¿no es así? —Sonrió—. Buenas noches.

El profesor abrió la puerta, la cruzó, y la cerró con cuidado de salir.

* * * * *

Irati miraba al suelo con cara muy seria. Levantó un brazo, tocó el talismán escondido entre su pelo.

—Creo que cuando tomamos estos objetos estábamos aceptando la invitación.

Levantó la vista.

—No es casualidad que nos identifiquemos con ellos de este modo, que los hayamos reconocido... Hay ¿cómo se dice...?

—¿Una afinidad? —insinuó Samuel.

—Sí, eso... Una afinidad, como si algo dentro de nosotros conectara con estas cosas, que parecen tener vida...

—Las llaves mismas piden ser usadas —añadió Ander.

—Los cantos que nos han sido entregados... —empezó Ousmane.

—¿Sí? —dijo Wanda con interés.

—Son más que llaves, o son capaces de abrir más puertas que esta...

—Yo también siento eso —confirmó Wanda. —Son algo que se quedará con nosotros para siempre.

—El pequeño libro de la librería encantada tiene muchas páginas... —murmuró Ander.

—¡Hay tantas cosas que no le hemos preguntado al profesor! —se lamentó Irati.

—¿Cómo qué? —dije yo.

—Bueno, muchas cosas... Pero, sobre todo, no le hemos preguntado si Samuel puede venir con nosotros.

—Oh, supongo que no —respondió él. —Yo no soy parte de la Estrella.

—Pues yo creo —dijo Irati— que formas parte de alguna manera. Como si estuvieras en su órbita o algo así.

—Como la Luna y la Tierra, que forman un sistema, un conjunto... —dijo Ander.

—Más que eso —añadió Fatou con énfasis..

—Es verdad que estoy dentro de esta burbuja de energía psíquica que formáis todos... Puedo sentirlo. Pero eso es normal, supongo, porque tengo esa capacidad de identificarme con otros, de comprenderlos y conectar mentalmente con ellos. Eso no me hace parte de la Estrella.

—Yo creo que deberías venir —afirmó Fatou.

—Iré hasta la entrada. Allí sabré si debo continuar o no.

* * * * *

El cielo de la noche estaba tranquilo, pero no inmóvil. Nubes oscuras se movían hacia poniente. La luna aparecía y desaparecía. Todo el aire parecía vivo y lleno de presencias.

Ander llevaba en su lomo a Ousmane y a Wanda. Samuel, Fatou y yo éramos transportados por Irati. En la casa de los Morrison había mucha actividad. Lo percibimos al pasar sobre ella.

Volábamos más alto que Ander. Podíamos verle desde arriba. Avanzaba por un túnel de luz blanca, no muy intensa, pero claramente perceptible para cada uno de nosotros. Un camino en el cielo. El túnel parecía formarse frente a él y desaparecía por detrás según lo iba recorriendo. El camino de Irati, sólo podía verlo ella.

Sujeto a las plumas del gerifalte, me incliné para ver el trayecto del búho y sus pasajeros. Su camino parecía trazar una curva y desviarse progresivamente del nuestro. El cielo estaba cada vez más inquieto, más poblado.

—¡El Tropol! —gritó Fatou.

Sentí un escalofrío. Sí, allí estaba el tropel, o uno de ellos. Verdaderamente no sabemos nada, pensé. ¿Qué sabemos del Tropel? ¿Hay uno o muchos? ¿Viene del mundo de abajo, o pertenece a la Frontera de la que nos ha hablado el Profesor Masters? ¿Nos busca para atacarnos, para estorbar nuestro avance?

Yo no tenía la respuesta a esas preguntas.

—Creo que no —dijo Samuel. En momentos de mucha intensidad emocional, no era improbable que pudiéramos oír claramente una frase formulada por otro de nuestro grupo en su mente.

Yo no lo tenía tan claro. El Tropel me da escalofríos. Podía percibir esa especie de caos organizado, esa aglomeración que tiene algo de monstruoso, de deforme. Corría a unos metros por debajo de nosotros, como un río aéreo. No podía verse nada salvo una especie de corriente que arrastraba nubes y sombras y fragmentos de luna. Más que verse se oía, se oía su rumor, y se sentía la fuerza descomunal a la que estábamos expuestos.

Se acercaba y se alejaba y seguía corriendo junto a nosotros, entre el camino de Ander y el nuestro. Irati se había sobresaltado y había adquirido una velocidad endiablada, pero el monstruo seguía ahí, avanzando en la misma dirección que seguíamos. A ratos parecía estar a la vez a nuestra derecha y a nuestra izquierda.

La noche ya no estaba tranquila. El cielo ya no estaba en calma. Todo se movía a una velocidad fabulosa. El tropel trazaba ondas que ascendían y descendían junto a nosotros, y dejaba escapar a ratos un murmullo de voces discordes pero extrañamente unidas. Su interferencia en el paisaje no permitía ver con claridad la tierra distante, pero podíamos sentir que Irati estaba descendiendo. Ya no iba tan deprisa como antes. No era posible dejar atrás semejante portento.

—No hay nada que temer —gritó Samuel, asegurándose de que el mismo mensaje llegara a nuestras mentes sin necesidad de oírlo—nos está escoltando.

El viento soplabla y el Tropel producía una algarabía indescriptible.

Irati adaptó su velocidad a la del Tropel. Los movimientos de este parecían tener un influjo hipnótico. Irati volaba ahora en perfecta armonía con aquella fantástica corriente; se elevaba si esta se elevaba, descendía si esta descendía. Parecía que se hubieran acoplado y no se sabía quién guiaba a quién. No veíamos a Ander. Volaba debajo del río viviente, en algún lugar de la noche, en su propio camino hacia Glastonbury Tor.

De pronto el Tropel se volvió más compacto. Sus “alas” desplegadas a ambos lados de nuestro trayecto se juntaron bajo nosotros y la larga serpiente aérea que resultó de ese repliegue se lanzó en picado hacia el suelo, moviéndose aún más deprisa. Glastonbury Tor nos esperaba abajo. El Tropel trazaba una enorme curva en el aire y desaparecía, literalmente, en la tierra, no lejos de la torre. Lo hacía a tal velocidad que, a pesar de su tamaño, se esfumó en cuestión de

segundos, poco antes de que Irati volara sobre la zona que parecía habérselo tragado. Justo en ese momento, bajo nosotros cruzó el enorme búho que era Ander. El búho y el halcón se movían a la misma velocidad, y esa velocidad la había marcado el Tropel, haciendo que sus trayectorias se cruzaran en el punto exacto. El punto donde él mismo había desaparecido.

Lo sobrepasamos, llevados por la inercia, pero los poderes de geolocalización de Irati ya habían marcado el lugar. . Griró, dio una vuelta en el aire, y aterrizó. Ander descendió tras ella.

* * * * *

—Aquí no hay nada, —dije—. ¿Dónde está la puerta?

—El agua canta abajo, muy abajo... —murmuró Wanda.

—Eso es normal. El río está cerca. Hubo un tiempo en que la colina fue una isla, o eso dicen. Quién sabe cuántas corrientes subterráneas no habrá en la zona... —dijo Irati.

—El agua canta... de una forma especial —objetó Ousmane.

—El Tropel ha desaparecido en este mismo punto... —señaló Fatou.

—La tierra está removida —observé.

—¿Sí? —interrogó Ander. —No se nota. Apenas hay unas marcas...

Me agaché y puse la mano (la zarpa) en el suelo. Recordé las palabras de Arthur: “¿Nunca has sentido que la tierra te obedece?”.

De pronto el suelo se hundió. Literalmente. Se hundió bajo nuestros pies de una forma extraña, regular. Caíamos, pero no en el vacío, sino sostenidos por una plataforma de tierra y roca, como si bajáramos en un ascensor vertiginoso. Estuvimos descendiendo no sé cuánto tiempo por un larguísimo pozo, hasta que percibimos que íbamos más despacio, más despacio... El viaje vertical se frenaba. La plataforma que nos llevaba estaba ahora sostenida en el aire dentro de un gran espacio en el que había desembocado el pozo. Bajaba muy, muy lentamente, y cuando se acercó al suelo saltamos a él.

Cuando no hubo nadie sobre la plataforma, esta comenzó a ascender de nuevo a gran velocidad. La parte superior alcanzó muy pronto una altura considerable y ya solo pudimos ver una especie de gigantesca columna que parecía brotar del suelo y subir hasta el techo de la enorme cripta en que nos encontrábamos. Allí desaparecía de nuevo. Seguía subiendo por el túnel vertical por el que había bajado. De pronto se paró. Todo el rumor y el temblor que había producido se resolvió en un silencio afectado aún por ecos y vibraciones. Sin duda la parte superior de la inmensa columna había llegado a la superficie. El pozo estaba sellado.

Allí estábamos, en una especie de gran cueva con forma de semicircunferencia, una forma demasiado regular como para atribuirla a causas naturales. La oscuridad debería haber sido absoluta, pero no era así. ¿De dónde venía aquella tenue claridad que nos permitía ver? Venía de

la misma roca. De las paredes y del techo. Había vetas de piedra que tenían una fosforescencia dorada o blanca, e incluso parecía que nuevas vetas se iban iluminando, encendiendo fantásticas bandas de luz que apuntaban hacia el fondo de la caverna. Avanzamos hacia allá con precaución, mirando a todas partes, atentos al menor ruido. Un lejano rumor de agua se hacía más y más audible a medida que las reverberaciones producidas por la gran columna móvil desaparecían del todo. Frente a nosotros, en la pared de roca, los filamentos luminosos formaban un arco que parecía engrosarse y brillar con más intensidad a medida que nos acercábamos. Marcaban la entrada a un túnel de unos tres metros de alto por dos de ancho que se perdía en las tinieblas.

—Las cintas de luz en la piedra confluyen aquí —dijo Samuel. — Pero al otro lado solo hay oscuridad.

—Tenemos una forma de iluminar la oscuridad.—Era la voz de Fatou.

—¿Sí? ¿Cuál? —pregunté.

A su lado apareció la pantera negra, una sombra, pura tinta; pero empezó a refulgir y en unos segundos la vimos igual que yo solía ver al lobo, hecha de neblina luminosa. La única diferencia es que su luz era de un tono dorado, como la luz de una hoguera. Brillaba cada vez más intensamente, a su alrededor todo se encendía, de forma que, al entrar en el oscuro pasillo que se abría ante nosotros, este se iluminó por espacio de varios metros.

—Pero ¿cómo haces eso? Tanta luz... No es posible... —dijo Ander.

—Es el ojo de Ra —le dijo Irati, volviéndose hacia él. —Mira la luz, es como la luz del sol. En cambio, la luz del ojo de Horus es blanca. Blanca como la luna.

Fatou se limitó a sonreír.

La pantera avanzaba por el túnel, a unos metros por delante, nosotros caminábamos en la luz y la luz nos mostraba unos grandes huecos, puertas en forma de arco a los lados del pasadizo situadas a intervalos regulares. Alguien perdido en la oscuridad, desorientado, podría haber entrado por una de ellas creyendo que seguía el camino principal. Aunque, en nuestro caso, no era fácil que la oscuridad pudiera desorientarnos de ese modo. Irati sabía siempre hacia qué punto cardinal se estaba dirigiendo. Wanda y Ousmane afirmaban que el sonido del agua estaba delante y avanzaban hacia él con determinación.

—¿Y cómo sabemos que este es, en realidad, el camino que debemos seguir? ¿Y si tuviéramos que tomar una de estas puertas laterales? —preguntó Samuel.

—Creo que no —dijo Wanda. Y Fatou nos hizo seña de que guardáramos silencio.

En ese silencio escuchamos unos ruidos que venían, precisamente, de los lados del túnel. Era difícil localizarlos a causa del eco y de mil reverberaciones que desplazaban el sonido en el laberinto. Estaban detrás de la roca, emergían de los arcos que comunicaban el pasillo central con quién sabe qué cámaras y conexiones, se movían al otro lado en imposibles distancias. Apenas llevábamos unos segundos escuchando y el silencio volvió a llenarlo todo. Ya solo se oía el

rumor del agua, lejano pero inconfundible.

Seguimos avanzando y el túnel se empezó a transformar. Primero se hizo más grande. Cruzamos una especie de dintel que separaba dos secciones y a entrar en la segunda, vimos que había más distancia entre las paredes de roca. Al de un rato, cruzamos un segundo dintel y entramos en una tercera sección en la que el techo era muy alto y las paredes distaban varios metros entre sí. De la roca emergían columnas y piedras labradas, como si estuvieran naciendo por generación espontánea y aún no se hubieran terminado de hacer, o como si un artesano gigantesco las hubiera dejado a medias. Ciertas áreas de la piedra emitían luz; entre las grietas surgían ramas que crecían hacia ella. En el suelo se empezaron a formar losas regulares que a veces tenían hierba en sus intersticios. Al de un rato, me di cuenta de que la enigmática arquitectura de los túneles estaba cada vez más completa, más definida. Seguía habiendo dinteles, o arcos que separaban secciones de la gran avenida subterránea, y cada vez que atravesábamos uno, las piezas de aquella arquitectura fantástica mostraban una mayor perfección y un mayor detalle. La leona de Fatou dejó de iluminar el camino, pues ya no era necesario. Entre las columnas laterales no se veían las toscas aperturas del principio, sino arcos esculpidos. El estilo arquitectónico cambiaba levemente entre distintas zonas.

—Ahí están otra vez —dijo Fatou.

Se oían pasos, roces, susurros. Parecía que se multiplicaban, y no sabíamos si el sonido se repetía, por el eco, o se repetía además la causa del sonido. La pantera negra, ahora enorme y dorada, parecía una leona, la terrible diosa Sekhmet, hija del dios solar. Quizás lo parecía, quizás lo era en esos momentos.

Dejó escapar un rugido y al otro lado de las paredes le contestaron muchos rugidos parecidos al suyo. ¿Era el eco que recorría un laberinto descomunal?

—Hay Descendientes más allá de esas paredes... —dijo Samuel.

—Sí... —asintió Fatou—. Antes estaban lejos, y su huella se perdía en ese laberinto del otro lado... Se hacía débil y extraña y difícil de reconocer. Pero ahora están más cerca.

Seguimos caminando. Los seres que se movían en los túneles se acercaban más y más. Al pasar junto a los arcos abiertos en las paredes laterales, lo hacíamos ahora con mucho cuidado, atentos a cualquier movimiento. Al otro lado de esas puertas nunca cerradas ya no reinaba ya la noche. Un resplandor más o menos intenso iluminaba atisbos del laberinto en el que sería fácil perderse para toda la eternidad si errábamos el camino. No fue difícil ver, por tanto, los grandes cuerpos de color de arena, del color de la hierba amarilla, que caminaban sobre garras descomunales.

—¡Leones! —dijo Fatou.

Los leones iban y venían, y se les oía gruñir y resoplar, avanzar y retroceder y volver a avanzar. Teníamos miedo de que cruzaran las puertas y se interpusieran en nuestro camino. Pero

seguían moviéndose en ese misterioso espacio lateral por el que los túneles se extendían y comunicaban. Los mismos que retrocedían daban la vuelta y continuaban su recorrido paralelo al nuestro (a veces les oíamos girar y cambiar de dirección muy cerca). Y así nos acompañaron durante al menos un kilómetro, como acechando, presencias inquietantes que no sobrepasaban el límite entre su túnel y el nuestro, pero que no se alejaban ni desaparecían.

La leona de Fatou se detuvo. Nos esperaba bajo un gran arco que comunicaba con una especie de enorme cripta, similar a la que habíamos visto al llegar, pero de formas más regulares, más grande, más luminosa. En el centro había una fuente con un gran estanque, y en la piedra que formaba su base, y en la columna que se elevaba en el centro, dejando salir cuatro chorros de agua, había esculpidas diferentes criaturas acuáticas.

—¿Es ese el sonido del agua al que os referíais?— dijo Irati.

—No —respondieron Ousmane y Wanda al unísono.

Los bajorrelieves que cubrían los muros representaban figuras de animales terrestres. Se veían leones, muchos leones, y también lobos, zorros y fantásticas quimeras, como una especie de grandes serpientes con patas que parecían dragones con cabeza de insecto. El techo era una vasta cúpula y, enormes columnas negras ayudaban a sostener su peso. Las figuras en relieve que cubrían las columnas eran de aves y, una vez más, se veían también algunas quimeras aladas. Brillaban con una luz tenue los animales tallados en las columnas, una luz blanca y lunar. Brillaban con luz dorada los de las paredes y las nervaduras del techo. Al fondo, ante nosotros, se abría un arco que la piedra luminosa enmarcaba con su fulgor. No era la única puerta. Otros arcos perforaban el muro a trechos regulares por toda la circunferencia. En las puertas había sombras, siluetas: leones.

Bajo cada arco había un león, sentado, inmóvil como una estatua.

—Esto no tiene muy buena pinta —dije yo.

—Sí —contestó Ousmane —si fuera una trampa no lo parecería más.

—¿Serán gente de Frontera? —aventuré.

—Tal vez... —dijo Ander—. El laberinto no ha hecho más que empezar. Todo esto debe ser su zona externa, una frontera en sí misma...

Según atravesábamos la gran sala, las figuras de las columnas emitían más luz. Habíamos sobrepasado ya el centro del gran círculo y los leones no se habían movido. Mirábamos a todas partes, atentos a cualquier cambio, y no es de extrañar que Irati elevara la vista al techo en un intento de cubrir todos los frentes.

—¡Eh, mirad eso! —dijo.

Arriba, en el mismo centro de la cúpula, una estrella de cinco puntas que había estado hundida en la oscuridad, como toda aquella parte central del techo, se había iluminado con una intensa luz blanca, lunar.

La contemplamos unos segundos, pero algo desvió nuestra atención. Algo o alguien que se acercaba por el túnel principal, por la parte del mismo que continuaba al otro lado de la gran sala o vestíbulo, al frente, allí a donde nos dirigíamos. Los leones movieron la cabeza casi a la vez y sus hocicos apuntaron en esa dirección.

—¡Qué raro! No hemos oído pasos hasta ahora... Y no suenan muy lejos.

—Sí, es como si lo que sea que viene caminando por ese túnel hubiera estado esperando bastante cerca, y hubiera empezado a moverse ahora mismo desde ese punto... —dijo Ander.

—Y además haciendo todo el ruido posible, como para anunciar su presencia —añadió Samuel.

—¿Es un Descendiente? O sea, un Heredero... —dije yo.

—Es difícil saberlo —contestó Samuel—. Tiene una huella psíquica o algo así, pero es... rara.

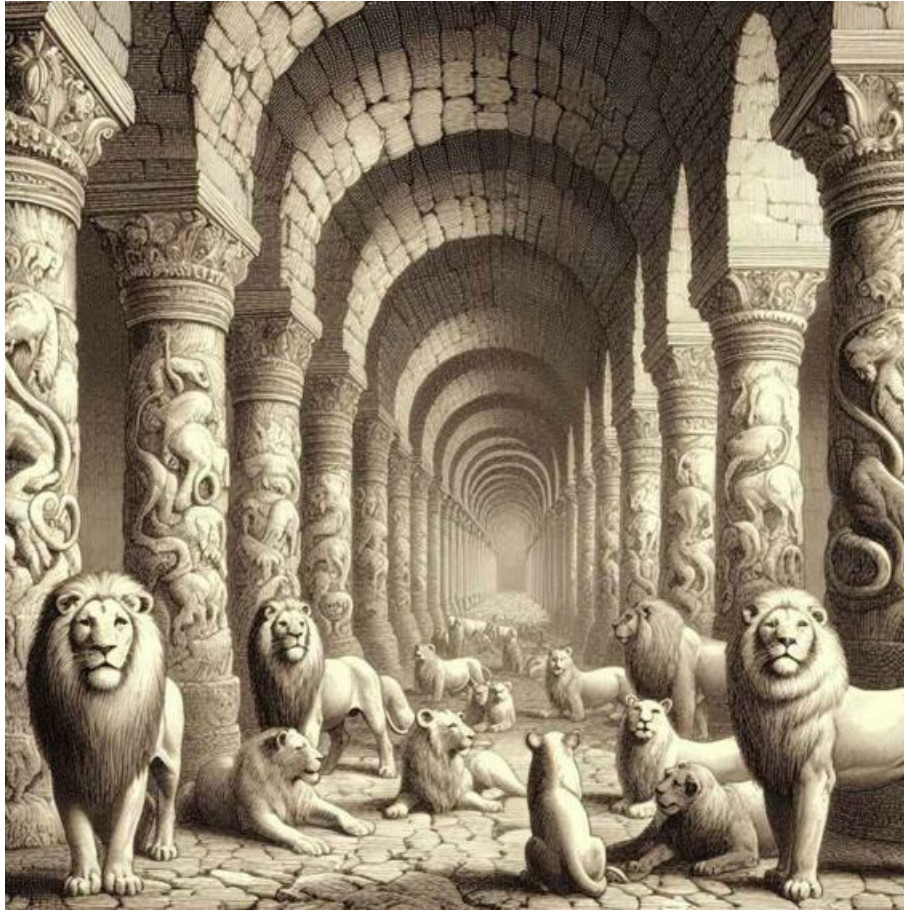
—Si no confiara totalmente en el profesor, estaría muy nerviosa —dijo Irati con voz nerviosa, mirada nerviosa y el cuerpo entero en tensión.

—Yo también —asintió Samuel, mirando con verdadera preocupación hacia la oscuridad por la que se acercaban los pasos.

Permanecíamos muy juntos, como otro muro, pequeño tal vez pero dispuesto a oponer resistencia si algo malo salía de la oscuridad.

El arco de luz que enmarcaba la boca del túnel apenas iluminaba su comienzo, y en las sombras, más allá, resonaban los pasos, pesados y rítmicos, cada vez más fuertes.

Alrededor, por toda la circunferencia de la nave, los leones se movían también. En poco tiempo habían salido de los portales y estábamos rodeados por ellos, a una distancia que empezaba a ser preocupante. Solo una cosa impidió que el temor creciera mucho: como espíritus tutelares, nuestros animales se habían hecho visibles, todos ellos, y permanecían mucho más tranquilos que nosotros.



* * * * *

El corredor que horadaba la roca al frente parecía más pequeño que el que nos había llevado hasta allí (al menos en sus últimos tramos), pero no podíamos calcular sus dimensiones, porque permanecía a oscuras. Y los pasos que se acercaban tenían una cadencia demasiado regular, como golpes producidos por un artificio mecánico. Ya estaba aquí, fuera lo que fuera. Ya se detenía en el umbral. El arco de piedra refulgente enmarcaba una forma humana, pero había en ella algo extraño. Debía de medir unos dos metros y se movía con una cierta rigidez, aunque sus movimientos eran rápidos. Se acercó más y la dorada luz de la piedra cayó sobre ella iluminando lo que parecía ser una armadura.

—¿Qué es? ¿Un traje? —susurró Fatou.

—¿Una armadura? —sugerí.

—¿Es... artificial? —aventuró Ousmane.

—¿Quieres decir un robot? —murmuró Ander.

—No es un robot —dijo Samuel, con seguridad. —¿No percibís la huella?

—La huella... ¿Eso es su huella? —preguntó Ander.

—Sí.

El ser avanzó hacia nosotros.

—¿Lleva una máscara? —preguntó Irati, dirigiéndose a Samuel.

—No lo sé.

Si llevaba una máscara, esta no tenía boca, ni nariz, ni ojos. A menos que los ojos fueran los cinco pequeños círculos distribuidos regularmente sobre una circunferencia invisible, de los que brotaba a veces una luz rojiza. El cuerpo o armadura o lo que fuera estaba hecho de un material que no pude identificar. Al principio me pareció que era algún tipo de metal opaco. Luego me sorprendí pensando que tenía grandes similitudes con la piedra negra de algunas de las paredes y columnas que habíamos visto hasta entonces.

Aquel ser levantó una mano y los leones dieron media vuelta. Despacio, como habían venido, regresaron al mundo que se extendía más allá de la pared circular.

—¿Quiénes sois? —dijo, con una extraña voz metálica.

—¡Somos vuestros invitados! —contestó Fatou con voz clara y firme.

La criatura se inclinó, como haciendo una reverencia.

—Bien contestado. Bienvenidos.—dijo—. Soy uno de los seis guardianes de fuego de Annw, uno en cada brazo de la estrella y uno más en la cámara central.

Luego señaló a Ander y le dijo:

—El libro conoce todos los caminos.

Señaló a Fatou y a Irati, y les dijo:

—Usad la llave y podréis abrir las puertas cerradas..

Su voz parecía sintética. Pero Samuel había afirmado rotundamente que no era un robot.

—Vosotros también usaréis la llave para pasar. Solo quien tiene las llaves puede entrar. Solo quien ha sido invitado tiene las llaves.

Nos invitó a adentrarnos en el túnel con un gesto. Obedecemos. No podría jurar que no tuviéramos miedo, pero ya no había vuelta atrás. Cuando pasamos junto al guardián, distinguí una especie de dibujo o figura en su tórax, hecha del mismo material que toda aquella armadura que lo envolvía o que formaba su cuerpo. Era uno de los reptiles que habíamos visto grabados en la piedra, un extraño reptil con un cuerpo muy largo, como el de un dragón chino, y una cabeza que parecía la de un insecto. Tenía seis patas en vez de cuatro, y lo que había tomado por alas en las figuras de las paredes eran dos grandes llamas situadas a cada lado del tronco.

El extraño ser comenzó a caminar a nuestro lado. Entonces añadió:

—Yo no puedo acompañaros, ni abrir las puertas para vosotros. Solo vosotros podéis hacerlo, con las llaves que os han sido entregadas, y así Annw sabrá, y os dejará seguir adelante.

—¿Quién es Annw? —pregunté, pensando que saberlo era de capital importancia, y que no

podría preguntar de nuevo si dejaba pasar la ocasión.

—Annw es lo que vosotros llamáis Avalon.

—¿Qué pasa conmigo? —añadí—. Yo no tengo una llave.

—Tú mismo eres una llave. ¿Es que no has abierto la puerta de entrada? Además, sois uno. Vuestras huellas psíquicas se han armonizado. Cuando estáis juntos, se entrelazan como la música de los hechizos.

El guardián caminaba con nosotros mientras andábamos hacia el túnel. Íbamos en fila de a dos, colocados en el mismo orden en que nos había nombrado, y quienes no habíamos sido nombrados ocupábamos los últimos puestos, como si hubiéramos recibido instrucciones para hacerlo así. En aquel momento parecía lo natural.

Ander abría la marcha, y justo tras él avanzaban Irati y Fatou. Luego iban Wanda y Ousmane. Así que entraron en el túnel por este orden.

Nuestro anfitrión se colocó junto a la entrada y, cuando Samuel y yo pasamos a su lado, extendió un brazo y detuvo a Samuel poniéndole una mano en el hombro. Yo me paré también, dispuesto a quedarme con mi amigo mientras fuese preciso. “¿Qué pasa si ahora no le deja seguir?”, pensé. “Samuel no ha tenido la oportunidad de decidir ahí arriba. Y está tan perfectamente compenetrado con el grupo... Sería injusto...”.

El guardián observó a Samuel durante unos segundos, Sus ojos se encendieron con aquella enigmática luz roja. Luego retiró su mano y su inquietante voz sintética resonó en la cavidad subterránea:

—Adelante.

* * * * *

Caminamos unos metros en la oscuridad más absoluta. La pantera-leona de Fatou había desaparecido. Le pregunté si no sería necesario llamarla de nuevo. Justo entonces las paredes comenzaron a iluminarse. Al principio la luz era muy tenue. Poco a poco se fue volviendo más intensa. No había dibujos ni figuras esculpidas en la roca, y el suelo era, como había sido al principio, de piedra natural, aunque tan liso y nivelado que difícilmente podría pensarse que era obra de la naturaleza. Sin embargo, aquí había muchas más vetas capaces de emitir luz, porque al de unos minutos todo estaba encendido, como si el pasadizo entero fuese una lámpara. Y esas vetas se entrelazaban siguiendo patrones regulares y dibujando estructuras geométricas. Entre la piedra parecía haber cristales que brillaban como el hielo atravesado por un blanco, frío sol de invierno, o por una luna poderosa, o por un sol incandescente. Más adelante, la luz dejó de ser agradable cuando se volvió cegadora. Según crecía cambiaba de color, como si las vetas blancas se apagarán, o su influencia se perdiera en la nota dominante del oro solar. Al principio ,era como el sol de la tarde, pero, progresivamente, se transformó en un sol de mediodía, y todos los

matices y los tonos se diluyeron en su arrasadora intensidad. Apenas podía mirar la relumbrante pared con los ojos entrecerrados. Como los perros y otros animales, los lobos tienen un tercer párpado, la membrana nictitante, que es transparente y se cierra cuando el ojo está en peligro. Noté que esa membrana estaba ahí, sobre mis dos ojos, igual que si hubiera realizado una fusión parcial con mi otro cuerpo. Quizás, pensé, es una consecuencia de la incursión en la esfera de cristal, que parecía haber despertado rasgos durmientes, o tal vez se trataba de un mecanismo automático de defensa. O las dos cosas.

—Hay tanta luz que no puedo ver —dijo Wanda—. Me ciega...

—A mi me pasa lo mismo —dijo Ander, con los ojos cerrados—. Esperad, no puedo seguir así...

Casi me estampé contra Ousmane, que iba delante. De pronto el grupo se había detenido.

—El ojo de Ra puede mirar al sol —dijo Fatou—. El túnel empieza a hacerse aún más alto y más ancho, y al fondo se ve una gran sala resplandeciente.

—Yo siempre pude mirar al sol —dijo Irati. —Ya veo la sala.

Cerré los ojos un par de segundos. El alivio fue poco. La luz aún entraba a raudales a través de los párpados. Cuando los abrí de nuevo, apenas una rendija, vi que Fatou ponía su mano en el hombro de Ander y le decía.

—Vamos.

Ander se puso en marcha. Fatou caminaba a su derecha, ligeramente rezagada, con la mano izquierda sobre su hombro. Fatou miraba hacia todos lados, llevada por la curiosidad y la precaución. Irati hacía lo mismo. Las imágenes que se formaban en su cerebro pasaban a la mente colectiva que el grupo había empezado a formar. Vi la sala reluciente, cegadora. Vi los cauces marcados en el suelo, como si pequeños ríos lo hubieran desgastado para formar lechos donde ya no corría el agua. Se hundían en la roca unos centímetros, como si hubieran sido excavados meticulosamente. El primero de ellos era muy ancho y partía de la puerta que habíamos dejado al final del túnel. Descendimos a él por medio de un pequeño escalón, y a medida que avanzamos, vimos con mejor perspectiva los siete cauces menores. El camino, en fin, se dividía y formaba sobre el suelo un gran candelabro de siete brazos que llegaban a siete túneles cuyas bocas abiertas nos aguardaban en la pared de enfrente.

—¿Y ahora qué? —dije, contrariado.

—Es fácil —respondió Ander—, el libro sabe el camino.

Hizo aparecer el minúsculo volumen, lo abrió —aparentemente, al azar— y lo levantó para que Irati y Fatou, pudieran verlo.

—El tercero por la izquierda —dijo—. Pero hay que darse prisa.

—¿Por qué? —preguntó Wanda, que tenía los ojos cerrados.

Ander no solo miraba el libro a través de los ojos de Fatou y de Irati. Lo tocaba, como un

ciego leyendo braille.

—Los caminos cambian.

—¿Cambian?

—Se mueven más allá de las puertas.

Pasó la mano despacio por las hojas del libro.

—Solo el camino central lleva a donde queremos ir. Pero está sellado. El túnel es ciego. El corredor a su izquierda comunica con él más adelante. Detrás de la pared que lo ciega, el túnel central se reanuda, pero solo se puede llegar a esa sección por otro camino. Siento que los caminos se mueven, muy despacio, se mueven... Llegará un momento en que este que ahora conecta con el acceso a Annw ya no lo hará. Se aparta y se hunde poco a poco... Será un camino del lado opuesto el que comunique con el túnel central. Percibo cómo se eleva y gira hacia la izquierda.

— Es increíble.

—Sí, increíble...

—¿Cómo lo sabes? ¿El libro te dice todo eso?

—El libro contiene un mapa completo de Annw, pero no puedo verlo todo a la vez.

—Entonces ¿sus imágenes se mueven? ¿Cómo en una pantalla?

—No, no como en una pantalla. El libro está vivo —contestó Ander, y se puso en marcha hacia la puerta que nos había indicado.

* * * * *

Al entrar en el siguiente túnel, vimos nuestras sombras fantásticamente proyectadas en el suelo, frente a nosotros. La luz de la sala luminosa entraba por detrás y hacía brillar las paredes, que parecían tener vetas de esmeralda. Pero la nueva sección del laberinto no estaba brutalmente iluminada; al contrario, el contraste fue un alivio para mis ojos, y los abrí de par en par. Nuestras sombras, largas y oscuras en un primer momento, se fueron disolviendo a medida que avanzamos, y pudimos apreciar la claridad verdosa que salía de los muros. La nueva luz que nos acogía era como un bálsamo después de la abrasadora intensidad anterior.

Ander nos guiaba con paso seguro, y le seguíamos confiadamente hasta que, al fondo, pudimos distinguir un muro ovalado. Así pues ¿también este túnel era ciego? ¿Se había cerrado mientras caminábamos por él? Ante aquel enigma, todo el grupo se detuvo un momento, como estudiando el espacio engañoso de la cueva. Todos menos Ander, que siguió caminando. Con apenas unos segundos de retraso, Irati, Ousmane y Wanda le siguieron. Los demás avanzamos con un poco menos de determinación. Contra la pared del fondo se hubieran estrellado nuestros intentos de llegar al corazón de Annw de no ser porque la puerta que Ander había visto en su

libro estaba ahí, a la derecha, con la forma de un arco alto y estrecho, hundida en los repliegues de la roca. Sólo se hizo visible cuando estuvimos junto a ella.

—Este arco era más ancho hace un momento —explicó Ander.

Lo atravesamos para acceder al túnel central. La luz seguía siendo verde, azulada, verdeazul, como si las paredes contuvieran esmeraldas y agua marina. Pero había también largas vetas en forma de ondas que emitían una luz de oro. Los muros laterales se unían al techo formando nervaduras que lo atravesaban y lo dividían, haciéndolo semejante a las bóvedas de las catedrales o a enormes hojas petrificadas. Estábamos nuevamente en un túnel de grandes proporciones, con grandes losas semi transparentes en el suelo. Los arcos que aparecían a los lados no llevaban a ninguna parte: eran arcos ciegos donde las vetas de colores fríos mezcladas con hilos de oro insinuaban formas animales, curvas que correspondían a cetáceos, a peces, caracolas y cefalópodos.

En la distancia vimos un punto azul, que fue creciendo hasta convertirse en un semicírculo. ¿Era una luz de distinto color, o terminaba nuestro camino, esta vez sí, en un muro ciego? Nuestros pasos resonaban con un eco submarino.

—El agua ¿no la oís? —dijo Ousmane con energía.

Todos la oíamos ya, bien fuerte. Estaba muy cerca. De pronto, me pareció que caminábamos sobre un río subterráneo. Pero el sonido cambiaba de lugar. A veces estaba arriba, a veces a los lados (a uno o a otro). El rumor del agua se aproximaba tanto en ocasiones que se hubiera dicho que las paredes apenas tenían un par de centímetros de grosor, y que al otro lado fluía una corriente que viajaban si pausa hacia el corazón de Annww..

* * * * *



El túnel terminaba —ya lo veíamos en la distancia— en un muro de piedra azul. No verde, ni azul y verde: intensamente, regularmente azul. Era un gran semicírculo. Tenía unos diez metros de alto y otro tanto de ancho en su base. Pronto estuvimos frente a él, examinando las muchas figuras de animales que lo cubrían. Algunas las habíamos visto anteriormente, pero destacaba en el centro un enorme tiburón ballena. Sobre él había un gran ave con las alas extendidas y bajo él un sol con largos rayos curvos como tentáculos. En la mitad superior del muro había más aves, y en la mitad inferior, peces y otras criaturas marinas. Por la espalda curva del tiburón caminaban diferentes criaturas: osos, lobos, felinos y seres humanos. Nunca antes había aparecido una figura humana en nuestro recorrido por los túneles. Tampoco habíamos visto antes ninguna clase de escritura. Ahora, entre los animales esculpidos, había series de caracteres muy variados.

Durante unos minutos, cada uno de nosotros observó el muro, absorbido por la curiosidad y el asombro. Nuestras diferencias —diferentes conocimientos, diferentes formas de pensar y percibir— nos desconectaron de la visión común. Luego, volvimos a comunicarnos de modo casi automático. Fatou comentó, como si pensara en voz alta:

—Esto parece escritura cuneiforme —.

Uno nunca sabe qué conocimientos ha podido acumular cualquier persona tocada por la Semilla. O qué conocimientos nos pueden llegar a través de un objeto mágico, uno que abre portales de comunicación difíciles de entender.

—Y esto —añadió—, como veis son jeroglíficos egipcios, del Imperio Nuevo.

—Esto son runas de alguna clase —señaló Samuel—, y eso de ahí, es hebreo... Hebreo bíblico.

—Lo más moderno que se puede encontrar en este muro es esta frase en griego clásico —comentó Fatou.

—No, aquí hay algo escrito en... latín —dijo su hermano.

Oculus solis primam ianuam aperit. Oculus lunae ostium secundum aperit.

— El ojo del sol abre la primera puerta. El ojo de la luna abre la segunda puerta —tradujo Samuel.

—También hay una frase en ogham, el alfabeto céltico... —apuntó Irati—. Pero dice lo mismo. Creo que se repite el mismo significado por todo el muro.

—¡Esta es la primera puerta! —dijo Ander—. No es un muro, es una puerta.

—Y la primera llave es el ojo de Ra —añadió Samuel, por si no había quedado claro.

—El ojo del sol... El ojo de Ra —musitó Fatou—. Pero ¿cómo?

—¡El ojo de Ra lo sabe! —exclamó Ander.

—El ojo de Ra... Desde que lo llevo conmigo siempre veo a través de él. Ha cambiado mi visión, pero ahora, no veo nada en este muro, ninguna pista... Salvo quizás esa frase de arriba. Está en latín pero no es la misma que acabamos de leer. Tal vez nos indique algo...

—No veo ninguna frase en la parte de arriba —dije yo—, hay una zona vacía.

—¿En serio?! —exclamó Fatou—.

Al principio, cada uno había estudiado el muro siguiendo el impulso de su propias emociones y el hilo de sus conocimientos personales. Luego habíamos empezado a comentar lo que veíamos. Las ristas de escritura que lo recorrían en diferentes direcciones (de arriba abajo los jeroglíficos egipcios, de derecha a izquierda la escritura cuneiforme...) eran muy diferentes, y ninguno de nosotros sabía interpretarlas todas. Lo cual hacía necesario el intercambio de ideas. Cualquier otra forma de comunicación que, en aquellos días, estuviera a nuestro alcance, no servía, y solo el lenguaje nos permitía explicar, preguntar y responder, buscar nuevas pistas e interpretaciones juntando el conocimiento de todos. Habíamos estado entregados a esa actividad durante varios intensos minutos, y, ahora, nos dábamos cuenta de que una parte del gran mural esculpido había sido invisible durante todo ese tiempo ... salvo para Fatou. Estaba claro que eso

tenía que ver con la llave. Fatou era la portadora de la primera llave y solo la llave revelaba uno de los mensajes del muro, el que se ocultaba en una sección aparentemente vacía. Pero en cuanto ella nos hizo saber que el fragmento liso contenía un mensaje, todos clavamos allí los ojos y concertamos nuestras mentes. Entonces, la imagen que estaba en la mente de Fatou pasó a los demás. Lo que habíamos tomado por una zona vacía, se llenó súbitamente de signos que se extendían formando una curva, como la arquivolta de un arco medieval. Había varios tramos formados por diferentes escrituras. La que varios de nosotros podían entender sin problemas era esta frase en latín:

Clavis claustrum est.

—¿La llave es el recinto? —insinuó Ousmane..

—¡No! —exclamó su hermana. —La llave es la cerradura.

Fue a sacarse la cadena que llevaba al cuello y pude ver que, en realidad, esa cadena no hacía falta. El ojo de Ra estaba adherido a su piel, parecía formar parte de su cuerpo, pero apenas lo tocó, se desprendió y cayó en la palma de su mano. Colocó el amuleto sobre el muro y, lo mismo que había estado pegado a su cuerpo, ahora se pegó a la piedra como una cosa viva.

—¿Y ahora qué? —dije yo. Tanto acertijo empezaba a impacientarme.

Entonces vi que el objeto empezaba a volverse traslúcido y, con él, la porción de roca azul a la que estaba sujeto. Pronto se hizo transparente del todo.

—La llave es el candado, o la cerradura. Pero entonces ¿qué llave podemos usar con ella?

—¿Qué se puede hacer con el ojo de una cerradura además de introducir una llave en él? —preguntó Samuel. —O mejor dicho, ¿para qué podían servir las cerraduras antiguas, aparte de para abrir la puerta? ¿Qué hacen los personajes de los cuentos?

—¡Mirar por él! ¡Se puede mirar por el ojo de una cerradura antigua! —respondió Fatou.

Y es lo que hizo. Deberían haberla llamado mirilla, pensé, y nos hubiéramos ahorrado tanta adivinanza.

—¿Qué ves? —preguntamos a coro.

Veo una habitación, más pequeña que esta. Al fondo hay otro muro igual que este y puedo leer una frase... Una frase que destaca entre las cosas que hay grabadas en ese muro.

Veniamus, o Annw, nam videre per ostium possumus.

Déjanos entrar, o Annw, pues podemos ver a través de la puerta.

En el mismo instante en que Fatou pronunció esa frase, el muro comenzó a girar sobre un eje invisible, igual que una puerta giratoria.

—¡Vaya! —exclamé—. Pues sí que es cerradura y llave a la vez.

—¡Vamos! —exhortó Fatou.

Se lanzó por el hueco de la izquierda, ya que a ese lado había quedado el ojo de Ra, y se movió instintivamente tras él. La seguimos, y entramos en la cámara, formada por cuatro muros

semicirculares y un techo en forma de bóveda. La luz era más misteriosamente submarina allí. Brotaba de un gran número de ondas verdes y azules que, junto a vetas blancas como espuma, formaban la estructura de la piedra. En el muro del fondo, completamente azul, pero más oscuro que la puerta por la que habíamos entrado, había, de nuevo, tallas e inscripciones.

—¿Qué haces, Fatou? ¿Ahora te quedas atrás? —pregunté, volviéndome para ver si le pasaba algo.

—No veo el ojo de Ra...

La puerta se cerraba. Seguía girando, más despacio ahora, y Fatou caminaba hacia atrás mientras intentaba descubrir el preciado objeto que parecía haberse fundido con la piedra.

—Quizás ya ha cumplido su misión, y su sitio sea este...

—¡No! —respondió ella con energía—. Eso no es así. El objeto es parte de mi ahora, y no puede....

En ese momento la puerta terminó su recorrido y encajó en el hueco semicircular. Fatou dejó la frase a medias. Durante unos segundos, el pánico agrandó sus ojos. Pero entonces, de la puerta cerrada se desprendió, con un resplandor azul, una pequeña pieza que ella atrapó al vuelo con un suspiro de alivio.

—¡Aquí está!

—Bueno —dije, mientras examinaba la cámara—. Y aquí estamos nosotros, podría decirse que atrapados. Pero en fin, aquí abajo las cosas no son lo que parecen, así que confiemos en Annww.

Sin embargo, en ese momento no había uno solo de nosotros al que le alegrara estar metido en una habitación de cinco por cinco metros, aunque estuviera formada por cuatro paredes de extraña roca luminosa cuyo juego de luces era bello e hipnótico.

—El ojo del sol abre la primera puerta. El ojo de la luna abre la segunda puerta —recitó Samuel.

Y todos miramos a Irati.

Se hizo el silencio. El sonido del agua estaba más cerca que nunca. Me di cuenta de que ese sonido y la peculiar luminosidad de la habitación tenían un efecto calmante que empezaba a disipar la inquietud. La luz era suave, difusa, como la que emana de una pecera iluminada. Además, la temperatura era muy agradable, cálida, no calurosa. Calculé que estaría un par de grados por encima de la temperatura de los túneles.

Irati metió una mano entre las ondas de su pelo y creo que fue en ese momento cuando las otras ondas, la de la pared, empezaron a vibrar suavemente. No producían ningún sonido, pero sí producían la impresión de moverse como el agua, y, como el agua, creaban una trama móvil de refracciones que Wanda y Ousmane celebraron con exclamaciones de dicha.

La luz pareció volverse aún más suave, más íntima.

—¡Me quedaría aquí para siempre! —dijo Ousmane.

—¡No digas eso! —le espetó Samuel.

—Es solo una expresión... —explicó Ousmane, con gesto de extrañeza.

—Esta habitación...—continuó Samuel— es peligrosa.

—¿Peligrosa? —repitió Wanda con asombro.

—Sí. Crea ese deseo, el deseo de quedarse aquí, de no avanzar. De soñar, de dormir... No es solo Ousmane. Apuesto a que todo el mundo está sintiendo esa especie de hechizo. Es como una droga. Y no ha hecho más que empezar.

—Tienes razón —dijo Irati—, pero yo aún siento la llamada del aire, del aire libre.

Se acercó al muro con el ojo de Horus en la mano y lo colocó sobre la superficie vertical. Pero nada sucedió. El ojo de Horus no se quedó pegado a la piedra azul. La piedra no respondió. El muro seguía pareciendo un muro y no una puerta.

* * * * *

Mientras nosotros estábamos en la cámara azul, en las profundidades de la tierra, arriba, en el mundo de la superficie, el profesor Masters no había desaparecido simplemente de escena, aunque hubiera cerrado un acto salió de la habitación más alta de la casa de Irati y nos dejó solos con nuestra decisión. Él mismo nos había puesto en el camino, un camino que, con toda su incertidumbre, era demasiado tentador como para que no lo siguiéramos. Después, del mismo modo que había vigilado la casa en noches anteriores, siguió nuestro viaje aéreo desde tierra. Moviéndose con increíble rapidez consiguió mantener siempre algún contacto, incluso cuando se quedaba atrás, pues el viaje por tierra estaba lleno de obstáculos y arriba adquiriríamos velocidades que era imposible repetir abajo. No era muy difícil mantener ese contacto, pues la enorme cantidad de energía, tanto física como psíquica, que se desplegó en el cielo no solo le permitía al profesor sentir el gran río de presencias que corría sobre su cabeza, sino que produjo una perturbación tan amplia en la atmósfera de la región que no hubo un solo Descendiente en 100 millas a la redonda que no lo percibiera.

Masters localizó con precisión el punto en el que desaparecimos de la superficie. Supo entonces que ya habíamos comenzando nuestro peregrinaje subterráneo, y que no podía seguirnos más allá. Supo también que la gran alteración energética habría creado una gran inquietud en los alrededores, y comenzó a moverse por la zona para comprobar la magnitud de la reacción. En casa de los Morrison se habían encendido todas las luces. Y en casa de Irati sonaba el teléfono insistentemente. Masters lo descolgó:

—Estoy llamando al móvil de Irati, y no contesta —dijo Arthur a través del auricular.

—¿Has probado a llamar a Wanda? —respondió el profesor con aire de perfecta inocencia.

—Sí, por supuesto. Tampoco contesta.

—Oh, bueno... Ya sabes como son los adolescentes... ¿Cómo iban a desaprovechar la ocasión de pasar la noche fuera de casa? Están todos en el bosque, y seguramente han adoptado su segundo cuerpo, y ya sabes, los móviles en ese caso se vuelven perfectamente inoperantes.

—Se ha percibido una perturbación con gran carga energética, y creemos que es en esa zona. La familia Hill al completo está despierta y excitadísima. Todo el mundo está llamando a todo el mundo por si sabe algo.

—Sí, yo también lo he notado. Una cosa extraordinaria. De hecho, estoy patrullando la zona para comprobar su seguridad. Creo que ha sido una manifestación del Tropol.

—¡El Tropol!

—Sí, pero ya no está activo. Os habréis dado cuenta de que el fenómeno cesó hace como veinte minutos. En ese tiempo, he hecho una inspección del bosque y comprobado que los chicos están bien. Esta noche estoy haciendo mucho ejercicio. Debo interrumpir esta agradable conversación, querido Arthur, precisamente porque debo regresar al bosque a ver cómo siguen los muchachos.

—Ah, si, de acuerdo, de acuerdo... Me parece muy bien. Entonces ¿lo tienes todo bajo control?

—Absolutamente bajo control.

Y así fue cómo el profesor Masters ganó tiempo para nosotros y nuestra crucial aventura.

* * * * *

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Ander.

Irati parecía desconcertada. Wanda y Ousmane se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada en una de las paredes, muy juntos, y cuchicheando de tal modo que podíamos oírles pero no entendíamos nada de lo que hablaban. Se diría que estaban utilizando una secreta lengua marina hecha de chasquidos y notas musicales. Nunca antes les había oído hacer eso. Se reían y parecían muy felices.

—Vosotros no parecéis preocupados —les dije.

—Oh no —respondió Wanda. — Pronto saldremos de aquí.

—Estamos en el camino del agua —añadió Ousmane. Lo cual me pareció una frase bastante inexplicable y que no explicaba gran cosa.

En todo caso, ellos no hacían nada por salir. Ousmane dijo que habían decidido absorber toda esa paz que transmitía la cámara azul, porque la necesitaban, necesitaban ese descanso y esa calma. Yo mismo sentía la fascinación de los muros, que empezaban a parecerme traslúcidos, como si las vetas y las ondas ya no se vieran en dos dimensiones, sino en tres, prolongándose

hacia una indeterminada profundidad. La impresión de que la luz brotaba de una pecera era más vívida. El techo y el suelo estaban hechos de la misma materia organizada en vetas que ahora veíamos extenderse en una fantástica hondura, creando una sensación de vértigo.

—Lo estamos haciendo mal —dijo Ismael, —recordad: ¿qué es lo primero que hicimos ante la puerta de entrada a esta cámara?

Cada vez me costaba más concentrarme, y sólo quería escuchar el sonido del agua y mirar dentro de las paredes, que parecían vivas. Pero hice un esfuerzo:

—Examinar la puerta.

—Pero aquí no lo hemos hecho. ¿Por qué?

—Me cuesta pensar... —dijo Irati.

—Eso es. Sólo saldremos de aquí si mostramos una gran determinación, si no olvidamos a qué hemos venido, os lo aseguro. Y lo primero que tenemos que hacer es estudiar el muro, como antes, el muro que ha de ser la segunda puerta.

—La segunda puerta...—murmuró Ander con tono soñoliento.

—Ahora es un muro —comentó Samuel—, un muro que sólo dejará de serlo cuando encontremos la clave que hace de él una puerta.

—Clave... Arco de clave... Clavis es llave en latín... ¿No oís ese zumbido? Son los muros. Están vivos —dijo Ander.

—Es un zumbido musical —observó Ousmane.

Wanda soltó una risita como si Ousmane hubiera dicho algo muy divertido.

—¿Por qué no te afecta... a ti? —le pregunté a Samuel. Lo cierto es que todos hablábamos más despacio, nos movíamos despacio, pero Samuel hablaba muy deprisa y sus gestos eran rápidos y nerviosos.

—Me afecta. Pero sé cómo mantenerme en un estado de sobreexcitación para combatir la influencia de este sitio. Así que daos prisa. No sé cuánto tiempo podré estar así.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Leer el muro, como antes. Hay que buscar la frase que solo el Ojo de Horus puede ver. Hay una frase en el centro, pero esa la vemos todos ¿no?

—Creo que sí —dije—. —Quisque creatura vadit ad sapientiam per medium suum.

—Cada criatura va a la Sabiduría por su propio medio —tradujo Samuel.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Fatou.

—No lo sé. Pero en algún momento lo sabremos.

—Este aire... —dijo Irati de pronto— está tan quieto... Los muros están vivos y el aire está muerto...

Mientras nosotros leíamos la frase en latín, ella había estado mirando la pared grabada que había rechazado su primer intento.

Entonces levantó los brazos. Tenía los ojos cerrados. En el puño derecho sostenía aún el Ojo de Horus. Parecía que estuviera llamando a su segundo cuerpo, pero éste no apareció. En vez de eso, el aire de la sala comenzó a moverse, a girar. Ese no fue el único cambio. La temperatura descendió. Llegó a estar incluso más baja que la del túnel que nos había llevado hasta allí.

Irati abrió los ojos, miró el muro azul que tenía enfrente, lo recorrió con la mirada. Wanda y Ousmane no llegaron a conectar con su visión, porque estaban como drogados, sumergidos en una realidad que solo ellos dos compartían. Pero Samuel, Ander y yo estábamos pendientes de Irati.

Tan pendientes que vimos no solo las figuras de animales, las aves y las olas de criaturas marinas, y la frase multiplicada en la parte central del muro, la que habíamos leído en su versión latina, sino también la frase invisible que, como en el caso de la primera puerta, estaba inscrita en forma de arco arriba de todo, extendida sobre un halcón que tampoco habíamos podido ver hasta ese momento. La mayoría de los sistemas de escritura empleados eran una barrera infranqueable, pero siempre había una versión en latín.

La primera frase decía: Cada criatura acude a la Sabiduría por su propio medio. La segunda, la frase invisible, dejó de serlo cuando Irati posó su mirada en el borde superior, la parte elevada de la curva, y entonces leímos: Clavis clavis est.

—¿La llave es la llave? ¡Creo que eso se llama redundancia! — exclamé, decepcionado.

—O perogrullada —añadió Ander.

(Ousmane y Wanda lo celebraron con risitas insustanciales. Todo les parecía muy gracioso).

—Bueno, sería una perogrullada si no hubiésemos tenido antes una llave que era también la cerradura, el medio que nos permitía abrir y el hueco por el que mirar y por el que de algún modo entraron las palabras que abrieron la puerta —dijo Samuel, aún más excitado que antes—. Pero ahora sabemos que esta llave es solo eso, una llave, y que, por tanto debemos buscar la cerradura. Y la cerradura está ahí, delante de nuestras narices. Sólo tenemos que verla.



—¡Ah!—exclamó Ander—. El ojo de Horus...

—¡Pues claro! —le interrumpió Irati—. ¡Es tan fácil! ¿Recordáis lo que es una “clave de arco”?

—Sí—contesté—. La clave de arco es la piedra (dovela creo que se llama) que se pone la última en el arco y lo cierra. Va arriba de todo.

—Los romanos la llamaron así, “clavis”. Así que tampoco es que la frase sea tan redundante porque se puede leer “La clave del arco es la llave”. Es decir, la solución. Es decir, en este caso, la cerradura que buscamos. Mirad: la frase en latín y las otras escrituras que la acompañan se adaptan al arco superior. Y justo bajo una de ellas, en el centro, ¿qué tenemos? Un halcón. Horus. Exactamente donde estaría la dovela.

—Se parece a algunas figuras egipcias que vimos en el museo —observó Samuel—. Está de perfil, con las alas extendidas hacia adelante, y sujeta algo con ellas...

—Sí, un arco o una puerta o una tabla... —dije yo—. ¿Hay algo escrito en ella que no vemos?

—¡No! —respondió Irati—. Es la cerradura.

—Bueno, no tiene forma de cerradura.

—Claro que no. Los primeros cerrojos no tenían cerraduras como las actuales, ni como las cerraduras por las que espían los personajes de los libros. Tampoco los sistemas electrónicos tienen la forma de una cerradura, pero hacen lo mismo.

Irati miraba fijamente la parte alta del muro.

—Tengo que llegar ahí arriba... —murmuró—, pero no sé si podré volar aquí... No hay demasiado espacio.

De pronto se movió con resolución, dejó el ojo de Horus en el suelo, y la envolvió el blanco gerifalte, reluciente de luz de luna. Entonces tomó el amuleto en su pico y se elevó casi sin esfuerzo, como si el mismo aire la sostuviera. Colocó el ojo de Horus sobre la tabla que el halcón de piedra tenía en la punta de las alas extendidas, una un poco más elevada que la otra. El amuleto no se quedó pegado en la pared, pero cuando Irati lo retiró sucedieron dos cosas: la primera, que la tabla ya no estaba en blanco, sino que la figura del ojo de Horus había quedado impresa en ella, o había surgido de ella al entrar en contacto con el objeto. Pero lo que nos sobresaltó fue la segunda cosa. El suave sonido del agua que parecía lamer los límites de la cámara desde el exterior, bajo nuestros pies, se convirtió en un rugido, el ruido continuo y atronador de una cascada.

Nos miramos unos a otros, y la parejita que estaba sentada en el suelo cuchicheando y riendo se levantó sobresaltada. Tan a la vez lo hicieron que me dio la impresión, al verlos por el rabillo del ojo, que era un solo ser el que se ponía en pie. No intentamos hablar porque el ruido hacía inútil tratar de comunicarse con palabras.

Pasados unos pocos segundos, sucedió una tercera cosa que absorbió nuestra atención: el muro ya era una puerta, y se abría.

* * * * *

No se abría la puerta del mismo modo que la anterior. No giraba, sino que se había dividido en dos, como si todo el tiempo hubiera estado formada por dos hojas, aunque ninguno de nosotros había detectado la más mínima hendidura en el centro, donde ya había un hueco vertical que tenía la altura de la puerta misma y, en esos momentos, no más de unos pocos centímetros de ancho. Este hueco seguía creciendo a medida que las dos mitades se hundían poco a poco en la roca, como si hubiera un espacio vacío excavado para ellas a derecha e izquierda.

Media puerta, pues, se deslizaba hacia la izquierda; la otra media lo hacía la derecha, y cuanto más crecía el hueco, mayor era el ruido que procedía del otro lado. Una puerta se abría y aún nos quedaba, ante ella, una segunda puerta, hecha de agua.

La humedad inundó la cámara azul, y un frescor como no habíamos experimentado hasta ese momento en los pasadizos y las salas de piedra. Frente a nosotros teníamos una cascada. Una cortina de agua, se suele decir; pero no, aquello era otro muro. El trueno permanente nos aturdí y la blancura opaca de la espuma nos impedía ver más allá. Dudábamos. La duda pasaba de mente a mente y creaba un bloqueo en todo el grupo. Aquella sorpresa era ya demasiado. Este viaje subterráneo no había nacido de la curiosidad o del afán de aventura; algo importante, algo que tenía que ver con nuestra naturaleza y nuestro destino se ocultaba en el corazón de Annw Pero, ¿es que Annw quería cerrarnos el paso? ¿Por qué nos enfrentaba a otro obstáculo justo cuando habíamos superado uno?

Di un paso adelante. Pensé que unido a mi otro cuerpo podría lanzarme por la cascada y sobrevivir, que ahí abajo tenía que haber agua, mucha agua, y que después de hundirme en ella volvería a salir a la superficie en un mundo que se ocultaba, que se nos negaba ahora que estaba tan cerca. El lobo avanzaba desde el otro extremo de la cámara azul, como si hubiera atravesado la pared de piedra, la puerta por la que habíamos llegado. La que se estaba abriendo llegaba al final de su doble recorrido, ya desaparecía por completo dentro de los muros laterales. El estupor era también un muro que había que romper. Pero antes de que pudiera unirme con el lobo, noté que una mano me agarraba del brazo. Me volví. Era Ousmane. Junto a él estaba Wanda. Sus ojos estaban limpios de duda y de la borrachera que les había dominado cuando la cámara estuvo cerrada. Los dos me hacían señas. Era un gesto que dibujaba un movimiento de abajo a arriba. Entonces comprendí. Y vi lo que antes no había visto porque, sencillamente, era inverosímil: la cascada no caía, se elevaba con fuerza y chocaba contra un invisible techo de piedra, alto y distante.

El lobo desapareció. Wanda y Ousmane sonreían. Se tomaron de la mano. No podíamos oírles, pero sabíamos que cantaban. Estaban cantando sus canciones secretas que juntas formaban una canción más poderosa. Y entonces empezamos a oír sus voces. El rugido de la catarata era más suave, y luego se convirtió en un borboteo tenue, cada vez más tenue. La gran columna de agua se acortaba y se encogía. Su extremo superior pasó delante de nuestros ojos, descendió como si un surtidor se estuviera cerrando. Nos asomamos al abismo. Abajo, la catarata desaparecía en las aguas agitadas de un río subterráneo.

La gran caverna no tenía la forma regular de los túneles de acceso, aunque era como un túnel que se perdía en la distancia. Había en ella estalactitas y estalagmitas, irregularidades, rocas de distintas formas y tamaños. Aparecía enorme y oscura, perdiéndose a lo lejos en una oscuridad mayor. Pero algunas de sus características no eran normales. Para empezar, en las paredes rocosas había caminos que parecían haber sido tallados en la piedra, caminos estrechos y tramos de escaleras que seguían el curso del río desde cierta altura. Además, el río tenía islas y ribazos en las que crecía la vegetación. Y para terminar, el techo que formaba la roca en lo alto

podía parecer natural por sus protuberancias y sus grietas, pero estaba encendido como una lámpara de lava. No brillaba con fuerza, la monstruosa caverna estaba hundida en un largo crepúsculo. Algunas zonas emitían más luz, con esa luminosidad fantástica que habíamos visto en los muros del laberinto. Vetas de oro incandescente descendían como tentáculos por las paredes, y allí donde alcanzaban la zona inferior, la vegetación era más vigorosa.

Nuestra puerta estaba suspendida sobre un precipicio. Abajo, el río lamía con suavidad las orillas de piedra, ahora que ya nada lo perturbaba. La luz nos permitía ver una zona a nuestros pies más ancha y más honda, como una laguna que parecía nacer de la pared misma sobre la cual nos asomábamos a aquel paisaje sobrecogedor. El agua fluía desde nuestra posición, y se adentraba en una sombra creciente que la distancia convertía en pura oscuridad.

—¿Y ahora? —preguntó Irati, mirando aquella oquedad gigantesca de la que sólo veíamos un círculo iluminado, un círculo como un anfiteatro misterioso

—Quisque creatura vadit ad sapientiam per medium suum. Cada criatura va a la Sabiduría por su propio medio —dijo Samuel—. La sabiduría es el corazón de Annw.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Ousmane.

—Algo tan simple como que las aves deben volar hacia allí, el pez nadar y el lobo y la pantera deberán ir pisando materia sólida.

—Tan sencillo como eso. Sí, me parece que tiene sentido —respondió Ousmane.

Examiné el muro de roca a nuestros pies. Descendía unos metros casi en vertical, pero luego una estrecha repisa sobresalía y se extendía a derecha e izquierda, como un sendero.

—¿Hacia dónde? —pregunté. —¿Hacia allí, o hacia el otro lado? ¿Daré igual una orilla que otra?

Y Annw respondió a mi pregunta.

La luz se volvió más fuerte, y siguió haciéndose más fuerte, poco a poco, como si allí, en aquel mundo bajo tierra, estuviera amaneciendo. Pero no amaneció a nuestra derecha. Sólo hacia el lado opuesto se iba encendiendo el inmenso túnel, cada vez más lleno de su día subterráneo. Se creaba así un efecto singular, como si creciera o se alargara a medida que se llenaba de luz.

Nos miramos unos a otros, y luego miramos el espacio encendido.

—Hay algo allí lejos —dijo Irati. —Edificios... Algo como una ciudad.

Lo que ella veía, los demás no podíamos verlo aún.

De pronto sentí una gran confianza, y supe que, aunque cada uno fuera por su medio (y por sus propios medios), íbamos juntos.

—¡Vamos! —dije.

—¡Espera! —dijo Fatou. —¿Y Samuel?

—No os preocupéis por mí. Tardaré más en llegar, eso es todo. Pero iré por mis propios medios.

Sonrió.

El halcón y el búho extendieron sus alas en el aire, Ousmane y Wanda saltaron al agua, la pantera bajó hasta el sendero de roca deslizándose por la pared, casi caminando en vertical, y yo la seguí, yo o el lobo.

Ousmane y Wanda desaparecieron en el río profundo, pero después de avanzar unos buenos metros por el estrecho camino de piedra, pude ver la aleta de un tiburón que sobresalía de las aguas, moviéndose hacia adelante, hacia el corazón de Annw. El búho y al halcón se desplazaban por la atmósfera subterránea, sobre el río. Y noté también una corriente de aire que fluía por el enorme desfiladero, cuyo cielo de piedra producía un poderoso resplandor dorado.

“¿Y Samuel?,” pensé.

Me detuve, miré hacia atrás. Un desconocido corría por el estrecho camino, alguien que tenía la habilidad y la fuerza de un atleta, y ese desconocido era Samuel.

La especie humana, pensé, es más débil que muchas otras. No tiene la agilidad y el equilibrio del mono, no tiene la fuerza del león... Eso si consideramos el término medio, incluyendo las personas debilitadas por la edad, por el sedentarismo o por la mala alimentación que sobreviven en nuestras ciudades ... Pero si nos fijamos en los individuos más fuertes, más hábiles, los mejores por su genética y su entrenamiento... Entonces sin duda es la nuestra una de las especies más versátiles, especialista solo en el uso de herramientas, pero capaz de proezas físicas llamativas en diferentes terrenos. Quién sabe dónde había estado Samuel durante sus entrenamientos con el profesor Masters. Y ahora que había aprendido a absorber las habilidades de otras personas, sin duda la influencia de El Otro las estaba llevando a un nivel sobrenatural.

Le oía correr detrás de nosotros, no demasiado lejos. ¿Podía él también adherirse a la tierra, a las rocas, a los materiales sólidos, como hacíamos Fatou y yo, evitando así el riesgo de caer desde el mínimo sendero? Escuché un ruido inquietante allí donde mi oído situaba la presencia de Samuel. “¡Se ha caído!”, pensé. Fatou escuchó mi pensamiento proyectado hacia ella por la energía emocional que lo acompañaba. Los dos aminoramos la carrera y miramos hacia atrás, hacia abajo. El susto no duró mucho. Nos pareció, sí, que Samuel caía. Pero enseguida vimos que se había lanzado al agua en una zona donde el sendero estaba más bajo. Se hundió en las aguas oscuras como un proyectil y emergió unos metros más adelante. Nadaba, por supuesto, como los mejores nadadores. Es cierto que Wanda y Ousmane habían desaparecido en la distancia. Pero Samuel se movía a una velocidad que estaba más allá de la naturaleza humana. El Otro, sin duda, llevaba las destrezas de la especie a cotas superiores.

* * * * *



A medida que avanzábamos, la gran caverna se iluminaba también sobre la orilla opuesta, hasta que toda aquel paisaje fantástico quedó inmerso en una luz matinal. El camino se hizo más ancho, más homogéneo, y a nuestra izquierda empezaron a aparecer formas arquitectónicas que, según todos los indicios, habían sido talladas en la misma roca. Tras una media hora de viaje, comenzamos a verlas más agrupadas y a diferentes alturas, formando pequeños conjuntos conectados por puentes, calzadas y escaleras. Al fondo, el paisaje urbano que solo Irati había podido distinguir al principio se revelaba ya muy claramente. Era una isla. El corazón de Annwn era una isla.

El corazón de Annw no es solo una isla ni es solo una ciudad. Es un bosque. Entonces lo vimos por primera vez. El bosque formaba un enorme anillo, y en el centro se elevaban altos edificios de piedra y cristal negros, algunos de ellos iluminados por pequeñas luces. A los dos lados de la isla corría el río de Annw, dividiéndose y volviéndose a juntar y fluyendo hacia un horizonte de piedra. Los bosques llegaban al agua y a veces las raíces de los árboles estaban sumergidas. Allí habrían salido a tierra Ousmane y Wanda y acaso también Samuel, sujetándose

a troncos y lianas. ¿Nos esperaban cerca? ¿Por qué zona habrían accedido a la isla? ¿Se habrían internado en el bosque? Irati y Ander habían desaparecido hacía rato.

Fatou y yo nos detuvimos. La caverna continuaba hasta no sé qué lejanías imposibles. Pero lo que hubiera más allá no nos concernía. Teníamos que alcanzar el corazón de Annw. Y tendríamos que hacerlo a nado. Eso parecía contradecir las indicaciones del muro: cada criatura... por su propio medio.

Entonces escuchamos un extraño rumor. La tierra vibró un poco bajo nuestros pies, como si un tren cruzara bajo ella. Las aguas del río se agitaron y un puente emergió, elevándose muy poco a poco, con una lentitud regular y armoniosa. Aún así, un largo movimiento desplazó dos lentas y enormes olas.

Cuanto aquella estructura terminó de salir del agua, los ecos de las vibraciones se fueron apagando. Estaba hecha de piedra y no se veía ningún mecanismo. Por el camino que se extendía a lo largo de su parte superior llegamos a una pequeña plaza rodeada de obeliscos y, sobre todo, de árboles. De ella partía una calzada hacía el interior de la isla. Edificios recubiertos de extrañas formas, comenzaron a surgir entre la vegetación.

El silencio era oprimente. Sólo se oía el rumor del río. No se veía un alma y no se percibía un solo Descendiente. La soledad era completa y desconcertante.

¿Dónde estarían Wanda, Ousmane, Samuel? ¿Se habrían reunido con Irati y Ander? ¿Cómo haríamos para encontrarlos?

La vía ascendía ligeramente y a los lados había muchos cipreses, el árbol sagrado de los antiguos, y pequeños jardines con rosas y otras flores, pero más allá de esos jardines, apenas a unos metros, la naturaleza era salvaje y profusa. De vez en cuando, un sendero partía del camino principal y se dirigía hacia unos de los varios edificios con forma cúbica que se escondían aquí y allá entre los árboles. Estos edificios eran negros como obsidiana. En sus fachadas, figuras de serpientes esculpidas cubrían de curvas los planos y los ángulos.

. La isla parecía una selva salpicada de claros, praderas y caminos. Los pequeños edificios eran parte del bosque. A medida que nos internábamos en él, comenzamos a escuchar algunos sonidos, sonidos que no encajaban en un mundo bajo tierra. Empezó a soplar el viento, moviendo los sonajeros de hojas de los árboles, y el canto de un pájaro atravesó el aire como una daga. Al final del camino, las construcciones se agrupaban, creando la silueta de una población vertical. Antes de llegar a ella, entramos en un túnel verde. Altos árboles como columnas formaban a cada lado una escolta inmóvil y sus copas se juntaban cubriendo la senda con un laberinto de capas y piezas vivas. Más arriba, el lejano techo de la caverna emitía una luz que no se distinguía de la luz solar al filtrarse por las hojas. En medio del ambiente penumbroso, había rayos de luz como flechas que llegaban al suelo. Al otro lado del doble muro vegetal el bosque se había espesado y, en consecuencia, oscurecido. Caminamos por aquella larga cueva vegetal durante

diez, quince minutos y, poco a poco, empezó a abrirse el bosque, dejando paso a una nueva perspectiva: los árboles estaban cada vez más espaciados y entre ellos comenzaban a apreciarse los negros muros de la ciudad.

La ciudad era, sencillamente, una zona donde había más edificios, más grandes, agrupados, unidos por puentes de obsidiana y por caminos de mármol blanco. Las grandes torres eran prismas rectangulares, que de lejos parecían muy estrechos, pero solo lo eran en comparación con su altura. Pasamos entre dos de los que formaban el círculo exterior, y pudimos ver más construcciones entre calles de mármol y hierba, jardines y huertos iluminados por columnas encendidas. Si en la distancia me había parecido ver pequeñas luces en las altas fachadas, estas se habían apagado y toda la luz disponible venía ahora del techo de la caverna y de la piedra luminosa que parecía asegurar la vida de las plantas a la sombra de los monstruosos edificios, cuyos muros eran lisos, sin que se apreciaran en ellos puertas ni ventanas. No lo parecían los rectángulos de cristal negro encajados en la piedra sin ayuda de marcos, pues su aspecto, aunque brillante, era opaco e impenetrable.

Más adelante, la zona baja de los edificios dejó de ser lisa: estaban cubiertos de figuras esculpidas, animales enlazados, siluetas humanas y extrañas criaturas irreconocibles. Había bastante espacio entre los bloques, ese espacio cubierto por arbustos, arroyos, puentes y caminos. El que seguíamos nos llevó hasta una plaza donde el suelo se dividía en bandas blancas y negras que se alternaban y confluían en el centro, donde se elevaba una fuente negra. El conjunto era colosal y severo, y su geometría causaba una especie de vértigo.

Fatou y yo nos dirigimos hacia la fuente. La componían cinco estanques por los que fluía el agua desde el más alto al más bajo, desde el más pequeño hasta el más grande. Los estanques eran cinco enormes pilas circulares, sostenidas, cada una, por cinco enormes tentáculos de piedra labrada. Junto a la fuente había cinco seres humanos. Parecían pequeños en medio de la plaza. Corrimos hacia ellas. A medida que nos acercábamos, la señal del grupo se componía y agrandaba. Nos reunimos con Irati, Wanda, Ousmane, Ander y Samuel como si no les hubiéramos visto en un millón de años. Nos abrazamos unos a otros, y la señal, la huella psíquica, se hizo tan fuerte que parecía influir sobre la materia y generar un sonido que era como un rumor y también como una nota musical. Me estremecí al pensar que ese sonido se parecía al del Tropel, aunque era más armonioso.

Y entonces, cuando la nota vibró en el aire, los edificios cerrados empezaron a cambiar: el cristal negro se volvió transparente llenando el espacio con la luz que irradiaba. Abajo se abrieron puertas, antes invisibles, y una luz de oro dejó ver al otro lado más árboles y más fuentes y siluetas que se movían. La señal psíquica de una presencia multitudinaria escapó libremente de donde antes había estado contenida, y por las puertas comenzó a salir el pueblo de Annw nosotros cantando una canción extraña y cautivadora.

Llenaron la plaza. Se detuvieron a un par de metros de nuestro pequeño grupo. Vestían ropas peculiares. Eran altos y pálidos. Todos los rostros tenían forma de óvalo y todas las manos eran largas y finas. ¿Cuánto tiempo había permanecido aislada aquella población en su mundo secreto, hasta dar lugar a un grupo con unas características comunes, con un aspecto diferenciado? Miles de años sin duda. Dejaron de cantar y nos miraron, con interés y asombro. Con asombro los mirábamos a ellos. Durante unos segundos, solo se escuchó el ruido del agua. Entonces uno de nuestros anfitriones —no sabría decir si era hombre o mujer— vestido con una larga túnica blanca hizo una señal y la multitud se separó formando un pasillo. El que había hecho la señal nos invitó a seguir el camino abierto con un gesto y una sonrisa. No nos guió. Era el grupo el que nos guiaba abriendo paso, y de este modo salimos de la plaza vimos, al fondo de una gran avenida, una enorme semiesfera de cristal asentada sobre un colosal anillo negro.

Caminábamos hacia la media esfera, y parecía que no nos movíamos. Al fondo, la base de piedra oscurísima y su cúpula transparente apenas se agrandaban. Por eso, Ander e Irati decidieron volar. Samuel, Wanda y Ousmane fueron con ellos. El lobo y la pantera corrieron a gran velocidad sobre la avenida, y les pareció que estaba hecha de un material perfecto para correr sobre él, con piedras muy regulares, ni muy duras ni muy blandas, ni muy grandes ni muy pequeñas, ni resbaladizas ni excesivamente rugosas. La enigmática construcción se acercó un poco. Pasaban los minutos y sus grandes proporciones se hacían más y más evidentes. En la parte inferior (el muro curvo sobre el que reposaba la semiesfera), se empezaron a distinguir figuras entrelazadas en una orgía de líneas curvas. Cuando llegamos al pie de ese muro, era ya imposible apreciar la forma del edificio o sus límites.

Como en el resto de las construcciones de la isla, no se veían piezas ni juntas, ladrillos ni bloques. Como si el muro circular hubiera crecido de forma orgánica, con todos los extraños dragones representados en relieve y la gran puerta de dos hojas que se deslizaban a derecha e izquierda. Cruzamos el umbral. A unos metros de distancia había un segundo muro que circunvalaba también el edificio, y una segunda puerta. Aquella que habíamos atravesado se cerró a nuestras espaldas, y la que teníamos en frente se abrió.

Al otro lado apareció un paisaje de rocas oscuras y helechos como árboles. El aire del interior era diferente, y nos produjo una sensación de asfixia, pero esta desapareció en pocos segundos. Un camino como de roca volcánica nos condujo entre plantas gigantes y fantásticas flores hasta un pequeño lago. Cuatro caminos más que parecían irradiar hacia el muro exterior partían del lago o desembocaban en él, y pensé que el enorme edificio debía de tener cinco puertas. Entre los caminos había cilindros de piedra negra, como pequeñas torres. Las riberas eran de piedra oscura, áspera y porosa. En sus concavidades se formaban charcos y una especie de musgo azul había tejido una alfombra en sus protuberancias. Las riberas se hundían poco a poco en el lago, y sus irregularidades se repetían bajo el agua, pero en algunas zonas había

escalinatas de estrechos peldaños y ángulos limados por la erosión. Las plantas acuáticas allá abajo formaban un bosquecillo de colores. Había algo que parecía algas rojas y, en el centro, todo lo visible se hundía en una profundidad perfectamente inmóvil, impenetrable.

El lugar tenía una extraña belleza. Muy extraña. Parecía un mundo alienígena, el paisaje de un planeta extraño trasplantado a la Tierra.

—Hay algo en el lago —dijo Samuel.

—Yo no noto nada —respondí. —¿Vosotros notáis algo?

Nadie había percibido ningún sonido, ninguna señal, excepto Samuel. Pero eso cambió. La huella inconfundible que delata la actividad psíquica de un Descendiente nos alcanzaba, como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

—¿Qué es eso...? —dijo Irati. —No había nada, y ahora de pronto...

Las aguas se agitaron con lentas, largas ondulaciones. Se formaron suaves olas, luego olas mayores y más agitadas. Todos mirábamos conteniendo la respiración. Lo profundo del lago se movía y se elevaba, generando ondas en todas direcciones, hasta que vimos el agua rebosando en la orilla. La huella psíquica, hasta hacía unos segundos completamente oculta, contagiaba el aire y lo hacía vibrar con un zumbido audible.

—Debe ser algo enorme... —musitó Wanda, sobrecogida.

Nadie añadió nada. Continuamos atentos al lago, unidos en una espera llena de reverencia y temor.

—Se acerca... —dijo al fin Ousmane.

No pudimos evitar retroceder un paso o dos. Habíamos llegado hasta allí para encontrarnos con aquello, fuera lo que fuera, y después de darle espacio (y de tomarlo, por si necesitábamos cierta ventaja en la huida) permanecimos firmes.

El agua del lago se oscureció entera, como si una sombra enorme la ocupara desde abajo. Una gran ola avanzó sobre la tierra que pisábamos y nos lamió los pies. De la oscuridad surgió una luz que empezó a trepar por la costa sumergida, sus rugosos planos inclinados, sus rocas superpuestas y sus peldaños irregulares. La luz alcanzó la superficie. Algo enorme, sí, debía acechar tras ella. Y entonces se apagó, y salió de las aguas una criatura que apenas tendría 30 centímetros de diámetro, incluyendo las cinco patas con las que trepaba y avanzaba ya por tierra.

Pensé en una estrella de mar... Todos lo hicimos. Pero no, esto era diferente. Su centro era abombado, como una semicircunferencia con cinco ojos, de los cuales unos se elevaban y se abrían, otros se cerraban y escondían, sujetos a delgados apéndices que subían y bajaban independientemente unos de otros. Pequeños tubos parecidos a ramas flexibles de coral surgían también del pequeño cuerpo y se agitaban en el aire como si recabaran algún tipo de información. La criatura estaba cubierta de escamas flexibles que cambiaban de color y de tamaño y formaban patrones como si compusieran un mandala. La circunferencia estaba dividida

por cinco crestas que se prolongaban a lo largo de los cinco brazos. Cada brazo tenía al final cinco pequeñas terminaciones, como brazos más pequeños, los cuales, a su vez, estaban rematados por pequeñas uñas retráctiles, curvas y negras como si las hubieran tallado en obsidiana. Estas uñas aparecían y desaparecían, igual que los ojos que se alternaban para mirarnos con sus pupilas estrechas y largas. La cosa estaba en la orilla del lago, examinándonos a placer.

—¿Qué es...? —susurró Ander, sobrecogido.

—Es un poco... siniestro, ¿no? —dije, susurrando también.

—¿De veras? —respondió Wanda, y su pregunta era una respuesta llena de desaprobación.

—Es... Hermoso... —comentó Ousmane, fascinado.

—¡Es un pentáculo! —exclamó Samuel en un soplo de aire.

El pentáculo viviente comenzó a caminar con sus cinco patas hacia el cilindro más próximo, en el cual, sin que hubiésemos visto cómo, había aparecido una puerta. Cuatro patas o tentáculos se movían ágilmente, propulsando a la cosa sobre el suelo, y una quinta pata nos hacía señales, como si nos invitara a seguirlo. No había duda. El movimiento era el de un brazo que te anima a caminar detrás de su poseedor. Pero más poderoso era el movimiento psíquico que se transmitía a nuestras mentes, una señal sin lenguaje clara como un signo, que acompañaba al gesto visible.

Nos miramos, aunque las miradas empezaban a no ser necesarias. ¿Era Annw lo que hacía crecer nuestra conexión y nuestros poderes, o era la situación la que hacía madurar al grupo en todas sus extrañas y no tan extrañas potencialidades? Con una sola voluntad fuimos detrás del pequeño ser, que nos llevó hasta el cilindro más próximo.

Mientras nos acercábamos, vimos que la piedra negra se separaba, como si dos partes que no se podían distinguir del resto se deslizaran hacia los lados dejando una apertura que miraba hacia el lago. El interior era una amplia estancia con muebles reconocibles, aparatos misteriosos y una figura que acechaba en la pared del fondo. En la misma piedra, pequeños focos de luz surgieron de la nada, y la figura misteriosa se reveló al dispersarse la sombra: era igual que el ser que nos había recibido en nuestro periplo por los túneles. Sin embargo, parecía estar muerto. No se movía. Nada en aquella especie de caparazón indicaba que fuese a hacerlo. Era un objeto inanimado.

El pentáculo, como lo había llamado Samuel, fue directo hacia ese objeto, que parecía una estatua o una armadura deshabitada, trepó por él. La cabeza de la figura se abrió con un mecanismo deslizante. La criatura se metió dentro, la cabeza se cerró y cinco puntos en la cara o máscara se encendieron con una luz roja.

—Bienvenidos —dijo una voz metálica. —Os estaba esperando. Por favor, tomad asiento.

Lo hicimos, despacio, en las grandes sillas de piedra que formaban un semicírculo.

—Este es mi cuerpo artificial. Tiene la misma estructura que los vuestros. Me permite comprenderos mejor.

—¿Quién eres? —pregunté—. ¿Y por qué nos has traído hasta aquí?

—¿Yo? ¿Yo os he traído?— dijo la criatura. Y había ironía en su voz.

—Sí. Todo lo que nos ha sucedido tenía un único propósito, hacernos venir a este lugar.

—Así es. Sin embargo, podíais haber rechazado la invitación. Y hubierais hecho mal. Pero ¿cómo podríais saber si hacíais bien o mal? Oh, lo sabíais, en el fondo lo sabíais. La llamada es más que un rompecabezas que hay que resolver.

—Hay una cosa que no entiendo —dijo Ander pensativo.

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—Esa... armadura o lo que sea...

—Creo que lo llamaríais robot. Ha sido diseñado para funcionar como mi segundo cuerpo.

—¡Un robot! —exclamó Samuel.

—Sí. No funciona sin mí. De nuestro Universo traemos lo que vosotros llamáis magia; de éste tomamos la tecnología.

—Desde luego es tecnología avanzada —dijo Ander.

—Sí, lo es.

—¿Entonces por qué tienes esa voz?

—¿Te gusta más así? —respondió el pentáculo con la voz de un actor famoso.

—Oh, disculpa...

—No te preocupes. Estoy aquí para responder a vuestras preguntas.

—Sí, yo tengo una... —dijo Irati.

El robot giró la cabeza hacia ella.

—Has dicho que el robot actúa como tu segundo cuerpo.

—Así es.

—¿Es que no tienes un segundo cuerpo?

—No, no lo necesito. Pero sí necesitaba un cuerpo humano para poder identificarme con vuestra especie, y poder desenvolverme en un ambiente humanizado. Así que fabricamos un cuerpo artificial, recubierto de Piedra Viva. Soy un Emisario. Los Emisarios llevamos la Semilla por los mundos. Fuimos creados para eso.

—Creados... ¿Creado por quién?

—Por el Origen. Fui creado a su imagen y semejanza, con simetría radial y seis centros nerviosos. El Origen está al otro lado. Es todo lo que hay al otro lado. Es un Universo consciente donde la mente crea la materia, al revés de este, donde la materia crea la mente.

—Es la dimensión mágica...—susurró Irati.

—Así la llaman algunos. El Origen está sobre otras realidades. Puede verlas, pero no puede

entrar en ellas, no completamente. No puede dejar de ser lo que es. Pero puede mandar emisarios. Por eso nos creó. El Origen puede introducir una pequeña parte de sí mismo en algunos Universos, y organizar una porción de materia y poner en ella la información que desea transmitir, y así influir sobre diferentes mundos. No son muchos, pues no todos los Universos son compatibles con el Origen. Él nos creó para que llevemos la Semilla. La Semilla conecta este universo con el universo del que venimos a través de la consciencia. Es preciso encontrar seres con un alto nivel de consciencia. Si estos aceptan la Semilla, serán la conexión de los mundos. Quienes han sido infectados por la Semilla son seres híbridos, y a través de ellos, y a través de nosotros el otro Universo entra en este.

—Pero ¿por qué? —preguntó Wanda, con una extraña voz compungida.

—¿Por qué? Porque el Origen tiene la necesidad de expandirse más allá de sí mismo. Quizás del mismo modo que los seres conscientes de este Universo sienten la necesidad de reproducirse o de expandir su consciencia a otros niveles de realidad.

—¿Y cómo es eso de que allí, dónde sea, la mente crea la materia y aquí no? —dijo Ousmane.

—Es solo una descripción simple del funcionamiento general de los dos Universos. Sus principios no fueron completamente dispares, pero una pequeña diferencia bastó para que evolucionaran de forma divergente. También allí la materia y la mente son, al fin y al cabo, la misma realidad. Pero la mente del otro lado, es decir, la del Origen, una vez que nació y se desarrolló, actuó y transformó y creó otras cosas dentro de sí.

—¿Y por qué debemos saber todo esto? Quizás era mejor no saber nada, vivir como antes... —protestó la voz de Wanda.

—Es.. Bastante incomprendible —susurré, mientras le daba vueltas a las palabras del Emisario.

—Habéis formado una Estrella, y debéis saber lo que eso significa. La Estrella supone un nivel de evolución superior en el plan del Origen. Los Descendientes de la superficie creen haberla encontrado, pero es ella la que los ha encontrado a ellos, ella es la que ha elegido. Seis fragmentos minúsculos de la Nave se entierran en cada Estrella, y a partir de cada uno crece la Piedra Viva. La Piedra Viva y la Geometría permiten al Origen conectar con este mundo sin abrir una Puerta, lo cual podría destruir el Planeta. La Piedra Viva y la Geometría le permiten comunicarse con vosotros. Él os ha concedido un gran poder. Es importante, sin embargo, que aceptéis el don sabiendo lo que significa, conociendo sus consecuencias. Si hubiera dudas, disensiones o fisuras en la Estrella podría ser fatal. Debéis saber que, de ahora en adelante, estaréis cada vez más unidos. Vuestra evolución ya no será individual, sino que será, ante todo, la del grupo. Cada vez estaréis más conectados, y algún día formaréis un superorganismo. Eso no quiere decir que dejéis de existir como individuos, pero la Estrella, en conjunto, será cada vez

más importante, hasta que vuestras mentes sean una sola. Si ese destino os repugna, estáis a tiempo de volveros atrás: podéis elegir seis personas a quienes transmitir el don, y hacerlo entrando con ellas en la Estrella, dos en cada uno de los puntos cruciales. Pero debéis hacerlo antes de la séptima luna. Para entonces, el proceso ya estará muy avanzado y será irreversible.

—¿La Nave es lo mismo que el Meteorito? —preguntó Irati.

—Así es. La Nave, el Meteorito, da igual cómo llamarlo, es Piedra Viva. Las naves atraviesan la Puerta y viajan por este Universo, y así dispersan la Semilla.

—¿Qué es la Puerta?

—Es un pasadizo entre mundos que el Origen abre durante un breve tiempo introduciendo una pequeña parte de sí mismo en el otro lado.

—Los túneles... Este mundo subterráneo... ¿Está hecho de Piedra Viva?

—No completamente. Pero la Piedra Viva está en él. Crece en él, lo ilumina, le da forma.

—La piedra viva ha infectado la Tierra... —sugirió Wanda.

—Puede decirse así. Las infecciones a veces transportan información beneficiosa. La Tierra ha sido inoculada. Los humanos que recibieron la Semilla fueron inoculados. Es una vacuna.

—¿Una vacuna? ¿Contra qué? ¿Si es la vacuna, cuál es la enfermedad entonces? —preguntó Ander.

—Lo siento. No puedo contestar más preguntas. Habéis recibido el don completo. Conocéis Annw y podéis regresar cuando queráis en busca de conocimiento. Podéis estudiar en la superficie y podéis hacerlo aquí. Podéis volver en busca de refugio o para compartir la vida de la Ciudad Secreta. Annw os ha aceptado. En el futuro, no os pondrá barreras ni condiciones. Pero ahora tenéis que emprender el camino de retorno. El tiempo se acaba. Habéis recibido también los regalos, los objetos que se llaman los Ayudantes. Sólo me falta entregarle el suyo a Mikel.

La mano artificial tocó la pared, y allí donde no se veía ninguna rendija ni marca, un cajón se deslizó silenciosamente hacia afuera. La mano artificial, tan perfecta que no parecía artificial, sacó de allí el medallón que todavía hoy llevo colgado al cuello. Era, por supuesto, un pentáculo, tallado sobre un círculo hecho de la misma materia que la cadena, un extraño mineral que no resultaba frío al tacto.

—Tú no recibiste nada, Mikel, porque uno de vosotros debía quedar libre de la influencia de los Ayudantes. Son tan poderosos, tan fascinantes, que pueden absorber la mente de quienes los reciben. Entonces nace la oscuridad, que se alimentará de cualquier grieta en la Estrella. En la oscuridad crece la incomunicación, la soledad, el frío y la destrucción. La mejor forma de mantenerla alejada es cultivar sus opuestos. Es inevitable que los Ayudantes obsesiones a los neófitos. Por eso debe haber alguien que pueda ver fuera de su influjo. Por eso no te fue dada una llave, sino que, en realidad, tú has sido la primera llave. Cuando tocaste la tierra en el punto de

entrada, Annw abrió su primera puerta.

Después se volvió de nuevo hacia el cajón y nos mostró un segundo medallón, algo más pequeño que el primero, pero con un borde formado por un doble círculo.

—Este es para ti, Samuel. Si lo aceptas y lo conservas, estás aceptando un vínculo muy especial con la Estrella. Si alguna vez decides que ya no lo quieres, debes devolvérmelo.

Samuel tomó su regalo.

—Debéis daros prisa. Pronto amanecerá en la superficie. Los Ayudantes os permitirán manejar mejor vuestro creciente poder, siempre que haya armonía en la Estrella. Mikel, al principio aún te sentirás un poco torpe. Eso no durará mucho sin embargo. Todos los elementos del maravilloso conjunto que sois ahora se irán integrando en cada uno de vosotros y en el grupo. Si el grupo está en equilibrio eso repercutirá en cada uno. Si cada uno está en equilibrio consigo mismo y con el grupo, eso repercutirá en el grupo. Pero marchad ya. No sería conveniente que desaparecierais. Podríamos tener un conflicto diplomático con El Círculo.

* * * * *

Cuando salimos de la Cúpula, la multitud nos esperaba. La misma persona que antes había actuado como intermediario se dirigió ahora a nosotros.

—Esperamos que regreséis. Hemos estado aislados durante varios siglos, durante varios siglos no ha venido nadie, nadie ha activado una Estrella, nadie ha sido invitado. Sólo los guardianes, los leones, viven en los dos mundos, y nos traen los conocimientos del mundo de afuera. Quizás nosotros también salgamos a la superficie alguna vez. Pero regresad. No hace falta que lo hagáis todos a la vez, no es necesario. De ahora en adelante estaréis cada vez más unidos aunque os separe la distancia. Podéis pertenecer a ambos mundos, como los guardianes. Podéis ir y venir, y enseñarnos cómo es la vida en el exterior. Sabemos que ahora debéis marchar. El camino os llevará de vuelta.

—¿Puedo preguntar algo? —dijo Wanda.

—Por supuesto.

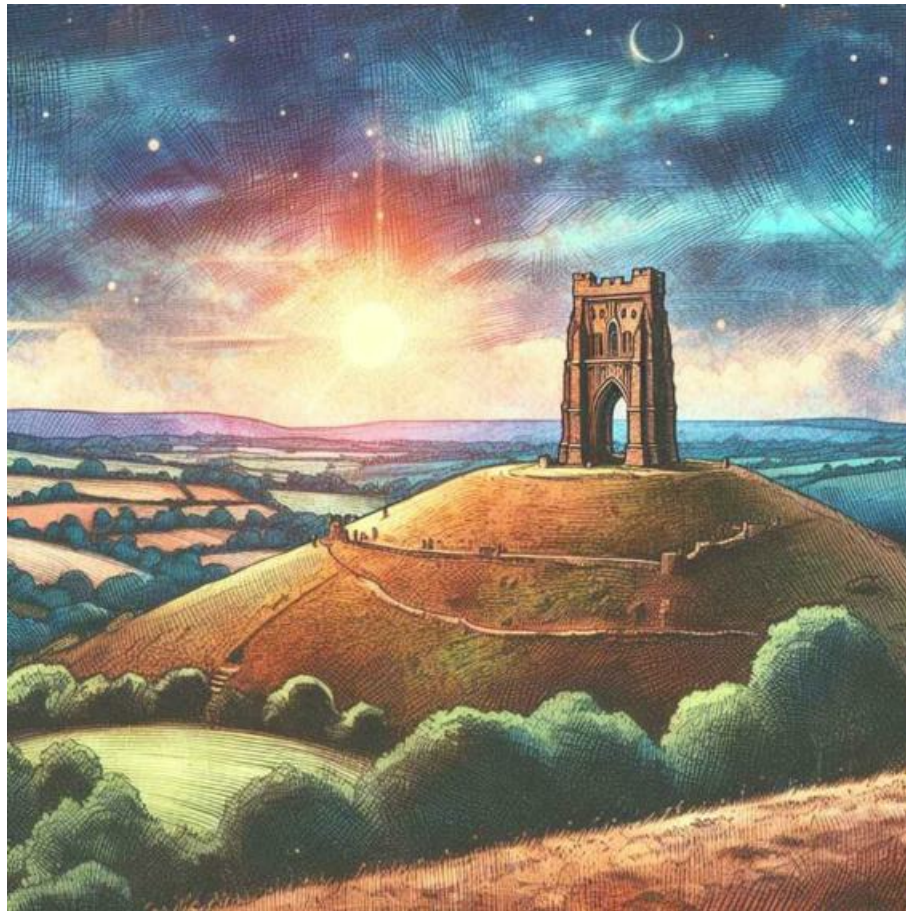
—¿Por qué habéis vivido aquí aislados? ¿Por qué no salís a la superficie?

—Oh, los Mundos Secretos fueron el primer refugio, son muchos sus saberes y maravillas, han desarrollado civilizaciones propias y deben ser preservados. Cada Mundo Secreto es un ser vivo. Nosotros y los Seis Guardianes de Fuego estamos vinculados a este. Nos aislamos cuando la Humanidad abrazó la violencia y la guerra, el ansia de poder y la necia acumulación de riquezas. Aún no ha llegado nuestro tiempo, pero se nos ha prometido que algún día podremos ir y venir, y la superficie también será nuestra.

Les agradecemos mucho su acogida y su invitación. Luego nos pusimos en marcha. El

camino, ciertamente, nos llevó. Las puertas se abrían y los obstáculos se allanaban. Se iluminaban las sendas a seguir y ningún león apareció para intimidarnos en los túneles. La plataforma nos elevó en un vertiginoso y preciso viaje vertical y salimos al exterior para encontrar un denso banco de niebla que nos envolvía por entero y que, misteriosamente, se disipó cuando nos alejamos de Glastonbury Tor.

* * * * *



Desde Glastonbury Tor regresamos en dos grupos, tal como habíamos ido hasta allí, y nos reunimos en Leigh Woods, en el paraje conocido como Stokeleigh Camp, donde se conservan restos de fortificaciones prehistóricas. Una luna fantasmal aún flotaba en el cielo. Abajo, al otro lado de la garganta del río Avon, la ciudad se despertaba. La torre Cabot y la Catedral destacaban en la suave neblina. Yo sentía que el contacto con el mundo secreto de Annw había dejado en mi

una influencia que aún no podía evaluar, y sentía que eso era así también para mis compañeros. Después de la enorme tensión de la aventura nocturna, de la energía gastada y las extrañas energías que habíamos compartido, la quietud del lugar era muy atractiva, y la tierra cubierta de vegetación nos ofrecía su lecho húmedo y fresco. Nos tumbamos en ella y permanecimos unos minutos allí, en silencio. El silencio lo rompió Samuel como si pensara en voz alta.

—Lo mejor será acercarnos más y luego ir andando tranquilamente como si hubiéramos salido a dar un paseo al amanecer.

—Sí, eso es algo que Arthur y Fiona encontrarán perfectamente normal —dijo Irati.

—Espera un poco —dije yo—. Estoy cansado, y mi cabeza está... cansada también.

—Sí, yo también tengo la cabeza un poco confusa— dijo Wanda.

—Hay dos razones para eso —observó Samuel—. Una es que hemos gastado mucha energía, pero ahí abajo no lo notábamos, porque Annw nos proporcionaba toda la que precisábamos. La otra es que el segundo cuerpo se está encargando nuevamente de proporcionarnos energía desde el otro lado, pero al separarnos de Annw nos sentimos exhaustos, y aún no hemos cargado las baterías, como si dijéramos. Pensad en él, en el otro cuerpo o la otra parte o como queráis llamarlo. Eso ayuda mucho a que fluya toda esa fuerza a la que estamos habituados.

—¿Y cómo sabes eso? Lo dices con mucha seguridad —le preguntó Irati.

—Solo digo lo que me ha dicho el medallón.

—¡Ah!

Cinco minutos más tarde, ya estábamos en pie. Nuestra intención era volver por el bosque. Algo, no obstante, nos desvió hacia North Road.

—Esa señal, esa huella...

—Es inusual... Como algo que procediera de Annw.

—No, de Annw no...

—Es.. Diferente y poderosa.

—No me gusta

—No sé si deberíamos acercarnos.

Era, sí, una especie de huella colectiva y venía de la casa de los Morrison. Al pasar junto a la propiedad descubrimos que había más gente despierta a esa hora. Apoyados en la valla nos miraban tres chicos y tres chicas.

—Hola —dijo la chica rubia con una sonrisa.

El señor y la señora Morrison aparecieron como si brotaran de un seto.

—Hola, chicos —dijo el Sr. Morrison—. ¿Conocéis a nuestros sobrinos? Están pasando un tiempo con nosotros.

—Oh, sí, son muchos sobrinos ¿verdad? —dijo la Sra. Morrison—. Así nos alegran más la

casa.

Y se rió con una risita en la que vibró —quizás— una nota burlona.

Había dos chicas rubias y una morena, dos chicos morenos y uno pelirrojo. Y los Morrison detrás con grandes sonrisas ambiguas.

—¿Lo estáis pasando bien? Creo que sí. Es una pena que cuando volváis a casa os llevéis un disgusto.

—Oh, vamos —dijo el Sr. Morrison—. No es para tanto, Brenda. No es la primera Estrella que se destruye... Pero no os preocupéis, ya habéis establecido la conexión y eso no os lo pueden quitar.

—Claro, por supuesto —abundó la Sra. Morrison —aunque es una pena, porque les ayudaría mucho poder visitar su Estrella de vez en cuando. Veréis, cada vez que la Estrella humana se introduce en su Estrella de origen —así se llaman— puede recibir nueva fuerza, nueva información, revelaciones... Oh las Estrellas son fuentes inagotables de energía. Curan las heridas que no sanan por sí solas, pacifican el ánimo y fortalecen la mente. Bueno, eso dicen. Yo no tengo experiencia. Son muy pocos los elegidos.

—Quizás aún estéis a tiempo de entrar en ella una última vez —sugirió la chica rubia. — Sin duda estáis cansados después de vuestra aventura nocturna. Y aturdidos. La Estrella os ayudará.

—¿Cómo sabes lo de “nuestra aventura nocturna”? —preguntó Fatou.

—Oh, no debéis extrañaros. Somos gente de Frontera —respondió la Sra. Morrison.

—Así es —confirmó el Sr. Morrison. —Por tanto, trabajamos para Avalon.

Las tres chicas y los tres chicos que nos miraban muy atentamente. Los Morrison se acercaron a la valla y se apoyaron en ella. Entonces sus caras cambiaron. Primero se convirtieron en las caras de la pareja que pasó con su carrito de bebé frente a la casa del Maestro, luego en las caras de la pareja que llevaba carteles con publicidad cuando estábamos mirando la fachada del Granary y, por fin, en las caras de la pareja que nos resultó familiar en el Museo Británico.

—Adiós, que tengáis buen día —dijo la Sra. Morrison.

—Vamos, chicos.

Todos se dieron media vuelta y se alejaron de la valla. Desaparecieron detrás de un seto, por el sendero que llevaba a la puerta principal del edificio.



8. Un retorno accidentado



El primero en recibirnos fue el profesor. Nos salió al encuentro cuando todavía la casa no estaba a la vista. Nos felicitó. Fue de uno en uno, tomando nuestras manos, mirándonos con aprobación, abrumándonos con alabanzas. Luego nos contó que no había parado en toda la noche.

—Oh, muchachos, no sabéis lo que he tenido que trabajar para que nadie notara vuestra ausencia. Pero ha merecido la pena. Habéis sido recibidos por Annw y su extraño monarca. Yo también vi al rey de Annw una vez, el primero de los Caballeros de Fuego. Pero no se lo digas a tu padre, Irati. Perdería su confianza en mí.

—Se lo diré cuando le diga que he estado en Annw y que he hablado con sus habitantes.

—Creía que ese animal que está grabado en las paredes y en el cuerpo artificial donde se meten los pentáculos, sería su segundo cuerpo. Pero él nos dijo que no tenía segundo cuerpo —comentó Samuel.

—Ah, ese animal... Es una criatura del primer mundo de este universo al que llegaron los Emisarios. Sí, un ser al parecer asombroso, estrechamente relacionado con el fuego... No un segundo cuerpo, sin embargo; según cuentan en Annw, era una especie inteligente, con alto nivel de consciencia. Lo tomaron como emblema, y puede resultar extraño, porque los Emisarios aprecian el agua sobre todas las cosas... Y se han convertido en los Caballeros de fuego. Pero armonizar los extremos, el equilibrio de los opuestos, es para ellos un principio filosófico y una norma de conducta.

—Profesor, hay otra cosa que no entiendo —dijo Irati.

—¿Qué es?

—El Tropol... Siempre me habían dicho que era una amenaza, pero nos acompañó... Samuel percibió claramente sus intenciones, y no eran malas.

—El Tropol es enigmático. Es parte de la Frontera exterior, pero su vínculo con Annw es muy estrecho. Está formado por criaturas de aire que pertenecen a una orden secreta.. Aquí arriba produce inquietud, incluso pavor. Siempre anda rondando cuando se activa una Estrella, pero nunca me ha constado que protagonizara un ataque.

—Me dijeron que la figura de la Estrella lo detendría. Que si te metes dentro de una estrella dibujada en el suelo, no pasará. Y así fue.

—Así es, pero no es que no pueda entrar. La estrella dibujada o hecha con cualquier material en la que, aparentemente, te proteges del Tropol, es un mensaje, la señal de que no es bien recibido en su interior, de que se ha establecido un límite que no debe cruzar. El Círculo ha recibido ese conocimiento pero desconoce su funcionamiento o su significado.

Irati frunció el ceño y se quedó pensativa.

—Vamos— dijo el profesor—, ahí está la casa y tenemos que trabajar duro llevando lo que aquí arriba es una vida normal, ¿no es cierto?

Sí, el profesor estaba en lo cierto. Volver a la “normalidad” parecía no tener mucho sentido después de lo que habíamos vivido.

Cuando Fiona y Arthur nos vieron con Masters, la idea de que todo estaba en orden recibió un valioso respaldo.

—¡Qué noche! —dijo Fiona al despedirse—. A ver si al tenemos un día tranquilo.

—Sí —convino Arthur—. Todas esas llamadas y avisos y peticiones de información ... Y esa gente a la que tuvimos que ayudar cuando ya volvíamos a casa. ¡Qué locura!

Nosotros miramos al profesor, que sonreía beatíficamente.

Nos fuimos a la parte de atrás, a continuar con nuestro desayuno. Íbamos y veníamos de la cocina al jardín, llevando y trayendo platos y tostadas, té, café, cacao, mantequilla, huevos fritos y pasados por agua. Estábamos muertos de hambre y el profesor nos acompañó.

—No he probado bocado desde ayer —dijo—. Qué noche tan ajetreada. Primero, toda la

ciudad (me refiero a los Descendientes, claro) en vilo porque habían percibido una fluctuación de energía entre Bristol y Glastonbury. Luego, me tuve que emplear a fondo para que Fiona y Arthur no pudieran volver a casa antes del alba. Menos mal que tuve ayuda.

—¿Ah, sí? —dijo Wanda.

—Los Hill, supongo —apuntó Irati.

—No, los Morrison.

El estallido de exclamaciones se propagó por todo el grupo.

—Entonces los Morrison... son... ¿amigos? —preguntó Irati, dudando al emplear el término.

—Oh, no, amigos no, yo no los llamaría así. Pero no han tenido más remedio que colaborar. Recibieron órdenes. Ya me entendéis.

—Gente de Frontera —murmuró Ander.

—Así es —corroboró el profesor.

—Sin embargo —observó Irati— antes, cuando se han referido a Annw, han usado el nombre que se usa en la superficie: Avalon.

—Quizás están habituados a no utilizar el nombre secreto... No debe usarse aquí arriba —dijo el profesor—, ha de reservarse para que se reconozcan quienes han estado allí, y no deben conocerlo quienes no han hecho el viaje. O quizás es que ellos no lo conocen. Son gente de Frontera, pero de la zona puramente externa, la más externa de la superficie. Es probable que nunca hayan estado en Annw, o que nunca hayan pasado de los primeros círculos del laberinto.

* * * * *

Desde el borde de la isla, en un paraje de la costa donde solo había oscuridad y el mar golpeaba los acantilados con su ritmo cósmico, exploramos el espacio que se extendía frente a nosotros, el agua y el aire. Ousmane y Wanda corrieron por una pendiente escarpada y desaparecieron bajo la superficie líquida. Arriba, Fatou y Samuel treparon al lomo de un enorme búho y yo miré a Irati, temiendo ver algo en sus ojos que no deseaba encontrar en ellos. La luna asomó entre las nubes e iluminó su cara. Sonreía.

—Aquí estamos, tú y yo, como al principio.

—Al principio... —repetí.

—Sí. Como en la borda, como en tus sueños.

—Entonces mi primera conexión mental fue contigo. Cuando te veía en mi sueño no eras solo una imagen

—Eso es, tu primera conexión mental... Entonces solo era posible cuando estabas dormido. Ahora es distinto... Ahora puedes hacer otras cosas... Es una pena que nada pueda ya

ser como entonces, o como podía haber sido si...

Se interrumpió.

—¿SI? ¿Qué quieres decir?

—Nada.

—Todavía puede ser como antes —le dije. —¿Quién lo impide? Solo nosotros.

El halcón surgió en vuelo vertical, como si se lanzara a por una presa, creciendo al mismo tiempo que descendía, y realizaron una fusión rápida, fantásticamente rápida. Me subí a su lomo y salimos volando sobre el mar con una ligereza, una velocidad y una precisión que parecían imposibles en una criatura de semejante tamaño. La energía desconocida que venía del otro lado y la relación de Irati con el aire mismo hacían que su vuelo no fuese del todo natural. No en nuestro mundo.

Volamos sobre las aguas, que tenían reflejos blancos y milagrosas fosforescencias. El ojo de Horus contemplaba la extensión de la noche y el gerifalte volaba en ella con más seguridad que antes de poseer el objeto mágico. Y yo, que ya no sentía vértigo ni miedo, hubiera disfrutado del vuelo si no hubiera sido por las palabras de Irati, que iba rumiando como una hierba amarga. Todo eso que fue y que podía haber sido me pesaba en el ánimo. Otras conversaciones, muy breves, que habíamos mantenido en los días pasados, me venían también a la memoria. Siempre lo mismo: tantear y no atreverse, desear y temer, orgullo y silencio. Pensé en esos días que ahora el tiempo iba enterrando: los juegos y ejercicios con Arthur y Fiona en Leigh Woods, la última visita a Stokleigh Camp, los recuerdos de Annw y las discusiones sobre nuestro viaje subterráneo y sobre este viaje que hacíamos ahora. Esos intercambios de palabras y opiniones, cuando cada uno intentaba expresar y hacer valer su punto de vista y el grupo se esforzaba en sacar conclusiones difíciles. Y, finalmente, el regreso que habíamos emprendido por nuestra cuenta para poder hacer una visita a la Estrella antes de ver a nuestras familias.

Los últimos días. Apenas un par de ellos. Pero habían sido intensos, a pesar de que la intensidad de nuestra visita al mundo subterráneo hacía más livianas las experiencias de la superficie. Superficiales, pensé. Pero no, no habían sido superficiales, no lo eran.

La última noche, mientras conspirábamos en la linde del bosque, tres zorros rojos y tres zorros negros se acercaron desde la sombra profunda y se transformaron en seis personas de nuestra edad. La chica rubia que ya nos había hablado otras veces nos dijo:

—Escuchad: no nos gustó que vinierais. Pensamos que estabais recibiendo demasiado, que nosotros recibíamos menos de lo que nos correspondía. Además, nos dijeron que os vigiláramos, así que lo hicimos, pero pensamos que podíamos hacerlo de dos formas: mostrándonos amigables, o mostrándonos hostiles. Elegimos la segunda.

—Así es. Al fin y al cabo, era una forma de acercarnos a vosotros —dijo otra de las chicas

—Pero ahora queremos advertiros: lo que os dijeron los Morrison sobre la Estrella es

verdad, pero también es una trampa —concluyó la chica rubia.

—¿Qué clase de trampa? —preguntó Ousmane.

—No lo sabemos —dijo uno de los chicos—. Lo que sabemos es que los Morrison no tienen buenas intenciones.

—Quieren que vayáis allí. A la Estrella —dijo una de las chicas—. Así que tal vez no deberíais ir.

—Ellos hicieron que os dijera aquello... Aquello de que podréis entrar en la Estrella por última vez —explicó la chica rubia—. Querían haceros creer que era vuestra última oportunidad, Querían que tuvierais prisa, que no reflexionaraís. Aseguraron que era importante, que era necesario. Siempre nos dan órdenes. Pero yo sé que mienten. Están tramando algo.

Habíamos mantenido interminables conversaciones sobre este aviso, sobre lo que nos habían dicho los Morrison, sobre quién mentía o quién decía la verdad y lo que era conveniente hacer. Samuel y Fatou sentían que los Fox eran sinceros, y que los Morrison eran turbios y peligrosos. Irati se debatía entre lo que le decía el corazón —lo mismo que a Samuel y Fatou— y lo que le decía la cabeza (¿acaso no habían colaborado los Morrison con el profesor Masters? ¿Es que los Fox no podían estar mintiendo, llevados aún por los celos? ¿Quién nos tendía una trampa, los Morrison o los Fox?). Wanda y Ousmane opinaban que era mejor esperar a que nuestras mentes se serenasen y pudiéramos escuchar con atención lo que traían el agua, el aire, la tierra. Ander decía que su libro no le decía nada. Y yo dije que, aunque fuese una trampa, debíamos ir a la ciudadela. Seríamos muy cuidadosos, pero era preciso tomar contacto con la Estrella otra vez. Y, extrañamente, todos estuvieron de acuerdo en hacer lo que yo quería, aunque no estuviesen de acuerdo con lo que quería hacer.

Imágenes e ideas volaban en mi mente mientras volábamos hacia casa. No tardamos mucho en alcanzar la solitaria porción de costa donde nos reuniríamos los siete.

—Bien —dijo Wanda cuando estuvimos todos juntos—. Y ahora, ¿cómo hacemos?

—Ousmane y Wanda con Ander —dijo Samuel—. Yo iré con Irati y con Mikel. Fatou puede elegir a cual de las dos aves se sube.

—De acuerdo —dijo Fatou.

Y subió al lomo del búho.

* * * * *

Ningún ser humano que no portase la Semilla podría vernos aquella noche, aunque estuviésemos bajo la luz de los focos. Con la misma naturalidad con la que desplegaría un órgano recién adquirido, pero que funcionara como si siempre hubiese estado ahí, Samuel hacía que los humanos “normales” no fuesen conscientes de lo que estaban viendo cuando nos veían. Que es lo

mismo (o casi) que no ver. Si había desarrollado esta capacidad como resultado del entrenamiento, del influjo de Annw o por causa del amuleto que llevaba al cuello, no lo sabíamos entonces, no lo sabemos tampoco ahora.

No encontramos ni rastro de excavaciones ni de obras en la ciudadela. Y si habían hecho algún tipo de prospección con técnicas no invasivas, eso no podíamos saberlo. Pero lo importante era que la tierra no había sido removida, que la Estrella estaba intacta.

—Se me ocurre que...

Samuel titubeó.

—¿Qué? —le animé.

—¿Creéis que los Morrison podrían tener tentáculos que llegaran hasta aquí?

—¿Tentáculos? —repitió Wanda, sobresaltada.

—Quiero decir, cómplices que hayan podido crear toda esa polémica sobre las prospecciones, anunciarlas y alimentar un debate público aunque no tuviesen intención de llevar a cabo nada de lo que proponían.

—¿Sólo para atraernos hasta aquí? ¿A nosotros? —pregunté; y era una pregunta retórica.

—No creo que los Morrison tengan tanto poder —dijo Irati.

—No, los Morrison no... Pero, ¿y si hubiera alguien detrás de ellos, moviendo los hilos?

—Los Morrison reciben órdenes desde Annw —objetó Irati.

—Sí, pero ¿de dónde? ¿De qué parte de Annw? ¿Están en contacto con el mismo corazón, con la ciudad secreta, o hay mediadores que se ocupan de transmitirles las órdenes, y que podrían actuar por su cuenta? Recordad lo que dijo Masters sobre la gente de Frontera.

Samuel razonaba muy bien.

Caminamos hacia uno de los extremos del parque y nos asomamos a la Avenida. Allí vimos una caseta de herramientas y unas vallas; eso nos sobresaltó, pero la única obra que se había realizado era el levantamiento de una acera para reponer algún tipo de cable o tubería.

Nos adentramos nuevamente en el parque. Los grandes focos iluminaban las piedras del monumento que formaban los arcos, murallas y bastiones supervivientes. Recorrimos el lugar sin percibir nada en el aire ni en la tierra.

—¿Y ahora qué? —dijo Wanda.

Todo estaba quieto, tranquilo, bajo un cielo en el que la luna iba navegando entre nubes oscuras, entrando y saliendo de ellas como una nave, y las nubes se movían por la atmósfera con la velocidad que les imprimía un viento suave y constante.

Nos encontrábamos en el baluarte de Santiago, entre los revellines de Santa Ana y Santa Isabel, cuando Samuel dijo:

—Algo se acerca.

Y nos pusimos en guardia. Enseguida pudimos notar la gran huella y las ondas que se

transmitían por el aire: un sonido y un empuje inusuales.

Venían de todas partes y, aunque no parecían muchos, debían de ser más que nosotros porque venían varios por cada uno de los cuatro puntos cardinales.

—¿Es un tropel? —preguntó Wanda—. El tropel me pone de los nervios.

—Si fuera un tropel vendría de un solo punto —contestó Fatou.

—¿Cuántos son? —le preguntó Irati a Samuel, segura de que él sabría responder.

—Son trece. Dos por cada uno de vosotros, y uno más que está quieto en un lugar elevado.

—Quizás sean del Círculo —aventuró Ander sin mucha convicción, nada más que por poner la nota optimista.

—No son del Círculo —respondió Samuel—. Estad preparados.

Venían deprisa. Se acercaban. Pronto, demasiado pronto, estuvieron frente a nosotros. Estábamos en un extremo de la Estrella. Los restantes brazos quedaban demasiado lejos como para activarla a tiempo, y activarla ¿de qué nos hubiera servido? Teníamos la sensación de que la Estrella podía protegernos, pero ¿qué íbamos a hacer? ¿Quedarnos para siempre en sus columnas de energía? ¿Y si aún tenían algún modo de alcanzarnos dentro de ellas? ¿Y si había una forma más eficaz de utilizarla que no teníamos tiempo de averiguar? ¿Y si no había ninguna?

A nuestro alrededor emergieron de la oscuridad doce figuras. Tres por el norte, tres por el sur, tres por el este, tres por el oeste. Se fueron acercando hasta formar un círculo. Eran figuras altas del color de la hierba seca, y tenían el aspecto de seres humanos que llevaran pieles de animales sobre los hombros, como si estuvieran vestidos con capas rituales. Se trataba de la más extraña fusión parcial que había visto nunca. Claro que yo entonces no había visto muchas. Por delante, su forma animal permanecía transparente, sin solidificar, apenas visible, y por detrás recubría el cuerpo humano, de manera que le daba a este un aspecto amenazador. Eran leones.

—¿Qué queréis? —preguntó Samuel.

Uno de los leones le miró con interés.

—Dadnos la Estrella —respondió. Pero ya no miraba a Samuel cuando lo dijo. Su mirada se paseaba por el resto del grupo.

—No sabemos cómo hacerlo y, si lo supiéramos, no lo haríamos —dije yo.

—¿Cómo podríamos hacer eso? El Maestro dijo que nosotros pertenecíamos a la Estrella —añadió Fatou.

—Es posible si cada uno de vosotros entra con uno de los nuestros en cada uno de los puntos vitales.

—No lo haremos.

—Eso ya lo veremos —respondió el león. Se inclinó rápidamente y la fusión se completó en cuestión de segundos. Así que en cuestión de segundos, un enorme león de melena oscura corría hacia nosotros.

Su transformación fue una señal para los otros, que se fundieron con sus formas animales apenas un par de segundos después.

Todo lo que habíamos aprendido aquel verano, en casa del profesor Masters, en el bosque con Fiona y Arthur, todo lo tuvimos que emplear, y nos tuvimos que emplear a fondo para resistir el embate de trece criaturas adultas, guardianes del laberinto exterior de Annw, gente de Frontera.

Teníamos la ventaja de que contábamos con dos aves. Vi a Irati descendir y golpear y elevarse de nuevo con prodigiosa rapidez, y temblé pensando que la zarpa de un león la pudiera abatir, arrojándola en tierra.

* * * * *

Mientras Ander e Irati mantenían ocupados a dos de los leones, Fatou y yo mismo teníamos que vérnoslas con ocho poderosos enemigos: ocho leonas que se coordinaban maravillosamente en la defensa y el ataque. Pero ni ellos ni nosotros habíamos contado con que Ousmane y Wanda, aunque estaban fuera de su elemento, habían aprendido algunos trucos, y así, resultó que no eran ocho contra dos, sino contra cuatro. Ousmane aparecía rodeado de una luz tenue que a veces tomaba dibujaba claramente la figura translúcida de un tiburón, recibiendo del otro lado una fuerza y una energía descomunales. Wanda se convirtió en la cosa más rara que yo había visto en mi vida. La vi envuelta en una luz fosforescente que era como una burbuja gelatinosa. Desde allí proyectaba unos largos y poderosos tentáculos que parecían estar en todas partes dentro de un perímetro de varios metros, repartiendo golpes a diestro y siniestro. Usaba algunos brazos para afirmarse en el suelo y todavía le quedaban otros para repartir estopa. Pronto dejó de brillar y se confundió con la noche que la envolvía, como si se mimetizara con la hierba y las piedras. No había forma de verla y sus oponentes tenían dificultades para localizarla con precisión.

Sentíamos que estábamos más conectados, más coordinados desde nuestro viaje a Annw, que había sido el mayor de nuestros entrenamientos, y había acelerado la evolución de la Estrella. Pero algo la frenaba. Había un obstáculo, un resto de aquella oscuridad que nos había perseguido cuando Ousmane y Wanda, Irati y Fatou recibieron sus Ayudantes y se sintieron absorbidos por ellos, aislados en su obsesión, hasta que fui capaz de romper el hechizo, gracias a que podía observarlo desde fuera. Los mismos Ayudantes, ahora dirigidos a potenciar las facultades de sus poseedores, no podían quebrar esa sombra, que volvía nuestra comunicación menos perfecta de lo que hubiera podido ser. La Estrella no estaba armoniosamente unida: Wanda y Ousmane estaban estrechamente vinculados el uno al otro, Ander y Fatou se comunicaban con fluidez, pero algo afectaba a la comunicación mental del conjunto, y nos afectaba, sobre todo, a Irati a mi. Yo podía casi ver esa sombra, esa pantalla negra: al otro lado

estaba Irati, inalcanzable, y la conexión de la Estrella quedaba interrumpida en ese punto.

Desde fuera de la Estrella, en su órbita, Samuel hacía lo posible por contrarrestar ese efecto. Era como un canal por el que pasaban mensajes de un lado a otro. Antes de conocer a Masters y de viajar al reino subterráneo, hubiéramos tenido que defenderle en una situación como esta. Ahora se convirtió en Goliat. Esa fue la primera vez que vi un gigante —un humano gigante, quiero decir—. Así que Samuel había tenido una intuición, o había desarrollado de pronto una habilidad nueva, o ambas cosas a la vez. ¡También su otro cuerpo podía adquirir un tamaño muy superior al que le correspondía! Primero tomó la apariencia de Eddie Wall y luego duplicó o triplicó el tamaño de éste. Eso no se lo esperaban nuestros atacantes. Durante un momento los leones volaron como pájaros, muy a su pesar. Samuel los agarraba y los arrojaba a la noche. Pero pronto el bando enemigo se recuperó de la sorpresa y contraatacó.

De la oscuridad surgió un adversario enorme, uno que había aumentado su tamaño para poder hacer frente a nuestro amigo. Samuel parecía Sansón, el Sansón de la Biblia, luchando contra el león. Ahora no lo tenía nada fácil, pero, de todas formas, su fuerza había aumentado aún en mayor proporción que su tamaño. El Eddie Wall de pega era más fuerte que el original. La fuerza que había incorporado Samuel se había convertido en una cualidad que su otro cuerpo reconocía y alimentaba con la energía mágica del “otro lado”. Samuel había conseguido lo que tanto deseaba: poder entrar en acción, ayudar a sus amigos en una situación tan apurada como aquella.



La situación, efectivamente, era apurada. Tratamos de hacer un movimiento de dispersión, pero los leones reaccionaron rápidamente y nos condujeron una vez más al centro del círculo, donde su superioridad numérica desplegó una muralla circular que nos envolvía. Escuché un grito. Uno de aquellos tentáculos o brazos de Wanda había caído al suelo, cortado de un mordisco o de un zarpazo. Me alarmé y quise ir a ayudarla pero me lo impidieron. Del cielo bajó un búho y golpeó con sus talones al león que había mordido a Wanda. Entonces aprendí que los poderes de regeneración de esta no eran como los nuestros: eran mucho más rápidos, tan rápidos o más que los de Ousmane. ¿O es que era capaz de materializar nuevas partes de su otro cuerpo desde el otro lado instantáneamente? Solo sé que en cuestión de segundos tenía de nuevo ocho apéndices. ¿O eran diez?

“Resistid” dijo la voz de Samuel en nuestras cabezas. Con tanta claridad que pensé: “es imposible que nuestros enemigos no la hayan oído”.

“¿Resistir para qué?”, contesté casi sin darme cuenta.

“Vienen refuerzos”.

* * * * *

Hubo un momento en que el jefe de nuestros atacantes regresó a una forma parcialmente humana. Su aspecto era aún más terrible, sobrecogedor. Conservó su estructura de cuadrúpedo y se convirtió en un león con la cara de una persona.



—Estáis dando mucha guerra y esto ya me empieza a hartar.—dijo con voz grave y ronca—
Rendíos ahora y no sufriréis daño. Si no, tendremos que causaros heridas para debilitaros y poder llevaros a los puntos vitales de la Estrella.

No lo hicimos. Las palabras de Samuel resonaban en nuestras mentes. “Vienen refuerzos”.
Ojalá llegaran antes de que la batalla se recrudeciera.

Pero ya se acercaban, ya venían. El león lo notó también, estaban cerca, la noche se movía hacia nosotros.

El león volvió a hablar intentando convencernos de que nos rindiéramos.

—Insensatos. No podréis resistir hasta que lleguen.

Pero sí lo hicimos.

Estaban ya tan cerca, que hubiera sido una locura no hacer un último esfuerzo. Se oía el rítmico golpear de las patas contra el suelo y una gran respiración colectiva. Se percibía la vibración de muchas mentes coordinadas cada vez más próxima

Los que nos asediaban se convirtieron en asediados. Y como nosotros estábamos en el centro, se encontraron de pronto entre dos fuegos. Del mismo modo que ellos habían aparecido desde los cuatro puntos cardinales, desplegándose primero y luego cerrando el cerco, así de los alrededores empezaron a surgir grandes lobos grises que los envolvieron en una rápida maniobra. Era una manada de unos veinte individuos que trabajaban en perfecta armonía. Nos encontrábamos ahora en una situación ideal para aniquilar a los Herederos. Pero nosotros no queríamos aniquilar a nadie.

Desde un retazo de muralla, el que parecía ser el líder de los lobos demostró que él también conocía esa forma tan desagradable de fusión parcial exhibida anteriormente por el líder de los leones. Si estos podían ser quimeras o esfinges, él se convirtió en un perfecto hombre-lobo y dijo con una voz vibrante y ronca:

—Será mejor que os vayáis. Este territorio está protegido.

—¡Lope! —exclamó el león —Dile a tu padre que esto tendrá consecuencias.

—Nosotros no rendimos cuentas a nadie.

Quizás porque les temían, quizás porque no querían enfrentarse a ellos, o porque ya no veían la victoria como algo seguro, los leones se retiraron.

Los lobos ya no eran lobos. Ahora eran un grupo de chicos y chicas, de la edad de Lope o más jóvenes. Una de las chicas se acercó a él y se abrazaron.

—Os presento a Ilargi, la hembra alfa de esta manada. Ella y yo reunimos a todos estos huérfanos.

—¿Todos son huérfanos? —dijo Fatou con cara de preocupación.

—No es que no tengan padre ni madre —respondió Ilargi—. Es que no tenían manada. Pocos de ellos sabían algo de su verdadera naturaleza. Estaban totalmente perdidos en la vida.

—¿Qué es un lobo sin una manada? —dijo uno de los chicos mirándome con intención.

—Yo sí soy huérfana. Vivo con mis tíos. Su casa es un infierno —confesó una de la chicas —. Pero ahora tengo una familia de verdad.

—Yo andaba por ahí dando tumbos —relató el chico mayor— sin saber cómo explicarme las cosas raras que me pasaban, hasta que Lope me encontró y me invitó a unirme a él.

—Es un poco como un padre para nosotros —comentó otro chico.

—¡Pero si tú tienes padre! —dijo alguien.

—No importa. Si tienes dos cuerpos no puede hacerte mal tener dos padres.

Se rieron y luego nos fuimos sentando en la hierba y le pregunté a Lope sobre el papel de Martín en aquella manada (pues si Lope es el padre, pensé, Martín debe de ser el abuelo o algo así).

—Oh, no siempre viene...

—Pero entonces, si tú eres el líder, ¿qué papel juega él?

—Él es más que un líder —dijo Lope. —Es un Maestro.

Sonreí. A esas alturas, eso ya lo sabía.

—Pero vosotros no pertenecéis al Círculo. El profesor Masters sí.

—¿Estás seguro? Un Maestro solo se pertenece a sí mismo, y su compromiso es con la totalidad de los Descendientes, se llamen a sí mismos como se llamen, o cualquiera que sea el nombre que les dan otros, Herederos, gente de Frontera, gente de los Círculos, Ocultos... Y yo tampoco sigo órdenes, salvo de mi padre. Nosotros no seguimos órdenes. Colaboramos si nos parece bien. Acordamos lo que nos parece justo. Ayudamos a quien lo necesita, especialmente a los amigos cuando están en apuros. Y nada nos obliga a tener amigos solo de un tipo, si entiendes lo que quiero decir.

—Es un poco complicado para mí —dije yo con retintín.

Lope me miró con reprobación.

—No sé si eso es simple ironía o tonillo de superioridad moral.

—¿Y si lo fuera?

—¡Oh, venga ya! —intervino Samuel—. ¡No empecemos! Después de todo lo que ha pasado, hay cosas en las que no deberíamos caer.

Sentí un poco de vergüenza y me callé. Como toda respuesta, le ofrecí mi mano a Lope, y él la estrechó.



8. Horizonte



Regresamos a la “vida normal”, es decir, hicimos nuestra reaparición del modo que cada una de nuestras familias esperaba. Yo me presenté como si acabara de hacer un viaje en avión. Lo hice, eso sí, “por sorpresa”, para que a mis padres no se les ocurriera ir a buscarme al aeropuerto.

—¡Pero que alegría, hijo! —dijeron—. No te esperábamos hasta mañana.

Gracias a Martín y a Lope, el Círculo no llegó a saber nada de nuestras aventuras secretas. Pues nuestra pequeña excursión, el pequeño desvío que tomamos en nuestro regreso, fue convenientemente camuflado, y si el viaje duró un poco más de lo previsto, a nadie le extrañó que nos hubiéramos tomado algún tiempo para disfrutar de él y hacer las paradas que nos pudieron parecer oportunas.

—¿Cómo es que el Círculo no ha sabido nada de esto, y vosotros sí? —le había preguntado Irati a Lope.

—El Círculo adolece de una estructura demasiado rígida. Nosotros tenemos amigos en todas partes. Hace tiempo fuimos advertidos de que había infiltrados en el gobierno de la ciudad haciendo cosas aparentemente locas. Así que estábamos sobre aviso. Nuestra red es más fuerte y más flexible, formada por redes menores muy ligadas al territorio.

El padre de Irati le comunicó que vendría para acompañarla en su viaje de vuelta.

—Por Dios, no hacía falta que acompañarais a vuestro amigos hasta aquí. Podéis pasaros la eternidad acompañándoos unos a otros —le dijo por teléfono.

—Así es —le dijo Irati, burlona—. No te agobies tanto, papá. Un beso, Cuídate.

Se guardó el teléfono en el bolsillo y nos miró con una expresión en la que había sentimientos encontrados. Sabíamos que odiaba ocultarle cosas a su padre.

Ya solo nos quedaban unas horas para despedirnos. Yo quería decirle algo pero no encontraba el momento. La tarde en el parque me pareció melancólica. Los adultos comprendían que nos sintiéramos tristes porque íbamos a separarnos muy pronto. No sabían todo lo que dejábamos atrás, la vida posible de la que nos despedíamos. Wanda y Ousmane iban visitando las fuentes del parque y los demás seguíamos su estela, Fatou y Ander muy juntos, comunicándose cosas importantes. Samuel no estaba con nosotros. Le veríamos más tarde. Entonces pensé: “esta es mi oportunidad”. Las parejas estaban en su mundo de dos. El grupo se movía como una constelación, al unísono, pero con un gran espacio entre sus piezas. “Tengo que decir algo, o me arrepentiré de no hacerlo, pero quizás también me arrepienta de lo que diga”, pensé.

—Tenemos que volver al principio —dije al fin.

—No es posible volver al pasado —contestó Irati.

—Hay algo que debemos retomar.

—Todo ha cambiado desde entonces.

—¿Qué ha cambiado? ¿Tus celos? ¿Es que no concibes que alguien se pueda sentir atraído por dos personas a la vez? Pareces una señorita del siglo XIX.

—Yo no soy segundo plato de nadie —respondió con furia, y se alejó.

Todo el grupo sintió esa furia y se volvieron para mirar con expresión desolada.

* * * * *

Wanda estaba aún alojada en casa de Fatou y Ousmane, y la “vida normal” nos engullía. En la vida “normal” no solo estaban la familia y las actividades “normales”, sino que estaba Jorge, a quien me alegré de ver, y estaba Marian, a quien tuve que decir por Whatsapp que ya me

encontraba en casa.

Marian me dijo que tenía algo que enseñarme. Era ya de noche y quedamos en la plaza de siempre.

—¿Qué es eso que me quieres enseñar? —pregunté.

—Luego lo verás. Primero vamos a dar una vuelta.

Estuvimos por ahí, paseando, por las calles bulliciosas del centro. Comimos unos sándwiches en un bar famoso por sus sandwiches y luego Marian me condujo hasta su portal.

—Mis padres han salido.

Subimos hasta su casa, sacó unas bebidas y luego me llevó a la última planta del edificio, donde estaban los camarotes. Abrió el número 17 con una de las llaves que llevaba en el bolsillo. Sus padres lo habían reformado, convirtiendo un trastero en un estudio.. Marian tenía allí una mesa de trabajo, un ordenador y una estantería. También tenía un pequeño armario, un altvoz Marshall y un viejo sofá. Sobre este había una amplia claraboya por la que se asomaba el cielo, ahora oscuro y con nubarrones más oscuros aún.

—¿Qué te parece? —dijo—. ¿A que está bien?

Nos sentamos en el sofá. Marian puso música, una música suave. La luz también era suave, indirecta, cálida. Marian se iba acercando cada vez más. Yo estaba pensando qué hacer. Cómo ser sincero o al menos honrado con ella sin desvelar mi secreto. Quizás debía afrontar aquello directamente, simplemente como si fuera una relación normal, la relación normal que había parecido existir. No, no había existido, pero había parecido real, yo había fingido que había una relación, y quizás, entonces, ahora debía fingir que se había acabado, fingir hasta acabar con el fingimiento, cumplir la formalidad: decirle que quería cortar. Yo había seguido el juego, ahora debía ponerle fin jugando al mismo juego.

Seguro que Samuel sabrá consolarla, pensé, reviviendo un poco de mi antiguo resentimiento por el lio en que me había metido. Pero no llegué a decir nada. No era fácil. Estaba dudando y tampoco ella consiguió completar su recorrido en el sofá. De pronto estallaron los vidrios de la claraboya. Una zarpa que no era de este mundo entró por ella como un jirón de oscuridad. Era una mezcla entre una mano humana y una garra de león. Su fuerza y su resistencia no eran propias ni de un humano ni de un animal corriente. Rápidamente, la garra aferró a Marian y la elevó en el aire. Me di cuenta entonces de las ventajas que podía tener adquirir una apariencia semihumana. La criatura tenía las cualidades de un enorme mono, capaz de trepar y de agarrar objetos, pero tenía también unas poderosas fauces y dedos terminados en agudas uñas retráctiles. Pensé en los leones que nos habían atacado en el Baluarte.

Si aquello era otra trampa, yo entonces no lo sabía. Solo sabía que debía hacer algo, que no podía dejar que se llevara a Marian. Por primera vez utilicé algunas de las habilidades que apenas había probado en mi estancia en Bristol. Sabía que el contacto con Annw las había reforzado,

pero aún me sentía torpe, inseguro. Si quería moverme con la rapidez del león y competir con sus habilidades, debía intentar una fusión mixta. No diré que me salió del todo bien a la primera. Lo primero que conseguí fue una cola. Realmente creí que no había pasado nada hasta que la sentí moviéndose sobre mi trasero.

—¡Oh, no, no! —exclamé—. No es eso.

Era difícil concentrarse en aquella situación, pero al fin logré una forma mixta parecida a la que empleaba nuestro atacante y pude salir por la claraboya. Cuando alcancé el tejado estuve muy cerca de perder el equilibrio, pero fui mejorando sobre la marcha. Mi capacidad de adherirme a los muros se veía muy favorecida por mi forma semihumana, que me proporcionaba unas grandes manos-zarpas con mayor superficie de contacto, y rápidamente empecé a sacarle partido a aquella ventaja. Localicé el rastro del león y lo seguí. No tenía tiempo para pensar. Me lancé tras él y lo único que se me ocurrió además de eso fue llamar a Samuel. Mentalmente, claro. Pero entonces recordé con horror que estaba a muchos kilómetros de distancia. Había salido de viaje con sus padres la noche anterior.

Solo se me ocurrió emitir un aullido, una llamada de auxilio. Fue algo instintivo. A muchas personas esa noche se les debieron de poner los pelos de punta.

¿Vendría Lope en nuestra ayuda? ¿Estaría disponible su manada, como la otra vez? Pero la otra vez estaban preparados, sobre aviso, esperando. Veía escapar la gran sombra del león por tejados y azoteas; lo único que podía hacer era tratar de no perderla de vista, no perder el rastro de Marian.



Eran ya las altas horas de la madrugada y muy poca gente deambulaba por las calles, desiertas salvo en algunas zonas donde había bares de copas. El secuestrador se adentró en el parque llevando a Marian debajo del brazo como si fuera un paquete. Llovía un poco y eso había espantado a los turistas que quizás aún pudieran haber estado por los alrededores del museo Guggenheim. Un grupo de chicos que armaba algo de bulla en una hondonada, junto a una fuente con tritones de piedra, se quedó de pronto petrificado como ellos.

—¿Has visto eso? —dijo uno.

—Sí, pero no sé lo que era.

—Yo tampoco lo he visto bien. Se movía muy deprisa.

—Era algo muy raro, tío.

Evité pasar cerca en mi forma de lobo; de lejos podía parecerles un perro grande, y eso era más conveniente. La figura semihumana del león semejaba, de lejos, un tipo con un disfraz, pero había algo realmente siniestro en ese disfraz, algo incongruente que producía escalofríos. Saltó sobre la carretera como si volara para ir a parar a los jardines del otro lado, las praderas

onduladas que conducían al Museo. En las inmediaciones de este, lo perdí de vista.. “Y ahora ¿qué hago?” pensé.

Me esforcé por detectar su rastro psíquico. Su energía, intensa y oscura, enviaba su señal desde lo alto. ¡Estaba en el techo del museo Guggenheim!

Arriba, pues, había que ir arriba. Pensé en mis amigos y aliados, tratando de que mis pensamientos llegaran hasta ellos. La esperanza y la desesperación se sucedían como ráfagas empujándome hacia delante, la tensión me mantenía atento y centrado en mi objetivo. Antes de subir ensayamos, el lobo y yo, la fusión más adecuada. De nuevo fallamos al principio, pero corregimos el resultado inmediatamente.

Salté a la pared, pegando las manos y los pies a su superficie. Tal vez las imágenes de los vampiros caminando en vertical por gruesos muros de viejos y siniestros castillos proceden de algo que alguien pudo ver en un lugar y un tiempo remotos. Algo como esto. Criatura de tierra, el lobo se adhería a sus minerales, sus rocas, sus componentes tratados como materiales de construcción y subía por las superficies lisas como Spiderman por los rascacielos de Nueva York.

El techo del edificio es una sucesión de techos, sus paredes son un conjunto de paredes curvas de metal y planos de metal o piedra, la mayoría de titanio que parece dorado o plateado según la luz. Castillo y templo de unos dioses extraños, el enorme edificio estaba ahora dormido, oscuro y sin visitantes. Pensé que el león alcanzaría el otro lado para descender y seguir huyendo hacia la Ría. Pero no lo sabía: lo había perdido de vista y su señal se había debilitado de pronto.

Tenía que estar allí. No podía haber desaparecido. Entonces lo hice. Me sujeté con fuerza y envié al lobo. Se separó de mí y salió disparado con una velocidad que nunca habiéramos podido alcanzar los dos juntos. Como una ráfaga recorrió los tejados y escudriñó los rincones. Detectó al león pegado a una pared, allí donde el edificio se plegaba sobre sí mismo creando un hueco en el que parecía que su señal psíquica quedaba como atrapada. Él también vio la ráfaga blanca y volvió a moverse. Entonces no se me ocurrió pensar que nos estaba esperando.

Poco después, el lobo y yo nos habíamos fundido de nuevo y el león estaba ya en lo más alto. Le seguí. Al otro lado, vi la Ría brillar con las luces eléctricas y abajo el agua del estanque relampaguear con mil reflejos luminosos. Junto al estanque se alzaba la sombra oscura de Mamá, la enorme araña de bronce y acero inoxidable, obra de la escultora Louise Bourgeois. Pensé que el león trataba de despistarme. Luego pensé que conocía alguna entrada allí arriba, una puerta por la que colarse al interior del edificio. Pero, como antes en casa de Marian, se había fabricado él mismo la entrada. Se dirigió a uno de los puntos del luz de la cubierta, el más elevado, una especie de claraboya hecha de paneles de cristal sujetos por un complejo marco metálico y desapareció por ella, llevando a la chica en brazos como el monstruo de una vieja película.

Me quedé paralizado unos segundos, sobre todo cuando noté una presencia allí arriba,

conmigo. Me di la vuelta rápidamente, esperando encontrar un cómplice del captor. Lo que vi fue una pantera negra y supe que Fatou había oído mi llamada. No tenía sentidos psíquicos tan agudos como los de Samuel, pero aún así eran formidables, y, sobre todo, era parte del grupo. Me alegré de verla y al tiempo lo lamenté, porque otra vez estaba poniendo en peligro a la gente que quería. Como cuando les arrastré a todos al perímetro de la Estrella, a una incierta aventura. por mi inquietud y mi impaciencia, que surgían como el reverso de mi paciencia y mi serenidad habituales, como surge una tormenta que no se ve venir, que asalta el cielo de repente. Y ahora, como consecuencia de aquella temeraria incursión, de la aventura anterior en el parque de la ciudadela, estábamos persiguiendo al león por el techo del museo Guggenheim. Pero solo éramos dos. Irati y Ander habían vuelto a casa. Samuel estaba de viaje con su padre. Ousmane y Wanda estarían en el agua, absortos en la magia de su mundo acuático. Eso hacía difícil que mis llamadas llegaran hasta ellos.

—¡Fatou! —dije—. ¡Nos has encontrado!

—Sí —dijo una voz, la de Fatou, en mi cabeza—. Pero no sé si podremos con él. Somos dos, pero es muy poderoso.

Los párrafos que Fatou podía transmitir mentalmente eran cada vez más largos.

La claraboya había sido manipulada, eso era evidente. Estaba abierta, tal vez rota, y el león no lo había hecho antes de bajar por ella, luego había estado allí previamente preparando su entrada. Nos lanzamos al interior y caímos en un corredor elevado que daba al vestíbulo. Todo estaba quieto y silencioso. Busqué con la vista las cámaras de seguridad. ¿Qué podíamos hacer para evitar que nos filmaran? Fatou miraba hacia todos lados tratando de localizar al león.

Habíamos adoptado una apariencia semihumana. Fatou tampoco había practicado la fusión parcial fuera de la casa del profesor Masters, pero al verme me imitó, y lo hizo a la perfección desde un primer momento. Estábamos de pie, apoyados en la balaustrada, e íbamos caminando con cautela hacia uno de los lados.

—¿No te extraña que no haya sonado ninguna alarma?

—Quizás no esté previsto que nadie pueda entrar por aquí arriba.

—¿Qué es eso? —dije— ¿Lo sientes?

—No hay alarmas ni cámaras de seguridad —dijo una voz a nuestra espalda—. Todo ha sido desactivado.

La voz provenía de una criatura de aspecto semifelino que colgaba de la lucerna rota sujetándose a la estructura metálica por los pies. La criatura se dejó caer al suelo girando en el aire y cuando aterrizó sobre cuatro patas era una leona enorme de ojos brillantes como dos estrellas amenazadoras. Del techo se desprendió otra figura y fue a caer a su lado, pero manteniendo una postura semierguida, y una voz grave y ronca brotó de su garganta:

—¿Sabíais que el recubrimiento de titanio de este edificio impide que la energía psíquica

pueda entrar o salir de él? Nadie volverá a escuchar vuestras llamadas.

—¿Qué queréis? —pregunté.

—Pronto lo sabrás —dijo la segunda leona, dedicándome un zarpazo que esquivé alejándome de ella lo más que pude.

“Vamos” le dije a Fatou a través de nuestra conexión mental. Y me lancé al vestíbulo inferior, reduciendo las proporciones de la gran caída mediante saltos sucesivos sobre distintas superficies. Apenas había podido planificar el descenso durante unos segundos.

Por supuesto las leonas nos siguieron. Ahora éramos nosotros los perseguidos. Me preguntaba si sería verdad lo que había dicho una de ellas sobre el titanio. También me preguntaba si sería posible liberar a Marian. Nos habíamos metido en una trampa por segunda vez.

* * * * *

Huimos por grandes salas que conducían a otras salas y por corredores y pasadizos oscuros y a través de la escultura de Richard Serra que es un laberinto con paredes curvas de acero cortén. Y después de huir durante un buen rato como en una película de Scooby Doo fuimos a parar nuevamente al gran vestíbulo. Por el mismo hueco que habíamos utilizado como puerta caía la luz de la luna como una catarata de energía y me bañé en ella, me coloqué bajo su chorro revitalizador. Esa luna encendía en mí la memoria de generaciones de cazadores que habían trabajado bajo su influjo en los campos de la noche, pero las demás criaturas que estaban conmigo se sentían tan a gusto como yo en su pálida luz. Bajo esa luz vimos una gran figura que llevaba sobre uno de sus hombros otra figura, más pequeña, inerte. Tenía el aspecto de un hombre muy alto y fornido con una gran piel que le cubría los hombros y la cabeza

—¡Se acabó! —oímos que decía—. Estáis atrapados. No tenéis ninguna posibilidad de vencer si os enfrentáis a nosotros. Solos podríais tener una oportunidad... de huir, claro. Vuestro problema es ella. Esta simple e inútil humana que ha hecho que os arriesguéis.

Dejó que Marian se deslizara por su brazo hasta el suelo, donde quedó inmóvil.

—Pues bien —añadió—, ¿queréis salvarla? Podéis hacerlo, podéis liberarla, pero entonces no podréis rescataros a vosotros mismos.

Fatou y yo nos miramos uno al otro con temor y sorpresa.

—La dejaré ir. Puedo dejarla en cualquier sitio de esta ciudad, libre. Si cuenta lo que ha visto nadie la creerá. Pero solo la dejaré marchar si ocupáis su lugar, si venís conmigo.

—¡Ir contigo! —exclamó Fatou—. ¿Adónde?

—A un lugar seguro. Hasta que puede atraer a vuestros amigos a la Estrella y hagamos allí lo que es preciso hacer. ¿Por qué Annw os permite conservar todo ese poder que habéis logrado

por puro azar, sin ningún mérito ni conocimiento? Nosotros hemos servido a Annw a través de los siglos, y sin embargo, rara vez se nos permite acceder al corazón de la ciudad, donde habéis sido recibidos con honores. Nuestro clan merece una mejor recompensa, y vamos la reparar esta injusticia. Que quien no merece nada reciba un premio, y quien lo merece no lo reciba, es injusto y no lo puedo tolerar.

—La Estrella nos ha elegido a nosotros.

—Eso se dice, porque la habéis activado. Veamos si es verdad. Cuando su poder pase a nosotros, será porque nos habrá elegido. Habrá cambiado de opinión, ¿no es así?

Se echó a reír, suave, profundamente, y pensé que tal vez estaba loco. Su risa parecía un ronroneo, era extraña e inquietante.

Sabía que no podía contradecirle. Eso le enfurecería. Necesitaba ganar tiempo, pero tiempo ¿para qué? ¿Quién podía haber oído mis llamadas, aparte de Fatou? Ganar tiempo parecía solo una forma de prolongar la agonía.

“Si se lo hubiera dicho a mi madre o a mi tío antes de venir”... pensó Fatou.

Así pues, no lo había hecho. “Entonces”, pensé yo, “estamos perdidos”.

* * * * *

“Si se lo hubiera dicho a mi madre o a mi tío antes de venir”... Eso quería decir que nadie sabía que estábamos allí, salvo tal vez —solo tal vez— Wanda y Ousmane.

—Supongo que no tenemos elección —concluí.

El león volvió a reír con su suave, honda risa maligna.

—No. Pero no es tan malo. Vuestra amiga quedará libre, y vosotros también cuando tengamos lo que hemos venido a buscar.

Yo dudaba de que fuera a cumplir sus promesas. No podía hacer otra cosa, sin embargo, que no fuera seguirle la corriente.

—¿Marian está bien? —pregunté.

—Está en estado de shock, pero se repondrá.

—¿Dónde vas a dejarla?

—Donde tú quieras, siempre que sea algo razonable.

—Será mejor dejarla cerca del hospital.

—Podemos dejarla *dentro* del hospital. Eso no es ningún problema. Pero, por supuesto, no iremos todos en procesión para ver si alguno de tus amigos nos detecta. Alguien de mi clan la dejará allí. Vosotros vendréis conmigo. Saldremos por donde hemos entrado.

Entonces miró arriba, hacia aquella especie de cúpula compleja, hacia el tragaluz roto. Instintivamente todos hicimos lo mismo. Quizás porque imitamos el movimiento de su cabeza.

Quizás porque pensábamos que pronto tendríamos que elevarnos hasta allí. Quizás porque la sala se oscureció un poco, como si algo se hubiera interpuesto entre nosotros y la luz de la luna.

* * * * *

Y ese obstáculo no era una nube. Era una mancha negra, redonda o tal vez ovalada, eso no pude saberlo al primer vistazo, que descendía suavemente como un trapequista colgado de una cuerda. Era algo oscuro y raro, algo que no tenía cuatro extremidades y una cabeza y un tronco. Tocó un momento la balaustrada del corredor, esa especie de palco asomado al espacio inferior, y se dejó caer de modo que parecía resbalar por el aire.

—¿Qué es eso? —dijo una de las leonas.

—¡No puede ser! —exclamó el león, sin levantar la voz, pero con un énfasis de incredulidad y rabia.

Retrocedió unos pasos y le gritó al recién llegado:

—¿Es que tomas partido por el Círculo?

—¡Madre mía! —susurré mientras contemplaba hipnotizado al gigantesco recién llegado

—Yo no tomo partido —dijo una voz extrañísima, algo así como un eco sin origen—. Pero esto no lo puedo permitir.

—¿Quién te crees que eres? —rugió el león.

La mancha que permanecía refugiada en una sombra empezó a brillar con el pálido fuego de los Descendientes. Dentro de esa luz creció y creció y su forma se hizo nítidamente visible. Había estado semioculta, esa forma, en la sombra y la incredulidad. Pero ya no podía negarse que había allí un cuerpo dividido en dos partes: un abdomen y un cefalotórax con ocho ojos, dos poderosos quelíceros o mandíbulas, dos pedipalpos que podía usar casi como manos, y ocho patas, cuatro a un lado y cuatro a otro. Era una visión espeluznante y hasta los leones dieron un paso atrás cuando alcanzó un tamaño que hacía pensar que *Maman* o Mamá, la araña de bronce que habíamos dejado afuera, estaba ahora dentro del museo. La criatura, fuera quien fuera, tenía sentido del humor, pues su voz dijo, precisamente:

—Ha venido Mamá.

“¿A quién de nuestros antepasados se le pudo ocurrir vincularse a una forma animal como esta?”. pensaba yo, horrorizado pero a la vez reanimado por una difusa esperanza. Me daba cuenta, me empezaba a dar cuenta de que aquella aparición nos favorecía.

Lo último que me pregunté en aquel momento fue a qué especie de araña pertenecía aquella cosa. Luego aprendí que sus antepasados, la Semilla o el humano a que se unió o ambos, no habían elegido una especie de araña, no se habían identificado solo con una, sino con todo un orden, el de las arañas en general. Y que había tomado diferentes habilidades de diferentes

especies: la visión nocturna de la araña lobo, la visión diurna de la araña saltadora, la capacidad de disparar pelos urticantes como si fueran flechas, propia de algunas tarántulas, y las glándulas especiales de la araña escupidora que le permiten expulsar a través de sus pinzas una mezcla de pegamento y veneno. El tamaño del cefalotórax, que es la parte que equivale a torax y cabeza juntas, era casi tan grande como el del abdomen. Una escupidora o araña tigre habría tenido solo seis ojos. Tenía ocho, cuatro ojos principales, y cuatro más pequeños que a veces no se veían, y a veces brillaban como chispas entre el pelo. Para cualquier mamífero, un verdadero monstruo; un monstruo letal, protegido por un caparazón especialmente resistente, sin duda mejorado por la ingeniería biológica de la Semilla y por cualidades de otro mundo.

—¿Qué vas a hacer? —dijo el león—. Tengo a la chica ¿recuerdas? Y a estos dos idiotas.

—A esos no los tienes del todo. Y no creo que te sea tan fácil reducirlos —dijo la voz que parecía flotar en el aire, pero que todos sabíamos de quién era.

Las dos leonas permanecían tensas frente a nosotros. Nosotros permanecíamos en tensión frente a ellas. La tensión solidificaba el aire. De pronto la araña hizo un movimiento imperceptible y de sus pinzas salieron dos chorros viscosos, instantáneos, que derribaron a las leonas.

—¡No! —dijo el león—. ¿Qué haces?

—Es muy poco veneno. Quedarán paralizadas durante un rato.

—En ese caso, ya nos veremos.

Rápidamente el león se agachó para hacerse de nuevo con su presa, es decir, con su rehén. Se la cargó al hombro y salió corriendo con enormes y elásticas zancadas. Pero nuestra araña también sabía saltar. Primero se hizo un poco más pequeña para maniobrar mejor. Luego dio un salto que deshizo toda la ventaja Heredero. El león la esquivó deslizándose entre sus largas patas, bajo el abdomen terrorífico, y buscó refugio en la obra de Richard Serra. La araña no le siguió. Sus largas patas se encogieron un poco, se hicieron más gruesas. Saltó a una pared y observó a su presa, calculando el próximo movimiento, la trayectoria del salto, y con uno solo cerró la salida del laberinto.

—Ahora me dejarás ir —dijo el león—. Si das un paso, la chica no vivirá.

Pero con un impulso invisible, la araña ya había lanzado un chorro de seda pegajosa y tóxica a los tobillos del león, que rugió y cayó al suelo. No perdió del todo la consciencia. Notablemente aturdido, soltó a su presa, e intentó ponerse en pie, sin éxito.

Fatou y yo corrimos hacia Marian.

—¿Estás bien? —le preguntamos.

Estaba consciente. Ella nos miró y se echó a llorar. Luego se quedó con los ojos fijos en el espacio entre nuestras cabezas y su cara se convirtió en una pura mueca de terror. Ese fue el momento en que se desmayó y Fatou alargó rápidamente sus brazos elásticos como gomas para

evitar que se diera un golpe en la cabeza. La depositó cuidadosamente en el suelo y nos giramos los dos para mirar hacia atrás y ahí estaba la araña, enorme aunque más pequeña que antes, parada, observándonos con su montón de ojos, dos de los cuales reflejaban la luz sobre un fondo verde.

Una tenue neblina fosforescente la envolvió y se encogió deprisa, como un globo, liberando de su interior una figura humana.

La figura humana avanzó hacia nosotros.

Era Martín.

* * * * *



—¡Pero creía que eras un lobo! —exclamé.

—Yo nunca dije que lo fuera.

—Y Lope...

—La loba era su madre —dijo él.

Por delicadeza nadie preguntó qué había sido de su madre.

Marian seguía inconsciente.

—Creo que le hemos dado un susto de muerte —dijo Fatou.

Lo cierto es que ninguno de los dos nos habíamos separado de nuestro otro cuerpo por entero y Marian nos había visto sin duda como un par de monstruos. Por no hablar de la araña gigante, la gran gota negra y aterradora que había desbordado el vaso de su resistencia.

—Salgamos de aquí —sugirió Martín—. Yo la llevaré.

—¿Y esos? —preguntó Fatou, señalando a los leones inmóviles.

—Se recuperarán en un par de horas y saldrán por sus propios medios —explicó Martín. Y añadió—: Mikel, llévanos a casa de Marian.

—¿No tendríamos que llevarla a un hospital?

—No, estará bien. ¿Sabrás guiarnos por los tejados?

—Creo que sí.

—Bien, de momento yo iré delante. Nos adelantas cuando veas que tienes que indicarnos el camino.

—El león la robó desde arriba. Estábamos en un camarote con claraboya. Rompió la claraboya. Debían de estar espiándonos, esperando una oportunidad. Lo que no entiendo es cómo no detecté nada hasta que estuvo encima.

—Estarías distraído —dijo Martín refiriéndose a mi involuntaria cita romántica—. Pero venga, pongámonos en marcha.

Martín se fundió nuevamente con su otro cuerpo y una araña enorme produjo un envoltorio de seda para Marian y la pegó a su tórax para luego trepar pared arriba y lanzar un hilo hacia la lucerna rota, por donde desapareció. Fatou y yo le seguimos. En la calle, nos hicimos todo lo pequeños que pudimos y nos deslizamos con cuidado por los sitios más oscuros hasta que nos fue posible subir al mundo de los tejados y desplazarnos por él. Si alguien vio algo —un borracho que volvía tarde a casa, un vigilante nocturno al que los leones hubieran neutralizado y que volvía en sí a tiempo de vernos correr por la gran explanada— no supo lo que vio.

Fatou abrió la claraboya desde fuera, introduciendo una mano a través del cristal roto. Bajamos y Martín depositó a Marian sobre el sofá, después de limpiarlo de cristales rotos. Luego procedió a cortar cuidadosamente con sus aterradoras mandíbulas aquella especie de capullo donde la había envuelto. Si Marian hubiera vuelto en si en ese momento se habría desmayado otra vez.

En una esquina había una escoba con la que hicimos a un lado los cristales que estaban repartidos por la habitación.

—¿Dónde está mi hermano? —le preguntó Fatou a Martín, una vez que este hubo

recuperado su forma humana.

—Oh, Wanda y él estaban esperando junto al Guggenheim y les atacaron dos leones. Creían que serían presa fácil fuera de su elemento. Pero ya no lo son. Han aprendido mucho. Además, sabéis que hay una fuente justo en la explanada lateral, una fuente hecha de muchos surtidores que brotan del suelo.

—Sí.

—Wanda y Ousmane formaron dos chorros de agua concentrando toda la que contenía el depósito de la fuente y los lanzaron por sorpresa con tal potencia que los leones fueron a parar a la Ría. Los cazadores cazados.

—¿Los habéis capturado?

—No. ¿Para qué? Los dejaron huir.

—¿Y Lope y los suyos?

—¿Por qué no han venido? Una sola araña podía ocuparse del asunto. No hacía falta una manada de lobos.

—Oísteis mi llamada....

—Desde luego.

—¿Por qué ha dicho el León que tomabas partido por el Círculo?—preguntó Fatou.

—Quería hacerme pensar que si me enfrentaba a él, me estaba enfrentando a Annw. Pero yo sé que no es así. Actúa por su cuenta. La gente de Frontera es volátil. Vivir entre el mundo de la superficie y el laberinto exterior de Annw ha hecho de los leones seres inquietos, un poco impredecibles.

Marian hizo un pequeño ruido desde el sofá y la miramos.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Quedaos con ella un rato. Luego me diréis qué recuerda. Probablemente estará confusa y se negará a aceptar lo que ha visto. Lo mejor sería que no recordara nada. Yo tengo que irme. No me ha visto y no quiero que lo haga. Bastante malo es que os haya identificado a vosotros dos.

—A Fatou no la conoce.

—Entonces ven conmigo, Fatou.

Luego se dirigió a mí.

—¿Estabais solos ella y tu en este sitio cuando León la raptó, no es eso?

—Sí.

—De acuerdo, cuando se despierte todo estará igual.

—Salvo por el cristal roto.

—Salvo por el cristal roto. Me temo que eso no lo podemos arreglar en unos minutos.

Martín se acercó a Marian, puso sus manos a los lados de la cabeza de ella, una luz blanquecina las envolvió. Marian abrió los ojos, unos ojos que parecían no ver. Entonces él puso

su mano sobre ellos y suavemente se los volvió a cerrar.

—Despertará dentro de cinco minutos. Adiós, Mikel

—Adios, Martín.

—Adiós —dijo Fatou

Se esfumaron como sombras en la noche.

* * * * *

A veces cinco minutos son una inmensidad de tiempo. Así que me parecía oír pasar el tiempo con los ruidos apagados de la ciudad, el gruñido del motor de algún coche que circulaba no muy lejos, los crujidos en el edificio, los ecos de voces que resonaban dentro de él. Y mi propia voz preguntándome cosas a mí mismo dentro de mi cabeza. ¿Y si los padres de Marian aparecen en la puerta para ver qué le ha pasado a su hija, que lleva ya varias horas en esta habitación? ¿Saben que está aquí? ¿Están en casa? ¿Han regresado? ¿Tiene ella costumbre de pasar muchas horas en su nuevo estudio o por el contrario les extrañará que lo haga?

Me preguntaba estas cosas y otras parecidas mientras sentía el estiramiento insoportable del tiempo y a la vez su irremediable progreso. Entonces percibí que Martín estaba ahí, en alguna parte, fuera, lejos pero no mucho, tratando de decirme algo. Seguramente había llegado a su casa o a casa de Fatou (lo cierto es que nunca le he preguntado desde dónde estableció comunicación conmigo). Le presté toda mi atención. Eso fue, seguramente, lo que le permitió conectar tan perfectamente en la distancia, pues escuché, igual que antes en el museo, la voz de Martín, la voz de la araña. Sonaba como si estuviera hablando dentro de la habitación. Cuando nosotros, los del grupo, hablábamos unos con otros utilizando nuestra conexión mental, nos oíamos unos a otros “dentro”, como uno oye lo que llamamos la voz de la conciencia, esa voz que no tienen nada que ver con los sonidos externos. Pero Martín hacía que su voz sonara exactamente igual que si viniera del exterior, lo cual era un poco inquietante. Eso era lo que había permitido que la araña “hablara” en el museo, aunque nada de ella tuviera forma humana entonces.

“Tranquilo, Mikel”, dijo la voz. “Escucha su mente, igual que escuchas la nuestra. La misma Marian te hará ver cuánta verdad está dispuesta a soportar por el momento. Entonces sabrás qué decir”.

Eso bastó para calmar un poco mi angustia. “Es cierto” pensé. “Dicen que es relativamente fácil *escuchar* la mente de un humano que no descende de la Semilla. Más fácil que entrar en la mente de uno de los nuestros. Incluso yo puedo hacerlo”.

Con esto recuperé la sangre fría y escuché. Escuché con ese oído que los humanos que no están compuestos de dos partes capaces de separarse en dos mundos distintos han soñado a menudo con poseer. Escuché con la mente, o con algo que no es de este mundo.

Sentía lástima por Marian. Era tan vulnerable. No era, desde luego, una atleta ni una luchadora, ni un tiburón ni una araña gigante ni una pantera. Su mente era fácil de escuchar en esos momentos en que estaba entre la inconsciencia y la consciencia. ¡Estaba despertando!

Abrió los ojos. En ellos había desconcierto y confusión. Luego se dio cuenta de dónde estaba. Me miró. Parecía tranquila. Martín había usado con ella los poderes de curación que tienen algunos de los nuestros, los que poseen una fuerza psíquica especial, los cambiantes, los Maestros (los demás solo tenemos ese poder de autocuración más o menos rápido que nos da la Semilla). Marian se despertaba ahora como si hubiera dormido un sueño reparador o como si le hubieran dado un calmante, pero confundida por los recuerdos que empezaban a tocar su memoria.

—¿Qué ha pasado? —dijo.

—¿Estás bien?

—Sí, me encuentro perfectamente —respondió mientras se incorporaba—. Pero... He tenido un sueño horrible, una pesadilla... ¡Y parecía tan real! ¿Cómo he podido quedarme dormida?

—Te ha dado algo, un desmayo o algo así. Estaba pensando en llamar a alguien.

Mientras examinaba su entorno para asegurarse de que realmente sabía dónde se encontraba vio la claraboya.

—Pero... Entonces... no ha sido un sueño.... —susurró.

—¿Qué recuerdas? —le pregunté. En su mente se agolpaban figuras entremezcladas, sombras que querían ser figuras. Fogonazos de imágenes se volvían a hundir en el olvido y emergían de nuevo, quedándose cada vez más rato en la superficie.

—Algo entró por ahí y me agarró.

—Tienes razón. Rompieron la claraboya.

—No era humano... Pero eso es la pesadilla.

“¿Qué debo hacer?” pensé. “¿Engañarla e intentar que dude de su propia mente o decirle la verdad? ¿Proteger nuestro secreto o protegerla a ella? ¿Y cuál es la forma adecuada de protegerla? ¿Cómo protegerla de una realidad que no está preparada para aceptar? Si a mí me costó al principio, cuando mi naturaleza luchaba en mi interior por llegar a la verdad, si aún no me he serenado del todo, no me he adaptado del todo a mi nuevo ser, ¿que le pasará al enfrentarse de pronto a una realidad totalmente alterada y aterradora

Pensé en decirle que unos ladrones habían roto la claraboya y que ella se había desmayado entonces. Nada más ha sucedido, le diría. Se han equivocado, han visto que había gente dentro y han huido. Eso ha sido todo. Ni hombres león ni hombres lobo ni mujer pantera ni araña gigante caminando por el interior del museo Guggenheim de madrugada.

Pero entonces me di cuenta de que en su mente se iba formando con bastante claridad la

película de todo lo que había pasado. Con toda la claridad posible, que no era mucha pero era suficiente (demasiada), surgían sombras, voces, sonidos que a veces se hundían en momentos de gran confusión o daban paso a imágenes asombrosamente nítidas. Había estado paralizada, en shock durante casi todo el tiempo, pero solo al final estuvo inconsciente. Todo venía a ella ahora, no como sueño, sino como recuerdo. Su deseo de saber y de orientarse en la realidad era mayor que su miedo. En su alma había un gran valor que la impulsaba a indagar en esas sensaciones de las que emergía una realidad imposible.

Y de pronto recordó una de las últimas cosas que había visto antes de desmayarse en el museo: mi cara y la de Fatou deformadas y envueltas por los rasgos de la otra criatura que se fundía desde dentro con nuestros cuerpos humanos, cambiando más lo que no se veía que lo que era visible. Esto último, sin embargo, lo visible, era lo que aterraba a Marian, la capa de materia extraña que nos recubría, y la mezcla de rasgos que concretaba la apariencia de una fusión parcial. Para ella se trataba de una transformación como las que había visto en las películas, y desde luego, a efectos prácticos, ¿no se puede decir que nos transformamos cuando nos juntamos con nuestra otra parte y cambiamos de aspecto?

Fascinado por mi capacidad de mirar en sus pensamientos, sabiendo que estaba justificado por la necesidad de saber todo cuanto fuera posible para tomar la mejor decisión, no dejé de hacerlo ni siquiera cuando me sobresalté al compartir con Marian mi propia imagen, la que le había ofrecido en el museo. Era la forma mixta en la que los rasgos de otra especie se confunden en diversas partes y proporciones con los del humano. Era la forma mixta concreta que la fusión parcial había producido según las necesidades y circunstancias del momento. Me veía a mi mismo en la mente de mi amiga. Me veía por primera vez con ese aspecto.

Ahora Marian y yo lo recordábamos. Y ella me miraba con miedo otra vez.

* * * * *

—No ha sido un sueño —le dije.

—Lo sabía —murmuró.

—Podías haber vivido toda tu vida como la mayor parte de la gente, sin ver nada de esto, pero has entrado en contacto con seres... diferentes. Algún día te lo contaré todo. Ahora será mejor que vayas a casa y trates de dormir.

—¿Y el cristal?

—Alguien lo ha roto desde el exterior. Les dices a tus padres que alguien lo rompió y que gritaste y que oíste cómo escapaban por el tejado. ¿Dónde están tus padres?

—Han ido al teatro y luego a cenar. No sé si habrán vuelto. ¡Mira! ¡Tengo tres llamadas perdidas! —exclamó, recogiendo su móvil del sofá.

—Bueno, pues baja a casa y llama desde allí.

—Tengo miedo.

—No te preocupes, los intrusos no volverán.

—¿Qué querían?

—Me querían a mí.

—¿Por qué? ¿Quiénes eran? Espera, no. Prefiero no saber nada. Todavía tengo que digerir lo que he visto.

—Si no hay nadie en tu casa puedo quedarme contigo hasta que vuelvan tus padres.

—No, no —se apresuró a decir—. No te molestes.

Pero yo sabía lo que pasaba y eso me dolió. Cuando me miraba veía lo que yo había sido en el Museo. Lo veía y sentía miedo y un remusgo de horror que no le permitía permanecer a mi lado con confianza.

Cerramos con llave y bajamos hasta su piso. No me invitó a entrar.

—Espera —dijo.

Recorrió el interior de la casa y volvió.

—No han llegado aún. Probablemente están en casa de unos amigos. Les llamaré por teléfono. Vete tranquilo. Estoy bien.

—Bueno, si necesitas algo llámame.

—Claro —contestó.

Y no tenía la menor intención de hacerlo.

* * * * *

Por supuesto, Marian y yo dejamos de salir. Ahora incluso me evitaba en el Insti y se las había ingeniado para sentarse lejos de mí en clase. Lo más gracioso es que al de una semana estaba saliendo con Samuel y este adquirió la costumbre de ir a esperarla después de clase. Un día pasaron por la plaza Ibarrondo, frente al centro cultural que parece un palacio siniestro y a la vez acogedor. Allí estábamos Fatou y yo, de camino a casa de Martín donde íbamos a recibir unas “clases particulares” de naturaleza muy especial. Sonreímos con nuestra más encantadora sonrisa y les saludamos. Sin duda Marian se dio cuenta de quién era mi acompañante. Sin duda la reconoció. Vernos a los dos juntos le produjo el doble de horror que cuando me veía a mi solo.

—Si supiera con quién está... —dijo Fatou, que percibió la reacción de Marian.

—Ya se le pasará.

—¿Tu crees?

—Creo que sí. Y si no, no hay nada que podamos hacer.

* * * * *

El elemento perturbador, una vez más, eran los sueños. Volvieron los sueños inquietantes, pero ahora sin belleza ni esperanza; sueños negros, agitados y sombríos.

El cumpleaños de Marian coincidía con el fin de curso y siempre celebrábamos las dos cosas juntas. Era una tradición en nuestro pequeño grupo de amigos y yo no sabía si ese año me iba a ver excluido del grupo y de la tradición. Después de su alejamiento inicial, Marian había intentado acercarse algunas veces, pero se la veía insegura y temerosa. No hacía falta escuchar su mente para darse cuenta. Sencillamente dudaba y se retraía de nuevo.

Samuel me informaba sobre la evolución de nuestra amiga. Al principio fue para ella un alivio saber que su mente no la engañaba con falsos recuerdos. Luego había pasado por una etapa de negación: no podía aceptar que aquello fuera real y, a medida que sus recuerdos se hacían más borrosos, quería creer que formaban parte de una pesadilla. Como las autoridades locales y el propio Museo no habían dado la noticia de la irrupción nocturna en el edificio, y habían reparado la claraboya cerrando al público con la excusa de unas obras de mantenimiento, Marian casi había llegado a convencerse de que todo había sido una extraña experiencia alucinatoria. ¿Cómo sabía Samuel todo esto? Había usado su, digamos, “muy especial capacidad de convicción” para conseguir que ella le contara lo que sucedió aquella noche en que la claraboya de su pequeño estudio, situado en el ático del edificio donde vivía con su familia, había estallado y una enorme mano (¿o garra?) había entrado por ella. Según él, Marian se resistió mucho a sincerarse, pero después de unas semanas de salir juntos Samuel se había ganado por completo su confianza y sus “extraordinarios poderes de persuasión” hicieron el resto.

—Oye, Samuel, ¿eso no es manipular a la gente?

—No. Ella quería contármelo. Necesitaba que alguien le creyera, compartir ese peso que hacía que se sintiera terriblemente sola. Por eso hice que percibiera que podía revelármelo a mí. Porque es verdad, si puede contárselo a alguien, ese soy yo. Ahora no tendrá tentaciones de buscar otro confidente.

—¿Tú crees que lo hubiera hecho?

—Quién sabe. La gente no se encuentra siempre igual. ¿Qué pasa si tiene algún problema, una crisis? Podría no soportar la presión, los recuerdos volverían, podría contárselo a alguien. Y claro, pensarían que está loca y querrían inflarla a medicación. Creo que estamos obligados a evitar que eso suceda.

—Fatou me dijo lo mismo el otro día.

—El problema es... Que yo sí le estoy mintiendo, y no me gustaría basar nuestra relación en la mentira.

—Oh, oh, oh —exclamé, reconociendo el peligro de inmediato—, no le estás mintiendo,

solo le estás ocultando un lado de tu personalidad. Técnicamente no es lo mismo. Por otra parte, como tú dices, hay que protegerla. ¿Podrías hacerlo si le dices quién o qué eres? Le darías un susto, quizás se apartaría de ti. En tercer lugar ¿cómo sabes que tu relación con ella va a durar? Aquí todo el mundo sale y deja de salir en cuestión de meses.

—Menos tú —dijo él.

—Yo soy un lobo. Ahora no salgo con nadie, y el día que salga con una chica probablemente será para siempre. Dicen que es así.

—Te has tomado en serio lo de los lobos.

—No es para menos. Pero estábamos hablando de ti, no de mi.

—Vale, de momento no le diré nada.

—¿De momento?

—Durante un largo momento de muchos meses.

—Prométeme que antes de decirle cualquier cosa me lo consultarás.

—De acuerdo.

* * * * *

Mi amigo Jorge se había convertido en un lector compulsivo de Arthur Machen. Durante el curso anterior ya había leído en inglés *El Señor de los anillos*, de Tolkien, y cuando volvimos a encontrarnos después de las vacaciones de Semana Santa estaba dando cuenta de *El gran dios Pan*, de Machen, también en versión original.

—Esto es más difícil —me explicaba mientras me enseñaba su ebook cargado con todos los títulos de Machen que había podido pescar en Gutenberg.org. —Pero mola. Me hace gracia ese rollo antiguo. Ahora pillo mejor muchas cosas de los cómics de Neil Gaiman, igual que si lees a Wells entiendes mejor el steampunk. Y no sabes todo lo que hay en Gutenberg.org de autores del siglo XIX, desde los más populares a los más raros.

El frikismo de Jorge no disminuía con la edad, pero se complicaba y crecía, se ramificaba y se extendía. Como era un empollón y además leía compulsivamente, con los años llegaría a ser un erudito y sus conocimientos me serían de gran ayuda en alguna de mis investigaciones del futuro.

Le presenté a mis nuevos amigos. Según la historia oficial, a Samuel lo había conocido en Navidad. Con Fatou y Ousmane había coincidido en Bristol, y, al comprobar que vivíamos en la misma ciudad, habíamos quedado en vernos a la vuelta. Eran explicaciones de lo más verosímiles.

—No es del todo mentira. Hemos estado juntos en Bristol ¿no?

Jorge estaba asombrado de cómo había mejorado mi inglés en apenas quince días.

“Pues si supieras qué otras cosas han mejorado...”, pensé.

* * * * *

Wanda se fue sin despedirse.

—¿Por qué ha hecho eso? —le pregunté a Ousmane.

—Todavía le da vergüenza.

—¿Qué le da vergüenza?

—Su otro cuerpo. Teme que la gente lo encuentre repugnante. O peor aún, que les dé risa.

—Por favor, el kraken no es cosa de risa.

—Sí, eso es lo malo. Cuando no se les ve como artículos de pescadería se les ve como monstruos. Dice que las criaturas de tierra soléis encontrarlos asquerosos.

—Podía haber preguntado.

—Pero hombre, cómo iba a preguntar. ¿No ves que tú también le gustabas? Eso hacía que le diera más vergüenza y que tuviera aún más miedo. No podía soportar la idea de que la rechazaras por la forma de su otro cuerpo.

—Yo... Le gustaba —murmuré.

—Sí

—Ya lo no le gusto...

—Bueno, no es eso. Es que... Venga, sabes muy lo que pasa. Digamos que se ha interesado por otra persona.

—No hace falta que lo digas. Tenéis una conexión que nunca hubiera podido tener conmigo. Algo muy especial.

—Conmigo nunca tuvo miedo de que rechazara su otro cuerpo. Y todo nos fue acercando el uno al otro. Y sí, tenemos algo muy especial, mágico en el sentido literal de la palabra. Creo que es la Estrella, y el agua, y los Ayudantes. Hacen que nuestra relación sean más fuerte y, no sé.. Incomparable.

—Ander y Fatou también están muy unidos

—Oh, desde luego. En parte, sí, es efecto de la Estrella, pero también creo que la Estrella nos escogió porque no vio solo seis individuos, sino la posibilidad de tres parejas. Creo que eso favorece al grupo... A la misma Estrella, de alguna manera. Es algo que me dijo una vez Samuel. Desde que tiene el medallón, Samuel sabe cosas de nosotros que a veces ni siquiera nosotros sabemos.

—¿Tres parejas? Yo solo veo dos.

— Por favor, Mikel, tienes que hacer algo. Irati y tú os habéis metido en un túnel oscuro, y ahora esa oscuridad tira de vosotros. Tenéis que romper con eso. La Estrella vio que eráis una

pareja. Debéis admitirlo y dejar de luchar contra la atracción que sentís el uno por el otro.

Me quedé mirando a Ousmane, su rostro de rasgos perfectos, aquel aire serio y noble que le caracterizaba.

—Ousmane —dije—, te lo agradezco mucho. Pero ya lo he intentado.

Estábamos sentados al borde de la ría, en un pequeño embarcadero. El palacio de Congresos brillaba y se reflejaba en la noche y más allá estaba el antiguo barrio industrial por donde nos gustaba ir a andar en bici siguiendo la orilla. Desde el embarcadero veíamos las luces del paseo que seguía más allá del Museo Marítimo. En otro tiempo toda la ribera estuvo salpicada de grúas y cargaderos. Al fondo, en los montes, brillaban miles de diminutas luces.

Nos quedamos en silencio, mirando la maraña de luces reflejadas en el agua.

Y así seguimos hasta que los demás se unieron a nosotros. “Los demás”, en ese momento, eran Jorge, Iñigo, Fatou y Ander, que había venido a visitarnos. También estaban Eneko y Vera, siempre vestidos de negro y siempre tratando de convencerme de que el Metal es lo mejor. Y yo siempre llevándoles la contraria, más por hacerles rabiar que por otra cosa.

Habían estado en una zona próxima con instalaciones deportivas, cestas de baloncesto, y una gran pérgola metálica. Iñigo y Jorge se quejaban de que Fatou y Ander eran unos verdaderos atletas y que ellos solo podían hacer el ridículo en la cancha, así que querían ir a ver una película. Vinieron a decírnoslo a Ousmane y a mi, y nos fuimos todos caminando entre la noche y las luces de la ciudad hacia el centro comercial próximo. Vimos una de superhéroes.

* * * * *

Nos reunimos de nuevo para celebrar el cumpleaños de Marian. Comimos juntos y luego fuimos al centro cultural situado en la antigua Alhondiga. Era uno de los sitios preferidos de nuestra pareja metalera: levemente siniestro por fuera, fantásticamente oscuro por dentro, con una iluminación que favorece los contrastes. En el vestíbulo de alucinantes columnas desaparecidas, nos empezamos a separar. Éramos un grupo demasiado grande. Una parte se fue a la biblioteca, otra a la librería, otra a la sala de ordenadores. Algunas parejas buscaron rincones oscuros y acogedores. Marian y Samuel se acercaron a mi cuando me disponía a irme.

—Marian quiere hablar contigo —dijo Samuel. Y se llevó a los hermanos a la librería cercana, donde Iñigo y Jorge se pusieron a examinar libros de arte y objetos de *merchandising*.

Marian y yo nos quedamos un poco cortados uno frente al otro y por fin nos fuimos a un asiento que era un prisma encendido, como una isla luminosa en la vasta caverna artificial, el vientre del edificio.

—Sé que es tarde, pero quiero pedirte disculpas.

—¿Quieres disculparte? —repetí con asombro.

—Sí. Al principio pensé que todo aquello era culpa tuya, pero Samuel me ha ayudado a entender. Samuel me ha explicado muchas cosas, me ha apoyado durante todo este tiempo.

—¿Qué te ha explicado?

—Muchas cosas...

Guardó silencio unos segundos. Luego volvió a hablar.

—Él no me lo dijo. Sé que te prometió consultarte antes de decir cualquier cosa...

—¿Quieres decir?

—Quiero decir que yo me di cuenta. Me di cuenta de que Samuel es como vosotros. Poco a poco empecé a ver que era “demasiado especial”, ¿sabes? Demasiado convincente, demasiado intuitivo, con una capacidad increíble de calmarme, de apaciguar mis miedos... En cuanto estaba con él lo notaba. Luego me di cuenta de que podía influir sobre la gente. Al principio, claro está, pensé que era por casualidad. Pero se fueron encadenando demasiadas casualidades.

—No ha sido muy prudente.

—Me dijo que en realidad él quería que yo lo supiera. Que no podría seguir conmigo si tenía que estar disimulando y escondiendo lo que es. Y que quería seguir conmigo. Me hizo ver que tú te habías arriesgado mucho aquella noche para ayudarme, que podía sentirme segura porque siempre contaré con vuestro apoyo.

—Entonces ¿ya no me odias?

—Nunca te he odiado, Mikel. Era miedo. Y, sobre todo, no quería verte porque me recordabas lo de aquella noche.

—Y él no te lo recuerda, claro.

—Pues la verdad es que no. No estuvo allí. Y, perdóname, a mí me parece que es más humano que los demás, aunque esto seguramente no es así, claro, será una especie de prejuicio. Lo siento, no tendría que haber dicho eso.

—No te preocupes.

Marian no dijo nada más. Se la veía un poco confundida, un poco avergonzada. Luego me dio un beso en la mejilla y volvió con Samuel.

Me pregunté si Samuel le habría contado todo. Pero todo, todo. ¿Es que a Marian no le parecía escalofriante que Samuel pudiera cambiar de cara y hasta de cuerpo como si una segunda capa de materia, más fina o más gruesa, según el caso, lo recubriera y fuera moldeada por manos invisibles? ¿Conocía realmente esa parte de la “peculiaridad” de su novio o creía tan solo que era una especie de superpsíquico con poderes de sugestión, de telepatía, de curación, todo cosas benéficas y molonas?

Tardaría mucho en tener las respuestas a esas preguntas. En ese momento solo sabía que Samuel y Marian estaban muy compenetrados y que, al fin y al cabo, las cosas iban bien.

* * * * *



Las cosas iban bien, salvo por las pesadillas. Ahí estaba otra vez la oscuridad, como antes de nuestro viaje al mundo subterráneo, creciendo, fabricando monstruos. Era, de nuevo, una fuerza oscura que empezó a introducirse en la vigilia, provocándome visiones angustiosas. Mi estado de ánimo iba empeorando. En mis sueños veía a Irati una y otra vez, pero no había nada tranquilizador en esos sueños. Soñaba que la buscaba y no la encontraba, que la perseguía y se escapaba, que la sombra la arrastraba y no conseguía retenerla. Lo que más me preocupaba era que, dada la conexión creciente del grupo, la oscuridad afectaba a los demás. No se lo pregunté. No tenía que hacerlo. Lo sabía, podía sentirlo, podía ver cómo las ramas de esa fuerza tenebrosa llegaban hasta ellos.

La ciudad, que al principio me acogió con sus rincones familiares, su bullicio y sus rutinas, empezó a convertirse en un lugar de destierro. Evitaba a mis amigos todo lo posible, pensando

que si no estábamos juntos les afectaría menos aquella cosa destructiva que se había instalado en mi mente.

En la mente se nos revela el mundo. El cerebro es el que ve. Y, en nuestro caso, en el caso de los Descendientes, el otro cuerpo también pone su parte. Y por eso empecé a ver la ciudad de un modo completamente distinto. Las figuras de piedra esculpidas en los muros y en las fuentes exhibían sonrisas malignas. Todos los edificios eran siniestros. Todas las calles sonaban a hueco. A veces, de repente, se me mostraban vacías, como si yo fuese el último habitante sobre la Tierra.

No hubiera aprobado el curso si Martín no me hubiera ayudado mejorando mi concentración. Era mi profesor y mi Maestro.

El día que acabó el curso, precisamente, yo estaba deambulando solo por la ciudad. El viento sur me estaba volviendo loco. A veces soplabla con fuerza y los árboles lloraban cuando los empujaba y atravesaba sus copas.

Estaba en una plaza pequeña, de pie bajo un tilo, oyendo el gorgoteo siniestro de la fuente, cuando sentí que todo el grupo se acercaba.

Samuel se acercaba por el frente. Venía solo.

Por otra calle, caminaban hacia mi Wanda y Ousmane.

“Vaya”, pensé, “ya está aquí Wanda. Esta oscuridad me absorbe tanto que ni siquiera había notado su presencia”.

Por una tercera calle venían Ander y Fatou.

“Bueno, si también ha venido Ander”, me dije.

Al fondo, el gran rascacielos de cristal se había encendido en la noche como un faro gigantesco. Y a mi izquierda, un inmueble de comienzos del siglo XX se agitaba bajo la luz de los focos. La oscuridad hacía que las figuras esculpidas sobre el portal se movieran como serpientes (no la oscuridad de la noche, sino la que vivía dentro de mí).

Los chicos se pusieron a mi lado, unos a mi derecha, otros a mi izquierda

—¿Qué miras? —dijo Wanda.

—Miro la oscuridad —respondí.

* * * * *

Hay promontorios en la costa, cabos, pequeñas penínsulas y bahías tan conocidos, tan promocionados por la industria turística que es difícil encontrarlos libres de gente durante la mayor parte del año. Pero nosotros conocemos esta costa al milímetro y sabemos también de los rincones aún secretos y de los cambios de tiempo que no permitirán acudir a los visitantes. Las condiciones adversas, geográficas o meteorológicas, no nos disuaden como a ellos de ir a donde

queremos. Habíamos elegido aquel día precisamente porque llovía, no mucho, suficiente para espantar a los excursionistas. Habíamos elegido aquel lugar porque no tenía accesos para vehículos, ni siquiera caminos que llegaran hasta el borde del acantilado. Habíamos elegido esa hora porque se acercaba el crepúsculo.

Abajo, a medio camino en vertical por el acantilado, hay una plataforma de piedra que sobresale un poco hacia el mar y que parece proyectarse desde un gran hueco. Era allí donde nos encontrábamos.

—Recuerda, Mikel, nos lo has prometido —dijo Ousmane.

Se lo había prometido. Aquella tarde, en la placita arbolada, junto al ruido siniestro de la fuente. Sí, les dije, volvería a intentarlo.

Ya no podían más. Todos tenían pesadillas. Empezaban a ver la oscuridad materializándose. Habían hablado con Martín. Les había dicho que corríamos el riesgo de confundir las imágenes de nuestra mente con la realidad, de no ser capaces de generar un mapa mental adecuado que nos guiase por el mundo. La locura, les había dicho, es terrible en los Descendientes. Y la oscuridad —la Oscuridad— te lleva hacia ella.

Wanda había hablado con Irati, esa chica sensible y cabezota. Después de algunos reproches y una torpe resistencia, Irati se había derrumbado. Lo estaba pasando mal. La oscuridad se extendía en su mente y se había sentado sobre su corazón. No tenía fuerzas para hacer nada constructivo. Toda la energía que le quedaba era puramente destructiva. Había provocado un pequeño huracán en Brighton que casi se lleva por delante a una multitud reunida en la playa. Desde entonces, merodeaba por parajes agrestes y solitarios, lanzando vientos contras las laderas de piedra. Era una fuerza de la naturaleza que había perdido su equilibrio. Y empezaba a perder también el control.

Samuel no había venido. Estaba con Marian, esperándonos en una población cercana. Fatou y Ander, sentados muy juntos uno al lado del otro, hablaban entre ellos mirando al horizonte. Wanda, que llevaba ya un tiempo alojada en casa de los mellizos, contemplaba el mar, de pie al borde del acantilado. Ousmane se acercó a ella. Le acompañé. Le ayudé a afianzar la cuerda de rápel iban a utilizar para descender. Las criaturas acuáticas tienen muy poca capacidad de adherirse a las superficies sólidas.

Abajo había una pequeña ensenada donde el agua subía y bajaba suavemente contra una franja de guijarros, una mínima playa que entraba en el mar rodeada por grandes rocas. Wanda y Ousmane me dieron ánimos antes de irse.

—No te olvides de nosotros. Siento que cada vez podemos sostener el contacto mental desde más lejos. Estaremos unidos en la distancia —dijo Wanda.

—Sabremos que os va bien si la oscuridad desaparece —añadió Ousmane.

Cuando llegaron abajo, retiré la cuerda. Los vi caminar hacia el agua, detenerse sobre una

enorme piedra plana y mirar hacia arriba. Vi sus caras sonrientes y sus manos que se levantaban para hacer un gesto de adiós. Ander, Fatou y yo les devolvimos el saludo. Ander y Fatou se habían puesto en pie para verlos marchar. Caía una llovizna persistente aunque débil y el aire brillaba con ese color especial del sol de la tarde, creando un efecto maravilloso en el cielo y la tierra. Me pareció que el arcoiris señalaba un tesoro que no era material. El mar ronroneaba con pereza. Ousmane y Wanda se adentraban en él y ya desaparecían por debajo de la superficie.

La figura negra de Ousmane, vertical y longilínea, se transformó en una enorme mancha horizontal de color gris claro rematada por una poderosa aleta curva. Y la blanca figura de Wanda, larga y esbelta, desapareció en una sombra con forma de misil que, en uno de sus extremos, se convertía en una vibración de gigantescos tentáculos. Su dominio del camuflaje la transformó poco a poco en un ser invisible. Su piel había adoptado los mismos patrones que dibujaban las piedras del fondo, grises, negras y pardas.

Pasaríamos el verano juntos pero, antes de reunirnos de nuevo, Ousmane y Wanda iban a hacer una larga travesía acuática. En medio del Atlántico se reunirían con sus amigos marinos de Bristol. Solo después de ese viaje al que les arrastraba la insaciable añoranza del mar cambiarían de rumbo para ir hacia donde los demás ya les estaríamos esperando.

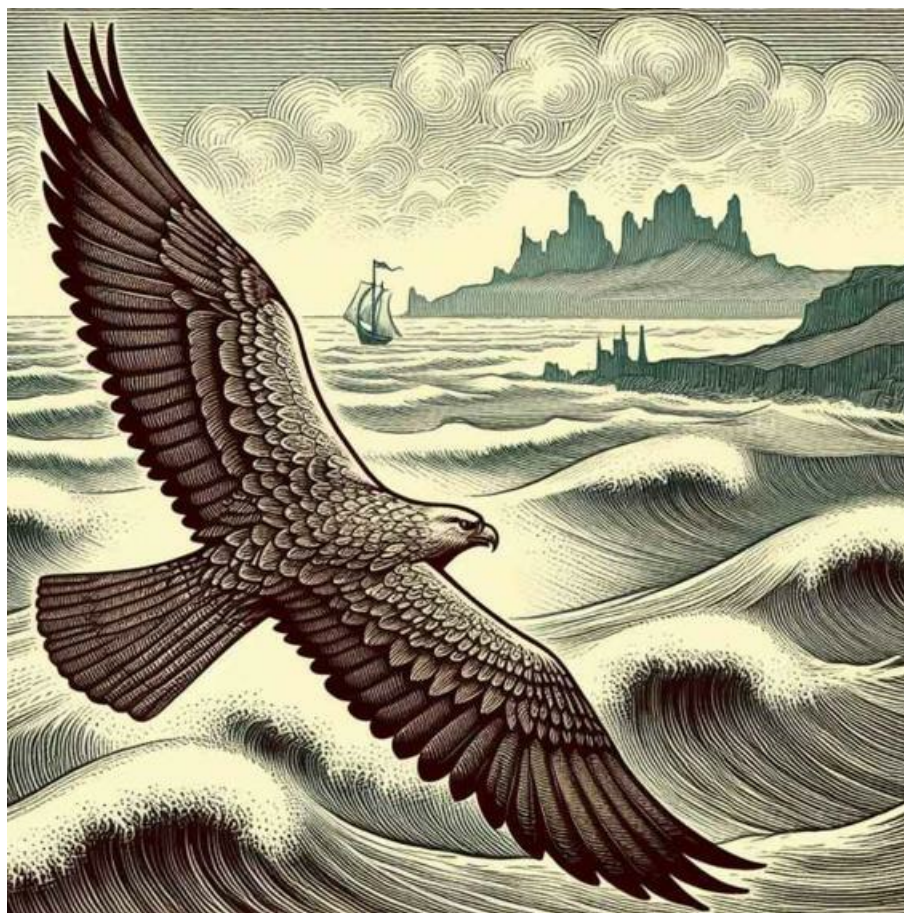
Fatou había estado una semana alojada en casa de Ander, y había sido para ellos una semana de excursiones nocturnas durante las cuales habían practicado la técnica de viajar, uno por tierra y otro por aire, siguiendo rutas paralelas y en perfecta comunicación. Los tres estábamos ahora sentados con las piernas colgando en el abismo, mirando a lo lejos. La luz de la tarde era fantástica. Había dejado de llover y el arcoiris había sido borrado del cielo, pero el sol, ya muy bajo en el horizonte, dibujaba con intensidad el mundo recién lavado.

Detrás de nosotros estaba lo sólido, la tierra, la roca y las raíces, las piedras que ruedan y el polvo que se levanta del suelo solo para volver a caer, que se convierte en barro y se hincha y pesa. Delante, el mundo de Irati suspendido sobre el mar: grandes nubes blancas, densas, enormes como islas flotantes. Corrientes invisibles. Aire sin apenas peso.

Pronto el sol estaría ocultándose y surgiría del horizonte un gerifalte, tan lejos y tan protegido por la creciente oscuridad que solo nosotros podríamos verlo. En ese momento ya habría debido descender lo bastante como para preparar el aterrizaje en el repecho de piedra, ante la boca de la pequeña cueva horadada en el acantilado.

Todo había sido organizado, preparado, justificado, y teníamos un verano por delante para estar juntos, para disfrutar y aprender.

Solo una cosa me preocupaba en aquel momento: el orgullo de los halcones.





 Mi agradecimiento a la inteligencia artificial
 que ha hecho posibles las ilustraciones de este libro.

Las ilustraciones hechas por un ser humano tienen personalidad, un estilo propio, son más fiables cuando se refieren a algo que está ahí fuera, en el mundo, y se pueden escoger por afinidad con el estilo del escritor. Pero si colaborar con un artista gráfico no está dentro de tus posibilidades, la IA te ofrece una solución. Es divertido aprender a conseguir que se acerque lo más posible a lo que necesitas y es intrigante esperar los resultados, que a veces te sorprenden para bien, para mal, o por ser realmente sugestivos pero totalmente inadecuados. Ha sido una aventura trabajar con una IA generativa y ninguna de las imágenes creadas por ella para este libro pueden tomarse como una referencia exacta del mundo real, pero en ocasiones se acercan mucho. Para compararlas con los lugares reales a los que se parecen está Internet (mi blog dedicado a La estrella de cinco puntas, por ejemplo). Hay muchas Webs sobre la ciudad de Bristol y, por supuesto, otras relacionadas con los demás lugares que se mencionan en la novela. La ciudad donde vive Mikel se parece mucho a una ciudad real, pero como no se da su nombre, podemos considerarla un ente totalmente ficticio.

Links

Mi página web

<https://marywolfhousehome.wordpress.com/>

El blog de la novela

<https://wolfhousemary.blogspot.com>